


SIMON PIETERS

DIABOLUS

LAS MIL CARAS
DEL DIABLO A LO LARGO
DE LA HISTORIA



zenith

 Planeta

El Diablo, encarnación del Mal Supremo, está presente en todas las religiones y culturas del mundo. Pero sus orígenes son oscuros y sus características han variado a lo largo del tiempo. Tampoco su representación mental y artística ha sido siempre igual, ni es similar en las diferentes religiones. En consecuencia, el autor nos ofrece una amplia panorámica de la historia, de este misterioso personaje y cómo ha ido adoptando diferentes papeles (o máscaras) a medida que ha evolucionado la sociedad y le ha dado o quitado poderes. Un estudio ameno y riguroso sobre el tema por parte de un especialista en historia de las religiones.



Simon Pieters

Diabolus

Las mil caras del diablo a lo largo de la historia

ePUB v1.0

PromeLeo 01.07.13

más libros en epubgratis.net

Título original: *Diabolus*
Simon Pieters, 2006.
Traducción: Carlos Torres Moll
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Ediciones Minotauro, 2006
Avda. Diagonal, 662-664, 6. planta, 08034 Barcelona Fotocomposición: Anglofort, S. A.

ISBN 13: 978-84-08-06336_0
ISBN 10: 84-08-06336_7

Editorial Planeta Colombiana S. A. Calle 73 No. 7-60, Bogotá
ISBN 13: 978-958-42-2060_8
ISBN 10: 958-42-2060_8

Primera reimpresión (Colombia): enero de 2009 Impresión y encuadernación: Cargraphics S. A. Impreso en Colombia -
Printed in Colombia

Editor original: PromeLeo (v1.0)

ePub base v2.1

De la misma manera que el Santo, bendito sea, creó un paraíso terrenal, creó también un infierno terrenal; y de la misma manera que creó un paraíso celestial, creó también un infierno celestial.

El Zohar: el Libro del Esplendor^[1]

Algunos han dicho que el maleficio no existe y que creer en él proviene de la falta de fe, porque ellos querrian que los demonios fueran sólo imaginaciones humanas. Pero la fe cristiana quiere que los demonios sean reales y puedan dañar con su acción e impedir la obra de la carne.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, Suma Teológica

Las impresionantes palabras del Apóstol Juan: «El mundo todo está bajo el maligno» (1 Jn. S, 19) aluden también a la presencia de Satanás en la historia de la humanidad, una presencia que se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios. El influjo del espíritu maligno puede «ocultarse» de forma más profunda y eficaz: pasar inadvertido corresponde a sus «intereses».

JUAN PABLO II, Catequesis sobre el Credo (5.12.1984 - 7.12.1986)

Sin sacerdote sacrílego no hay satanismo maduro.

J. K. HUYSMANS^[2]

PRÓLOGO

El mundo calla y la humanidad es brutal, las cosas, silentes, no nos revelan nada, y los seres humanos somos predadores y lobos para los otros, crueles como ninguna otra especie conocida; aun en tiempos de paz nos damos guerra. Nos hostigamos con reciprocidad para renovar los dolores de la existencia, para hacer de la Tierra un campo de batalla y un infierno. Éstas son dos de nuestras escasas certezas existenciales; la otra es la muerte inexorable y a plazo incierto, que nos espera.

Esos límites, que parecen haber acosado la conciencia de la humanidad desde el comienzo de la memoria, o el principio del tiempo humano, del lenguaje registrado, cuyos testimonios suman lo que suele llamarse la historia del pensamiento, de la cultura, de las religiones, constituyen una frontera que se mantiene invariable, indiferente al paso del tiempo.

Después de esa comprobación, inevitable, de nuestra condición, ¿cómo no preguntarse acerca del sentido del mundo y de la vida, acerca del bien y del mal, de Dios y del Diablo?

El «espíritu del mal», a veces dividido en pluralidad, en dilatada asamblea de demonios, gran colectivo maléfico, parece haber existido desde los orígenes de la civilización. Entre los animistas africanos se encarnaba en diversos demonios locales o propios de la tribu, devoradores de almas, coleccionistas de muertes, muy blancos, si no albinos. En las comunidades blancas primitivas, en cambio, solían ser negros: También con la piel oscura aparece representado Satán en las primeras imágenes pictóricas cristianas. Y como macho cabrío se presentará el Diablo en el sabbat, semejante a Dioniso, a Baco: semicapro, o bien cabrío del todo ... A causa de la máscara a manera de ceñidor tapándole el bajo vientre, muchos aprendices de brujo y demonólogos, engañados por la tenebrosa iluminación de aquellas ceremonias, creyeron que el Diablo tenía dos caras, una en la cabeza y otra sobre las nalgas, debajo del rabo. Y que esa segunda cara era lo que besaban las brujas y no el culo.

Todas las religiones han contado con demonios, espíritus, genios maléficos dispuestos a dañar a sus devotos, al tiempo que con ello enaltecían por contraste o contrapunto la grandeza de los buenos dioses propicios.

Pero el Diablo, Satán, es más que un demonio. Con el tiempo llegará a ser un anti-Dios, y en el Renacimiento, el jefe de una vasta conspiración internacional cuya trama tejen las brujas y los brujos de Europa. En el Antiguo Testamento esta palabra, Satán, aparece tres veces: en el libro de Job (1, 6), en Zacarías (3, 2) y en 1 Crónicas (21, 1).

El Satán que ejercita su maldad con Job tiene muy poco en común con el Diablo del siglo XVI. Y además no es Satán sino «el satán», uno que «crea obstáculos», instala barreras...

El concepto de cerrar el camino, que contiene en su origen la palabra «satán», cuando no era todavía un nombre propio, pasó a otras magias y religiones.^[3]

Cuando los hebreos regresaron a Israel desde el cautiverio en Persia llevaron consigo no sólo a los ángeles sino también a Ahrimán, que con el tiempo se metamorfosearía en serpiente locuaz e insidiosa, en Samael (en hebreo: «Veneno de Dios»), en Satán, para acceder por ese camino al uso de nuevas máscaras, las del monoteísmo, una de las cuales, en los tiempos de los griegos alejandrinos, recibía un flamante nombre que tendrá una espectacular andadura: el Diablo.

No obstante, no debe deducirse de ello que Samael, Satán, el Diablo... sea sólo un personaje literario. Lo imaginario también existe, y de una manera tan singular y poderosa que con frecuencia las criaturas de sus viveros o panteones acumulan milenios de sucesivas metamorfosis, así como millones de muertos propios y ajenos, en guerras religiosas, persecuciones, sacrificios y martirios a manera de pruebas de su realidad.

Los seres humanos intentaron desde el principio controlar, domesticar e incluso esclavizar en su propio beneficio a los eventuales genios, espíritus y demonios, sobre todo cuando éstos eran muy perversos o dañinos. Así, junto con las magias celebratorias dedicadas a la expresión exaltada de las alabanzas de las deidades tutelares o propicias, nacieron las diversas nigromancias, cultos tenebrosos, encantamientos, las suertes, la brujería, cuyo cometido es el empleo de los espíritus benévolos o malignos —ángeles o demonios— en interés propio. De este modo se inventaron los ensalmos de los curanderos, los rituales de la teúrgia, las brujerías de los magos negros, las disciplinas esotéricas.

Los chamanes cazadores prehistóricos de Altamira y tantas otras localidades no dudaban de que al pintar una manada de animales en su terreno habitual de caza atraerían a las bestias hasta allí. Y si en la imagen atravesaban con una lanza el pecho de una de las criaturas pintadas, condenaban a un animal de carne y hueso a morir en iguales circunstancias...

Los primeros hechizos de la historia se realizaron con esa técnica de transparente ingenio, que hoy la antropología llama magia simpática o imitativa. Aunque hayan pasado miles de años desde entonces, en el presente la siguen empleando profesionales de la artes ocultas, curativas, adivinatorias, amorosas... , y también brujos o magos negros que se anuncian por televisión, o atienden consultorios virtuales en sus páginas web..

Por más que la humanidad haya desarrollado las ciencias exactas y experimentales e inventado las astronaves y la informática, los mecanismos imaginarios de ciertas disciplinas mágicas se mantienen tal como eran hace diez o doce mil años. Ahora mismo, en todas las grandes capitales del mundo donde se decide el destino de la alta tecnología de la próxima década, hay un gran número de magos más o menos satánicos —se anuncian en la Red, por televisión, en los periódicos—, que hieren estatuillas o muñecas de cera, cebo, madera, lana, paja o arcilla, para hacer daño o producir la muerte a las personas que esas imágenes representan. y son muchos los hombres y mujeres bien educados, con buena formación, que en Nueva York, Londres, Roma, Madrid, Hong Kong, París,

Moscú o Cracovia contratan a magos negros profesionales, luciferinos o satanistas, para que los libren o protejan de sus enemigos, les ayuden a hacer fortuna o bien a tener éxito social o amoroso.

En todos los casos, el poder invisible que permite a un ser humano infligir un daño a otro por medios que no son físicos instala en la escena el poder, la presencia, la acción, de un demonio, o del jefe o rey de todos ellos, que en la tradición judeocristiana y musulmana se llama Satán, el Diablo, Iblis.

La llamada ciencia oculta práctica (magia negra, brujería, cábala práctica, etc.) enseña a sus aprendices a servirse de los demonios, a manipularlos con eficacia mediante el uso de la magia operativa.

Mucho antes de que se descubrieran las ondas de radio y se postularan las leyes de la mecánica ondulatoria, con siglos de antelación a los misiles intercontinentales ya los aviones de combate, los brujos se bombardeaban con suertes mágicas, lanzándose maleficios a cientos y aun miles de kilómetros de distancia, mediante la captación y el empleo de larvas, que aunque sean demonios indignos de nombre propio por lo que abundan en todas partes especialmente cuando anochece, no por ello resultan menos aptos para conducir el daño a donde el brujo disponga.

Dichas larvas, que fueron los misiles de crucero, los bombarderos estratégicos e invisibles del pasado, siguen siendo para ciertos esoteristas los súbditos más abundantes y disponibles del príncipe del infierno con que cuentan los magos negros.

No es preciso ser profeta o vidente para intuir el horror de esa pululación. La comunidad diabólica de las larvas es la asamblea, la reunión de todos los designios personales que incuban los pecados del mundo. En esa impura comunidad se desgarran a mordiscos doctrinas de seis bocas, zorras de dos cabezas, conspiradores inconfesos, codicias invisibles y siniestras, sueños depravados, industrias terroríficas, artes e ingenios del espanto y del vicio, que ofenden a toda idea de pureza desde que el hombre existe ... Ése es el reino del Diablo. Y por añadidura, el gran banco de jaurías demoníacas, a donde acuden a pescar los magos negros.

En la última década del siglo XIX el novelista J. K. Huysmans denunció por la prensa a Stanislas de Guaita, un ocultista francés —y también poeta simbolista— fundador y gran maestro de una orden rosacruz, quien, según asevera Huysmans, usó larvas del Diablo para enviar desde su casa en París hasta Lyon, a través del éter, poderosos venenos que tenían como blanco al abate Boullan, un mago enemigo del rosacruz y objeto de respeto e incluso de veneración por parte de Huysmans. El «abominable Stanislas de Guaita» habría dado muerte al abate Boullan el 4 de enero de 1893, después de un largo combate nigromántico ... En esos términos denunció los hechos J. K. Huysmans por medio de diversos artículos publicados en la prensa parisina, poco después del deceso de Boullan.

El novelista francés, que a causa de tales acusaciones fue retado a duelo, acabó sus días acosado por una jauría de demonios que soltaron contra él los magos enemigos y, tras tomar las órdenes menores, falleció en 1907, convertido en monje de un convento de los oblatos.

Stanislas de Guaita, el feroz mago negro, había finado diez años antes, a causa —se dice— de la violencia del «choque de retorno» de su mala magia. Los incrédulos de siempre, quienes no vacilaron en bautizar estos hechos como «la historia de los ocultistas», atribuyen la muerte del mago a una sobredosis de morfina, a enfermedad o bien a una insuperable resaca feroz de una juerga.

La del Diablo parece una vieja historia moralizadora demasiado truculenta como para contársela a los niños y pueril en exceso como para interesar a los adultos. Sin embargo, creer en la existencia de un ser sin consistencia corporal, con tanta proliferación de ondas electromagnéticas y de realidades virtuales en la vida cotidiana, debería resultar más fácil en el presente. En efecto, no cuesta imaginar a los espíritus puros como quantos de energía electromagnética autoconsciente ... Quizá en ello radique la presente familiaridad del Diablo con ciertos ambientes musicales juveniles. El ánimo transgresor de los adolescentes ha encontrado en el satanismo, el luciferismo y otros cultos diabólicos nuevos estímulos organizativos, como los que ofrecen multinacionales demoníacas tales como la Iglesia de Satán, Wicca, Golden Dawn, Alianza Kripten, el Templo de Set, la Ordo Templi Orienti (OTO), Abraxas, los Cruzados de la Nueva Babilonia, las Legiones de Mithra, y las mil y una logias y sectas de ocultistas y magos negros.

El resultado es sobre todo una forma de vestir, hablar y pensar que apenas tiene otras consecuencias que los conciertos de música heavy metal, black metal, death metal, hard rock, punk, donde los grupos Morbid Angel, Burzum y Emperor, por ejemplo, expresan el poder de las tinieblas, sin saltarse siquiera las ordenanzas municipales que reprimen los excesos sonoros. Los textos de las canciones enaltecen el sexo, el empleo de la fuerza física o la violencia y el consumo de drogas. El estilo musical «satánico» reposa en la provocación constante que comienza en el empleo inmoderado del volumen de emisión, y que pasa por la pertenencia a sectas demoníacas de algunos artistas de rock, como es el caso de Marilyn Manson, quien desde el principio llamó la atención del público presentándose como agente del espíritu del mal y matando gallinas en escena.

Todo cuanto ha salido de allí, de ese nuevo satanismo de escaparate, además de música de muy diversa calidad, es la estética gótica o siniestra, que se complace en la ropa negra, los encajes y vestidos a la moda romántica del siglo XIX para las chicas, pero también la ropa de cuero para los dos sexos, los maquillajes con poderosos contrastes de clarooscuro, donde priman el blanco, el negro, los tonos morados y el rojo sangre, los ojos rodeados de oscuras sombras, los piercings, los crucifijos invertidos, los pendientes que exhiben cabezas de macho cabrío, los tatuajes alusivos, el vampirismo *light* ...

Más allá de esas suaves manifestaciones de rebelión adolescente, las asambleas de devotos de las tinieblas crecen día tras día. Existen decenas de miles de satanistas y otros tantos luciferinos en Europa occidental; hay cientos de miles en Estados Unidos —algunos periodistas han empleado números de siete cifras para referirse a las legiones del Diablo norteamericanas, pero las pruebas son apenas verbales; lo mismo ocurre con los presuntos secuestros y asesinatos de niños durante la celebración de sabbats y misas negras.

Además, el continente americano cuenta con siete millones de devotos practicantes de rituales sincréticos animistas, que mezclan símbolos y mitos cristianos con panteones demoníacos de origen africano, como el vudú, el candomblé —también llamado macumba— y la santería, entre las modalidades de fetichismo de mayor difusión en América; y un número aún mucho más alto de creyentes de ocasión, que visitan las consultas de las madres y padres de los santos, *babalawos*, *awos*, *bunganes*, *bokós* y *mambos*, en busca de remedios para sus males, protección contra hechizos, ayudas para mejorar la suerte, e incluso para contratar sortilegios que les permitan vengarse de sus enemigos o quitárselos de encima, conseguir por ejemplo que a su vecino lo calcine un rayo, o convertir en zombi a su ex marido.

Como se verá más adelante,^[4] la iniciación en los cultos del vudú, la macumba o la santería consiste en principio en la elección de un loa, santo, misterio, dios o espíritu, que resulte semejante, compatible o en armonía, es decir, análogo, al nuevo adepto en el plano «psicológico» o metafísico; un compañero del otro mundo, un cómplice o colega inhumano para que «acompañe y ayude» al devoto humano que le ofrece sacrificios sangrientos. Para la doctrina ortodoxa cristiana, dicho santo, misterio o dios no será otra cosa que el Diablo con una nueva máscara, o alguno de los numerosos demonios, tradicionales agentes de aquél.

En África, la cuna de estos cultos, existen en la actualidad numerosas cofradías de cazadores guerreros; en cuyas ceremonias iniciáticas mayores se devoran los corazones de los enemigos muertos en combate para anular sus almas endemoniadas y funestas ... Otros grupos de cazadores animistas incluso comen sesos humanos con cuchara para robar los dones psíquicos o mágicos del muerto.^[5]

Además de ver ángeles y demonios, a Dios y al Diablo en nosotros mismos, aún más fácilmente las grandes máscaras diabólicas se nos presentan fuera, en el exterior. Resulta más sencillo para los no occidentales, en particular si son musulmanes, descubrir hoy al Diablo en el Gran Canciller de Occidente, que se erige como Sumo Juez, emperador y empresario del planeta, colonizador del sistema solar ... De ahí que los líderes religiosos islamistas, por ejemplo, el *ayatollah* Jomeini, hayan denominado a los Estados Unidos de Norteamérica, el mayor imperio, «Gran Satán». El presidente Bush, a su vez, llamó Satanás al dirigente de Al Qaeda que celebró los atentados terroristas suicidas del 11 de septiembre...

Años antes era el comunismo soviético el que «representaba la política del Diablo». Eso fue

olvidado tras la caída del muro de Berlín, primera parte del derrumbe del comunismo soviético. Hasta entonces, Belial era un correligionario de Lenin, que solía ir tocado con un gorro de visón donde brillaba la insignia de una estrella roja, y pasaba revista a los misiles balísticos intercontinentales en la plaza Roja de Moscú.

Una de las funciones más solicitadas del Diablo, de Satán, ha sido siempre la semántica: servir para la descalificación del enemigo político. La «demonización del adversario», llaman los periodistas a dicha actividad. Es una constante histórica que se denuncien tantos demonios como potencias o fuerzas beligerantes se enfrenten. Se trata de un empleo retórico del espíritu del mal desprovisto de toda incidencia metafísica, aunque el Diablo tenga en primer término una vocación política inexorable, puesto que uno de sus atributos es ser «príncipe de este mundo».

No obstante, hay algunas excepciones próximas en el tiempo en las que en efecto resulta imposible no reconocer una encarnación, una nueva máscara personal del mal supremo. «Hitler — escribió el suizo Denis de Rougemont^[7] en los días de la segunda guerra mundial, en 1944— es bastante demoníaco como para haber despertado nuestros demonios por una suerte de contagio, o más bien de inducción espiritual. [...) el Führer infunde en el ánimo de los más desheredados la ilusión del poder invencible. Repite a todos las viejas consignas del Diablo: "¡No moriréis, seréis como dioses!" . »

Tanto la acción política del nazismo, que combinó el ejercicio de la guerra de conquista con el genocidio antisemita, como su discurso —apego al pasado, a los mitos de «la raza»— e incluso la práctica de un esoterismo de ascendencia satánica explican que el líder del nazismo alemán y artífice de la segunda guerra mundial sea una de las últimas versiones del Anticristo. «A causa de haber experimentado en su presencia una especie de escalofrío de horror, algunos piensan que [a Adolf Hitler] lo habita una Dominación, un Trono o una Potencia ... », puede leerse en otro pasaje del libro citado.

El decano de la Facultad de Teología de Salzburgo, Alois Mager, un católico contemporáneo del nacionalsocialismo alemán, descubrirá en el pensamiento del Führer y en la doctrina del partido nazi una «mística satánica». De hecho, la logia secreta Orden Negro, que reunía a los más altos dirigentes del régimen nazi, en los días del Tercer Reich, se erigió como una iglesia diabólica clandestina que preparaba el advenimiento de «un hombre Dios que enviarán al mundo las potencias cuando hayamos cambiado el equilibrio espiritual», No es por azar que en las sectas diabólicas del presente abunden las insignias y los símbolos nazis.

En el momento del Pecado Original, el Diablo asumió la apariencia de una serpiente locuaz y supo seducir, triunfó. Ante David adoptó la máscara de precursor de la estadística y se impuso con una engañosa trampa. Frente a Jesucristo se comportó como sociólogo, filósofo, sofista, y fue derrotado. Para tentar a los anacoretas, como san Antonio Abad, usó tanto de las máscaras seductoras femeninas como de simulacros de bandejas con exquisitos platos humeantes, y aun las puras y

simples palizas o tratamiento a palos.

Pero muchas veces aforó en el mundo con máscaras que no permitieron su reconocimiento sino muy a posteriori, cuando la obra del mal ya estaba consumada. En sus peores acciones ejerció la autoridad político-religiosa, sobre todo con el pretexto de combatir devociones satánicas, para torturar y asesinar ofreciendo inolvidables espectáculos de crueldad impar.

¿Qué máscaras nos hará conocer todavía en sus nuevas actuaciones o apariciones? La respuesta a esa pregunta constituye el fundamento de toda posible «demonología crítica», si una disciplina así fuera posible.

El mal sigue siendo un asunto sólo humano, como la religión y la política, las armas nucleares y de destrucción masiva en general, el lenguaje y la literatura. Y es preciso estar bien provisto de optimismo, acaso sepultado bajo una imagen óptima (y lapidaria) del mundo, para declarar su inexistencia o trivialidad.

Personalizar dicho mal, asignarle un espíritu, un nombre, una máscara, ha sido una de las primeras actividades de la humanidad. y hoy parece ser, como lo ha sido siempre, un recurso, un trámite psicológico, un ritual ineludible. Por otra parte, el mal en el hombre, además de su expresión histórica, siempre tiene una existencia, ciertas dimensiones personales concretas, que conciernen a la conciencia y a la intimidad de cada persona.

El Diablo que creemos conocer en el presente, rey del infierno, comandante de todos los demonios, es en realidad una máscara bastante reciente, en su mayor parte compuesta por los profetas y hagiógrafos de la Biblia, que tuvo como remate la terrible invención de la brujería satánica por parte de la Iglesia de Roma —y luego de las reformadas—, que a partir del siglo xv declaró la emergencia de una conspiración cósmica del Diablo y de la secta de los brujos, y comenzó a quemar «devotos de Satán» en ceremonias judiciales públicas con diabólica asiduidad y satánica complacencia.

El demonio que encarna nuestro pecado, el tentador, para un psiquiatra agnóstico no será otra cosa que nuestra propia imagen proyectada al exterior. Tal es el punto de vista de la psicología laica (agnóstica o bien atea), que aconseja invertir el aserto del Génesis 1, 27, para postular este versículo opositor —acaso satánico:

Y creó el hombre a Dios a imagen suya, a imagen del hombre lo creó ... , y los creó Dios y Diablo.

El desarrollo del racionalismo, de las ciencias, de la tecnología nada puede contra los mecanismos diabólicos de la magia, que no conocen otros límites que los imaginarios. Por otra parte, ¿tiene alguien la auténtica convicción de que alguna vez la ciencia ofrecerá una respuesta definitiva a las preguntas metafísicas acerca del sentido de la vida, del bien y del mal en el hombre? En otras

palabras: ¿la serpiente mentía o decía la verdad cuando prometió a Eva que seríamos «conocedores del bien y del mal», que seríamos «como Dios»?

Capítulo 1-

METAFÍSICA Y LITERATURA FANTÁSTICA

Cada ser humano tiene una relación personal, íntima, exclusiva, con el mal, y con el goce que promete o procura la transgresión de la norma establecida, el pecado. A menudo el Diabolo parece no ser otra cosa que una proyección de nuestras obsesiones lujuriosas, glotonas, perezosas, soberbias, orgullosas, iracundas... Ello no mengua en absoluto la profundidad del mal supremo, que de paso hincha nuestros orgullos.

Revela el Génesis que antes de crear al hombre Dios pobló el cielo de luminarias y de ángeles que se le asemejaban más aún de lo que luego iba a parecerse el hombre, puesto que los ángeles — igual que los demonios que llegarían a ser muchos de aquéllos después de rebelarse— no tienen carne ni materia alguna que se deje detectar por nuestros sentidos, son del todo espirituales.

Hay allí un concepto, una invención precoz de importancia capital: el espíritu. Puesto que el hombre tiene una voluntad, un «alma», un «soplo», también debían de poseer uno semejante al suyo el sol y la noche, la tormenta, el río, la tierra fértil, la montaña ... ¿Qué otra cosa podía explicar la furia de la naturaleza?

Para aplacarla las primeras comunidades humanas inventaron los sacrificios de otros seres humanos, y con el objeto de domesticar los espíritus de los muertos, y aun apropiárselos, practicaron también el canibalismo.

Las civilizaciones primitivas creían que el buen funcionamiento, el equilibrio del universo dependía de que ellos sacrificaran el número adecuado de víctimas y se comieran tal o cual víscera de aquéllas.

En la antesala de la prehistoria los habitantes de las cavernas y de los palafitos ya imaginaban que los muertos vivían entre las sombras subterráneas y que el fondo del mar estaba habitado por monstruos temibles. Uno y otro dominio pertenecían al mal; tanto el reino subterráneo como el submarino enviaban sus emisarios a éste, el de la superficie. Desde el universo inferior (ínferos), desde el infierno (*Infernu*), se filtraban espíritus, ánimas invisibles de los muertos ... ¿Qué muertos? Los antepasados de la familia, de la tribu, de la nación, que no eran más que soplos desprovistos de forma visible, pero cargados de historia y de afectos.

Eran soplos hambrientos que amenazaba a sus descendientes vivos con regresar del mundo subterráneo para devorarlos ... Al principio, los familiares que sobrevivían a esos muertos intentaban aplacar a los espíritus difuntos rindiéndoles un culto más o menos secreto. Fue así como inventaron a un tiempo los cultos funerarios, la magia, la religión y la literatura fantástica. Ésta al principio se reducía a un solo género, el mitológico.

Si hay un soplo divino, un aliento propicio de Dios que lleva consigo la vida y el bien, hay muchos otros, maléficos, que inspiran discordias, envidias, celos, odio... Los demonios del aire se introducen en la carne, en la sangre de los seres humanos con atroz facilidad.

El Pentateuco abunda en rituales que enseñan a los fieles a practicar purificaciones y exorcismos. El método que recomienda el Levítico (14, 1-7) para curar la lepra es idéntico al que emplean en la actualidad los brujos animistas africanos de Camerún para combatir la jaqueca y otras enfermedades. Y reposa en esta teoría animista: la enfermedad, espíritu malo —demonio tal vez—, que ha llegado desde el exterior al cuerpo del hombre, volando, puede marcharse del enfermo de la misma manera que ha llegado, es decir, volando... por ejemplo en el cuerpo de un pájaro. En el Levítico, el leproso se cura porque un ave echa a volar llevándose consigo al espíritu impuro de la lepra que el pájaro toma del cuerpo humano enfermo.

El Pentateuco, es decir, la Torá de los judíos o los cinco primeros libros de la Biblia, aunque son en efecto antiguos, heredaron historias, cánones y mitos aún más viejos, de origen persa, babilonio, caldeo, hitita, egipcio ... Una de las presencias constantes en todas esas historias, cánones y mitos es el miedo, el terror a los abismos terrestres y marinos.

En sus fondos tenebrosos los mares sólo podían cobijar bestias descomunales, animales de espanto míticos que simbolizan todos los terrores concebibles por la imaginación. Ambos dominios del mal representan dos miedos fundamentales: a la muerte y a la irresistible violencia de la naturaleza; ambos reinos son desconocidos, imprevisibles, crueles.

El mal parece haber sido una de las primeras evidencias que aprehendió la conciencia de la humanidad, fenómeno verificado en el transcurso de los últimos cien mil años.

Al igual que los ángeles, los demonios que nos serán familiares proceden de Mesopotamia, y los que tienen nombre propio han destacado en el servicio de Dios, si son ángeles, o en el triunfo del mal, cuando se trata de demonios.

Los personajes demoníacos, que encarnan el mal en la tradición monoteísta, parecen descender en línea recta de prototipos mesopotámicos, caldeos, acadios, babilónicos...

El politeísmo de la región mesopotámica, donde se veneraba a miles de dioses, ya muestra un rudimento demoníaco en uno de los mitos centrales de su teogonía, el de Tammuz, dios cíclico que muere cada fin de año para descender a los infiernos, adonde acude a buscarlo Inanna, la diosa madre, que, además de su madre, es su amante. En dicho mito hay un dios serpiente llamado Satarán, a quien se considera uno de los posibles antecesores, incluso lingüísticos, del Satán hebreo. Pero ésta no es más que una teoría arqueológica, cuestionada por otras de raíz historicista, lingüística o antropológica.

Hay quien identifica a Satán con Enlil, dios nacido de las relaciones entre las dos deidades que presiden el caos del origen, An (el cielo) y Ki (la tierra). Enlil, cuando llega a la edad adulta, separa a sus padres, se convierte en pareja de su madre y le hace parir cuanto tiene vida en la naturaleza.

A Enlil lo veneraban los acadios como demiurgo, pero su culto no descartaba el miedo, porque además de creador era un temible destructor, es decir, una deidad demoníaca.

El *Enuma elish*, una saga babilónica, cuenta en una tablilla de arcilla que se remonta al siglo XXI a. C. la historia del dios babilonio Marduk. Apsu y Tiamat, sus padres, deben hacer frente a la rebelión de sus hijos, entre los cuales está Marduk. Éste consigue darles muerte y ocupa su lugar.

Además de esos grandes demonios, el panteón babilónico contaba con muchas otras divinidades, responsables de enfermedades, catástrofes naturales y toda clase de males humanos. Una de ellas, que tendría una brillante andadura como seductora de Adán y reina de los súcubos en la futura tradición judeocristiana y musulmana es Lilith o Lilit (Lilitu en lengua acadia), que aparecerá en las narraciones talmúdicas de la civilización hebrea.

Más allá de la historia de las religiones, las pinturas rupestres de Europa occidental que han descubierto diversas excavaciones arqueológicas atestiguan creencias y cultos mágicos con cincuenta mil años de antigüedad, como es el caso de las encontradas en el yacimiento francés de Trois Frères,^[8] que prueban la vigencia religiosa de un animismo mágico que parece haber presentado características semejantes en todas las civilizaciones del planeta.

El progreso técnico, el creciente dominio de la humanidad sobre la naturaleza acabó por erradicar el terrorismo de las representaciones del universo y, en general, por suavizar las costumbres de la humanidad. Hace ya mucho tiempo que ésta no ofrece a sus hijos en sacrificio a las terribles deidades, o en otras palabras: en el presente los sacrificios humanos constituyen delito de homicidio. No obstante, los fantasmas y espíritus vampiros que inventaron los caldeos permanecen en nuestra cultura, en el presente, convertidos en personajes o seres de literatura fantástica; ya no aterrorizando, sino jugando a hacerlo desde la literatura y el cine.

Pero aunque las grandes civilizaciones ya no recurran a las espantosas ceremonias homicidas o caníbales para aplacar a los espíritus o ganar a éstos la partida mágica, la humanidad sigue creyendo en los espíritus, a pesar de la electrónica, la mecánica cuántica y la carrera espacial.

Si los demonios nacieron de la imaginación humana, ésta se aplicó luego a inventar la magia para gobernarlos, y las religiones y disciplinas esotéricas para comprenderlos; la teúrgia y las magias blancas, para aprovechar la benevolencia de los «buenos», la brujería y la magia negra, para forzar a los malos a actuar en beneficio del mago. Y más tarde inventó la demonología para que los inquisidores pudieran clasificarlos y sobre todo para facilitar la tarea de desenmascarar a los brujos, y a las brujas en especial, pues casi siempre,^[9] como se verá mas adelante. las agentes del Diablo

han sido mujeres.

Esta actividad, cuyo origen se pierde en el más remoto pasado, no sólo perdura en el presente, sino que además ha experimentado un notable desarrollo en los últimos años. Si los magos ya se anunciaban en las pinturas rupestres de la época prefigurativa, hace unos 50.000 años, hoy en día prefieren la mejor difusión de la televisión e Internet, aunque la doctrina que practiquen no haya cambiado en lo esencial en el transcurso de los últimos milenios. La magia animista es, en efecto, aún más vieja que el Diablo.

Este último, tal como lo conocemos en la actualidad, es una creación reciente de teólogos cristianos adscritos a la Iglesia de Roma, que prosiguieron la historia de Satán, comenzada en el Antiguo Testamento, en el punto en que la dejaron los hagiógrafos judíos. En su origen, Satán era un espíritu que mantenía con Dios Padre, con Yahvé, unas relaciones en general disciplinarias, de subordinado.

Hay tres hipótesis previas a la aparición del Diablo:

- 1) Dios crea a los ángeles, y los hace semejantes a Sí mismo: puros espíritus (2.º y 4.º días).
- 2) Dios crea a los seres humanos (macho y hembra) semejantes a Sí mismo, en espíritu, pero sólo en parte, porque los hace de carne, sustancia extraña a Dios y a los ángeles, que elabora con barro al cual anima con su soplo (6.º día).
- 3) Los demonios son ángeles rebeldes. Semejantes en espíritu a Dios, y por ende a los hombres. En consecuencia, los hombres se parecen a los ángeles y a los demonios en lo que éstos tienen en común también con Dios: el espíritu. Puesto que la carne es sólo atributo del hombre, la semejanza no puede ser más que espiritual.

Las tres implantaciones sucesivas del mal

Primera implantación: Samael, Satán, con máscara de serpiente, tienta al hombre a través de la mujer, a ser «como Dios», ofreciéndole el conocimiento «del bien y del mal»... De ello, como se sabe, resultó el pecado, la sexualidad, la pérdida del paraíso primigenio, la muerte y la historia de la humanidad. Y también —añadirán los cristianos— el advenimiento de una Segunda Eva que concebirá siendo virgen, el nacimiento de Jesucristo, y la acción redentora de su palabra, hechos, pasión y muerte.

Segunda implantación: Caín da muerte a Abel e introduce el homicidio en el mundo. Es la segunda irrupción del mal entre los seres humanos que presenta el Antiguo Testamento. Con el transcurso de los siglos, y aun de los milenios, los exegetas, comentaristas de los libros santos, observarán que Samael —Satán, al que luego los griegos llamarán Diablo— había tenido mucho que ver en el primer asesinato de la historia, en realidad obra suya, bajo la máscara de Caín.

Lo que se verá, en síntesis, es que todo el mal, que no puede proceder de Dios, que es el Sumo Bien, es obra del Diablo. Pero en el Antiguo Testamento hay diversos nombres de espíritus impuros: Satán, Belzebut, Belial, Behemot, Asmodeo, Azazel... y los Escritos Apócrifos del Antiguo Testamento aportan otros nombres como Shemihaza, comandante de los doscientos vigilantes lujuriosos, y Mastema, que obtiene el diezmo del Omnipotente y renueva en cierto modo la función de acusador o fiscal de almas que tiene el Diablo en la teología cristiana.

Tercera implantación: Siete generaciones habían pasado desde Adán y Eva, cuando en los tiempos de Jared, del linaje de Set, una considerable cantidad de ángeles guardianes (doscientos), también llamados vigilantes, se tentó a sí misma.

En primer lugar, ¿qué custodiaban esos vigilantes? El orden del cosmos: por ejemplo, que las estrellas no se desviarán de las trayectorias previstas por Dios, que los cometas se desplazaran por el cielo como es debido, y no a tontas y a locas... ¿Qué tentaba a esos espíritus vigilantes? ¡Querían hacer con las hijas de los hombres lo que éstos solían hacer, es decir, unirse a ellas, penetrarlas, copular! Sí, tal es la abominación: los ángeles vigilantes querían «conocer» a las mujeres, entregarse a la lujuria. Y ello a pesar de no tener carne en absoluto (lo cual es gran prodigio).

Doscientos ángeles se rebelan no sólo contra Dios, que les había encomendado una misión sideral macrocósmica, sino también contra su propio ser o naturaleza espiritual: aunque eran sólo espíritu querían gozar con las mujeres humanas e incluso conseguir descendencia con ellas. Abandonaban el macrocosmos por el microcosmos doméstico.

Lo hicieron, pero al precio de engendrar linajes descomunales y feroces. Fue así como la tierra se llenó de nefilims monstruosos, criaturas de gran soberbia y terrible apetito, que no tardaron en descubrir lo mucho que les gustaba devorar carne humana. La dieta antropofágica de esos desmesurados hijos de los ángeles guardianes, vigilantes o egrégos, fue tanto más temible porque intentaba aplacar un apetito en armonía con las colosales dimensiones de esos híbridos, cuya estatura era de trescientos codos en el momento de nacer. En otras palabras: en el momento de ser paridos por sus madres humanas, los nefilims eran diez veces más grandes que (el gigante) Goliat. Ese campeón filisteo, a quien daría muerte David en el futuro.^[10] con sus apenas seis codos y un palmo de estatura (3,20 m), resulta en efecto una especie de microbio entre nefilims. Los gigantes recién nacidos tenían tallas de alrededor de ciento cincuenta metros, y puesto que gozaban de un apetito acorde con sus dimensiones, no tardaron en comerse todos los rebaños y cosechas de la humanidad, y

cuando ya no hubo otra cosa que echarse al estómago, comenzaron a zamparse a los hombres y mujeres de la tierra ... ¡Y la carne humana les gustó mucho!

Eso explica con diáfana claridad la cólera de Dios contra los guardianes, que se convierten en los principales agentes de la concupiscencia. El Creador, que había procurado a los guardianes o vigilantes una constitución del todo espiritual, asiste al blasfemo espectáculo del monstruoso apetito de la carne humana que exhiben los nefilims, que habían engendrado los vigilantes en las mujeres...

Una aberración blasfema por la que Dios haría llover sobre esa carne viciosa cuarenta días con sus noches. Dios castigaría a los vigilantes, a sus monstruosos hijos y, en tercer lugar, a toda carne, tanto la de los predadores mestizos o híbridos, por hijos de la lujuria, glotones y asesinos, como la del resto de los seres vivos que había creado.

Voy a exterminar al hombre que creé de sobre la faz de la tierra; y con el hombre, a los ganados, reptiles y hasta las aves del cielo, pues me pesa haberlos hecho. (Gen. 6, 7)

Eso fue el Diluvio Universal: la solución radical contra el canibalismo que instalaron los gigantes, hijos de los ángeles guardianes, que llegaron del cielo; el Diluvio que en principio quiso acabar con toda carne, y que de hecho habría acabado con ella de no haber tenido Enoc un bisnieto llamado Noé, a quien Dios decidió salvar.

La Biblia apenas dice algo acerca de las relaciones amorosas entre las mujeres y los «hijos de Dios», los ángeles guardianes. Pero el Libro de Enoc narra los aspectos más blasfemos de esa historia, que a todas luces ha sido expurgada del Antiguo Testamento. Lo hace de manera alegórica y en un estilo recurrente en la Biblia: visiones aportadas por sueños, en los cuales el autor permanece con «los ojos abiertos». Veta recurrente de la literatura profética, desde Isaías hasta san Juan, en el Nuevo Testamento: los profetas «sueñan despiertos», como los poetas, como los narradores de historias fantásticas o maravillosas.

Enoc, el autor del Libro de Enoc que después de los hallazgos realizados en Qumrán en 1947, donde se encontraron fragmentos del original arameo, se titula Libro de los Guardianes, no es menos legendario que la historia que cuenta.

Enoc es un nombre de temprana aparición en la Torá. El primer patriarca que lo lleva es el hijo primogénito de Caín (Gen. 4, 17), acerca del cual algunas tradiciones talmúdicas aseguran, con buenos fundamentos, que era en realidad el hijo de Samael, o del Diablo. Hace casi tres mil años que los rabinos descubrieron o postularon que al tiempo de quedar preñada de Caín, Eva, que había sido abandonada por Adán, se había convertido en amante de Samael, el mismo demonio que con máscara de serpiente la tienta en el capítulo 3 del Génesis.

Además de lo que pueda conjeturarse o intuirse, existen ciertos indicios artísticos acerca de una

bronca matrimonial entre Eva y Adán, contemporánea de la expulsión del paraíso^[11] Por otra parte, es hecho conocido que Samael seduce a las mujeres con una eficacia digna de él, esto es, diabólica.

Lo primero que hicieron Adán y Eva apenas estuvieron fuera del Edén fue marcharse cada cual por su lado. Así fue como Eva, después de caminar un buen rato a solas, se encontró por segunda vez con el demonio Samael, ahora debajo de un baobab.

El demonio —aseguran las tradiciones rabínicas— ya no se parecía en nada a una serpiente: en esta ocasión se presentaba como un hombre de agradable apariencia, aunque de mirada muy incisiva, frío aliento, y con el pelo rojo.

Hubo una atracción recíproca... Casi en seguida engendraron al primer hijo de la pareja primordial, que con el tiempo iba a ser el primer asesino de la historia: Caín, hijo de Samael (la serpiente, Satán), especie de caballo de Troya demoníaco, introducido por el Mal entre los seres humanos por segunda vez, ahora en forma de asesinato fratricida.

Hasta el día en que Caín aplastó el cráneo de su hermano Abel —hijo de la reconciliación de Adán y Eva—, ningún ser humano había muerto en el mundo. Caín funda tres catálogos: el de los hijos nacidos de adulterio, con su propio nombre; el de los seres humanos muertos, con el de su hermano Abel, a quien asesina y que es el primer fiel difunto de la historia; por último el de los asesinos, también con su propio nombre.

El mal parece codiciar la progresión aritmética. ¿A quién no darán muerte los hombres ahora que Caín ha ofrecido el terrible ejemplo? Dios, al principio, se opondrá a la amenazadora proliferación del homicidio protegiendo la vida del asesino de Abel: «Si alguien matare a Caín, será siete veces vengado» (Gen. 4, 15). Muchos años después, en una de sus hermanas, acerca de cuyo nombre existen diversidad de opiniones, Caín habría engendrado un hijo que fue el primer Enoc, quien a su vez puso en marcha la línea Irad > Mejuyael > Matusael > Lamec... Y Lamec, por error, mató a su antepasado Caín, al cual confundió con un animal mientras cazaba.

La obra de Lamec no acaba allí. Además inventa la poligamia, es el primer hombre que toma a dos mujeres como esposas, Ada y Sela, a quienes trata con desplantes rufianescos, y profetiza:

Mujeres de Lamec, dad oídos a mis palabras. Por una herida mataré a un hombre [...] Si Caín sería vengado siete veces, Lamec lo será setenta veces siete. (Gen. 4,23)

Sin embargo, Ada y Sela, a pesar del estilo con que Lamec les hablaba, lo zurraban a dúo. Es un hecho muy comentado por las tradiciones talmúdicas. Pero eso no es todo; además, en la familia de Lamec se practicaba la magia más tenebrosa, y una de las hijas de Lamec puede ser considerada si no madre, al menos sí comadrona de una legión de demonios paridos por la súcubo Lilith, a quien la hija de Lamec servía.

«La mayoría de las mujeres están habituadas a la brujería», asegura el Talmud. Durante algo más de dos siglos la Iglesia de Roma dio por cierto que las mujeres no tenían alma. Desde hace unos tres milenios, poco más o menos, todas las autoridades religiosas monoteístas, es decir, rabinos, sacerdotes y *mullah* musulmanes, las consideran aliadas activas de Satán, el Diablo y Satán/Iblis, respectivamente. Los gnósticos fueron de la misma opinión: «¡Eres la puerta del Diablo, mujer!», gritaba Tertuliano a su prima Rosamunda en el siglo III. Numerosos santos advirtieron que ellas tienden al pecado con la misma naturalidad con que los hombres se orientan hacia los santos pensamientos. «Criatura ocasional y accidental», la llama santo Tomás de Aquino. «Busca en el pacto con el Diablo y en los maleficios el medio de satisfacer su vengativa lascivia», escriben acerca de las mujeres en general los dos inquisidores alemanes autores de *El martillo de las brujas* (*Malleus Maleficarum*). Yeso mismo creyeron los inquisidores de la Baja Edad Media y de los siglos posteriores.

Con el gran pecado, el homicidio (por envidia, en este caso), la segunda introducción del mal en el mundo también siembra el germen del drama familiar, realista.

Será un descendiente de Set, hermano de Caín y sustituto de Abel, el encargado de narrar la tercera introducción u origen del mal en el mundo. El autor, que escribió el Libro al mismo tiempo que inventaba la escritura, era hijo del patriarca Jared y se llamó Enoc, o bien Enós o Enoch e incluso Janós.

Su libro, vendría a ser —en la metaficción del propio texto— el primero escrito en lengua aramea/hebraica de la historia. Son numerosos los títulos de los Apócrifos del Antiguo Testamento que se ocupan de la rebelión de los guardianes. El Libro de los jubileos, por ejemplo, cuenta una historia diferente. Dice que los ángeles llegaron a la tierra enviados por Dios, con una misión didáctica, pero las mujeres en seguida los sedujeron. Otro tanto postula el Testamento de los doce patriarcas.

El apócrifo titulado La vida de Adán y Eva, que se remonta al 100 a.c., explica que la rebelión de Satán se produjo cuando el arcángel Miguel pidió a todos los ángeles que adoraran al hombre. La revelación coránica es muy semejante.^[12]

Las especulaciones de la demonología tienen como punto de partida literario los textos apócrifos condenados por la Iglesia, o al menos no incluidos en el canon.

Enoc, bisabuelo de Noé, estaba tan lleno de virtudes a los ojos de Dios que éste se lo llevó al cielo en vida y joven, cuando tenía sólo trescientos sesenta y cinco años, que para los antiguos patriarcas era la tierna juventud. Por algo Northrop Frye, teólogo protestante y erudito en literatura comparada, escribió —igual que el crítico norteamericano Harold Bloom— que el Yahvé del Antiguo Testamento antes que un Dios Creador parece ser un carácter humano profundo, imprevisible y violento, como el del rey Lear.

Enoc, hijo de Jared, hijo de Mahalalel, hijo de Kainan, hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán..., no en vano es el séptimo patriarca desde Adán: será el testigo fundamental de la tercera introducción del mal, esta vez no por uno sino por doscientos ángeles guardianes, también llamados egrégoros, que estaban repartidos en diecinueve escuadras o décadas de vigilantes, cada una de ellas con un jefe. El mando general de los ángeles, y por ende, el de la sublevación, correspondió a Shemihaza —o Semiaza—.

Éstos son los nombres —y significados— protagonistas de aquellos sucesos:

Comandante general:

Shemihaza: «Mi nombre ha visto»

Jefes de décadas:

Ar'taqof: «La tierra»

Rama'el: «Quemadura de Dios»

Kokab'el: «Estrella de Dios»

Taru —'el: «Espía de Dios»

Ra'ma'el: «Trueno de Dios»

Dani'el: «Juez de Dios»

Zeq'el: «Rayo de Dios»

Baraq'el: «Relámpago de Dios»

'Asa'el (Azazel): «Dios ha hecho»

Hermoni: «Del (monte) Hermón»

Matra'el: «Lluvia de Dios»

'Anan'el: «Nube de Dios»

Sato'el: «Invierno de Dios»

Shamsi'el: «Sol de Dios»

Sahari'el: «Luna de Dios»

Tumi'el: «Perfección de Dios» Turi'el: «Montaña de Dios»

Yomi'el: «Día de Dios»

Yehadi'el: «Dios será guía»

Estos jefes de décadas, o decurias, cada cual con su pequeña unidad de espíritus, desertaron de sus puestos entre las estrellas del cielo, después de haber decidido unirse a las mujeres humanas y tener descendencia. Esto sucedió en los días de Jared, padre de Enoc.

¿Por qué los ángeles quisieron descender del cielo a la tierra y unirse a las mujeres siendo ajenos a la carne, y por ende, al deseo?

Para quienes sostienen el punto de visto arqueo-antropológico, se trata de una idea babilónica: como hijos del matrimonio formado por el cielo y la tierra, que ocupan el espacio intermedio entre

uno y otra, los ángeles tienen derecho tanto a ascender al cielo como a descender a la tierra.

En la magia babilónica más antigua existen cánticos para conjurar las enfermedades que descienden desde las estrellas del cielo, que entre otras incluyen la fiebre, los mareos y los resfriados, males atribuidos a los demonios hijos de Ea y de Nergal.^[13]

Para los titulares del punto de vista historiográfico, los que importan son los gigantes, la descendencia de los guardianes rebeldes, con quienes los autores de los textos bíblicos habrían querido simbolizar a los antiguos ocupantes de Palestina, elamitas, amonitas, moabitas...

Desde un marco textual estricto, parece evidente que los guardianes, egrégores o vigilantes descendieron a la tierra —a la cima del monte Hermón— ¡por envidia .. !

¿Envidia de qué? Envidia de la carne, que el hombre tiene y ellos no. Envidia de las mujeres, que los hombres tenían y ellos no, envidia de los besos de ellas, que los hombres recibían pero no ellos... El mito tiene, en efecto, algún detalle propio del bolero caribeño. Envidia de la condición humana, en suma: los ángeles toman por asalto a las mujeres de los hombres.

Podemos leer en el Corán (Azora VII, El Muro, aleyas 10-12):

Os hemos creado, a continuación os hemos formado, en seguida dijimos a los ángeles: «Postraos ante Adán». Todos se postraron, con excepción de Iblis, que no estuvo entre los que se postraban. Dios preguntó: «¿Qué impide que no te postres, cuando te lo mando)». Respondió: «Yo soy mejor que él. Me creaste de la luz y a él le has creado de barro». Dios dijo: «¡Baja del Paraíso, pues no es propio que te enorgullezcas en él! ¡Sal! Tú estás entre los desdeñados» .^[14]

Orígenes, un gnóstico griego y de los primeros catequistas cristianos, había sostenido esa misma doctrina en el siglo III, que san Ambrosio, san Jerónimo y san Agustín adoptarían. Puede conjeturarse que los vigilantes también estaban orgullosos de su factura —el 4.º día de la Creación, junto con las grandes luminarias y otros objetos celestes— y que por ende se sintieran con perfecto derecho al amor de las mujeres. No podía ser designio concupiscente, porque son sólo espíritu y la concupiscencia es fruto de la carne.

Los egrégores darán el siguiente paso en la envidia: usar de las mujeres de los hombres, obrar en la carne, arrogarse una carne que no tienen.

Yahvé toma medidas urgentes: envía al arcángel Uriel para que advierta a Noé acerca del Diluvio que producirá en el futuro inmediato. Al arcángel Rafael le manda arrojar a Azazel (o Asa'el) atado de pies y manos en un lugar donde permanecerá hasta el día del Juicio Final. Y el jefe general de los doscientos, Shemihaza, fue encadenado por el arcángel Miguel durante «cuarenta generaciones», es decir, unos dos mil años. De ahí el castigo de Dios: acortar el plazo de caducidad de la carne, del cuerpo humano. Novecientos sesenta y nueve años viviría el hijo de Enoc, Matusalén, novecientos treinta duró la vida de Adán y algo más la de Noé, pero Dios redujo la de las

generaciones posteriores al Diluvio a ciento veinte años.

A partir de estos mitos y textos la Iglesia construyó la novela del Diablo y la brujería satánica que dominó Europa occidental a partir del siglo xv: «Dios confió el cuidado de los hombres y de las cosas terrestres a los ángeles. Pero los ángeles, transgrediendo esa orden, establecieron relaciones con las mujeres y tuvieron hijos que se convirtieron en demonios», escribió san Justino.^[15]

Tertuliano añade a esa idea de Justino una información importante: los ángeles habrían sucumbido a la belleza de los vestidos y las joyas que usaron las mujeres para deslumbrarlos, seducirlos, provocar su caída... En otras palabras, las mujeres son corresponsables de la tercera implantación del mal.^[16]

Con la doctrina que el papa Inocencio VIII expone en una bula de 1484 y el manual para cazar brujas de Sprenger y Kramer, que se tituló *El martillo de las brujas (Malleus Maleficarum)*, el Diablo acabaría el proceso de personificación del mal por todo lo alto.

En los siglos XVI y XVII se convierte en presencia habitual de los sabbats, juntas, asambleas o aquelarres, tiene diversos nombres, según los países y las regiones, lleva cuernos de macho cabrío, y uno suplementario, en mitad de la frente, que le sirve para iluminar la escena y tiene forma de pene.

-Capítulo 2

EL DEMIURGO Y SU PAREDRO^[17]

Al principio de los tiempos los humanos parecen haber decidido que tantos incidentes y accidentes como los que despachaba la naturaleza no podían ser casuales, que debía de haber numerosos espíritus, muchas almas, voluntades parecidas a las humanas detrás del sol que se presentaba en cada amanecer para ocultarse con el crepúsculo, y en el rayo, las crecidas de los ríos, las borrascas, las plagas, el poder despiadado de los elementos... La primera ocupación magicorreligiosa de los hombres consistió en animar, en dotar de alma (o anima) a cada fuerza natural, objeto celeste o topográfico susceptible de deparar prosperidad o miseria, dicha o dolor ...

Para la humanidad, la naturaleza siempre estuvo poblada de espíritus. Todo árbol, monte, lago o río era la casa o el reino de algún espíritu; y los fenómenos naturales en su conjunto, desde la muerte hasta la sucesión de las días y las estaciones, obra de dioses y demonios.

Pero además de esos espíritus ajenos a la humanidad o exteriores, estaban los de los muertos. Para la mayoría de las sociedades primitivas, las almas de los muertos se convierten en demonios. Los indios de las selvas venezolanas, por ejemplo, creen que los espíritus de los difuntos se ocultan en la selva para convertirse en genios malignos. Y esa misma creencia se repite entre aborígenes de Australia, Nueva Zelanda, África subsahariana o Indochina ...

Los humanos primitivos temían sobre todo a las almas de los magos y nigromantes muertos, a las que solían atribuir tanta peligrosidad como a los demonios que causaban las enfermedades, las catástrofes naturales o la muerte.

En cambio, los antepasados de la familia o de la tribu normalmente eran deificados. El culto de los antepasados muertos, que tuvo gran importancia entre los romanos de la Antigüedad, que los veneraban como dioses lares, persistió en China y en el sintoísmo de Japón hasta el presente, y también, en menor medida, perdura en las tradiciones hinduistas.

En general las comunidades primitivas veneraban a los espíritus de los jefes y patriarcas difuntos. Pero además, cada familia dirigía oraciones particulares a sus propios muertos. Y éstos, que eran muy exigentes en materia de honores fúnebres, no vacilaban en imponer duros castigos a los vivos que olvidaban realizar las ofrendas debidas o que incumplían las normas rituales. Los castigos solían ser la enfermedad y la muerte.

El espíritu que regía o reinaba en el primitivo país de los muertos, casi siempre subterráneo, es uno de los primeros precursores de Satán. En efecto, entre las más tempranas configuraciones del Diablo, destaca la dignidad o función de «rey o dios del país de los muertos», tradicionalmente

situado *ad inferos*, bajo tierra, en el subsuelo profundo (*infernus*).

El mito acadio^[18] de Nergal y Ereshkigal narrado en un poema asirio simboliza las bodas del cielo y el mundo subterráneo, la reconciliación entre la vida y las sombras sepultadas bajo la tierra. Ereshkigal, la reina de los muertos, que es seducida y luego abandonada por Nergal, consigue doblegar la voluntad de éste con una amenaza literalmente infernal:

Haré que los muertos asciendan y devoren a los vivos, haré que allí arriba haya más muertos que vivos.

Esto anuncia la despechada Ereshkigal a su abusivo amante Nergal, para obligarlo a casarse con ella. Esa antigua diosa, que desempeña en el mito mesopotámico la misma función de regente infernal que tendrá el Diablo algunos milenios más tarde, atestigua la calidad primigenia del terror al regreso de los muertos, que acosó a la humanidad desde el origen de la civilización.^[19]

Por su parte, la diosa Ishtar, del mismo panteón, a causa del despecho que le inspira el rechazo de Gilgamesh, formula ante Anu (o An), su padre, una amenaza idéntica: hacer que todos los muertos regresen al mundo desde el infierno, a menos que Anu acceda a crear el Toro Celestial.^[20] con el cual quiere dar muerte al galán que la ha humillado. Anu se toma la amenaza filial muy en serio, puesto que crea al Toro Celestial.

Pero otro mito de esa misma divinidad femenina, relativo a Tammuz, refiere por su parte el fracaso de Ishtar, divinidad del amor y de la fertilidad, para conquistar el reino de Ereshkigal. O en otras palabras: la imposibilidad de abolir la muerte, y la separación radical entre vivos y muertos, entre los mundos de unos y otros. Tammuz muere cada año en el solsticio de verano, para renacer en el de invierno. Los seres humanos harán de su ejemplo la promesa o esperanza de una existencia póstuma, de una vida ultraterrena. Los sumerios, que fueron precursores religiosos del monoteísmo en todo sentido, relacionaron la ausencia/presencia alternativas del dios con el destino de las almas de los seres humanos después de la muerte. Éstas podían aspirar en el futuro al disfrute de un privilegio semejante al de Tammuz: acceder, incluso periódicamente, a otra vida, después de la muerte, desde el infierno.

Satán con máscara femenina, Ereshkigal, reina del mundo de los muertos, e incluso generala de ejércitos de muertos, cuando a causa de la pasión amorosa da en la cólera guerrera, es tan emblemática como el lema que puede leerse en la entrada del infierno dantesco, aconsejando a quienes han llegado hasta allí abandonar toda esperanza de regreso. La diosa del infierno no permite a sus súbditos que abandonen el reino, pero cuando la pasión la desborda, puede invadir el mundo de los vivos a la cabeza de un enorme ejército de muertos.

Entre los muchos dioses que tuvo el Antiguo Egipto, por su maldad destacaba Seth, el dios rojo del Alto Egipto, señor del rayo, del simún, del siroco y de la peste, al que desde el principio se consideró una auténtica encarnación del mal. Asesinó a su hermano Osiris, quiso violar a su sobrino

Horus ... Los griegos hicieron de Seth un titán espantoso, a quien llamaron Tifón, que luego los cristianos convertirían en demonio.

Seth era más y era menos que el Diablo: un demonio con máscara cosmogónica, capaz de mudarse en reptil sidéreo para atacar la barca del Sol dos veces al día y hacer que el ciclo de día y noche pueda continuar, es sin duda más que el gran espíritu del mal en el monoteísmo, desprovisto de toda responsabilidad sideral. Pero el Diablo, por su función de acusador de todas y cada una de las almas humanas a la hora del Juicio Final, obstinado y perpetuo tentador de los hombres; difamador permanente de Dios ante todos los hombres y mujeres de la historia, es omnipresencia de la maldad, y no tiene igual en las religiones politeístas.

Zoroastro, o Zaratustra, reformador religioso iraní acerca de cuya historicidad, en particular en lo que respecta al tiempo en que vivió, no hay acuerdo, habría establecido en el norte de Irán hacia los siglos VI y VII a. C. las bases del dualismo religioso. Los historiógrafos contemporáneos de las religiones han observado que el *Zend Avesta*, libro sagrado que se le atribuye, y que está compuesto por cinco partes que reúnen dieciséis himnos (*gathas*), muestra tal unidad estilística y de pensamiento que sólo puede haber sido compuesto por una persona.

Para Zoroastro o Zaratustra, el origen de todo es un principio impersonal al cual llama Ahura Mazda o Zervan, que puede identificarse como el Tiempo. Éste crea a dos demiurgos, es decir, a dos dioses o principios creadores del mundo, que son complementarios: Ormuz, «infinito por lo alto», y Ahrimán «infinito por lo bajo».

Los gemelos Ormuz y Ahrimán se ocupan de la obra de cada uno de los seres humanos, al igual que lo harán Dios y Satán en las religiones monoteístas.

Ahrimán, el «infinito por lo bajo», es príncipe de las Tinieblas y jefe de los demonios en el mazdeísmo. Y sobre todo es enemigo encarnizado e irreconciliable de su hermano Ormuz, el «infinito por lo alto» y «eterno». Informa Plutarco en sus *Vidas paralelas* de que los persas creían a Ormuz «nacido de la pura luz, y a Ahrimán de la oscuridad absoluta»; de ahí que estuvieran en guerra constante.

Ormuz crea seis dioses: el de la buena voluntad o bondad; el de la verdad; el de la equidad; el de la sabiduría; el de la prosperidad; el de la belleza.

Ahrimán, paredro de Ormuz, por su parte, engendra otros tantos contradioses o males, que son seis genios malignos: los malos pensamientos/mala voluntad; el fuego destructor; la flecha de la muerte; el orgullo y la arrogancia; la sed; el hambre.

La tentación de Ahrimán a Zoroastro o Zaratustra

Ahrimán, tal como ocurrirá siglos más tarde con las tentaciones de Jesucristo en el desierto, que refieren los Evangelios sinópticos, se acercará a Zoroastro o Zaratustra, según refiere el Avesta, con las peores intenciones: darle muerte. A esos efectos, envía contra el profeta —«hijo de la verdad»— a uno de los suyos, el demonio Druj («el engaño», hijo de la mentira). Con sólo rozar al santo, Druj podría acabar con él, pero lo cierto es que en el momento decisivo, el demonio no se atreve a acercarse e interrumpir la reflexión en la cual está empeñado el hombre santo, junto al lecho de un río. Druj se marcha sin intentar nada.

Ahrimán tendrá que ocuparse del profeta de manera personal. Lo hace, pero cambia el designio: en vez de asesinarlo decide tentarlo. El texto de su oferta resulta familiar a los lectores de los Evangelios: Ahrimán promete a Zoroastro que si renuncia a la devoción hacia Ahura Mazda —o Zervan— lo convertirá «en rey de toda la tierra» ... La propuesta de Ahrimán es casi idéntica a la segunda tentación de Satán a Jesucristo en el desierto. Zoroastro la rechaza de manera inflexible: Ahura Mazda es su dios; la maniobra de Ahrimán acaba en fracaso, como la visita de Druj, su emisario. El demiurgo del mal se da por vencido.

Ahrimán, el paredro de Ormuz, también demuestra ser la prefiguración de Satán, o del Diablo, por el final que le promete la profecía zoroástrica: tras doce mil años de historia —la conclusión de cuatro ciclos de tres mil años cada uno—, Zoroastro, o Zaratustra, regresará encarnado en «Salvador» (o «mesías») para derrotar a Ahrimán de forma radical, devolver a los hombres la inmortalidad e instaurar el reino de la luz de manera definitiva, es decir, por los siglos de los siglos.

La semejanza entre estos pronósticos y el texto del Apocalipsis de san Juan salta a la vista. Tanto más por cuanto, en el mazdeísmo, al igual que en el cristianismo, Ahrimán, después de haber llevado la devastación al género humano (en forma de peste, de hambrunas, de guerras), resultará aniquilado por las calamidades de su propia creación y desaparecerá. También en ello es semejante al Diablo. Pero a diferencia del Apocalipsis de san Juan, esta profecía tiene plazo cierto (tres ciclos de cuatro milenios: doce mil años).

Un autor caldeo del siglo IV, Beroso, cuya opinión comparten muchos demonólogos, aseguró que Zaratustra era en realidad Cam, el hijo de Noé, a quien éste maldijo.^[21] Sostuvo el historiador caldeo que Zaratustra fue el inventor y difusor de la magia negra.

Los cabalistas, de origen hebreo, lo han identificado en cambio con Jafet, uno de los hijos bendecidos por Noé. Friedrich Nietzsche, por su parte, se limitó a convertirlo en su otro yo poético.

El mazdeísmo fue religión oficial de los aqueménidas, pero en 320 a.C, Alejandro Magno —a quien por otra parte se ha señalado como hijo de un demonio íncubo— dispuso que esta doctrina

fuera borrada de la faz de la tierra, es decir, de Persia. Sus tropas, además de arrasar templos y exterminar sacerdotes, quemaron los manuscritos de Persépolis. Sin embargo, transcurridos unos quinientos años, otro profeta, llamado Mani —o Manes—, rehabilitaría la doctrina de Zoroastro, cuyos textos literarios metafísicos y fantásticos pudieron reconstruirse en buena parte, gracias a los fragmentos conservados, por parte del llamado «maniqueísmo», que floreció durante la dinastía sasánida.

Hacia mediados del siglo III d. C., Mani emprendió una síntesis entre el cristianismo y el dualismo persa. En su sistema, el universo es la obra de dos principios creadores eternos, uno de ellos espiritual, regido por un príncipe de la Luz, y el otro material, gobernado por el príncipe de este mundo, cuyo nombre es Satán o Satanael. En la religión maniquea los seres humanos, hechos de materia y visibles, no son creación del Dios bueno o príncipe de la Luz, sino de Satán, el «dios malo», que tuvo a su cargo la formación de todas las cosas materiales y visibles. El buen Dios, en cambio, se ocupó de crear todas las cosas invisibles e inmateriales.

Los maniqueos rechazaban el Antiguo Testamento en bloque y buena parte del Nuevo. Predicaban la redención de la humanidad gracias a la verdad y a la sabiduría que les aportaría el Espíritu Santo, el Paracleto, que no era otro que el propio Mani y su doctrina. Proponían ideales ascéticos de vida, y combatían la gula y la lujuria mediante el ayuno y la abstinencia sexual en la medida de lo posible.

La religión maniquea, que fue perseguida y exterminada por los musulmanes tras la dominación de Persia en 637, consiguió difundirse por Asia y Europa, gracias a los devotos de la doctrina que lograron eludir a sus perseguidores islámicos y emigrar. En el Extremo Oriente, dio origen a la religión parsi en la India, mientras que en Asia Menor y Europa dio lugar a diversos cultos, como fueron las religiones de los arrianos, bogomilos y cátaros, que la Iglesia de Roma combatió como herejía, hasta el aniquilamiento total de sus devotos, a finales del siglo XIII.

Las hogueras en las que ardieron los cátaros anunciaron los autos de fe contra «la magia satánica de las brujas» de siglos venideros.

El evangelio cátaro del Pseudo Juan, texto canónico de esa confesión dualista, presenta a Satanael, el Diablo, como el organizador de la resistencia en la Tierra contra la llegada del Mesías, el Hijo del Hombre. Y esto no desde las circunstancias de un ángel caído o espíritu renegado, sino desde la de un demiurgo creador.

Los maniqueos creían que los seres humanos tenían espíritu porque el demiurgo o dios creador, que como hemos dicho no era otro que Satán (Satanael), había introducido un ángel en el cuerpo de la primera pareja que formó, amasando barro. En el Evangelio cátaro del Pseudo Juan puede leerse que Satán se ayuntó con Eva antes de que lo hiciera Adán. De esa cópula adulterina y demoníaca nació Caín.

Diversas tradiciones talmúdicas y gnósticas señalan la doble seducción: Satán habría asumido apariencia de macho (íncubo) para seducir a Eva y de hembra (súcubo) para seducir a Adán y robarle el semen.

Para los albigenses o cátaros, los seres humanos no eran otra cosa que prisiones de carne que contenían espíritus de demonios: «Ángeles caídos del cielo se introducen en los cuerpos de las mujeres, y reciben la carne de la concupiscencia de la carne. Porque el espíritu nace del espíritu y la carne nace de la carne».^[22]

La introducción del pecado de concupiscencia en el mundo es una de esas maniobras realizadas con miras a impedir la redención. Para los cátaros, la vida del hombre en la tierra era una penitencia, una especie de purgatorio donde expiaba sus pecados para acceder al reino de Dios, que «no es de este mundo». Sólo quienes pudieran iniciarse como «nuevos adanes» conseguirían entrar en el reino de Dios. La Iglesia de Roma era la Gran Ramera, a la que llamaban por eso «Iglesia del Diablo» y «religión de Satán».

Lactancio, seudónimo del númida Lucio Firmiano,^[23] un apologista y retórico que nació a finales del siglo III y formó parte de la corte del emperador Constantino; como pedagogo del hijo de éste, Crisipo, formuló una doctrina asombrosa. Satán, el Diablo —escribió Lactancio en su tratado—, al rebelarse contra Dios se había dejado llevar por los celos, puesto que era el hermano menor —desgraciado— de Jesucristo. Cristiano libre de toda sospecha de herejía, Lactancio, tal como había hecho Orígenes tres generaciones antes, buscó una explicación a la rebelión de Satán contra Dios, y la encontró en una suerte de drama familiar que acababa en tragedia. En su *Divinae Institutiones*,^[24] donde imagina al Hijo, es decir al Logos, a Jesucristo, como Primogénito de Dios Padre y el más poderoso de todos los seres después de éste, atribuye a Satán la condición y el puesto de hijo segundón de Dios, a quien su padre no había concedido mayores semejanzas consigo mismo a la hora de crearlo.

Pero Lactancio subraya el hecho de que tanto Jesucristo como Satán fueron creados antes que «el mundo». Jesucristo fue el único a quien Dios colmó con sus virtudes. A Satán parecía haberlo hecho como la segunda parte del conocido refrán, que nunca sale buena. Y así sería: no demoró en atosigarse de envidia, y ya se sabe que ésta es el atajo más corto hacia el mal.

«Se puso celoso de su hermano mayor —se lee en *Divinae Institutiones*—, quien, unido al Padre, se aseguró el afecto de éste. El ser que de bueno se hizo malvado es a quien llaman Diablo los griegos.»

La secta de los bogomilos, variante húngaro-balcánica de la doctrina maniquea, sostenía que Jesucristo no era el primogénito sino el segundón, que el primer hijo de Dios se llamaba Satanael —el Diablo— y no era el padro de Jesucristo, sino el del propio Dios Padre, que le dejó a él todo el

trabajo sucio, como crear el universo material... ¡Y sobre todo al género humano!, mientras Él, Dios Padre, se ocupaba únicamente de espiritualidades.

Sólo para Lactancio el Diablo, a causa de sus relaciones fraternales con la segunda persona de la Santísima Trinidad, era padro de Jesucristo.

Los gnósticos, que convirtieron la teogonía en un género literario de moda en las escuelas de magia, retórica y metafísica, inventaron numerosos modelos de Satán Demiurgo, hasta que el despotismo teológico de la Iglesia de Roma acabó con dichos juegos literarios, y los concilios delimitaron y acotaron el dogma.^[25]

En principio, Satán se convirtió en el inspirador de todo pecado y todo crimen. Pero en el Antiguo Testamento, sólo los libros proféticos dan fuertes voces en contra de él, al tiempo que resulta evidente que sin su acción no habría habido historia sagrada, ni tampoco profana. Él lleva la conciencia —y la muerte— a los hombres con el Pecado Original, luego enseña al linaje de Caín el arte de construir ciudades, los secretos de la metalurgia, la música... La música es uno de los tantos conocimientos que los nietos de Caín aprendieron directamente de los demonios.

Tanto Orígenes como Lactancio sostuvieron la redención de Satán o el Diablo en el fin de los tiempos. El primero, porque defendía la teoría del eterno retorno de todo lo creado a la pureza primigenia. Para Orígenes, no es la persona del Diablo la que desaparecerá en el fin de los tiempos, sino su perversa voluntad. Según este pensador, muy influido por las ideas platónicas, las almas de los seres humanos eran ángeles atrapados en la materia o caídos en el lodazal de la carne.

Otros Padres de la Iglesia, teólogos de los primeros tiempos, compartieron esa doctrina, que resultaría erradicada en los siglos futuros: san Gregorio Niceno y san Jerónimo, entre los más ilustres de todos ellos.

–Capítulo 3

MECÁNICAS IMAGINARIAS

Se supone que el alma escapa por las aberturas naturales del cuerpo, en especial, por la boca y la nariz. Por eso en Célebes a veces colocan en la nariz del hombre enfermo, en su ombligo y en los pies, unos anzuelos, para que el alma, si intenta escapar, quede enganchada y sujeta con firmeza.

J. G. FRAZER, La rama dorada^[26]

El éxito de los hechizos que emprenden los brujos o magos negros depende, en general, de la creencia en su posibilidad técnica por parte de los contemporáneos y, en especial, por parte de la víctima y el resto de los implicados en el contrato mágico^[27] Si en una sociedad determinada se admite que algunas personas pueden imponer su voluntad a otros seres, a veces invisibles e inmateriales, gracias al empleo de una técnica mágica, o a causa de un pacto realizado con uno o varios espíritus dotados de ciertos poderes, la magia resultará operativa, es decir, conseguirá resultados, efectos —buenos o malos— entre las personas de dicha sociedad.

Recuerda J. G. Frazer^[28] que en la Europa cristiana, la costumbre pagana de expulsar a los demonios ha sobrevivido hasta los tiempos modernos. Cita los ejemplos de Calabria, donde en el mes de marzo se expulsa a las brujas echando a vuelo las campanas en el transcurso de la noche de todos los viernes del mes, y los rituales de Silesia en Viernes Santo, destinados también a expulsar a las brujas.

Un origen semejante tiene la ceremonia aún vigente del toque de tambores en el Bajo Aragón, que aunque en la actualidad forma parte de la celebración de la Semana Santa, se remonta a los tiempos paganos, en los cuales el estruendo de esos instrumentos de percusión servía de espantafantasmas, para disuadir a los espíritus (demoníacos) de los muertos que cada primavera sentían la tentación de regresar a la superficie, al mundo de los vivos, desde las profundidades de la tierra.

La magia de los caldeos y de los babilonios ya se ocupaba de esos mismos espíritus, demonios o fantasmas hace unos cinco mil años. Las religiones, que parecen haber nacido tanto de la necesidad de encontrar un sentido al mundo y a la vida como de la angustia generada por el carácter inexorable de la muerte, nunca pudieron prescindir de las deidades malignas o demonios. Y algunas de ellas, las llamadas dualistas, otorgaron a su principio negativo, el mal supremo, un poder igualo semejante al que detentaba el principio creador positivo, o el bien supremo.

La elección de un nombre para esos poderes —y espíritus— naturales fue acaso la primera forma de magia que practicó el género humano.

La Magia De La Sangre

Muy pronto el hombre convertido en mago quiso aplacar a esos crueles dioses o demonios con sacrificios humanos sangrientos, y hasta con ceremonias caníbales.

Incluso se ofrecían niños en sacrificio al abominable Moloch, ídolo de los fenicios y de los cartagineses, a quien se adjudicó el tratamiento «Baal» («señor», «príncipe»), al tiempo de compilarse las normas del Levítico, que prohíben expresamente dichos rituales.

Yahvé, que se declara un «Dios celoso», no acepta compartir potestades, y mucho menos que compitan con él. Algunas divinidades anteriores al judaísmo se pusieron al servicio de Dios y aceptaron integrarse en la teogonía hebrea, pero los que no hicieron eso acabaron ejecutados, fulminados, destrozados por un chiste verbal de los judíos.

Tal fue el caso de otra poderosa deidad del Oriente Medio pagano, que llevaba el nombre máscara Baal Zebul («príncipe o señor Zebul»), pero el genio de la lengua hebrea, o la mecánica imaginaria de la censura religiosa judía, operó un desplazamiento sarcástico, convirtió el nombre propio Zebul en una expresión compuesta: *Zebuth*, que significa «de las moscas». Así lo volvían indigno, irrisorio, asqueroso, un aristócrata de la basura, poco más o menos. La metamorfosis se produce en 2 Reyes, 1: «¿No hay Dios en Israel, para que vayáis a consultar a Baalzebub, dios de Acarón?» (2 Re. 1,3).

En cambio Abadón («abismo de perdición»), que sería una síntesis de un demonio de los abismos marinos y otro del mundo subterráneo del panteón babilónico, acabaría trabajando como ángel exterminador, es decir, verdugo de Yahvé.

Pero la mayor parte de las divinidades politeístas resultaron irreductibles y fueron degradadas e infamadas con un nombre de escarnio. Y en ese punto, el genio hebreo se revela sobre todo maestro en el arte de la descalificación o destrucción por medio de la palabra: así, convierten a Baal Zebul en Baal Zebuth (de «príncipe Zebul» a «príncipe de las moscas»). Y cuando no tenían una palabra que trucar se la inventaban, como hicieron con esos dioses o demonios que llamaron *elihim* («dioses de nada»), nombre que por estar fonéticamente tan cerca de *elohim* («dioses») tiene una sobrecarga irónica irresistible.

Los rabinos atacaban con una lengua que era una espada muy cortante por ambos filos. En las religiones, como ocurre con las civilizaciones, culturas y lenguas, hay una historia de base, un legado, el verbo del principio que la posteridad remodela o reescribe sin descanso. Hasta los grandes libros religiosos son palimpsestos que ocultan largas ascendencias, legados de numerosos orígenes. y la Biblia trasluce sobre todo legados de la magia asiria, babilónica ...

El sacrificio de Isaac (Gen. 22) por parte de Abraham, que impide la intervención directa de Dios, cuando su ángel, que aporta el cordero sacrificial, detiene la mano del patriarca que empuña el cuchillo, es el emblema de la prohibición de los sacrificios humanos, o de los nuevos tiempos.

A los Baal, diversas y horribles deidades infanticidas que con los siglos acabarían vistiendo máscaras demoníacas judeocristianas (la de Belzebut o Belcebú entre muchas otras), se ofrecían como exvotos las vidas de seres humanos de todas las edades.

El genio de Israel es literario, a imagen y semejanza de Yahvé, quien para crear el universo se sirve sólo de la acción verbal, porque lo único que necesita es decir. Así, la deidad amorrea de los milenios III y II, Reyep, Señor de la Tormenta y esposo de Astarté, que tiene un notable parecido con el Apolo griego, fue degradado a miriada de demonuelos de los árboles, por el procedimiento de transformar su nombre propio en sustantivo, y por último, los hagiógrafos lo convirtieron en una pluralidad de pájaros. Éstos, para la imaginación de los seres humanos de la Antigüedad, pertenecen con facilidad al reino del mal. El emblemático dragón, la criatura que representa al Diablo en el bestiario simbólico del arte cristiano, es un híbrido de serpiente y ave que posee el talento de Reyep: puede soltar fuego con su aliento porque es dueño del rayo.

La magia caldea, la babilónica y la egipcia enseñaron que en el nombre radicaban el poder y la esencia de los demonios. Los antiguos hebreos no solían pronunciar los nombres de los demonios, a menos que quisieran gobernarlos, forzarlos. En ello, es decir, en el control de las potencias malignas por la formulación de sus nombres, confiaron los magos de todas las civilizaciones antiguas durante milenios: los egipcios, que perseguían los llamados «nombres primeros», los caldeos, los babilonios, los romanos... En general, se creía que el conocimiento del nombre primero, secreto, o auténtico de un dios o demonio concedía al operador mágico que lo poseyera el control absoluto sobre dicho ser. Cuando un mago invocaba a un demonio por su nombre arcano, si éste se había pronunciado de manera correcta, el demonio en cuestión no podía hacer otra cosa que someterse con humildad a la voluntad del mago, ejecutar sus órdenes como si fuera un esclavo.

Pero ¡cuidado con pronunciar el nombre de otros dioses ante el celoso Yahvé! «Todos los dioses de los gentiles son demonios», fue el canon que estableció san Pablo en el cristianismo y que adoptaron todos los teólogos y doctores de la Iglesia de Roma; pero los judíos ya lo habían hecho antes. Se puede leer con claridad en la Biblia. «Pero a vosotros [...] los que aderezáis mesa para Gad y llenáis copa para Meni, os destinaré a la espada, y todos sucumbiréis en la matanza», promete la voz de Dios en Isaías 65, 11-12. ¿Y quiénes son esos dioses llamados Gad y Meni que han enfadado tanto a Yahvé, hasta el punto de condenar a muerte a quienes los veneren? El primero es el dios arameo del destino y el segundo es una equivalencia árabe del mismo dios.

En efecto, en Palestina, los judíos no acababan de aceptar la veda oficial de la magia y solían invocar al dios del destino para forzar el suyo (otro antiguo sueño de los seres humanos: que haya un

destino personal y obtengamos el medio de gobernarlo a voluntad. Por ejemplo, un dios o demonio específico —Meni, Gad, verbigracia— cuyo nombre tendrá que aprender a pronunciar el mago de manera irrefragable).

Pero también las liturgias judía, cristiana y musulmana conservan rastros de aquellas antiguas prácticas: en algunos salmos, en el ofertorio de la misa católica, en ciertas aleyas rituales pueden verse invocaciones que operan como fórmulas mágicas.

A la hora de emplearse contra los demonios, de practicar los exorcismos.^[29] es cuando las religiones más se aproximan a las diversas magias.

La magia negra o satánica, puesto que se propone controlar y forzar a los demonios, genios o dioses por medio de la invocación y de los maleficios, supone el conocimiento de dichos espíritus o fuerzas. Toda magia práctica o técnica precisa de una ciencia o conocimiento esotérico previo de los dioses, demonios o genios con quienes ha de tratar el mago. En consecuencia, la magia tiene un estrecho vínculo con la religión. Una y otra reposan sobre la creencia y operan con, contra y para los creyentes, en sus espíritus y en sus sistemas de control.

Cuanto más viejos son los espíritus en cuestión, más elemental resulta su comportamiento. En los poemas homéricos no sólo se asiste a la persecución de Aquiles por parte de un dios río, que se sale de madre a causa de la cólera que le inspira el hijo de Peleo; también hay otra divinidad de espíritu más siniestro, la que exige al rey Agamenón, de la casa de Atreo, el sacrificio de su hija Ifigenia. Agamenón quiere complacer a la deidad para navegar hasta Troya con éxito.

La humanidad cree en los espíritus desde hace miles de años. y desde entonces les ha rendido culto y ha intentado aprovecharlos en su beneficio. Las excavaciones arqueológicas atestiguan que hace unos cuarenta milenios se empleaba sangre humana en ciertos rituales mágicos. Ya entonces la imaginación de nuestra especie había atribuido al fluido sanguíneo tal amplitud de funciones que los magos, brujos o sacerdotes del Paleolítico y Neolítico no dudaban en ofrendárselo a los espíritus de la lluvia, el viento, y muy en particular, a los de la tierra. Para poder consumir dichas ofrendas de glóbulos rojos y hemoglobina se inventaron los sacrificios sangrientos.

En las representaciones primitivas de la vida, además de un alma o espíritu soplo, hay un alma sangre. Muy pronto aparecerá una magia que la utilice con designios de administración cósmica.

Para alimentar a sus dioses los aztecas untaban el enorme rostro de sus estatuas rituales con sangre humana recién derramada, y no lo hacían por crueldad, sino por convicción religiosa. Sólo si se daba a beber sangre humana al dios del sol a diario, aquél podría regresar o amanecer al día siguiente.

La sangre es el alimento preferido de los dioses antiguos. Por eso Yahvé se la prohíbe a Noé: «Solamente os abstendréis de comer carne con su alma, es decir, su sangre». Con esas palabras Dios

inventó las carnes *kosher* y *halal*, obligatorias para los judíos y musulmanes respectivamente, desangradas hasta la última gota.

Para que el sol no dejara de aparecer por el este cada día, o para que lloviera, se degollaban animales e incluso seres humanos. Pero también se ofrendaba sangre a los espíritus de los muertos que vivían bajo tierra ... En principio, para que no regresaran durante las noches a buscar alimento, es decir, para que no se apropiaran de la sangre de los vivos ellos mismos, como acostumbran a hacer los vampiros.

Los fantasmas o espectros hematófagos primigenios, que acaso sean las criaturas terroríficas más antiguas que haya inventado —o conocido— la humanidad, no eran otra cosa que la imagen que los descendientes tenían de las ánimas de los difuntos, que suponían desprovistas de vida, sobre todo por encontrarse sin una gota de sangre.

Los futuros dioses paganos heredarían esa sed de sangre de los muertos, que en los cultos grecolatinos y en los ritos sacrificiales de Oriente se han traducido, casi siempre, en arrojar a la tierra de una u otra manera, de acuerdo con un ritual, tanto la sangre humana como la procedente de los animales ofrendados. El suelo, es decir, las divinidades que habitan en sus oscuras profundidades u honduras, beben dichas ofrendas sin la menor posibilidad de saciarse nunca.

La Odisea —canto XI— nos muestra las virtudes oraculares que tiene la sangre sobre las almas de los muertos que pueblan el reino del Hades. Para que un muerto del infierno hable ante un vivo, éste tendrá que ofrecerle antes la dosis obligada.

Cuando los panteones comenzaron a poblarse de dioses, las comunidades humanas ofrendaron víctimas a las deidades de la noche, de la fecundidad, de la vida, de la muerte ... tanto a los espíritus benévolos o benignos —para que siguieran siéndolo— como a los malignos —para que se mostraran menos crueles que de costumbre—. A los ídolos más codiciosos de sangre se reservaban las vidas de los enemigos apresados en combate, y a las deidades nocturnas se sacrificaban gallos, heraldos del sol y enemigos naturales de la noche, que es el ámbito de dichos dioses...

Durante muchos siglos, los magos y sacerdotes se empeñaron en arduas especulaciones para que los sacrificios sangrientos, fueran de bueyes, vacas, machos cabríos, corderos, tórtolas o seres humanos, tuvieran los mejores efectos en la voluntad de las sedientas y crueles deidades; para que aportaran los mayores beneficios a la comunidad.

Ese aspecto atractivo de la sangre, al menos para los dioses, coexiste con un tabú generalizado en todas las culturas: la sangre menstrual de las mujeres inspira una suerte de terror. Un aborigen de Australia, según refiere J. G. Frazer,^[30] murió de miedo porque su mujer se había acostado en su cama y sobre su manta mientras tenía la regla, algo absolutamente prohibido por el tabú. En las culturas y civilizaciones de tradición monoteísta dicho tabú también existe. En los tiempos bíblicos,

su transgresión comportaba el destierro: «Si uno se acuesta con su mujer mientras tiene ésta el flujo menstrual y descubre su desnudez, su flujo, y ella descubre el flujo de su sangre, serán ambos borrados de en medio de su pueblo» (Lev. 20,18).

Los antiguos habitantes de la península de Escandinavia sacrificaban a discreción a sus hijos varones cuando se producían epidemias de peste. Los escitas, en cambio, degollaban al veinte por ciento de sus prisioneros de guerra en el altar de Marte, como quien paga una alcabala en sangre contante. Y en Egipto hasta el siglo VI a. C. se inmolaba a tres hombres a Ammon Ra para que el ciclo de las estaciones siguiera repitiéndose como hasta el presente. En México, nos enseña J. G. Frazer,^[31] sacrificaban a seres humanos de todas las edades para auspiciar el crecimiento del maíz: lactantes recién nacidos en el momento de la siembra, niños crecidos cuando el grano ya había brotado ... y por último, antes de la cosecha, ancianos decrepitos.

Los griegos degollaban cien toros para conseguir la buena voluntad del panteón de Zeus antes de emprender alguna gran empresa guerrera. Y en Roma, después de realizadas las hecatombes (sacrificios de un centenar de animales por vez) de toros y carneros, los emperadores de la decadencia, en un alarde de pesimismo fatalista, también ofrecían en sacrificio las emblemáticas águilas imperiales e incluso las fieras del circo.

La función del mago sacrificador era de primera importancia. Aquellos ritos no sólo le deparaban los mejores trozos de los animales sacrificados a la hora de comer, sino que además lo situaban en la cima de la teocracia y le conferían autoridad no sólo para elegir nuevos animales destinados al ara, sino también eventuales víctimas humanas que poder desangrar en las grandes emergencias metafísicas, con excelentes resultados.

La sangre corrió sobre las piedras sacrificiales durante varios milenios. Al demonio Tifón, adaptación griega de Seth y una de las prefiguraciones más prolijas del Diablo cristiano, se le entregaban las vidas de hombres adultos y pelirrojos, un hecho paradójico.^[32] En cambio a la terrible diosa fenicia Astarté se le ofrendaban niños, y a la Triple Diosa,^[33] ovejas negras que las sacerdotisas desgarraban con sus propias uñas, como auténticas fieras.

Para obtener el apoyo de sus deidades guerreras, los magos persas de Jerjes enterraron en vida a nueve parejas de adolescentes, en vísperas de una gran batalla contra los griegos. Al mismo tiempo, en el otro bando, un griego, Ereeteo, sacrificó a su propio hijo a los dioses del infierno para que éstos lo guiaran en el combate. Los compatriotas de Ereeteo premiaron el gesto patriótico del guerrero, a quien proclamaron «héroe y semejante a los dioses». Todos creían en la eficacia de los sacrificios sangrientos. El parentesco, el amor paternofilial supuesto entre el sacrificador y la víctima aumentaba el valor moral de la acción ante la opinión pública.

La repetición de las prohibiciones relativas a la magia en el Antiguo Testamento es algo tan evidente como las reiteradas apariciones de ceremonias y rituales mágicos en los sucesivos textos

bíblicos. Moisés prohibió derramar sangre de animales sacrificados sobre las piedras sagradas; pero de todas maneras, allí donde estuvieron los hebreos corrieron riadas de sangre humana y se ejecutaron a muchos prisioneros de guerra.

Pero además, en Jerusalén los sacerdotes judíos asperjaban sangre de ovinos y de palomas sobre los fieles, que cuando acudían con vestiduras blancas regresaban de la ceremonia como carniceros después de la faena, o como practicantes de vudú haitiano que han ofrecido gallos a sus loas, mientras bailaban alrededor del ave degollada.

Los caldeos, más antiguos aún en el animismo de la sangre, tenían un mito cosmogónico que refería que los dioses fabricaban a los hombres con arcilla amasada con sangre de un dios llamado Bel. Los caldeos contaban con un cuantioso panteón de vampiros y fantasmas muy capaces de animar estatuillas de arcilla sangrienta.

Esta clase de contrato ritual con los primeros dioses, a quienes se pagaba con sangre, en cierto modo prefigura lo que más tarde sería el ceremonial de la magia satánica.

Basta echar una ojeada a las pinturas rupestres tardías y al arte del Neolítico para comprobar que las malas artes de pinchar dágidas, o muñecas «bautizadas», por ejemplo, tienen miles de años de antigüedad, cuando menos.

Muchos siglos de prehistoria e historia, en cuyo transcurso se renovaron estos sacrificios, acabarían sirviendo como preparación y entrenamiento a los brujos que en el futuro probarían sus invocaciones y conjuros en las aras diabólicas, que también exigen la presencia de la muerte y de la sangre real-incluida la humana- en sus ceremonias litúrgicas.

Una de las primeras preocupaciones del redactor o de los redactores del Pentateuco fue acabar con los sacrificios de seres humanos y reglamentar el de animales. El monoteísmo hebreo y sus descendencias, las religiones cristiana e islámica, acabaron con los sacrificios humanos, cuyo ejercicio recayó en adelante exclusivamente sobre los oficiantes de los cultos satánicos.

La magia negra o nigromancia al uso es el resultado de diversas experiencias acumulativas y de la evolución de unas tradiciones plurimilenarias. Ello se advierte con facilidad examinando las llamadas suertes, trabajos o maleficios propios de dicha práctica, capaces tanto de inducir a los seres humanos al adulterio y otros pecados como de metamorfosarse a otros, elegidos como víctimas de unos operadores satánicos, en melancólicos, enamorados, impotentes, obsesivos, zombis ...

-Capítulo 4

MAGIA Y TEÚRGIA

El saber y los demonios

Para un mago el mundo sólo puede ser un lugar gobernado por los demonios, regido por la ley física de la simpatía universal, o penetrado por el «alma del mundo». Tales son las doctrinas platónica, estoica y alejandrina de la magia, respectivamente. En el primer caso, se trata de la concepción de la nigromancia o magia negra, el segundo corresponde a la magia imitativa o simpática, y el tercero a la gnosis.

Los neopitagóricos y los neoplatónicos fundaron un esoterismo que derogó la frontera entre la filosofía y la teología, la ciencia y la mística. Las doctrinas de esos pensadores son filosóficas y teológicas al mismo tiempo, y tan eruditas como intuitivas. Para ellos, la filosofía no puede ser otra cosa que iniciación. Y la vida del hombre no puede tener más que un sentido: hacer que el alma progrese por medio del saber. En cuanto al mundo, lo creían atestado de dioses y demonios de muy diferentes clases que por fuerza debían conocerse.

El universo de los gnósticos es en primer lugar una enorme colección de objetos que abarca desde la idea o concepto inefable hasta la materia que aún no tiene forma. Lo propio del ser humano es elevarse hasta la divinidad, y el camino para ello es el saber, la gnosis, el conocimiento de lo oculto. Y a dicho conocimiento se llega con el éxtasis místico, la magia, la teúrgia, las ceremonias sacrificiales... pero también mediante el silencio, la oración, la meditación.

A diferencia de la teología que se limita a hablar de los dioses o de Dios, la teúrgia actúa sobre los dioses o espíritus, porque reposa en la convicción de que un auténtico iniciado en la ciencia oculta puede obligar a las deidades o demonios a actuar sobre la naturaleza, en beneficio del teúrgo o de su cliente.

Teúrgia significa literalmente obra de dios y designa un conjunto de técnicas que permiten a los seres humanos ponerse en contacto con los poderes sobrenaturales o la divinidad.

La magia es por lo tanto una forma de teúrgia. Pero la primera también contendría el arte o la técnica de conjurar los demonios, los espíritus de los muertos, y el éxtasis. Ello la convierte en una combinación de sacrilegios y de asesinatos, que hacen del mago una especie de hipóstasis del

Diablo.

Los griegos del período alejandrino elaboraron una disciplina específica que llamaban teúrgia o magia divina. El teúrgo, practicante de dicha disciplina, actuaba directamente sobre los dioses o los creaba. La teúrgia se divide en dos grandes ramas: en primer lugar la teléstica, que persigue atraer la presencia de un dios o espíritu e introducirlo en un receptáculo inanimado, que habitualmente era el interior de una estatua. Una vez presente y excitado por medio de símbolos, oraciones y otras acciones rituales, el ser espiritual capturado estaba en condiciones de hablar, y el teúrgo recibía su oráculo; en segundo lugar, la mediúmnica o posesoria, que busca la encarnación de un espíritu —ángel, demonio, alma de un difunto— en una persona, o la posesión de ésta por aquél, de manera provisional.

Con la cristianización de Grecia, uno y otro procedimientos teúrgicos acabarían reconvirtiéndose en técnicas satánicas, tanto más por cuanto para la Iglesia de Roma la teúrgia no era sino otro nombre de una misma «curiosidad criminal», que a veces se llamaba magia y otras nigromancia o goecia.

Las prácticas teúrgicas consistían sobre todo en el empleo de símbolos para animar a las estatuas, con el objeto de que éstas hablasen y pronunciaran oráculos anticipando los sucesos del futuro, aun en forma de enigmas. y la segunda era —la encarnación o posesión.

Los griegos gentiles tenían en su panteón deidades como Proteo, capaz de metamorfesarse en seres tan diversos como los animales que se arrastran.^[34] el agua, el fuego, y hasta el fantasma de la hermosa Helena de Troya. ¿Cómo tratar con deidades semejantes sin contar con una amplia ciencia esotérica, oculta? Ésta se presentará siempre como una empresa del orgullo demoníaco, oculto bajo la máscara del conocimiento «del bien y del mal».

Porfirio (232-304 d.c.), un filósofo fenicio politeísta que fue alumno de Plotino y autor de sesenta y siete libros de astronomía, matemáticas, lógica, historia, retórica, teología, mitología..., e incluso de una obra *Contra los cristianos*, sostiene en uno de sus tratados que el objetivo del esoterismo es la contemplación de la Unidad suprema, el retomo al Uno, y que los medios son dos: la gnosis y las acciones espirituales.

«Pensar no basta, es preciso hacer algo más.» Ésta es la tesis, lema o consigna que precede a la acción mágica.

La doctrina de Porfirio acerca del mal es muy interesante tanto porque su punto de partida es la elaboración de los sistemas clásicos de la filosofía griega (del aristotélico en particular), como por la vigencia o actualidad de su pensamiento. Su doctrina, muy personal, anticipa algunas creaciones mitológicas de la literatura romántica.

Porfirio cree que el mal no reside en la materia o en el mundo sino en el alma de los seres humanos, en la medida en que no está regida por el espíritu de la razón o la inteligibilidad. Es una

idea que prefigura el existencialismo del siglo XIX, el de Kierkegaard. La diferencia es que para éste el alma es siempre irreductible al racionalismo, con independencia de las virtudes que haya adquirido.

En consecuencia, «las acciones espirituales» a las que alude Porfirio como camino hacia Dios o «la contemplación de la Unidad suprema» son la purificación por medio de la ascesis y de la vida contemplativa, el modelo monástico.

Mientras que Plotino consideraba que el mal procedía de la materia contenida en el cuerpo humano, Porfirio creía que era emergencia de la propia alma, que podía y debía dominarse a través del autocontrol y del cultivo de las virtudes. En cuanto a la teúrgia, no la juzgaba como una actividad superior, aunque justificaba su empleo por parte de los sacerdotes de los misterios paganos (órficos, de Eleusis). Plotino, en cambio, la condena lisa y llanamente en su tratado contra los gnósticos. Pero dado que al mismo tiempo postula la simpatía entre todos los seres del universo, que es el fundamento teórico de la teúrgia, es como si no la hubiera condenado, sino más bien todo lo contrario.

San Agustín, que fue un profundo conocedor de la obra de Porfirio, dice que éste no acaba de decidirse entre el rigor filosófico y la curiosidad sacrílega. No existen, agrega el obispo de Hipona, diferencias entre magia y teúrgia. Y de ninguna manera parece justo ni lógico considerar que la actividad de los magos sea ilegítima y la de los teúrgos digna de alabanza.

En suma, la teúrgia reposa en la convicción de que en circunstancias determinadas, que casi siempre son de orden astrológico, los dioses del Olimpo o, con el cristianismo, Dios, y los espíritus (planetarios, que pueden ser ángeles o demonios) tienen que revelarse y ponerse en comunicación con los seres humanos. En consecuencia, un teúrgo es alguien con un enorme poder sobre los seres del cielo y del infierno: un taumaturgo, un archimago.

Esta esperanza o fe en la eficacia de un ritual de alcance cósmico es una antigua herencia de la magia primordial y algo muy presente en ciertos sacramentos cristianos, como la Eucaristía por ejemplo, en la cual el sacerdote oficiante ejerce un poder taumatúrgico sobre el universo, haciendo que la divinidad descienda hasta el altar donde él oficia y adopte la forma de las dos especies, pan-cuerpo de Dios y vino-sangre de Jesucristo, que se usarán en la comunión.

En realidad la teúrgia no es más que la voluntad del creyente ocultista que busca ponerse en contacto con Dios de manera material, gestual, por medio de la acción, porque no puede llegar hasta Él a través de la palabra o el pensamiento.

En vez de una oración, el teúrgo dedica a Dios una especie de metáfora física o teatral, una representación, con diversos elementos que a veces apelan a diferentes sentidos: vista, olfato, gusto... Quema la grasa del buey sacrificado en la hecatombe que los dioses consumen con el fuego,

quemado incienso en ofrenda al olfato de las divinidades... Todos los pueblos que practicaron la teúrgia, egipcios, caldeos, persas, griegos, interactuaban con las fuerzas rectoras del universo.

Pero ¿no se trataba de delirio, de especulaciones fantásticas, de ilusiones pueriles?

Para algunos gnósticos, la teúrgia es el único medio posible de unirse «a los dioses». Sin embargo, en las religiones monoteístas, en el judaísmo, el cristianismo, o el islam, no existen «los dioses» sino Dios. «No hay más dios que Dios», como asegura la profesión de fe musulmana. Y en consecuencia, los magos no tienen otra posibilidad que traficar con imágenes o no dioses — personajes imaginarios, de ficción—, o con demonios.

Teúrgia y satanismo

El Renacimiento, que restituyó al genio filosófico y estético de la Antigüedad grecolatina el valor que el rigorismo eclesial del medioevo le negó durante siglos, también sirvió para reconsiderar la teúrgia, que al fin y al cabo era una herencia del mismo origen. Marsilio Ficino, Paracelso, Campanella, Pomponazzi, Telesio y otros intentaron llevarse la astrología a misa, es decir, bregaron por el reconocimiento de una teúrgia católica de fundamento astrológico, que tuvo como correlato hebraísta *La cábala cristiana* de Pico della Mirandola.

Marsilio Ficino, mago y teúrgo cristiano del Renacimiento, recomienda en sus textos compensar la melancolía con un poco de flema y de bilis y mucha sangre, para que los espíritus se vuelvan incandescentes sin consumirse y hagan posible el estudio en el más alto nivel posible. Los extremos de locura y estupidez, postula este autor, que se excluye de uno y otro polo, «están relacionados con la influencia ambivalente de Saturno, que es astro rector de los melancólicos». De ahí que alas intelectuales les venga bien atraerse la influencia de los planetas bienhechores: el Sol, Júpiter, Venus y Mercurio.

¿Qué tiene que ver el Diablo con todo esto? Los doctores de la Iglesia creen que mucho, más aún, aseguran en sus escritos que el Diablo ha metido la cola allí, en la astrología, desde el principio; puesto que una «teúrgia cristiana» —si la hubiera—, aunque pueda, reconocer la existencia de ángeles planetarios, no deja de estar sometida a la doctrina de las armonías (astrales) mudas, de santo Tomás de Aquino, que puede formularse en estos términos: el cristianismo autoriza al creyente a servirse de las hierbas, de las piedras preciosas y de otros elementos, a causa de las afinidades astrológicas entre dichos elementos y las personas. Por ejemplo, puede reunir alimentos, aromas, telas, colores y otros objetos que posean virtudes solares, jupiterinas, venusinas, mercuriales, etc.

Pero si hay letras o caracteres grabados en las piedras, o al emplear las hierbas o alimentos se pronuncian ciertas invocaciones, todo efecto que resulte de la operación será obra de malos demonios, y el operador habrá realizado un pacto explícito o tácito con el Diablo. Todo empleo de la palabra, oral o escrita, todo uso de símbolos o signos, comporta comunicación con espíritus; o en otras palabras, magia.

La teúrgia cristiana de Marsilio Ficino es utópica. Éste componía himnos a los espíritus planetarios. ¿Y qué otra cosa que una invocación puede ser un himno al Sol, por ejemplo, en el transcurso de una ceremonia teúrgica? Una conjuración por fuerza diabólica, considerada desde la doctrina canónica.

Para el demonólogo protestante Johannes Wierius, autor del tratado *De Praestigis Daemonum*, la doctrina de los teúrgos renacentistas es diabólica sin atenuantes: «Es muy cierto —escribe el autor alemán— que las cosas naturales adquieren sus formas y virtudes de las cosas del cielo, pero las imágenes artificiales no pueden tomar ningún poder del arte y en consecuencia se dirigen a los demonios».

En la evolución de la magia a través de la historia y en el registro imaginario de los seres humanos desde los tiempos prehistóricos hasta el presente, destacan unas constantes, unas creencias reveladoras tanto de los mecanismos psíquicos de los seres humanos como de la carga de angustia que conlleva a la humanidad la doble relación, con Dios y con el Diablo.

¿Era más fácil cuando en lugar de Dios había una multitudinaria legión de espíritus de difuntos? ¿Resultaba más sencillo encontrar el equilibrio y la seguridad negociando con un panteón de cuarenta o cincuenta dioses?

En los tiempos prehistóricos, sobre todo se trataba de administrar el maná, elaborar un sistema posible o al menos verosímil de tótems y de tabúes. Pero con el paganismo politeísta la voluntad de los dioses se hizo casi inescrutable de tan compleja, y la magia acabó ocupándose especialmente de las enfermedades provocadas por espíritus demoníacos que había que expulsar del cuerpo del enfermo que estaban poseyendo. Fue así como la profesión de médico se confundió con la de exorcista durante un largo período de la historia, al mismo tiempo que parte de los sacerdotes se dedicaban a la astrología con absoluta seriedad y rigor.

En Egipto, el faraón no sólo era un dios sino también sumo sacerdote y gran taumaturgo. Otro tanto ocurría en el panteón grecorromano, donde los grandes jefes políticos y militares se endiosaban o eran ascendidos a la jerarquía divina.

Pero el monoteísmo hebreo no permitirá ninguna clase de magia, porque las condena a todas. No obstante, los redactores de las Escrituras no consiguen impedir que la Torá muestre ceremonias nigromantes aquí y allí: ya sea a la hora de curar la lepra con pájaros que luego echan a volar para

que se lleven la enfermedad consigo^[35] o cuando al arrear hacia el interior del desierto al chivo expiatorio, éste carga sobre su propio ser todos los pecados de la comunidad judía de Jerusalén.

¿y qué decir acerca de las funciones circenses de Moisés con el báculo en la corte del faraón, cuando transforma el palo en serpiente, o cuando lo bombardea con las plagas, que hace descender del cielo o ascender del Nilo con pasmosa eficacia? ¿Yeso de golpear la roca con el báculo para que brote una vertiente de agua viva no es magia, es acaso una obra pública realizada por cuenta del Ministerio de Recursos Hídricos de Israel? Además están la serpiente de bronce, cuya vista cura la mordedura de las venenosas, y otros prodigios no menos espectaculares en el desierto, en Jericó...

Una y otra vez los patriarcas, jueces, reyes de Israel se entregaron a la magia, sin darse cuenta siquiera. Y algunos con cabal conciencia de cuanto hacían, como fue el caso de Salomón, que encerró demonios en vasijas y cacharros de terracota como ningún otro mago ni rey de la historia volvió a hacerlo nunca fuera de la literatura.

El contrato mágico y la caza de brujas

Tras la conversión de Constantino, la Iglesia de Roma incorporó la represión del politeísmo pagano a la lucha contra la magia y la hechicería en general, heredada del judaísmo. La llamada guerra contra la idolatría también consistió en la reconversión del panteón grecolatino en galería demoníaca. Las huellas de esa campaña se registran en las hagiografías como numerosas historias de hombres santos que exterminaron hidras, dragones, bichas y otras fieras míticas con la palabra de Jesucristo. En consecuencia, ningún rezo a Venus para pedirle marido, esposa o hijo, ninguna oración a Ceres en demanda de buena cosecha; pero sobre todo, ¡nada de ofrendas a Baco, ese demonio evidente, que con el tiempo acabaría fundiéndose con el Diablo del sabbat!

La Iglesia de Roma, al mismo tiempo que organizaba el territorio en diócesis y parroquias, se empeñaba en la persecución de la magia en todas sus formas.

Las prácticas que había que reprimir estaban definidas en el Antiguo Testamento desde mucho antes del advenimiento de Jesucristo: «No comeréis carne con sangre ni practicaréis la adivinación ni la magia» (Lev, 19,26). El versículo 31 del mismo capítulo amplía tanto el concepto de «magia» como el alcance de la prohibición: «No acudáis a los que evocan a los muertos ni a los adivinos, ni los consultéis, para no mancharos con su trato».

Las prohibiciones bíblicas no están dirigidas al mago sino a sus eventuales contratantes, los

posibles operadores mágicos no iniciados en los rituales, los judíos de a pie, poco esclarecidos, más o menos pasmados, que pudieran acudir a tal o cual astrólogo, adivino o nigromante en busca de información reveladora acerca del porvenir, tanto para ponerse al tanto del régimen pluvial de las zonas semidesérticas el año siguiente, o para solicitar un hechizo que condujera hasta su cama a tal o cual mujer, o tal o cual hombre. Los redactores bíblicos sermonean, previenen y amenazan a los creyentes judíos que pudieran sentirse tentados a suscribir un contrato mágico, y no a los propios magos o nigromantes, a quienes condena sin rodeos, anatematiza, sin interpelarlos previamente: «No dejarás con vida a la nigromante» (Éxodo, 22, 17).³⁶

Pero el contrato mágico comporta al menos dos partes humanas: un mago y un operador. El primero, como se ha dicho, está dado al anatema, condenado de antemano: es un agente de algún espíritu impuro que ha aprendido la técnica de gobernar demonios o genios, hablar con las ánimas de los muertos, leer los astros ... Por ello, no puede pertenecer a la comunidad religiosa, a la fe judía. A Dios sólo le importan los creyentes, los fieles que pudieran caer en la tentación de contratar a esos magos abominables y por ese camino reconocer la potestad o el poder de las abominables deidades o espíritus impuros que ellos representan.

No obstante, hay ciertas prácticas que por su carácter tenebroso invisten de malignidad satánica también al operador, y que en consecuencia valen una condena a muerte al particular que acude al brujo en busca de ayuda profesional para realizar el trabajo: «Todo hombre o mujer que evoque a los muertos y se dé a la adivinación, será muerto, lapidado; caiga sobre ellos su sangre» (Lev. 20, 27).^[36]

Pero el contrato mágico comporta al menos dos partes humanas: un mago y un operador. El primero, como se ha dicho, está dado al anatema, condenado de antemano: es un agente de algún espíritu impuro que ha aprendido la técnica de gobernar demonios o genios, hablar con las ánimas de los muertos, leer los astros... Por ello, no pueden pertenecer a la comunidad religiosa, a la fe judía. A Dios sólo le importan los creyentes, los fieles que pudieran caer en la tentación de contratar a esos magos abominables y por esos caminos reconocer la potestad o el poder de las abominables deidades o espíritus impuros que ellos representan.

No obstante, hay ciertas prácticas que por su carácter tenebroso invisten de malignidad satánica también al operador, y que en consecuencia valen una condena a muerte al particular que acude al brujo en busca de ayuda profesional para realizar el trabajo: «Todo hombre o mujer que evoque a los muertos y se dé a la adivinación, será muerto, lapidado; caiga sobre ellos su sangre» (Lev, 20,27)

La necromancia, que se remonta a la Antigüedad caldeo-babilónica, reposa en la evocación de demonios, los conjuros y maleficios basados en el empleo de sangre humana derramada en el transcurso de la ceremonia mágica para obligar a esos espíritus demoníacos a presentarse en torno al círculo mágico.

Sobre esta base doctrinaria del Antiguo Testamento por la diestra, y de la magia ceremonial al uso por la siniestra, en los últimos siglos de la Edad Media se construirá el vasto edificio mitológico de la brujería diabólica o magia satánica, que se mantuvo en vigor, operativo, hasta finales del siglo XVII.

La eclosión de la demonología, que coincide con la invención, de la imprenta, sirvió además para que los libros acerca de la brujería diabólica se contasen entre los primeros bestsellers de la historia.

El primer toque oficial de rebato, la llamada para la caza de brujas, fue la bula *Summis desiderantes affectibus* del papa Inocencio VIII, nombrando a dos inquisidores que tendrían jurisdicción en los territorios del norte de Alemania.

Inocencio VIII fue uno de los primeros en escribir una pieza demonológica: «Con mucha pena hemos sabido que [...] en las diócesis de Maguncia, Colonia, Tréveris, Salzburgo, Bremen, numerosas personas de uno y otro sexo, despreocupadas de su propia salvación y apartándose de la fe católica, se han entregado por propia voluntad a los demonios íncubos y súcubos, por medio de encantamientos, hechizos, conjuros y otras infamias supersticiosas y mágicos excesos ... »,

Ése fue el primer signo del cambio de los tiempos para los practicantes de la magia. El segundo fue la edición en Estrasburgo, dos años más tarde, del primer bestseller de la demonología, el ya citado *Malleus Maleficarum*, *El martillo de las brujas*, que era un manual para formar a los inquisidores, dirigido de manera específica a la persecución de la brujería. El libro se publicó en 1486, y entre 1487 y 1669 tuvo más de treinta ediciones, aunque en su origen fuera sólo un informe de asesoría destinado al papa Inocencio VIII.

Heinrich Kramer (también llamado *Institor* o *Institoris*) y Jacob Sprenger, que al principio sólo quisieron ayudar a los jueces a descubrir culpables para enviarlas a la hoguera, fundaron además un género popular que en poco tiempo aportaría numerosos bestsellers.

Jacob Sprenger (Colonia, 1436-1496) Y Heinrich Kramer, llamado *Henry Institoris* (Basilea, 1430-1505), monjes de la Orden de los Hermanos Predicadores (dominicos), habían transferido al *Malleus* la experiencia acumulada como inquisidores en Alemania. El texto, que en la actualidad sólo puede leerse como un monumento a la estupidez supersticiosa y a la ingenuidad criminal de la especie sacerdotal, e incluso de la humana a secas, sirvió para enviar a la hoguera a miles de inocentes condenados por brujería.

La obra postula que la brujería o magia satánica es una nueva herejía que debe reprimirse como tal. Clasifica los sortilegios realizados por los magos negros o satánicos y considera los métodos de represión adecuados para acabar con la actividad. Sus autores discurren tanto acerca de los sistemas de investigación de los delitos relacionados con el satanismo como sobre los métodos para

interrogar a los detenidos.

Sprenger y Kramer desarrollan ampliamente las técnicas de tortura más adecuadas, y todo el tiempo asombran a los lectores con sus espectaculares «descubrimientos». Uno de ellos consiste en la habilidad que tienen algunos magos negros para volver invisibles e intangibles los penes de sus víctimas: «Un artificio del demonio —puede leerse en el *Malleus Maleficarum*— oculta los penes de las víctimas, hasta el punto de que no se pueden ver ni tocar». Las víctimas de ese sortilegio, explica el texto, son adúlteros o fornicadores en pecado mortal, y las brujas o brujos les jugarían esa mala pasada también por envidia de su mucha actividad lujuriosa, con el objeto de impedirles el empleo ulterior del instrumento o herramienta de pecado —el pene—, que al resultar invisible y también intangible, o irrelevante al tacto, es como si hubiera dejado de existir por ablación.

A pesar de que la intención declarada en el título es asestar martillazos a las maléficas, el dúo Sprenger-*Institor* vapulea una y otra vez la razón, el sentido común. A veces con resultados próximos al humor surrealista o fantástico, como cuando el texto asegura que existen brujas «que a veces coleccionan miembros viriles en gran número —hasta veinte o treinta— que suelen ocultar en los nidos de pájaros, o bien encerrar en jaulas, en las cuales los alimentan como si fuesen animales vivos, dándoles de comer avena u otros alimentos parecidos, tal como algunas personas han podido ver, y como lo informa la opinión [pública]»,

Institor y Sprenger también asestan numerosos martillazos a las mujeres en general, a quienes, tras juzgarlas más codiciosas, embusteras, arrogantes, hipócritas, perezosas, impúdicas y crueles que los hombres, las acusan de querer reducir a éstos al nivel de la materia, «y para vengarse, como carecen de bastante fuerza física, buscan la alianza con el Diablo, para satisfacer mediante los hechizos su vengativa lascivia».

Jules Michelet, un novelista romántico francés que publicó en 1862 la novela *La Sorciere*^[37] (*La Bruja*), una de las primeras piezas literarias donde se esclarece el papel social de la mujer en la emergencia histórica llamada «brujería satánica» y se denuncian los excesos de la misoginia homicida y represora puesta en práctica por los clérigos de la Iglesia de Roma a finales de la Edad Media, tiene un párrafo revelador acerca del carácter del inquisidor J. Sprenger: «En principio, era alemán, dominico, apoyado de antemano por las escuelas de esa orden religiosa temida por todos los conventos. Se necesitaba un digno hijo de las escuelas, un buen escolástico, un hombre guarnecido con la *Summa*, cerrado en torno a santo Tomás de Aquino, que siempre podía citar los textos de éste. Sprenger era todo eso. Pero además, era un tonto».

Esta condición, muy a la vista en las páginas que firmó junto a su colega *Institor*, no le impidió ser un célebre profesor de teología de la universidad de Colonia, y prior del convento de los Predicadores de dicha ciudad.

Los muchos disparates que acumula el *Malleus* no impiden que haya sido la obra más importante

de la demonología del período, en primer lugar, porque contaba con la aprobación pontificia. El corpus del libro incluía el texto de la bula *Summis desiderantes affectibus*, pero sobre todo consagraba la doctrina que desde el finales del siglo xv adquiriría forma en los textos religiosos, el mito demonológico, en suma.

Con el *Malleus Malleficarum* la existencia de las brujas y —en menor número— brujos al servicio del Diablo fue reconocida de manera oficial. Hasta entonces, el único documento que se había ocupado del tema de manera específica y amplia había sido una guía del siglo x, que se difundió entre los obispos de la archidiócesis de Tréveris, titulada *Canon episcopi*. En este documento también se hablaba de mujeres inspiradas por Satán, quienes por las noches volaban montadas en animales domésticos para reunirse con Diana, la diosa latina del panteón de Roma. Esta divinidad pagana, relacionada con la luna, el agua, los lugares húmedos, a quien se confunde con la Gran Madre, fue una de las primeras relacionadas con los sabbats.

También se hizo a las nigromantes del norte de Europa discípulas de algunas deidades del panteón anglogermánico o celta, y hasta de Herodías, la esposa de Herodes que hizo decapitar a san Juan Bautista. Pero el *Malleus Maleficarum*, y los otros muchos títulos de la literatura demonológica que le siguieron, sobre todo contribuyeron a la entronización del Diablo no sólo como sumo espíritu del mal sino también como rey del sabbat.

La persecución de la brujería satánica adquirió relieve a finales del siglo xv. A partir del siglo XVI, y sobre todo después de que el papa Pablo III emprendiera la reforma de la Inquisición romana en 1542, sería la justicia secular la que se ocupara de la represión de la brujería. En los Países Bajos gobernado por España, la monarquía se comprometió con la caza de brujas con una ordenanza real de 1570 firmada por Felipe D, en la cual se define el delito de brujería o magia satánica y se establecen las normas procesales y las penas para los culpables. El mismo camino siguieron en Renania, el Franco Condado, y los principados del sur de Alemania.

Las guerras de religión (de los Treinta Años, en Alemania, la Fronda en Francia), las hambrunas y epidemias de peste, las plagas de la agricultura, e incluso las angustias milenaristas, porque el año 1500 estaba justo en la mitad del segundo milenio de cristianismo, volvía paranoico el ejercicio imaginario tanto de las autoridades judiciales y religiosas como de la población en general. Buscar un «culpable» de tantas desgracias se convirtió en una necesidad política urgente.

Si había peste, era porque las brujas embadurnaban los objetos de la gente del pueblo con cierto unto, pomada demoníaca o polvo cuya fórmula les habría revelado el Diablo, o bien uno de los duques de su corte: Baal Zebuth (el príncipe de las moscas), o el apasionado implacable Asmodeo (furia de la muerte). Este último demonio, además de frecuentar los sabbats de Europa occidental para renovar su harén de doncellas que iniciar en la lujuria, a Su; hora, visitaría el lecho de sor Juana de los Ángeles, una ursulina «víctima» del brujo donjuán Urbain Grandier, a quien poseyeron, tanto Grandier como Asmodeo, en los días de los funestos sucesos de Loudun, que en 1634 acabaron

conduciendo a la hoguera al sacerdote, a quien quemaron vivo e inconfeso después de destrozarlo en la tortura.

La justicia era un gran espectáculo dramático que muchas veces se reemplazaba con los linchamientos. Si una anciana señora viuda, pobre, plebeya, era objeto de habladurías del vecindario, la emergencia de una catástrofe en el pueblo bastaba para que se produjera la organización de una turbamulta que acababa linchando a «la bruja» considerada culpable del reciente desastre.

A Françoise Secretain,^[38] una mujer de cincuenta y ocho años, el juez y demonólogo Henry Boguet la hizo quemar en la hoguera por haber provocado la posesión de una niña de ocho años por cinco demonios, a quienes hizo entrar en el cuerpo de la pequeña haciéndole comer un trozo de pan. La prueba inicial de cargo contra la mujer condenada fueron las declaraciones de la niña «poseída»,

Los nigromantes—de sexo femenino en su mayoría, brujas—, a quienes se acusaba de venerar al Diablo o a sus representantes, los demonios de la corte infernal, al principio eran mujeres dedicadas a las artes médicas tradicionales, parteras, apoticarias, con un carácter más pagano politeísta que cristiano diabólico.

Fueron con la Santa Inquisición entre los siglos XIII y XVI Y la justicia secular europea desde el XVI hasta el XVIII quienes engendraron, crearon la novela fantástica del satanismo y de la gran conspiración del Diablo en alianza con las practicantes de la magia negra, las brujas. Se trataba de una vasta elaboración ideológico imaginaria que los propios inquisidores y jueces creían en lo fundamental y que en tiempos del papa Inocencio VIII fue promovida a problema de seguridad de primera importancia para la cristiandad.

La salvaje crueldad con que se instruía el sumario, cuyos interrogatorios se practicaban con aplicación de tormento al acusado, determinaban la segura condena de todo sospechoso. Providos de las doctrinas impresas en el *El martillo de las brujas*, los inquisidores y jueces practicaban a las sospechosas «la prueba del agua»: ataban a las brujas de una manera demoníaca, muñeca derecha con tobillo izquierdo y tobillo derecho con muñeca izquierda y las tiraban al río; si flotaban, eran brujas; si se hundían y ahogaban, no lo eran.

En la emergencia de la brujería satánica y su represión, la caza de brujas, será en efecto el Diablo quien salga definitivamente triunfador: en primer lugar, porque quienes dicen actuar contra los agentes del mal se comportan como auténticos demonios. Pero también porque a finales de la Edad Media y en los tres primeros siglos de la modernidad, convertido en príncipe del mal, Satán se ha entronizado como el monarca absoluto de las Tinieblas.

–Capítulo 5

PRIMERAS PERSONAS DEL DIABLO

Los libros cabalísticos tratan de profundizar en el conocimiento de los sucesos que se narran en el Génesis y en el Éxodo. El objetivo de los libros cabalísticos es diáfano, pero también dífono, o bífono, esto es, con dos voces: una que enaltece la tradición, otra que empuja a los lectores a la búsqueda de verdades ocultas en las palabras y en los números recogidos en los textos revelados de la Torá.

Dios crea el universo desde la nada, diciendo, mediante la palabra. En el primero, o mejor dicho, el más antiguo de los textos cabalísticos que se conoce, el Sefer Yetzirah, Libro de la Formación, se explica de qué manera El Santo fue creando al mismo tiempo las diversas cosas que llenan el universo, como pueden ser las constelaciones del zodiaco, las letras del alfabeto hebreo y los diversos órganos de los seres humanos y de los animales. Así, en el «Capítulo 1, sección cuarta», podemos leer:

Diez emanaciones divinas [numeraciones], Sefirot, de la nada [sin materia, del vacío]:
La profundidad del Principio
y la profundidad del Fin
La profundidad del Bien
y la profundidad del Mal
[...]

El Señor Único, Dios [Él], Rey Fiel, reina en todas ellas desde su Santa Morada, desde la eternidad hasta la eternidad.

Él [que Es], Señor Omnipotente, reina en todo el universo, incluso en la profundidad del Mal.

No obstante, cuando se produjo la rebelión de los ángeles caídos y un tercio de cada uno de los tres órdenes celestiales, usaron del libre albedrío, eligió el campo del mal, el destino de la humanidad, la historia, resultaron afectados de manera radical. Pero, también el ser del mundo físico, porque la tierra y todas las capas de la atmósfera, y aun los espacios interplanetarios, siderales, subterráneos y subacuáticos, comenzaron a llenarse de demonios toda clase.

Como se puede ver, aún se trataba de «los demonios» —muchos, y de diferentes clases— pero no del Diablo, y ni siquiera de Satán, no todavía. La Biblia no registra ningún príncipe de este mundo capaz de oponerse, de hacer frente al Único, al Omnipotente, La sola idea de la existencia de alguien con esas características es una blasfemia. Tal como se presenta en el Libro de Job, Satán es miembro de la corte de Dios, «corte» porque Yahvé siempre que se presenta acompañado lo hace con

ceremoniosidad real, como un monarca en su corte.

Azazel

El único demonio a quien se realizan ofrendas en el Pentateuco es Azazel. «El macho cabrío sobre el que recayó la suerte de Azazel lo presentará vivo ante Yahvé, para hacer la expiación y soltarlo después a Azazel» (Lev. 16, 10).

¿Por qué ofrecer un sacrificio a Azazel, que después de todo no es más que un sátiro, un demonio, mitad hombre, mitad macho cabrío, y que sobre todo es uno de los ángeles vigilantes, jefe de década, sublevados y unidos a las mujeres para practicar la lujuria? Otro misterio de la Torá.

El chivo emisario es un semejante de Azazel. Y según parece, el sacrificio del macho cabrío, que reemplaza al de un hombre, sería un antiguo ritual hitita adoptado por los judíos, cuya finalidad aplacar al demonio para que éste no castigue a la ciudad próxima (Jerusalén) con una sequía desastrosa.

"Gracias al sorteo en el cual compite con Yahvé, Azazel, el sátiro cananeo, es el demonio de mayor jerarquía en este punto de la Torá. ¡Se le ofrece un chivo en sacrificio igual que a Yahvé! Pero sobre todo es la evidencia de una práctica mágica de ascendencia babilónica que pasó a la liturgia judía sin otro cambio que el de sumar a la ofrenda sangrienta realizada al demonio otra que se ofrece a Dios.

Azazel vive confinado en el desierto en el Antiguo Testamento, mientras que en el Nuevo Testamento, el Diablo acabará recluido en el infierno. Dios, señala el Libro de Enoc, manda al arcángel Rafael: «Encadena a Asa'el de pies y manos, arrójalo en las tinieblas, abre el desierto que está en Dudael y échalo en él; y encima arroja piedras ásperas y cortantes, cúbrelo de tinieblas, déjalo allí eternamente sin que pueda ver la luz, /y en el gran día del Juicio que sea arrojado al fuego» (Libro de Enoc, 10,4-6).

No obstante, Azazel resulta homenajeadó cada año con el envío de un chivo. Y ello a pesar de las abominaciones cometidas en la era prediluviana, cuando se llamaba Asa'el, y después de abandonar su puesto de vigilante del cielo, a causa de la lujuria, o la atracción de la concupiscencia, no había vacilado en enseñar a los seres humanos los secretos de la metalurgia que iban a permitir a la humanidad fabricar armas de hierro, e incluso otros secretos del cielo cuya divulgación Dios había velado de manera absoluta, según puede leerse en el Libro de Enoc.

El otro nombre importante, ya no bíblico sino del Libro de Enoc, el jefe de la rebelión de los vigilantes, Shemihaza, no tiene la menor posibilidad de convertirse en el Diablo. El texto de Enoc deja muy claro que Shemihaza fue arrojado al fondo del abismo del cual no podrá salir. En consecuencia, en el Antiguo Testamento no hay Diablo ni —todavía— un Satán considerable que sea algo más que un satán.

Asmodeo

Con el Libro de Tobías aparece otro demonio con nombre propio, Asmodeo. De origen persa, tal como puede verse en el Avesta; donde se lo llama *Aesma daeva*, expresión que significa «furia de muerte», es una de las deidades tenebrosas cuyo culto vedó Zoroastro o Zaratustra. Se trata de un demonio de lujuria, por ello muchas veces confundido con Samael. De gran crueldad, muy libertino y disoluto, no puede evitar los celos que le inspiran las mujeres hermosas dispuestas a entregarse a algún hombre. En esas circunstancias Asmodeo se empeña en impedir la unión. Es un hijo digno de lilith, su madre, experta en atormentar a mujeres seduciendo a sus maridos. Asmodeo será quien dé muerte a los siete maridos sucesivos de Sara en el libro de Tobías. Pero éste, que fue rápidamente iniciado en la magia por el arcángel Rafael, lo derrotó haciéndole respirar los humos de unos pedazos del hígado y del corazón de un pez que atrapó en el Tigris.

Algunas tradiciones talmúdicas aseguran que Asmodeo consiguió destronar al rey Salomón, pero que éste, que era un gran mago, pudo reducirlo luego, y que lo puso a trabajar en la construcción del templo de Jerusalén, donde Asmodeo destacó en las tareas de trazado de las edificaciones en el terreno; y que era un carácter reconcentrado, aunque muy dado a las reacciones bruscas cuando estaba cerca de una mujer guapa.

El arcángel Rafael, que a partir de la aventura relatada en el libro de Tobías quedó a cargo de la vigilancia de Asmodeo, lo habría encadenado en Egipto, en una prisión subterránea de la cual el demonio pudo huir con facilidad. La mayor gracia de los demonios del cristianismo es que una y otra vez se los arroja al abismo, se los encadena, y otras tantas los demonios se fugan de sus prisiones para seguir procurando el mal en el mundo.

Johannes Wierius asegura en su *Pseudomonarchia daemonum* que Asmodeo tiene tres cabezas, una de toro, otra de hombre y otra de camero; y además: cola de serpiente, patas de ganso y aliento llameante. Cuando se muestra en público lo hace montando un dragón, empuñando lanza y estandarte.

Antes que al Diablo, o al Satán de la Baja Edad Media, Asmodeo se asemeja más bien a un mal efrit de *Las mil y una noches*, a quien Tobías hijo derrota con la ayuda de su buen genio de la lámpara, el arcángel Rafael.

Belial

En la segunda Epístola a los Corintios, san Pablo habla de Belial dándole tratamiento de alto dignatario del mal:

¿Qué consorcio hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunidad entre la luz y las tinieblas? ¿Qué concordia entre Cristo y Belial? (2 Cor. 6, 14-15)

Aunque la etimología de la raíz no resulta clara, en la Biblia la palabra designa a un espíritu demoníaco pero no al príncipe del mal. Al principio era un sustantivo, pero la expresión «hijos de Belial» que empleaban los judíos para designar a sus enemigos, de la misma manera que usaban «hijos de los hombres» para designar a los hombres, contribuyó a la transformación del sustantivo en nombre propio:

No tengas a tu sierva por alguna de las hijas de Belial; porque sólo la vehemencia de mi dolor y aflicción es lo que me ha hecho hablar así hasta ahora. (1 Sam, 1, 16)

Pero la expresión «hijos de Belial» no sólo significa pagano, idólatra o apóstata, también se emplea como sinónimo de sodomita. Así, se puede leer en Jueces 19,22: «Mientras estaban cenando y fatigados por el viaje, rehacían sus fuerzas con la comida y la bebida, vinieron unos vecinos de aquella ciudad, hijos de Belial, desenfrenados, y, cercado la casa del anciano comenzaron a dar golpes en la puerta, gritando al dueño de casa, y diciéndole: Sácanos fuera ese hombre que entró en tu casa que queremos abusar de él».

Hijo de Belial es en suma una expresión fuertemente peyorativa. A juicio de algunos historiadores de la religión,^[39] el nombre propio Belial es el de un dios extranjero enemigo del pueblo y de la religión de Israel durante la hegemonía asiria en Palestina (745-606 a.C.). En cambio, en el Libro de Job el nombre de Belial aparece relacionado con las sombras subterráneas, y en los Salmos, con las trampas de la muerte. Pero es en los textos de Qumrán donde Belial resurge con fuerza, con todos los atributos de un príncipe del mal.

Era adorado por los sidonios, y la leyenda le atribuye un alma muy perversa y una apariencia bella y seductora. Sodoma habría sido uno de los centros de culto a este demonio, al cual se ha hecho patrono de los sodomitas. En su *Pseudomonarchia demonum*, Johannes Wierius afirma que Belial fue creado a continuación de Lucifer —Satán, el Diablo—, y sostiene que fue uno de los principales jefes de la rebelión angélica y quien empujó a la resistencia contra Dios a la mayoría de los ángeles caídos. Por ello fue también uno de los primeros expulsados del cielo. Tendría a su cargo el mando de veinticinco legiones. La tradición nigromántica le atribuye el hábito de seducir a adolescentes de sexo masculino a quienes, después de pervertirlos, protege; asimismo, lo considera mentiroso a ultranza.

Uno de los fragmentos textuales de Qumrán presenta los tres nombres atributos de Belial: El Impío, El Ángel de la Perdición y Espíritu de Destrucción.

Mastema

El otro demonio de fuerte personalidad del Antiguo Testamento es Mastema, a quien muchas veces se confunde con Satán. De acuerdo con el Libro de los Jubileos, tiene la jefatura de la décima parte de los demonios, que Dios le habría confiado después de que Mastema arguyera que sin tropa, es decir, sin demonios que le ayudaran, no podría cumplir su misión de atormentar a los hombres, «cuya malignidad es muy grande». Dios le habría concedido la jefatura de uno de cada diez demonios existentes —si el Libro de Enoc o de los Vigilantes refiere la verdad— hasta el día del Juicio Final. Mastema significa en hebreo «hostilidad», y se lo confunde con Satán porque siempre está hablando mal de la humanidad. No obstante se singulariza, sabe diferenciarse del resto de la aristocracia infernal a causa de su insaciable apetito homicida. Mastema es el ángel exterminador, el *malaj ha mavel* que da muerte a todos los primogénitos de Egipto en la noche de la pascua. También habría dado muerte a todos los judíos, de no haberlo impedido Yahvé. Matar a seres humanos es la actividad que más le atrae.

Samael

Samael (en hebreo: «veneno de Dios») es el nombre epíteto de Satán que acuñaron los rabinos compiladores de las traducciones talmúdicas y los autores de los libros cabalísticos. El nombre Samael no aparece en la Biblia, es del Talmud, las tradiciones de la Torá. Los relatos talmúdicos lo identifican con la serpiente que tienta a Eva en el Paraíso, y es sin duda la primera configuración del Diablo en la Biblia. De acuerdo con las leyendas hebreas, Samael llegó al Edén montando una serpiente que era tan grande como un camello. Y poseyó a Eva mucho antes que Adán, puesto que en el momento de cometerse el Pecado Original, Adán y Eva aún no se habían «conocido». La pareja de hecho Eva/Samael habría engendrado no sólo a Caín sino a un considerable número de demonios.

Algunas tradiciones aseguran que a causa del empleo por parte de Samael de la técnica inseminatoria de los incubos,^[40] dicho demonio también habría sido amante de Adán, empleando para el caso una apariencia corporal femenina o de súcubo, a los efectos de procurarse el semen que no podía producir por sí mismo. Sin embargo, la tradición que convierte a Lilith en la primera pareja de Adán asegura que Samael, después de gozar de Eva, formó pareja estable con Lilith. Los demonólogos no descartan que entre Samael y Lilith haya habido inconfesable tráfico de fluidos corporales humanos al tiempo de las uniones adulterinas con Eva y Adán.

¿Cinco demonios, cinco seres rebeldes ante Dios, u otras tantas máscaras de un Satán solitario, inescrutable, semejante a Proteo, a quien los griegos llamarían Diablo?

–Capítulo 6

EL PECADO ORIGINAL y LA SERPIENTE

Adán y Eva fueron débiles y se arrimaron al árbol del bien y del mal, a la región de los cambios, con lo cual también ellos cayeron en esas vicisitudes de bien y mal [...] Tal como está escrito: «Dios hizo al hombre sencillo, pero el hombre mismo se busca infinitas complicaciones».
El Zohar (ID, 107 b)

Yahvé, Adán, Eva

Parece evidente que el relato de la Caída o el Pecado Original que presenta el capítulo 3 del Génesis no considera la falta de los primeros padres como un hecho individual, sino que, por el contrario, el redactor ha querido expresar con la narración que el fallo en que incurrió la primera pareja tuvo importantes consecuencias para sus descendientes, trascendencia histórica.

En principio, después de consumada la transgresión de la veda que había establecido Yahvé, ya no podrán sobrellevar la desnudez como antes: a partir de entonces se avergüenzan de ella, y cada cual la escamotea a la mirada del otro. Tendrán que cubrirse con ropa. Así el Pecado Original también da comienzo a la historia de la indumentaria o el vestido: «...viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores» (Gen. 3, 7). Antes de expulsarlos del jardín del Edén, «Hízoles Yahvé Dios al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió» (Gen. 3,21).

Además experimentan un miedo instintivo que los conduce a ocultarse ante la proximidad de Dios.

Las sanciones que Dios les aplica conciernen al conjunto de la humanidad: pan conseguido con sudores o trabajo esforzado sufrimiento en el parto, sometimiento de la mujer al hombre ardiente búsqueda del hombre por parte de la mujer, movida por la concupiscencia ... , y la muerte.

Los símbolos empleados en el relato acaban de configurar la situación inicial de la especie humana en el mundo. Los descendientes de aquella primera pareja recibirán esa herencia ontológica y existencial, es decir, serán mortales, tendrán que trabajar; y las mujeres estarán obligadas a someterse a los hombres a buscar a estos con ardor, etc.

En la base del Pecado Original está la prohibición de Yahvé que no supieron o quisieron

respetar. Éste pide al hombre que crea en Él y se subordine. El Todopoderoso infundirá en Adán las nociones de lo bueno y lo malo: el hombre no tendrá que elaborar esas categorías con su pensamiento, le llegarán de Dios. La aceptación de esa norma establecida por el Creador comporta el reconocimiento de la autoridad de éste, y su preeminencia; a su vez, coloca a los seres humanos en situación dependiente, y en el ejercicio sostenido de la humildad —lo contrario del orgullo—, al igual que en el de la obediencia.

Al principio, además de humilde y obediente, la pareja se muestra en perfecta complementariedad. Adán lo exulta en un versículo al final del capítulo 2, cuando Yahvé presenta a la compañera que le ha fabricado con la costilla que le ha quitado durante el sueño.

Pero después de consumada la transgresión, las relaciones entre el hombre y la mujer resultarán afectadas en profundidad: ella no tendrá más remedio que adquirir un nuevo estatuto que Dios le aplica como una marca de infamia: desde la Caída y la expulsión del paraíso ella estará subordinada al hombre. Cuando eran complementarios eran iguales, pero con la expulsión del Edén, la mujer se ha convertido en una especie de esclava.

El Pecado Original lo ha cambiado todo. Adán, que al final del capítulo 2 llama a la mujer carne de su carne, entusiasmado con la compañía que Dios acaba de crear para él, en el capítulo 3, 12, la señala como principal responsable de la falta que han cometido, y se refiere a ella en tercera persona: «La mujer que me diste por compañera me dio [el fruto prohibido]».

Esas palabras explican todas las habladurías posteriores en torno a las infidelidades de ambos y a la paternidad de Caín, a quien se considera el primer hijo de Satán/Samael (o el Diablo) con madre humana. Al referirse a ella como «la mujer que me diste» establece una distancia que los comentarios y la fabulación talmúdica de los milenios posteriores colmaría con las presencias de Samael y de Lilith.

Los seres humanos se dejan tentar por un ángel —¿es que «la serpiente» puede ser otra cosa?— que de esa manera elige la rebeldía y se gana un destino infame, un nombre ignominioso.

Por otro lado, el Pecado Original no sólo enturbia las relaciones de los humanos con Dios; además, aniquila la dicha primigenia de la humanidad de manera irreversible y ahonda el conflicto entre Yahvé y el lado rebelde o tenebroso del cielo.

En la frase que pronuncia Adán para eludir o reducir ante Dios su propia responsabilidad en la consumación del primer pecado y en la consumición del fruto prohibido, emplea por primera vez la tercera persona para referirse a la mujer. Estamos ante el primer conflicto sentimental de la historia, por otra parte. Y Dios, en los considerandos de la sentencia de expulsión del paraíso, le hace un reproche insólito: «Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol...». Adán no pudo escuchar a su mujer puesto que ésta no le dijo nada, se limitó a alcanzarle el fruto. Al menos así está escrito en

la Biblia.

Después de la Caída, Adán llamó Eva a su mujer «por ser la madre de todos los vivientes» (Gen. 3, 20). Cuando la Biblia se tradujo al griego, *Havab* (Eva) se convirtió en **Ζωνη**, que es Eva en lengua helénica; pero que también es un sustantivo que significa «vida».

Adán no intenta disculparse de la acusación de haber «escuchado» a su mujer, como si realmente ella hubiera dicho algo que el redactor del Génesis no registra en el texto. Uno de los rasgos mágicos del Pentateuco es la impresión de frescura de la voz narrativa en las primeras páginas, que en efecto parece tan recién nacida como el universo de los primeros capítulos del Génesis. Y parece ir madurando y volviéndose más compleja, precisa y consciente a medida que progresa la narración y Dios comienza a observar los sorprendentes y dramáticos incidentes de su obra: el Pecado Original, luego el primer asesinato, más tarde, la rebelión de los ángeles vigilantes y la devastación de la humanidad por parte de los nefilims. ¿Se trata de fallos o cabos sueltos en su Creación?

No, se trata de tres opciones sucesivas por el mal por parte de sus criaturas, dotadas de libre albedrío.

Como es natural, el desajuste entre la conciencia de Dios, que cree que Eva dijo algo poco antes de ofrecerle el fruto a su compañero, y la relación textual sólo puede deberse a dos factores: quien escribió el rollo del Génesis se tragó un versículo con la frase que Eva le dice a Adán, verbigracia: «Este fruto es para dioses».

En tal caso, ¿cómo es posible que a Moisés, o sea, al redactor del Génesis, no le susurrara el ángel apuntador, o el Espíritu Santo, la frase que Eva habría dicho a Adán, y que oyó Dios con claridad, puesto que reprocha a éste «haber escuchado» a su mujer?

Lo que se llama Pecado Original no parece ser otra cosa que un mito sobre la condición humana. Para diversas doctrinas gnósticas y orientales que creen en la metempsicosis o transmigración de las almas, la naturaleza de los seres humanos es el castigo de uno o varios dioses por los pecados cometidos en una existencia previa en la cual se disfrutó de un ser muy superior, exento de las Imperfecciones y debilidades de la carne. Los griegos del período clásico pensaban más o menos lo mismo^[41] en este punto: la historia de la humanidad no sería más que la de una expiación de otros seres superiores, no humanos, condenados a encarnarse en nuestros cuerpos por pura penitencia. Eso hace del mundo en que vivimos el infierno de otro mucho más grato y noble que no merecemos: la culpa precede a los cuerpos. La existencia humana sería herencia penitencial de otra anterior no humana.

En cambio para el judaísmo, el cristianismo, el islam, la historia del universo, tiempo y espacio, comienza en el primer versículo del Génesis: no puede existir una falta anterior, puesto que antes del capítulo primero de la Biblia no hay nada. No habla nada, pero en realidad estaba Todo cuanto Es: el

Todopoderoso. «Dos mil años antes de la creación del mundo —dice un texto cabalístico— las letras estaban ya ocultas y el Santo (bendito sea), las contemplaba y se deleitaba con ellas. Cuando quiso crear el mundo, todas las letras se presentaron ante Él.»^[42]

La serpiente, Samael, Satán y el árbol

Antes del exilio (587-538 a. C.) los judíos no mencionaban ni a Satán ni a los demonios. Ello explica en parte que en el capítulo 3 del Génesis aparezca un animal no sólo más inteligente que los primeros padres, sino, además, hablante. Para el lector resulta obvio muy pronto que no puede tratarse de un reptil, ni de especie zoológica alguna, sino simplemente de Satán.

No obstante, dicho ser tenía una apariencia, sin duda. ¿A qué animal se parece la locuaz criatura que tienta a Eva? La pregunta no es absurda o bizantina, aunque la narración del Génesis sea una pura fábula, puesto que a la hora de las sanciones o castigos, Dios condenará al tentador a quedar encerrado en un cuerpo que se parece bastante al de una serpiente: «Te arrastrarás sobre tu pecho ...», decide Yahvé. Con posterioridad al castigo es cuando el tentador reptaba como una víbora cualquiera, pero no antes. ¿Cómo era el tentador antes de que Yahvé lo recluyese en un cuerpo de serpiente? Todo lo que podemos saber por la Torá es que no se arrastraba. Lo más seguro es que tuviera piernas, o bien patas.

El *Sefer ha-Babir*, «Libro de la Claridad», uno de los puntales de la literatura cabalística, le asigna a la serpiente anterior al Pecado Original una apariencia y una función inesperadas, que sin duda derivan del empleo en el texto original de la expresión *ha-najash*, dos palabras que corresponden al artículo indefinido singular ha, «el» «la», y el sustantivo *najash*, que también significa («reptil» e incluso una serie de animales míticos o imaginarios, habituales en los bestiarios religiosos y legendarios de diversas latitudes, más o menos emparentados con las familias carnales de los cocodrilos y de las serpientes, fantásticas presencias: el dragón el basilisco, la hidra...

De modo que el texto cabalístico de la primera mitad del siglo XII no puede ser más revelador: señala que «el perverso Samael» decidió realizar un atentado contra el Todopoderoso porque no pudo soportar que Dios hiciera tan grandes concesiones a los hombres como otorgarles el dominio sobre las aves del cielo, los peces de los mares y ríos, los animales terrestres...

El comentario bíblico (*midrash*) de Rabí Nehumia ben Hakaná, otro nombre del Libro de la Claridad, observa en este punto la misma doctrina que siguiendo al gnóstico Orígenes haría suya la teología cristiana: Samael, nombre que usaron para designar a Satán los apologetas judíos, se rebela

contra Dios porque envidia los dones que éste ha hecho al hombre y decide tenderles una trampa para perderlos.

Todos los ángeles rebeldes están de acuerdo con los planes de Samael, por supuesto. Y Samael desciende a la Tierra en compañía de todos ellos. Y en seguida se pone a buscar un cómplice para que le ayude en el Paraíso, y encuentra a la serpiente, que era semejante a un camello. Samael la montó y la serpiente lo llevó al Edén.

En el momento de representarse la escena del Pecado Original en el Paraíso, el mundo tal como lo describe el Génesis hasta ese punto no cuenta con otros nombres propios que el de Dios las luminarias del día y la noche (Sol y Luna), el hombre y la mujer, que valen por nombres propios porque sólo hay un ejemplar de cada género, de modo que Adán, que en hebreo significa «hombre» se escribe con mayúscula inicial y vale como nombre propio en 'las traducciones; sin embargo, en el original, escrito en letras cuadradas arameas, no existen las letras mayúsculas.

La serpiente, que en realidad nada tiene que ver con el animal así llamado, pues ésta habla, tiene malignas preocupaciones que la llenan, quiere hacer daño al hombre y atacar a Dios, pudo muy bien ser un dragón, como sugiere san Juan en el Apocalipsis (12, 9) donde el apóstol y evangelista actúa también como filólogo procediendo a la lectura de la expresión *ha-najash* en sus varios significados posibles, incluida la traducción griega: «el dragón grande, la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás...».^[43]

Se trata sobre todo de un espíritu polimorfo, provisto de un cuerpo con patas, y es muy posible que también de, alas. La maldición de Dios privará a ese dragón de ellas y a partir de entonces tendrá que reptar como una serpiente. No obstante, una y otra vez regresará al texto para poner en acción idéntica perfidia sibilina.

Este ser inquietante, que es más poderoso que el hombre, pero a quien Dios domina con facilidad, es enemigo de ambos, de Dios y del hombre, pero también es una sorpresa: nada lo anunciaba y de pronto, está allí.

A partir de entonces, el mal es una presencia acostumbrada en todo escenario humano. Y siempre estará allí, como la serpiente, como Samael o el Diablo en el paraíso.

Este incidente nos permite sospechar, o mejor dicho, nos hace saber que no todo está contado en el Génesis, que éste es apenas un breve resumen de los acontecimientos principales que conciernen a la humanidad. Por ejemplo, en el cuarto día, junto a las luminarias del cielo, Dios habría creado a los ángeles vigilantes o guardianes que serán los protagonistas de la tercera implantación del mal.^[44] Pero de ello no nos enteraremos leyendo la memoria de la obra del cuarto día, sino por una noticia en el capítulo 6, que explica las motivaciones de Dios para intentar la aniquilación de la carne en la Tierra.

En las tradiciones talmúdicas no hay acuerdo acerca del día en que fueron creados los ángeles (y en consecuencia, los demonios). Buena parte de las fuentes rabínicas sostienen que fue el segundo día, pero muchos otros, con buenos argumentos, postulan que esa creación tuvo lugar el día quinto. Tampoco faltan textos respetables que postulan que la generación de ángeles es permanente, al igual que la desaparición de éstos, que se supone que dejan de existir tan pronto como han entonado su canto de alabanza al Señor. Pero la Biblia es muy parca en información ángelo-demonológica.

En el capítulo 3 ni siquiera se indica que el ser llamado «la serpiente» sea un ángel rebelde o caído. Nos permite suponerlo su modo de actuar, el uso de la palabra, la inteligencia con que engaña a los seres humanos. En efecto, presenta el mal como si fuese un bien. Si todo lo que Dios ha creado es bueno, y este ser es malo, por fuerza tiene que tratarse de un espíritu con libre albedrío que eligió el mal.

Por otra parte, hasta ese momento, esa criatura de libre albedrío había mantenido oculta su elección del mal, o la rebelión. Será con la tentación de Eva y, a través de ésta, la de Adán, cuando se declare en rebeldía y asuma el papel de Adversario de Dios. La hostilidad hacia el Creador no lo vuelve aliado del hombre. Éste no es amigo ni tampoco rival de «la serpiente»: el hombre sólo puede ser aliado o enemigo de Dios. Y el espíritu tentador. Satán Samael, tiene como objetivo separar a Dios del hombre y viceversa. Para ello se limita a mentir a la mujer diciéndole que Dios los perjudica impidiéndoles comer el fruto del árbol de la ciencia.

Hasta que se compuso el Génesis la serpiente había sido honrada en las religiones anteriores como una divinidad mágica de la salud, la fecundidad, la fertilidad, la vida. Será la religión judía la que haga caer sobre la especie una pesada maldición, apenas desmentida por la serpiente de bronce del Éxodo.

El papel que desempeña el tentador sirve para que Yahvé resulte exento de toda responsabilidad acerca de las miserias humanas. Fue Satán, Samael, quien sugirió al hombre que desobedeciendo a Dios él mismo llegaría a ser como un dios. Dios no tienta al hombre al pecado.^[45] El pecado es lo que trae Samael a la humanidad. Ésta no es mala de manera absoluta, sino en segundo grado, en la medida en que resulta seducida por el espíritu de maldad. Éste es responsable no sólo del pecado sino también de la muerte: «Que Dios no hizo la muerte: [...] Él creó todas las cosas para la existencia... » (Sab. 1, 13-14).

Dios no tienta a nadie, cada cual es tentado por su propia codicia, e inducido al error por Satán.

En cuanto a la mujer, es el primer objetivo del tentador... Según el ya citado libro cabalístico, «el alma de la mujer procede del principio femenino [...] De ahí que la serpiente cortejara a Eva. Así, se decía: "Como su alma procede del norte [tzafon], yo la seduciré fácilmente"». ^[46]

El árbol de verdad de los caldeas también estaba plantado en dirección a Oriente y homenajeado

por el Sol en el amanecer de cada jornada. En cuanto a la idea de que el árbol pudiera procurar ciencia o conocimientos a quien se alimentara con sus frutos, hay una larga tradición politeísta y mágica con un amplio catálogo de árboles semejantes en los mitos religiosos de todo el mundo. Incluso en la Biblia hay un encinar de Mambré con una encina singular del mismo nombre, que en hebreo significa «el que enseña», bajo la cual recibió Abraham a los tres ángeles de Yahvé que anunciaron a Sara el nacimiento de Isaac. No hay narración paradisiaca que no mencione un árbol capaz de transmitir a los seres humanos sabiduría o virtudes oraculares. Cuando se trata de un árbol de la vida, el zumo de sus frutos suele procurar la inmortalidad, que era lo que buscaba Gilgamesh en su gesta. Los asirios acostumbraban a que fueran los genios o efrits los que recogieran los frutos del árbol para entregárselos a sus fieles a fin de procurarles buena suerte y larga vida.

Para la mayor parte de los Padres de la Iglesia, el árbol y la prohibición que le concierne constituyen un símbolo de la obediencia. El hombre, cuya conciencia ya estaba en funcionamiento, tenía en la veda de los frutos del árbol de la ciencia una señalización del mal y de la desobediencia a su alcance: bastaba con que los comiera para transgredir el orden divino.

Acerca del significado del nombre «árbol de la ciencia del bien y del mal», acabó por imponerse la teoría de san Juan Crisóstomo, que también adoptaría santo Tomás: el concepto procede de los resultados, de la trascendencia que tuvo la Caída para la humanidad. Con ese árbol aprendieron la diferencia entre obedecer y abstenerse de los frutos prohibidos (bien), y desobedecer, comiendo, para ganar la pérdida del Paraíso, la obligación de trabajar, los sufrimientos de toda clase y la muerte.

Algunos esoteristas modernos han postulado que la «ciencia» procurada por el fruto prohibido no era la omnisciencia de Dios sino el saber al alcance de quienes la Biblia llama «Hijos de Dios: (*Beni Elohim*), también aludidos como «Señores» y «Príncipes» acerca de cuya sabiduría encontramos numerosos indicios en las Escrituras. Ahora bien, los *Beni Elohim* son los vigilantes o guardianes, los padres de los gigantes, que, según indica el Libro de Enoc, acabarán encadenados por el arcángel san Miguel durante «setenta generaciones» hasta el «Día del Juicio».

Mientras tanto, permanecen entre los hombres, y uno de estos *Beni Elohim* se aparece a la mujer de Manoa, en Sora, y se comporta como un avezado obstetra sobrenatural: «Eres estéril y sin hijos, pero —le augura— vas a concebir y parirás [...] no bebas vino ni licor ninguno ... », se puede leer en Juegos 13,3. Sin embargo, lo Cierto, es que no fue tampoco a ese saber, la precognición, al cual accedió la humanidad a través del árbol de la ciencia. Puesto que de haber sido así, la ciencia que comunicaron los vigilantes, los *Beni Elohim* a sus mujeres humanas, acerca de la cual se informa en Génesis 6, habría resultado una pura redundancia o repetición.

¿Cuál era el saber que Dios vedaba a los seres humanos? Tampoco en la respuesta a este interrogante los teólogos se han puesto de acuerdo.

La opinión mayoritaria, o más aceptada en la actualidad, es que la prohibición no concierne a la conciencia moral, como puede sugerir el atributo del árbol prohibido, que se nombra como «del bien y el mal». Dios habría vedado sólo aquella sabiduría donde el bien y el mal aparecen mezclados de tal modo que no pueden disociarse, en otras palabras, donde no se puede discernir entre uno y otro. En suma, un saber ajeno a la ciencia de Dios, que sería solo del bien. O un saber exento de ética o extravagante a la moralidad, al universo moral que las Escrituras constituyen y estructuran.

Eva, precursora de la brujería

La afinidad entre Eva, introductora del pecado en el mundo, y la bruja condenada a la hoguera por practicar la brujería o magia satánica en el siglo XVI, ya aparece sugerida en el texto hebreo del capítulo 3 del Génesis: el verbo que se emplea para designar la acción de la serpiente hacia los hombres, *nasha*, «inducir a error», también significa «practicar la magia» e («interpretar o leer los signos»]. .

La tentación de Samael consiste en invitar a los primeros padres, y en primer lugar, a la mujer, a ir muy lejos en el conocimiento, que es lo que buscarán en los milenios siguientes magos, gnósticos y esoteristas.

En el Salterio de la Reina Mary,^[47] que se remonta al Siglo XIV, la miniatura que ilustra la escena «Adán y Eva expulsados del Paraíso» muestra a un Adán angustiado, aplastado por el peso de la culpa. Eva, que camina junto a él, exhibe un rostro despreocupado, igual que si estuviera saliendo a un paseo campestre; ,como si no hubiese ocurrido nada. El anónimo maestro que pinto la Ilustración está imbuido de la doctrina de su tiempo acerca de la condición pecadora, casi demoníaca, de Eva.

La primera máscara bíblica de Satán, «la serpiente», es brillante. Su empleo pérfido del lenguaje, la habilidad con que seduce y engaña a sus víctimas son las de un maestro del mal. Sin embargo no ocurre lo mismo con la primera aparición del espíritu del mal con el nombre Satán, que es un malvado que engaña a David para atraer una plaga contra su pueblo haciéndole incurrir en la «transgresión de un tabú», o, más tarde, en el Libro de Job, un ser irónico, especie de cortesano misántropo de la tertulia de Yahvé, que la ha tornado con Job, y cuya rebeldía no impide que DIOS lo emplee en labores de bastante importancia, como poner, a prueba a algunos otros seres hablantes que poseen libre albedrío: humanos y ángeles. E inventar las consuetudinarias maldades connaturales de la marcha de la historia o evolución de la humanidad: asesinatos, guerras, hambrunas, desastres naturales, epidemias de peste...

Hay ciertos momentos de la historia que cuentan las Escrituras en los cuales se adjudica a Satán, Satanás o el Diablo la Suma Regencia del mal, para que Dios parezca perder toda responsabilidad en relación con éste. En el Antiguo Testamento esto suele suceder en los libros sapienciales, en algunos salmos, y sobre todo en los textos proféticos.

A partir de la Caída Satán, Samael, el Diablo, saldrá asociado con la mujer para siempre. Otro de los efectos fundamentales del Pecado Original es la fundación de la misoginia canónica que comparten las tres religiones sucesivas articuladas en torno al Pentateuco y, en general, al Antiguo Testamento. La norma que funda dicha misoginia o machismo canónico es palabra de Yahvé, que registra el Génesis: «... buscarás con ardor a tu marido, que te dominará» (3, 16).

En el cristianismo la especulación acerca de la inferioridad de la mujer, por parte de clérigos de género masculino, claro está, sustentó durante un siglo y medio, poco más o menos, la teoría de que las mujeres no tenían alma.

El Corán adopta la misma doctrina, aunque con especificaciones normativas de orden doméstico: «Los hombres están por encima de las mujeres, porque Dios ha favorecido a unos respecto de otros, y porque ellos gastan parte de sus riquezas en favor de las mujeres. [...] A aquellas de quienes temáis la desobediencia, amonestadlas, mantenedlas separadas en sus habitaciones, golpeadlas. Si os obedecen, no busquéis procedimiento alguno para maltratarlas.»^[48]

« ¿Cómo podéis desear abrazaros a semejante saco de estiércol como es la mujer?», preguntaba Odón de Cluny, quien sería beatificado a su hora, a los monjes que escuchaban sus edificantes sermones.

La mujer no sólo fue juzgada responsable de la Caída o pérdida del Edén, a causa de su comportamiento ante la serpiente tentadora, sino también considerada por los teólogos y los clérigos misóginos como una aliada infatigable del Diablo. La Caída o el Pecado Original también puso en marcha para siempre la fundación de la misoginia canónica monoteísta, que comparten las tres religiones hermanas, judía, cristiana e islámica.

Tertuliano (150-240 d. C.), en un opúsculo que tituló *De cultu feminarum*, atribuye a las mujeres ser la puerta que usó el Diablo para entrar en el mundo. Honorato de Autun les atribuía una irresistible tendencia a las imagerías viciosas. En la Edad Media se puso de moda entre los prelados de cierto fuste intelectual inventar frases misóginas. Las llamaban lobas, leonas de Satán, fieras de la lujuria, ponzoñas de las almas de los creyentes, sanguijuelas, vampiras. Para santo Tomás de Aquino la mujer era una «criatura ocasional y accidental». El *Malleus Maleficarum* explica que las imperfecciones de las mujeres derivan del hecho de proceder de una costilla que es pieza curva o de escasa rectitud.

Lo peor de todo para estos religiosos y prelados era el sexo de la mujer —sin duda el voto de

castidad tiene mucho que ver en ello—, al que los castigados monjes medievales consideraban el peor instrumento del Diablo, abismo insondable, túnel resbaladizo y entrada al mundo de las tinieblas. Los demonólogos autores del *Malleus* descubrirán también que la brujería procede en su mayor parte del insaciable apetito sexual de las mujeres —¿Y el de los monjes?

Por esa clase de convicciones, por el consenso que lograban los conceptos misóginos de esa clase y estilo, a mediados del segundo milenio de cristianismo, pasados los treinta y cinco años, las mujeres plebeyas, sobre todo si eran viudas y pobres y practicaban algunas artes liberales como la de las comadronas o curanderas, comenzaron a tener todas las posibilidades de convertirse en brujas y morir quemadas vivas en una hoguera, por ser consideradas agentes devotas e incluso amantes del Diablo.

Genealogía del Diablo. el mito de Lilith

¡ Está llena de sangre y secreciones!

A pesar de la antigüedad de la familia *Lil*, babilónica y demoníaca, Lilith, la joven prima hebrea de las terribles criaturas demoníacas asirias, llegó unos tres mil años más tarde a la reflexión mística judía.

En los comentarios y glosas del Génesis S,^[49] algunos rabinos de la Antigüedad y de la Alta Edad Media encuentran razones para suponer que Lilith fue la primera pareja de Adán. Y más aún, que en Génesis 1,27 in fine, donde se lee « ...y los creó macho y hembra», el texto del Génesis alude a una sola criatura andrógina (como Dios mismo), cuyas partes masculina y femenina eran equivalentes.

Luego, en el Génesis J, que comienza en el capítulo 2, ya se habla de una costilla de Adán con la cual Dios dará forma a Eva.

La primera contradicción entre el hombre y la mujer, tan pronto como Dios procede a separarlos, deriva de las diferentes posturas que asumirán uno y otro a la hora de hacer el amor. Dice el mito que uno y otro quieren estar encima, esto es, en la posición de incubo. Eso no es otra cosa que un desplazamiento simbólico: se están disputando el poder, la supremacía social.

Bien mirado ya había una guerra en ciernes antes de la separación de los cuerpos. Sin duda allí podría haber un signo de un trabajo previo de Satán, que les había inoculado el veneno del poder...

¿o es sólo orgullo narcisista?

Lo bueno de los mitos es que las explicaciones no sirven de nada y los enturbian. No, no es que Satán estuviera trabajando entre bambalinas, manejando los hilos de Lilith. Lilith es Satán, en versión hembra.

¿Por qué si no el Satán con cabeza de macho cabrío tiene tetas y verga? Las tetas son de Lilith, la verga y el vellocino capro de Samael, Satán por excelencia de las sinagogas. En suma, la primera máscara de Satán, del Diablo, es Lilith, primera mujer, que podía sonar en la antigua lengua hebrea como nocturna, de la noche. Primera máscara del Diablo: Lilith, una mujer de la noche.

Como no puede unirse a Adán, se marcha.

Más tarde se la convierte en un personaje aún más importante, una criatura femenina, más aún, emblema de feminidad feral, instintiva e irreductible, que mantiene muy singulares relaciones con Yahvé, sobre todo en una *midrash* del Génesis] que se remonta al siglo XVI.

La irrupción del personaje en la literatura jasídica ocurrió hacia el siglo III d. C. Yehuda Bar Rabbi, el primer autor rabino que se ocuparía de ella, escribió:

El Santo, bendito sea, había creado a una primera mujer, pero el hombre, al verla llena de sangre y de secreciones, se había apartado de ella. Otra vez El Santo, bendito sea, volvió a ocuparse y le creó una segunda. (Génesis Rabba, 18,4)

Yehuda Bar Rabbi no se complace en la narración detallada de los hechos. ¿Tal vez porque aún no se habían conocido o revelado del todo?, ¿o para no convertir el caso Lilith es un mal ejemplo que pudieran imitar las mujeres de la comunidad?

Que haya sido la abundancia de sangre y de secreciones lo que disgustara al primer hombre, cuyo cuerpo era en todo semejante al de Lilith, ya resulta asombroso.

La impresión general que dejan las tradiciones talmúdicas acerca de la creación en seis días es la de una obra inconclusa, y la de un creador sorprendido por la jornada séptima sin haber acabado su labor. De ahí que en el texto zohárico^[50] se informe de que en el sexto día de la creación, cuando llegó la hora del sabbat, muchos espíritus quedaron sin cuerpo ni forma, y que son éstos quienes integran la legión de los demonios creados por Dios. Puesto que Yahvé habría dedicado sus últimas horas de labor del Sexto Día a la terminación de los ángeles leales, los rebeldes quedaron a medio hacer a causa del primer sábado, y también de la omnisciencia de Dios, que ya estaba en conocimiento de que dichos espíritus serían incitados a la rebelión por el árbol del bien y del mal,^[51] que se pasarían al bando tenebroso.

Pero Lilith, al menos al principio, nada tiene que ver con ellos, porque no fue en su origen un

espíritu puro sino una hechura modelada con la misma técnica, e incluso con la misma tierra que Adán, para ser compañera, pareja de éste. De manera que la sobreabundancia de sangre y de humores o líquidos corporales no tiene ninguna relación con la rebelión de los ángeles. Adán y Lilith estaban hechos «a imagen de Dios».

Y como fueron la primera pareja, también debieron ser los protagonistas de la primera pelea de pareja. Disputaron por algo que no puede considerarse «tontería»: en el momento de hacer el amor, tanto ella como él querían estar encima del otro, y eso no es posible, no al menos simultáneamente. y no lo pudieron negociar.

El relato talmúdico de la reyerta es convincente: «Tú debes someterte a mí, yo soy superior» — exige Adán, con soberbia machista, típica—. «Somos iguales, fuimos creados de la misma tierra» — responde ella.

Tanto Adán como Lilith repetían cada cual su mensaje sin prestar a las palabras o razones del otro la menor atención, como suele ocurrir siempre que se disputa con apasionamiento. Ella, que fue la primera en comprenderlo, decidió actuar: pronunció el nombre inefable de Dios, el verdadero —y arcano—, para desvanecerse en el aire: se marchó como quien pasa a otra dimensión, o bien como la imagen de un monitor que se apaga.

Adán se puso a rezar a Yahvé, a quien cantarí la primera lamentación amorosa de la historia:

Soberano de Todo,

La mujer que me diste ya no está,
Ayer se fue tras pronunciar tu Nombre.
¡Dijo tu Santo Nombre y se marchó!

Al principio, Dios envía a tres ángeles para que vayan a buscarla y la traigan de vuelta a casa. Omnisciente, Yahvé la sabe a orillas del mar Rojo pariendo demonios en bandadas, que debió de ser espectáculo en verdad inquietante, no tanto por lo maligno como por lo multitudinario, puesto que fuera del paraíso, en la tierra que después de la Caída o Pecado Original merecerían los primeros padres y su descendencia, la humanidad, Lilith, libre de sus obligaciones domésticas, reconvertida en hembra de demonios, se entrega en seguida a la tarea de poblar la diversidad de la vida en el bajo mundo, en el reino material, en *Malkut*.

Dios se dirige a Adán aún bien alojado, residente del jardín del Edén, a quien habla desde el propio interior humano, es decir, en su pensamiento: «Si Lilith no regresa, mataré a cien de sus hijos cada día», fueron sus palabras.

Lilith no regresa, y Yahvé mata a cien hijos de Lilith por día. Pero ella no para de engendrar, de dar a luz muchedumbres de nuevos hijos, es una paridora endemoniada de hijos en miríadas, muchos de ellos demonios zoomorfos, y bucogastros (con la boca en el vientre), y aun fieras efímeras que

mueren apenas han acabado de atacar o de morder cuando les diera la gana (libre albedrío), y otras duraderas, como el demonio Asmodeo, a quien se considera hijo suyo, uno de los mayores liliotas, quien, además de inmortal, es enamorado y celoso de los hombres, a quienes se complace en matar. Tuvo con Adán un complejo de Edipo muy fuerte y mal resuelto, diría un psicoanalista.

Tres ángeles envió Yahvé, colérico, a orillas del mar Rojo, a buscarla: Senoy, Sansenoy y Semangelof. Lilith no quiso seguirlos, y el trío angelical aceptó dejarla en libertad, siempre que Lilith respetara a los niños que llevasen un amuleto colgando del cuello, donde estuviesen inscritos los tres nombres angélicos:

Senoy
Sansenoy
Semangelof

Lilith es una predadora omnierótica, que reúne tanto semen que no deja de parir demonios tras demonios: bandadas demoníacas. Onán fue una de las primeras víctimas de Lilith. Ella lo debilitó a muerte, seduciéndolo, creando el deseo que nunca ha de saciarse.

Lilith es la obsesión del deseo erótico. Y es la primera máscara o figura de Satán. Y también la primera tentación que conocerá el hombre, anterior a la explícita en el capítulo 3 del Génesis.

Lilith es el deseo o la pulsión, el instinto primario y obsesivo del otro sexo, del cual el hombre resultó separado. Eso es lo que inspira Lilith, que es la primera figuración de Satán: pasión de sátiro —macho cabrío— y de ninfa.

El día en que la primera mujer
fue separada de su parte hombre
llamada Adán,
se convirtió en demonia,

Parece un tema musical de rock. Igual que Satán, Lilith irrumpe en las tradiciones de la Torá, en el Talmud, como rebelde cortesana de Elohim. Puede comerse a los niños recién nacidos y, por cierto, beberse la sangre de estos, sorberles la médula. Pero si los padres del recién nacido le adosan a éste el amuleto, o escriben los versos del Salmo apropiado en un trozo de pergamino que dejan a la vista de la cuna...

No es posible conocer el Nombre Verdadero —secreto— de Dios como si nada fuera. El nombre es la cifra de Dios, contiene todo su poder. De acuerdo con las leyendas rabínicas, se trata de una palabra que reúne veintiocho letras. Quien consigue ordenarlas correctamente, pronunciarlas, se hará uno con El Santo, es decir, dispondrá de su poder. Lilith, según la leyenda talmúdica, es la primera en realizar semejante proeza.

Lilith pronuncia el nombre arcano de Dios y se endiosa ella misma. En primer lugar, consigue el colmo de la intimidad con Yahvé, que es el único que conoce su propio nombre secreto; en segundo, rompe de manera tajante con Adán: se marcha a las playas del mar Rojo, ahora a intimar con ángeles rebeldes y con bestias.

Para invocar o expulsar a los demonios, los operadores mágicos necesitan el conocimiento del nombre exacto, en la lengua de origen del espíritu, dios o demonio, porque los operativos son los fonemas, y la magia que opera, la encantatoria. Es lo que se propone expresar el clásico apotegma *Nomen numen* (en el nombre está la esencia).

Los rabinos debían pelear contra las *lilin de laylah* (la noche), las Deber, demonias de los terrores nocturnos, los Keteb, demonios del mediodía, habitantes de ruinas; alados, todos ellos.

En las culturas de base mago-animista es frecuente que los padres oculten los nombres auténticos de sus hijos para que ciertos demonios no se enteren de su existencia.

Lilitu, la bisabuela asiria de Lilith, era un auténtico azote de los hombres. Pero Satán en su primera máscara, femenina, Lilith, sobre todo busca separar a los hombres de sus mujeres. Pero como por encima de todas las cosas es una buscadora compulsiva de semen, no puede hacer más que generar vida, aunque sea culpable.

Lilith es el instinto sexual reproductivo en estado animal puro.

La ruptura o separación del andrógino primitivo Adán > Lilith da nacimiento a la (rey) reina de los demonios.

Luego la serpiente hará que Eva sucumba a la tentación del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, cuya consecuencia es la muerte.

La serpiente tuvo celos del hombre, quiso ayuntarse con Eva; por tanto, el espíritu de Lilith, que es el instinto de unión carnal, se había metido en él. Lilith sataniza por medio de la serpiente a la primera pareja. El espíritu de Lilith está en Samael, su parte masculina, que desea a la mujer de Adán, carne de la carne de éste.

La primera pareja creada no funciona, Lilith se marcha desafiando a Yahvé. Éste crea a una segunda mujer, esta vez a partir de una costilla del hombre dormido, pero a la cual no le insufla el alma soplo, como sí había hecho con Adán y Lilith (Gen. 2, 7).

En efecto, el redactor del Génesis no da cuenta de haber insuflado Dios un alma a la mujer en el momento de crearla. De ahí que durante dos siglos y medio, poco más o menos, en la Iglesia cristiana no se tuviera la certeza de que las mujeres poseyeran una, como los hombres. E incluso una mayoría

de obispos tuvo por cierto que las mujeres eran desalmadas por no haberle soplado Yahvé un alma a Eva.

La incertidumbre duró hasta que el concilio de Nicea acabó con la doctrina de que eran criaturas desalmadas: resolvió que las mujeres tenían alma de todas maneras.

Pero aun así no pueden acceder al sacerdocio, en las tres religiones monoteístas son criaturas de segunda categoría, en el judaísmo la mujer comparte sustancia con Satán, en el cristianismo y en la religión musulmana también.

Las vampiras asirias

Lilith, a quien algunas tradiciones talmúdicas consideran madre de los demonios, es en realidad toda una genealogía diabólica cuyas raíces asirio-babilónicas reúnen diversos nombres y un grupo de *lilin*, demonios hembras, o demonias, nocturnas, que fueron los precedentes o prefiguraciones de la vampira infanticida o diablesa hebrea, a quien las tradiciones rabínicas emparejarían con Samael o Satán; y a quien presenta de manera sibilina el profeta Isaías en un fragmento que tanto puede evocar el pasado como ser el anuncio de un acontecimiento futuro, y ruinoso:

Y en sus palacios crecerán las zarzas,
en sus fortalezas las ortigas y los cardos,
y serán morada de chacales y refugio de avestruces.
Perros y gatos salvajes se reunirán allí,
y se juntarán allí los sátiros.
También allí Lilith descansará
y hallará su lugar de reposo. (Is, 34, 13-14)

El texto de Isaías apunta, en efecto, hacia el pasado del cual procede, porque tanto los demonios con aspecto de sátiros —cuyo jefe es Azazel— como la nocturna presencia hembra llamada Lilith son restos, vestigios de aquel pasado (y aquella otra religión); pero también son las ruinas de todos los futuros humanos posibles, puesto que Lilith, como esposa de Samael—la antigua serpiente, Satanás, el Diablo—, no puede deparar otra cosa que muerte y ruina.

Todos los demonios babilónicos cuyos nombres contienen la raíz *lil*, como es el caso de las terroríficas Lilitu, Lilu y Ardar Lili, son hembras. Y todas ellas pertenecen, o son connaturales, a la

oscuridad de la noche, son criaturas, formaciones, presencias nocturnas. De ahí que el Talmud haya relacionado a las *lilin* —legión de demonios hembras, demonias— con la palabra «noche» en lengua hebrea —y aramea, árabe ... —*laylah*, y que Lilith tenga como otra denominación más esotérica y aterradora la de su función o dignidad tenebrosa: Reina de los súcubos nocturnos —Reina (demoníaca) de la noche.

Los cabalistas medievales la llamaron la mandrágora humana replantada^[52] (Zohar 1, 34a, 35b), porque fue modelada con tierra, igual que Adán, de acuerdo con la *midrash* de Ben Sirah (siglo IX), y sepultada en el barro una segunda vez, como raíz de mandrágora modelada de acuerdo con las formas humanas.

El tránsito desde su cuna politeísta hasta el monoteísmo hebreo la transformó de manera radical. En su origen asirio-babilónico, nocturno, aunque tuviera poder onírico, era estéril. Pero en el ámbito religioso hebreo se volvió singularmente prolífica. Fueron la lengua y la religión judías las que la volvieron fecunda.

Si el profeta Isaías la sitúa en el desierto, entre las ruinas de los palacios donde no hay el menor vestigio de presencia humana, y junto a «sátiros» que parecen estar reunidos o exiliados allí, es porque éstos, al igual que las *lilin*, también son herencia de religiones politeístas anteriores. Los *seirim*, demonios con torso de hombre y la parte inferior de macho cabrío, eran los «sátiros» de Acadia, uno de cuyos individuos más célebres es el demonio Azazel, su príncipe, que comparte con Lilith el privilegio de haber pasado a la Torá con nombre propio.

Fieras de la noche

En la antigüedad acadio-babilónica se creía que las pesadillas eran obra de las demonias Lilitú y de las otras *lilin*, de manera que a la hora de leer o interpretar las tablillas y otros documentos de la Antigüedad resulta difícil diferenciar entre los sueños aterradores y los malignos espíritus que los producen. También les imputaban la locura y diversas enfermedades. La más temida de todo el grupo era Ardat Lili, a quien representaban con cuerpo de loba y cola de escorpión, devorando a una niña.^[53]

Su rasgo distintivo personal o existencial es la frustración: no había conseguido ser esposa ni madre, su marido nunca le había quitado las ropas para poseerla, no sabía qué era sentir los pechos henchidos de leche. Ardat Lili se enfurece a causa de la existencia de los niños que nunca pudo tener,

y a quienes odia; y es tan apasionada en la envidia que se introduce en las casas de las mujeres solteras para volverlas estériles. ^[54] Asimismo es capaz de producir impotencia y esterilidad en los hombres. Por prevención, los hombres de Babilonia no solían exponerse a los vientos que soplaban el segundo día del mes hebreo de *tisri* (octubre), porque Ardat Lili podía poseerlos.

Las creencias populares le adjudicaban ingresar de manera furtiva en las habitaciones de las parturientas para tocar el vientre de las embarazadas siete veces. Si lo conseguían, el feto moría. Para impedir esos ataques de la demonia, los magos babilonios proveían a las mujeres embarazadas amuletos que ellas se ponían en diversas parte del cuerpo, y una cabeza de bronce del demonio (del aire) Pazuzu, quién tenía bastante poder como para impedir que Ardat Lili, u otra/otro demonio, por propia voluntad o porque lo enviaran las brujas por medio de sortilegios, pudiera penetrar en el cuerpo de la mujer preñada.

El trío Lilitu, Lilu y Ardat Lili, y las *lilin* en general, engendraron a la Lilith hebrea, que luego sería transfigurada por las influencias grecolatinas. Así, la «frustrada» que no había conocido el sexo ni la maternidad se convirtió en una lujuriosa insaciable y seductora contumaz. Los fantasmas emisarios de Hécate, las lamias y las estrigias, estas últimas equivalentes latinos de las *lilin* babilónicas, la convirtieron en una especie de vampiro. La *mantis*, demonio hembra que envía Hécate al mundo de los vivos, encanta mediante el erotismo a quienes arrastrará al infierno, seduce y ejecuta la cópula para devorar al macho. Atrae a los machos hasta su madriguera para comérselos: se asemeja a una *ghula*.

En el *Vendidad*, uno de los textos atribuidos a Zoroastro o Zaratustra, puede leerse lo que constituye el fundamento del mito de Lilith y de las súcubos que descienden de ella: «Si un hombre eyacula involuntariamente durante el sueño es porque ha tenido relaciones con una súcubo que concebirá un hijo suyo. Salvo que el hombre entone ciertas fórmulas mágicas al despertar, el niño será un demonio».

La Lilith que conciben los judíos es mucho más feroz que la del politeísmo asirio-babilónico: estrangula a los recién nacidos para beber su sangre, sorberles la médula ósea, comerse la carne... La única manera de alejarla de los niños es empleando un amuleto específico, que lleve inscritos los nombres de los tres ángeles sanadores que envió Yahvé en su busca a orillas del mar Rojo, o bien invocando al arcángel Rafael, o escribiendo en un trozo de pergamino un salmo que tenga la virtud de espantarla. Lilith resultaba singularmente peligrosa para los varones el día anterior a la circuncisión.

Las tradiciones jasídicas de Europa central refieren que hasta el siglo XVII, cuando los padres veían sonreír a un niño durante el sueño, lo despertaban por temor a que Lilith estuviera jugando con él con la intención de hacerlo reír, para seducirlo y luego llevárselo. La larga cabellera ondulada de ella, que se movía como un vasto y oscuro péndulo, tenía poder hipnótico sobre los niños y los hombres dormidos.

El placer que procura Lilith

Además de vampiro, es decir, bebedora de sangre, Lilith es también una ladrona de esperma, que incita a la masturbación a los hombres durante el sueño, comunicándoles imágenes lujuriosas y ocupando el lugar de las hembras oníricas para quedarse embarazada sin que el durmiente se entere.

Lilith también es genio tutelar de las cópulas entre íncubos, súcubos y humanos en general; y es quien inspira a las mujeres el placer erótico y las pasiones amorosas. En cuanto a los hombres, en vez de insuflarles el erotismo o deseos sexuales, prefiere seducirlos sin más y extraerles el semen de inmediato. En el siglo XVIII los judíos piadosos de Alemania creían que el semen derramado en vano por los hombres, en particular el que caía a tierra tras la masturbación, era empleado por las demonias Mahalath y Lilith para concebir demonios mortales, de una existencia casi virtual, porque estaban condenados a desaparecer en el momento del fallecimiento del hombre que aportara el esperma para su concepción.

La avidez de semen de Lilith, que se repetirá en todas las súcubos, de quienes ella es madre y modelo, comenzó a ejercitarse con los primeros padres. Asegura una tradición talmúdica^[55] que después del asesinato de Abel, Adán dio en la desesperación: «¿ Para qué voy a traer hijos a este mundo si estarán en peligro de muerte?» Tras haber perdido la ilusión de la paternidad, y habiendo abandonado la cama de Eva, Adán recibió la visita de algunas súcubos que después de ayuntarse con él durante el sueño parían multitudes de sapos.

Lilith es la madre de todas las súcubos, y la abuela o gran madre de todos aquellos demonios semejantes a sapos o escuerzos, que son legiones.

A pesar de las sonrisas durante el sueño de los niños de pecho, y de las cuantiosas poluciones nocturnas de los adultos, las relaciones sexuales con súcubos no siempre procuran placer a los hombres. Peor aún, en ocasiones disgustan y incluso deparan desgracias bastante escandalosas por lo espectaculares.

El monje Francesco Guazzo, demonólogo y autor del libro *Compendium maleficarum* (Milán, 1626), considerable exorcista, quien acaso fuera seducido por súcubos —aunque no por la propia Lilith— en diversas ocasiones, asegura en su obra que las vaginas de ellas son como «túneles helados».

Nicolas Remi (1530-1612), un feroz inquisidor que fue discípulo de Jean Bodin y que envió a la hoguera, por brujería y tocadas de sambenito, a novecientas personas entre 1581 y 1591, declaró que el coito con las súcubos es «frío y desagradables».^[56]

Peor aún, a menudo el sexo con súcubos se ha revelado mortífero, tal como ocurriera con el

joven carnicero cuyo caso cita el autor renacentista Jacobus Rueff.^[57] Mientras se encontraba enviscado, inmerso en espesas ensoñaciones masturbatorias, se presentó ante el mozo una súcubo provista de un hermoso cuerpo de mujer. Tan pronto como el joven carnicero comenzó a copular con aquella criatura demoníaca, sus órganos genitales se inflamaron, fueron pasto de las llamas como si hubieran estado hechos de papel o palillos secos, y el infortunado galán finó de un modo por lo demás horrible.

Por otra parte, en ciertas ocasiones, según puede leerse en algunos tratados de demonología,^[58] las súcubos se apoderan de cadáveres de personas recién muertas a las cuales reaniman de manera provisional, para que pasen una noche de amor con un hombre. Por la mañana, o bien al mediodía, cuando despierte, este último se encontrará compartiendo cama con un cadáver.

Las súcubos han atormentado a los hombres casi hasta el presente. Uno de los casos más sonados y próximos en el tiempo es del novelista francés J. K. Huysmans, quien tras despertar, a causa de un sueño erótico de inusual intensidad, tuvo tiempo de percibir a una súcubo que se desvanecía en el aire en su habitación.

La demoníaca presencia había dejado inquietantes huellas en la ropa de cama, y sobre todo en el ánimo del autor. A pesar de su desasosiego, Huysmans volvió a tener comercio sexual con una súcubo, durante dos días. En su diario íntimo, el novelista lamenta el regusto del miedo, la inquietud, y sobre todo la sensación de insuficiencia que le dejaba el copular con esa clase de demonio hembra en lugar de con auténtica mujer. En suma, el escritor francés se sintió insatisfecho y timado: ¡Nunca más con súcubos!, resolvió. Y fue fiel a ese propósito hasta el final de sus días, que pasó recluido en un convento, con hábito de monje oblato.

Lilith y la magia

Igual que sucede con los egrégores, que en el presente se pueden encontrar con relativa facilidad animando sectas y grupos ocultistas esotéricos más o menos satánicos, encarnados en seres humanos de apariencia del todo correcta —sin cuernos ni rabo a la vista—, y casi siempre ejerciendo funciones didácticas y de dirección ejecutiva, o bien bailando música electrónica en las discotecas góticas y siniestras, también hay numerosas acólitas y émulas —avatares— de Lilith en las organizaciones mágicas femeninas, y en particular en las cofradías, logias y hermandades esotéricas feministas.

De hecho, Lilith tiene varios milenios de presencia ininterrumpida en la nigromancia o brujería. Pero además es un personaje literario, que adquirió bastante popularidad en el siglo XIX, y que en el XX se convirtió en el emblema de la lucha o de la revolución feminista, en particular, en el interior de las comunidades religiosas monoteístas, judía, cristiana y musulmana de Occidente.

Suele ser representada desnuda, posee bellos rasgos y una larga cabellera ondulante. Cuando la representación subraya su carácter o naturaleza demoníaca, se le dibuja una vagina en la frente, y sus piernas se asemejan a dos serpientes.

Criatura voladora, está provista de un par de alas de ave rapaz. Los magos gnósticos la representan vestida de negro y sentada sobre un globo de ese mismo color.

Su leyenda la ha convertido en una de las configuraciones o avatares de la Diosa Madre, esto es, diosa del amor y de la muerte. Y por ello, es uno de los espíritus más conjurados por las brujas y magos negros en los maleficios sexuales o de seducción, que las brujas prefieren llamar «trabajos de amor».

Su presencia habitual en los viejos grimorios da cuenta de su popularidad entre los magos negros medievales. Una de las invocaciones a Lilith que ha llegado hasta el presente sería el texto dictado en 1592 al asistente del mago John Dee por un misterioso ente espiritual.

John Dee (1527-1608), astrólogo de la corona británica, a quien en su tiempo llamaron «el Merlín de la reina Isabel», fue uno de los mayores eruditos de su tiempo en ocultismo y brujería. Aunque conoció y trató a los demonólogos contemporáneos de Francia y Alemania como Wierius y Bodin, e incluso aconsejó a la reina Isabel perseguir la brujería, no pudo resistirse a la idea de invocar demonios él mismo, por su propia cuenta y riesgo, e incluso consultar a los espíritus de los difuntos, no por cultivo vicioso de la nigromancia, ni tampoco por excesiva curiosidad en el conocimiento del futuro, sino sobre todo con sentido práctico, con el objeto de encontrar tesoros ocultos que pusieran remedio a sus constantes dificultades financieras.

En el British Museum de Londres se conservan el trozo de cristal de roca y el espejo mágico de obsidiana negra que usaba John Dee para comunicarse, para dialogar con los ángeles, actividad que junto con la astrología y la alquimia ocupaban buena parte de su tiempo como operador mágico.^[59] El médium de John Dee, que se llamaba Edward Kelly, se sentaba a una mesa, y los espíritus que convocaba su señor hablaban a través de él, después de aparecerse en el espejo de obsidiana como en un monitor; o bien optaban por seguir invisibles en algún rincón de la estancia.

Kelly transmitía a John Dee las palabras de los visitantes, y el astrólogo de la reina tomaba nota de lo que iba diciendo el médium. En una de estas sesiones, Lilith se habría presentado a la convocatoria de John Dee, para aconsejar que Kelly y Dee intercambiasen parejas, es decir, que Kelly copulara con la mujer de Dee, y viceversa, a fin de complacer al alma de una difunta de la

familia de Dee, que exigía dicha ceremonia erótica para descansar en paz.

John Dee consintió en las exigencias del espíritu, y el intercambio de parejas, que ambas mujeres aprobaron, se realizó; pero con el tiempo, el astrólogo de la reina comenzó a sospechar que su médium lo había estafado con la sola intención de acostarse con su encantadora esposa, acaso inducido a ello por Lilith, maestra en la inspiración de trampas para la satisfacción de los lujuriosos.

Para los practicantes de la alquimia Lilith, a causa de su emblemático color negro —ropa, noche, tinieblas... — simboliza tanto la Gran Obra Alquímica como la ciencia o el saber esotérico, y las pruebas a las que debe someterse el espíritu para liberarse de los prejuicios.

Pero es aún más que eso en la Cábala tardía, la de Isaac Luria (siglo XVI).

¿Enemiga o parte femenina de Dios?

En la mística hebrea Lilith trasciende con holgura la condición de criatura demoníaca provista de nombre. Y el Libro del Esplendor, el *Sefer ha Zohar*, es el que llega más lejos en el análisis de sus relaciones con El Santo.

Dios es masculino y femenino a la vez. Su parte femenina se llama Shejiná, o Divina Presencia. Es la fase creadora y parturienta de la naturaleza: la vida, la carne > las antípodas del Espíritu.

Pero la Shejiná, igual que todas las cosas creadas por Dios, tiene doble naturaleza: por un lado divina, con Dios y el mundo de arriba, y por el otro tenebrosa y en exilio en el mundo de abajo, a causa del pecado de Adán (Pecado Original).

Según la *midrash* de Rabi Isaac Luria (siglo XVI), el Pecado Original consiste en la separación de la Shejiná y su esposo.

En el nombre de Dios más frecuente en la Torá, Yahvé; o más exactamente, en su forma hebrea, en el llamado Tetragrama.

La *iod*, (י) primera letra del nombre, es el principio creador masculino, fálico, germen y simiente del mundo. La *he*, (ה) segunda letra del nombre, es la matriz, el principio femenino, también llamado Matrona o Shejiná. El carácter arameo muestra incluso a la izquierda el cuello del útero de la Shejiná. La letra *vav* (ו) es la unión entre los dos principios, que produce la concepción o el hijo. Y

la repetición de la *he* (ה) en el mundo inferior se manifiesta como nuevo principio hembra, que define el valor creador del Demiurgo en el mundo material.

En otras palabras, Dios contiene en su naturaleza demiúrgica, cuya cifra es el Tetragrama יהוה, un principio macho y dos principios hembras unidos por la *vav* (ו).

La Shejiná tiene doble naturaleza: una divina, con Dios y el mundo de arriba, y otra tenebrosa y exiliada en el mundo de abajo, a causa del pecado de Adán. Según Isaac Luria, cabalista del siglo XVI, el Pecado Original ha producido la separación entre la Shejiná y su esposo, o en otras palabras: por la Caída, se ha operado la pérdida por parte de Dios de su mitad femenina o hembra. y todavía en otras palabras de añadidura: la ausencia de la Divina Presencia en el mundo es el correlato del retiro de Dios en el Ain Sof.

El Zohar identifica dos Shejiná, la de arriba, que está representada por la primera *he* del nombre de Dios, y la de abajo que se indica en la segunda *he*. La primera *he* es celestial, análoga a la Santísima Virgen del cristianismo, es la esposa de Dios, la vida; y la *he* terrenal, la de abajo, está representada por Lilith, «la negra», la esposa de Samael, o Satán, el exilio, las tinieblas y la muerte.

«El Santo, bendito sea, busca a la Shejiná, la Divina Presencia, bajo el trono y no la encuentra, porque los pecados de los hombres los separan», podemos leer en El *Zohar* (XIX).

Lilith es pura arcilla húmeda y oscura, y Dios es Luz ensimismada y bronca, a causa del Pecado Original.

A causa de la Caída, la Shejiná exiliada en Malkut, la tierra, el reino satánico, la décima sefirah, la más alejada de Kether (la Corona), ha cortado la ligadura con lo superior, es la ruptura de los vínculos (*Shevirath ha Kelim*).

En el *midrash* de Isaac Luria hay un eco de las ruinas de Edom que describe Isaías en 34, 12-14.

Lejos del marido a quien la destinara Dios, Lilith reposa en un trance letárgico, Igual que sobre la tierra está en exilio el alma.

Eso es la Shejiná con Dios en el Ain Sof: Lilith feral aún entre fieras, pare a demonios de la tierra, del desierto. Y Yahvé apenas mata a cien de sus hijos cada día.

Son las actuales circunstancias del hombre: cada acción humana puede ser un pecado, y cada pecado el nacimiento de un demonio. Por ejemplo, las personas que se miran con gran asiduidad en los espejos excitan al demonio del orgullo, que a su vez atrae a Lilith, madre de los demonios terrestres, e instigadora de castigos rigurosos.

Pero quien se mira al espejo con asiduidad es un orgulloso, y Lilith ama a los hombres dados a ese vicio pecaminoso; en consecuencia, les exige que tenga comercio erótico con ella durante el sueño, o les dará muerte. En realidad, a Lilith le gusta amenazar de muerte para seducir, aunque luego no mate.

Además, en el texto de *El Zohar*, el más prolijo en información acerca de la pareja Samael (Satán)/Lilith, podemos leer que Lilith fue creada en cuarto menguante, el lado malo de la Luna.

Fugitiva y rebelde, se convierte en jefa de demonios. Se ocupará de dar muerte a los niños y de favorecer a las mujeres que se unen a Samael, el Impío, su compañero, para que las deje preñadas. Eso explica su asidua presencia en los sabbats de la brujería de la Baja Edad Media y del período renacentista.

En resumen, después de ser modelada en barro por Yahvé, que le insufla el espíritu soplo igual que a Adán, Lilith será en primer lugar la compañera del hombre. Cuando haya consumado el abandono de su pareja, se volverá hembra demoníaca y paridora de demonios flamantes, incluso zoomorfos. Y al fin conseguirá distinguirse en el reino del mal, cuando se convierta en pareja de Samael (veneno de Dios).

Después de parir innumerables generaciones de criaturas demoníacas, Lilith seguía siendo hermosa y Samael, Satán, el Diablo, el príncipe de los ángeles caídos, desterrado en la Tierra, se la encontró un día... ¡Y la quiso como pareja!

La última máscara de Lilith, consorte de Satán, esposa del Diablo, es judía y también mística. Casi al mismo tiempo que en el cristianismo se producía la entronización del Diablo, Lilith, la pareja de éste, se transformaba en la Shejiná tenebrosa, o parte hembra de barro del propio Creador, exiliada en el Mundo. Parte o mitad hembra de Dios —porque el Creador reúne en sí los dos sexos, como se recordará—: «a imagen de Dios los creó, y los creó macho y hembra» (Gen. 1, 27).

Lilith Y Samael, pretende una tradición talmúdica, acordaron una especie de declaración de la igualdad entre sexos o géneros, y se pusieron a vivir en pareja en el valle de Jehanum, por otro nombre, la Gehena, o bien el infierno.

Inmortal, porque se marcha del Paraíso antes del Pecado Original, antes de que Yahvé expulsara de allí a los primeros padres e impusiera la muerte, cuando se convierte en compañera de Samael (Satán), Lilith se inviste de una alta dignidad: Reina de las Fuerzas Oscuras.

-Capítulo 7

LA CAÍDA DE LOS EGRÉGORES

¿Cómo es posible que un espíritu se empareje con una mujer, cuando carece por completo de carne, y en consecuencia de órganos genitales, de semen, de espermatozoides con los cuales fecundar los óvulos de las hijas de los hombres?

Durante muchos siglos a esta pregunta se respondió con visiones oníricas (proféticas), con metáforas. Sólo en la Baja Edad Media los intelectuales al servicio de la justicia, de la afanosa Inquisición, la consideraron de acuerdo con una perspectiva realista: sin semen no puede haber procreación ni embarazo.

En realidad, la caída de los ángeles guardianes, de los egrégores, de los hijos de Dios, o hijos del Cielo, comporta numerosos problemas de índole anatómica y fisiológica, metafísicos y ángelo-demonológicos.

Lo cierto es que la unión sexual de un ser humano (hembra o macho) con un ser puro espíritu es imposible, porque el sexo es atributo de la carne, y extravagante al espíritu, y éste del todo extraño a los sentidos de la carne, si se deja a un lado la poesía lírica, o la canción amorosa, que por ser productos humanos pueden mezclar ambos reinos.

¿De qué modo pudieron los guardianes rebeldes fecundar a las hijas de los hombres y engendrar a los nefilims perteneciendo unos y otras a categorías diversas?

El Libro de Enoc, que cuenta detalladamente la rebelión, no lo explica, ni tampoco lo intenta, se limita a evocar la transgresión con metáforas zoomorfas, en una ficción fantástica, donde los hombres son toros y las mujeres vacas, donde las diferencias de categoría han desaparecido

Ficción alegórica pura y dura. Si un ángel o un demonio son sólo espíritu, están aún más lejos de los toros que de los hombres. Éstos al menos son mixtos —carne y espíritu—, pero en los toros no hay más que carne... El autor, que firma con el nombre Enoc, quiere subrayar el carácter carnal de estas aventuras rebeldes, dejar muy claro que todos estos seres, los vigilantes que quieren actuar como hombres y las mujeres que los seducen, sobre todo parecen bestias de un rebaño. Así, convierte a los ángeles rebeldes, a las mujeres humanas que los han tentado, a los hombres que éstas tenían al tiempo de consumarse el descenso, en vacas y toros; y a los linajes resultantes del mestizaje, en elefantes, camellos y onagros. Estas tres últimas especies simbolizan a los gigantes o nefilims

Y en la visión de Enoc no hay limitaciones o carencias genitales de naturaleza ontológica. Los vigilantes «sacan» vergas como de caballo y penetran a las «vacas»

El Segundo Sueño, donde Enoc, hijo de Jared y padre de Matusalén, se ocupa del incidente, es un resumen completo de toda la historia narrada en la Torá, pero cuando trata el asalto fornicatorio de los egrégos a las mujeres elude ocuparse del detalle de la incompatibilidad sustancial entre el puro espíritu de los ángeles y la carnalidad de las mujeres:...

y miré hacia el cielo y he aquí que muchas estrellas descendían y caían del cielo en medio de la primera estrella y eran transformadas en toros en medio de aquellos becerros y pastaban con ellos y entre ellos

Los miré y vi como todos sacaron su miembro sexual como caballos y montaron las vacas de los toros y todas quedaron preñadas y parieron elefantes, camellos y onagros. Todos los toros les tenían miedo, se aterrorizaron con ellos y comenzaron a morder con sus dientes a devorar y a cornear. Y además comenzaron a devorar a esos toros y he aquí que todos los hijos de la tierra empezaron a temblar y a espantarse ante ellos ya huir. (Enoc, 86, 3-6.)

El autor, además de inventar la escritura en lengua aramea (hebreo),^[60] dejó en su libro gran cantidad de sabios consejos a su hijo Matusalén, quien fue el más longevo de los patriarcas y estuvo entre los últimos titulares de una vida larga (969 años), limitada a 120 años a partir del linaje de Noé. Pero es tan ajeno a la problemática alejandrina que ni siquiera roza el problema de la incompatibilidad ontológica que plantean las relaciones entre los puros espíritus que son los ángeles y las hijas de los hombres

Enoc se limita a ilustrar con metáforas de animales una fábula que improvisa acerca del tercer origen del mal en la humanidad, que enuncia el Génesis, no responde a la pregunta acerca de la incompatibilidad ontológica —que en sus aspectos técnicos, prácticos, seguirá envuelta en tinieblas, en el más literal de los sentidos—, porque ni siquiera llega a plantársela

La raíz hebrea del nombre Enoc significa «edificar». El primer Enoc es hijo de Caín y ese mismo nombre tendrá la primera ciudad que construya la humanidad

Tubalcaín, el antepasado de todos los herreros y forjadores de cobre y hierro, y su hermana Noema, la «hermosa amada», que es la primera cortesana de la historia y la patrona de las prostitutas, completan el cuadro de decadencia o corrupción de la humanidad que constituyen las circunstancias de la tercera irrupción del mal

Tubalcaín y Noema son hijos de Lamec, el inventor de la poligamia (Gen. 4, 19-22), una institución en la que Dios no había pensado a la hora de crear a la primera pareja humana. Lamec, en sus dos mujeres, engendrará también a los creadores de cuatro oficios demoníacos: los pastores nómadas, los músicos, los fabricantes de armas de hierro y las prostitutas

También en ello hay un signo de la degradación o corrupción de la carne, que anuncia la caída de los egrégos. Pero además de una señal hay una preparación. Si del linaje de Set procede Enoc, que inventará la escritura para emprender con ella la narración de la caída de los egrégos, el linaje de

Caín proveerá a la humanidad de pastores itinerantes o beduinos, músicos, armeros y putas, que muy pronto se convertirán en discípulos de los egrégos, que además de lujuriosos son maestros de magia y otras artes liberales afines a la brujería

Las artes mágicas

La lujuria es el primer motor de los ángeles vigilantes, pero pronto se sumará a ella otra falta recurrente en las deidades o demonios civilizadores de diversas religiones politeístas. La historia por fuerza nos recuerda al mito de Prometeo, aunque aquí la misión didáctica esté repartida entre numerosos vigilantes

Cada jefe de unidad, esto es, cada uno de los ángeles provistos de un nombre, enseña artes y oficios singulares que casi siempre consisten en alguna disciplina mágica

El listado comienza con el maestro de Tubalcaín, el primer artesano metalúrgico y herrero de la humanidad:

Y Asa'el enseñó a los hombres a fabricar espadas de hierro y corazas de cobre y les mostró cómo se extrae y se trabaja el oro hasta dejarlo listo y en lo que respecta a la plata a repujarla para brazaletes y otros adornos. A las mujeres les enseñó sobre el antimonio, el maquillaje de los ojos, las piedras preciosas y las tinturas

Según la última versión del Libro de Enoc, Dios encomienda a éste que anuncie a los vigilantes que no conseguirán misericordia alguna. Asa'el, a quien Dios castigará con rigor, además de alimentar la vanidad femenina, enseñando a las mujeres el arte del maquillaje, también instruye a sus discípulos hombres explicándoles las bases de la futura alquimia, que según las leyendas de la Antigüedad y el Medioevo atesoraban la técnica para convertir pedruscos en gemas y metales en oro, por medio de «tintes». En efecto, Dios no tendrá piedad de Asa'el a la hora del castigo, cuando ordene al arcángel Rafael: «Arrójalo en las tinieblas, abre el desierto que está en Dudael y Arrójalo allí; echa piedras ásperas y cortantes sobre él, cúbrelo de tinieblas, déjalo allí eternamente sin que pueda ver la luz. Yen el gran día del juicio, que sea arrojado al fuego»

Las tradiciones babilónicas atribuyen los orígenes de la civilización humana a revelaciones hechas a los hombres por seres que eran semidioses. Hay numerosos textos cuneiformes que remontan al período antediluviano ciertos conocimientos, como la escritura, las artes mágicas y el trabajo con los metales. La Biblia procura dejar claro que todas esas artes y ciencias rudimentarias proceden del linaje de Caín, y que en cambio los progresos espirituales, religiosos, se deben a la

labor de los descendientes de Seto A partir del nacimiento de Enoc, hijo de Set, es cuando el culto de Dios parece haber ganado a la comunidad. El linaje fundado por Set, que reemplaza al de Adán, aparenta ser el «elegido» por Dios con anterioridad al diluvio. A él pertenece, además de Enoc, elegido evidente, puesto que «se lo llevó Dios», y reputado narrador de la caída de los egrégoros y de la tercera implantación del mal, Noé, bisnieto suyo, a cuya piedad y diligencia confiará Dios la prosecución de la historia humana

Los otros egrégoros continuarán la tarea comenzada por Asa'el, instruyendo a las mujeres cainitas en las ciencias ocultas: «y entonces creció mucho la impiedad y ellos tomaron los caminos equivocados y llegaron a corromperse en todas las formas». Shemihaza, el comandante general de los vigilantes, «enseñó encantamientos y a cortar raíces». En cambio, el vigilante Hermoni, cuyo nombre recuerda al monte Hermón, instruyó a las mujeres en el arte de romper los sortilegios o encantamientos ajenos y en la práctica de la brujería y la magia

Baraq'el y Zeq'el, que son nombres de deidades procedentes del panteón caldeo, enseñarán a descifrar los signos de los rayos y de los relámpagos; Kokab'el, que es quien guía al sol en su movimiento anual, no tendrá otra función que enseñar astrología. Todos los oficiales del estado mayor de Shemihaza comulgan en esta violación de los secretos cósmicos y mágicos:

Taru'el enseñó los significados; Ar'taqof enseñó las señales de la tierra; Shamsi'el los presagios del sol; y Sahari'el los de la luna, y todos comenzaron a revelar secretos a sus esposas. (Libro de Enoc, capítulo 8)

Los «secretos» cuya divulgación entre los seres humanos, o las mujeres cainitas, aborrece y castiga Dios en general coinciden con los postulados o el saber de la magia (adivinatoria, astrológica, invocatoria de demonios —o negra—, de espíritus de muertos) de los caldeos

Los gigantes nacidos de ángel y mujer constituyen el origen de una nueva nación demoníaca: «Y ahora, los gigantes que han nacido de los espíritus y de la carne serán llamados en la tierra espíritus malignos y sobre la tierra estará su morada» (Enoc 15, 8)

Esa raza de criaturas brutales, orgullosas y antropófagas, que Yahvé decidió eliminar con el diluvio, tal como se dice en uno de los libros sapienciales («y habiendo perecido al principio los orgullosos gigantes, la esperanza del mundo escapó al peligro en una balsa», Sab. 14, 6), representa la concupiscencia de la carne en una escala grotesca, como si se tratara de imágenes carnales de cartón piedra

De todas maneras, el descenso de los vigilantes, esa lluvia de estrellas provistas de penes grandes como vergas de caballo, que después de practicar la lujuria enseñan la metalurgia, el maquillaje y la magia a las mujeres cainitas, no acaba de explicar el origen del mal ni aclara en absoluto el papel de Satán o el Diablo en el drama

¿Quiénes eran esos ángeles vigilantes antes de dejarse caer sobre la tierra con el tan humano designio de ponerse a copular con las hijas de los hombres? ¿Desde cuándo estaban en el cielo? Son muchas las preguntas que el texto del Génesis y los evangelios apócrifos dejan sin respuesta

Además, santo Tomás de Aquino, discípulo de Aristóteles y sin duda el pensador de mayor influencia en la Iglesia católica del segundo milenio, aunque estuviera absolutamente convencido de la existencia de los maleficios satánicos ejecutados por las brujas, no creía que Satán y el resto de los demonios, del todo ajenos a la carne, pudieran emprender una rebelión contra Dios en la consecución de un deseo sensual absolutamente incompatible con su naturaleza. Para el autor de la *Suma Teológica* el Diablo y todos los demonios del infierno están exentos de cualquier sentimiento o sensación relacionados con el amor o la vida; en consecuencia, no pueden experimentar deseo ni placer alguno asociado a la carne.^[61]

Todas las incursiones que Satán y los demonios emprenden en el terreno erótico no tienen otro propósito que explotar las debilidades de los seres humanos, cuyo punto más débil suele ser el erotismo

Cópulas de humano con demonio

Hasta la Baja Edad Media nadie había descubierto de qué manera puede un demonio, incorpóreo por definición, copular con una mujer o con un hombre. Pero los intelectuales del período, los teólogos, y en particular los demonólogos posteriores, que proliferaron en el período renacentista, consiguieron explicar la mecánica de esas cópulas abominables —y sobre todo de muy difícil representación técnica— con fantástica claridad y elocuencia

Una constante en la tradición cristiana facilitó la explicación de este, cuando menos, curioso intercambio sensual entre demonios y humanos: los teólogos siempre tendieron a considerar la sexualidad como el coto de caza preferido del Diablo

San Agustín de Hipona (354-430), uno de los doctores de la Iglesia que se ocupó del tema, siendo él mismo un hombre iniciado en la lujuria fornicatoria en sus años mozos, pecado de tracto sucesivo que confiesa haber cometido durante algunos años,^[62] comenta en *Civitas Dei*, cap. XV, que hay millares de testimonios de hombres dignos de crédito que aseguran que en el mundo se encuentran demonios íncubos y súcubos, que éstos existen, en efecto, y que él, Agustín de Hipona, los considera o cree semejantes a los silvanos y faunos, que eran capaces «de asediar a las mujeres hasta

su posesión»

Como se puede ver, san Agustín se refiere a esas criaturas paganas —silvanos y faunos— en tiempo pasado, porque las considera desaparecidas en su presente, esto es, a la hora de reflexionar acerca de las relaciones sexuales entre los demonios y los seres humanos de su tiempo

San Isidoro de Sevilla (560-636) no sólo da por cierta la existencia de íncubos y súcubos: además comenta que los demonios lascivos y machos que habitan los bosques de Bretaña se entregan a la lujuria con mujeres, casi siempre jóvenes, de manera asidua (*Etimologías*, VIII). San Isidoro, autor de una *Historia de los godos y de los vándalos*, es uno de los intelectuales más brillantes y mejor informados de la época, de modo que tiene autoridad intelectual.

Santo Tomás de Aquino, sin duda el doctor de la Iglesia de mayor influencia en la caza de brujas, en sus *Quaestiones quodlibetales* postula la existencia de una serie de fenómenos diabólicos, es decir, que tienen como causa eficiente al Diablo: metamorfosis aparentes de brujos en animales, producción de tormentas, mal de ojo, maleficios de los nudos, transporte aéreo de los brujos al sabbat... En la *Suma Teológica* también se adhiere a la teoría que postula la existencia de íncubos y súcubos que copulan con humanos, que harían suya tanto la orden de los dominicos, que se hizo cargo de la Santa Inquisición en 1229, como la mayoría de los teólogos cristianos posteriores. Sin embargo, Santo Tomás niega que los demonios experimenten deseo y placer carnal

y en efecto, la Santa Inquisición encontraría demonios íncubos y súcubos en abundancia a la hora de tomar declaración bajo tortura a los acusados de brujería. Éstos, que eran los amantes habituales de las legiones demoníacas, los cómplices humanos del infierno en el pecado de lujuria, antes de morir quemados en la hoguera solían enriquecer con sus propias historias de erotismo diabólico la novela fantástica de la brujería, que en los países del norte de Europa consiguió suspender la incredulidad pública hasta el punto de confundirse con la vida misma

No obstante, en la mayoría de los casos, las relaciones con íncubos y súcubos no solían dar lugar a grandes procesos judiciales o autos de fe, ya que normalmente las cópulas no trascendían la esfera privada doméstica, a menos que la presencia de alguna bruja inmiscuida en la historia hubiese provocado la incubación o sucubación mediante sortilegio

Los íncubos (del latín *incubare*: echarse encima) se consideran ángeles caídos a causa de la lujuria, que se han convertido en demonios fornicadores muy activos, capaces de abusar de las mujeres en numerosas ocasiones cuando éstas se entregan a sueños sensuales o a lucubraciones más o menos libidinosas. Un demonólogo italiano, Silvester Prierias, escribió^[63] en su tratado que los íncubos suelen tener un miembro bifurcado, en forma de «uve», que les permite satisfacer a las mujeres bien dispuestas, por los dos conductos u orificios al mismo tiempo

San Bernardo exorcizó a una mujer a quien un íncubo visitaba en la cama matrimonial noche tras

noche, a pesar de la presencia de su marido, que no se enteraba de nada, puesto que el demonio era invisible, y las cópulas, más bien silenciosas, tenían lugar cuando el hombre de la casa dormía .

La mujer, que no podía evitar el disfrute, se sentía culpable a causa del placer que el íncubo le procuró durante seis años de relaciones clandestinas. y aunque emprendió peregrinaciones, confesiones, penitencias, y rezó cientos de oraciones, no podía quitarse a su invisible amante de encima, que acudía a «incubarla» cada noche

Fue al séptimo año cuando decidió pedir ayuda a san Bernardo. Éste anatematizó al demonio lascivo en el oficio dominical, y por la autoridad de Cristo le ordenó no volver a acercarse a esa mujer ni a ninguna otra a partir del momento en que se apagaran los cirios que los fieles de la parroquia sostenían encendidos durante el oficio de esa misa exorcista. El íncubo acató las órdenes del santo al pie de la letra.^[64]

Los súcubos (del latín *subcubare*: echarse debajo) son demonios lujuriosos que adoptan una forma femenina para ayuntarse con un hombre y extraerle el líquido seminal

Tuvieron que pasar muchos siglos de brujería, satanismo y caza de brujas para que se pudiera comprender la mecánica fisiológica de estos apareamientos de fantasía, más o menos oníricos. La gloria del descubrimiento recayó en el abate de Vallemont,^[65] un demonólogo tardío familiarizado con el nuevo lenguaje de la ciencia

Los íncubos —postula el citado sacerdote— están constituidos de corpúsculos gaseosos muy sutiles, que tienen la facultad de condensar a voluntad, de tal modo que pueden conseguir una consistencia lo bastante sólida y rígida como para ejecutar las acciones animales con toda realidad y vigor; por ejemplo, la penetración sexual

Ante la presencia de una mujer —si es íncubo— u hombre —siendo súcubo—, a quien tentará a la lujuria, el invisible demonio, que hasta entonces puede imaginarse como una nubecilla difusa e invisible, se adensa, se condensa, se alarga, se endurece si es íncubo, se abre y humedece, si súcubo ..

Con el aumento de la densidad, aparecen los caracteres organolépticos: muestran rasgos, siempre engañosos, para seducir; se hacen tangibles, o existentes para el tacto, adquieren olor y sabor

Pero el verdadero aspecto de un íncubo (o súcubo), más espantoso que el de una gorgona, basilisco, grifo, dragón... , no puede contemplarlo ser humano alguno sin morir de horror, a menos que cuente con la gracia de Dios para ello

De los demonios, lo mismo que del Diablo, no vemos más que máscaras

El cambio de sexo

Lo cierto es que los ícubos y súcubos se valen de complejas operaciones eróticas, y alternan las máscaras macho y hembra para copular con humanos de uno u otro sexo, a causa del déficit absoluto de semen, de óvulos, de secreciones... en fin, de cuanto procede de la carne. Los demonios remedían la falta de carne alternando disfraces

Es un hecho conocido que los ícubos, demonios del linaje de los vigilantes que provocaron la cólera de Dios, convertida en Diluvio Universal, son seres —por envidia del hombre—lascivos, aunque Tomás de Aquino acertara y estos fantasmas no consigan en sus ejercicios lujuriosos placer o gusto alguno. Sin disfrute —o con él— lo cierto es que los expedientes judiciales relativos a la brujería, y aun los informes médicos concernientes a casos de histeria, atestiguan que la actividad fornicatoria de los ícubos en muchas ocasiones ha cortejado el prodigio deportivo. A pesar de carecer de semen, o quizá a causa de ello, los ícubos se han revelado demonios lujuriosos de gran actividad, que suelen abusar de las mujeres —e incluso de los hombres a la manera sodomítica— en reiteradas ocasiones en el transcurso de una sola noche

A fin de proveerse del líquido seminal, de primera importancia para darles a sus amantes todo lo que da un hombre en circunstancias eróticas, los ícubos adoptan formas femeninas y seducen a un ejemplar masculino bajo la máscara de una súcubo, que es esencialmente una vampira de semen y espermatozoides

Tan pronto como la súcubo ha logrado su objetivo, con el cargamento sustraído al hombre, que por lo general es el marido, concubino, amante o novio de la mujer servida por el ícubo, se aleja del hombre, normalmente bien dormido después de la exacción seminal, para recuperar la forma de ícubo fértil e inseminar a la mujer, que acaso también esté dormida. El ícubo/súcubo, con el objeto de remedar a un hombre de la mejor manera, acaba pareciéndose al andrógino primigenio del mito, aunque en realidad se limite a emplear una máscara hembra para aprovisionarse de semen

La misoginia que depara a la mujer una función secundaria o subalterna en la Iglesia de Roma proyecta su sexismo a la población infernal, negando autonomía al deseo demoníaco cuando éste reviste caracteres femeninos

San Agustín, en su *Civitas Dei*, también se muestra original en este punto: reconoce a los ícubos la capacidad de generar su propio semen. Aunque no llega a afirmarlo, alude a esa posibilidad cuando comenta el capítulo 6 del Génesis. y expresa buena disposición a creer que los ángeles «se unieron» a las mujeres humanas, observando que en la mitología grecolatina ocurren cosas muy parecidas

Los Padres de la Iglesia en general dan por cierta la unión sexual entre seres humanos y

demonios. y san Agustín recuerda incluso que los demonios a los que los galos llaman drusos o elfos acostumbran a entregarse al sexo con humanos con bastante facilidad, y que de ello han dado testimonio muchas personas dignas de crédito

En el mismo sentido se manifestaron otros importantes intelectuales como san Alberto Magno (1193-1280) y santo Tomás de Aquino (1225-1274), Scoto Erígena (1266-1308) y Roger Bacon (1214-1294)

De este extraño y laborioso modo transexual, reversible, los egrégores, o más en general, los incubos, habrían fecundado a la mujeres desde los sucesos revelados en el capítulo VI del Génesis en adelante

Samael, Satán, el Diablo, habría sido el inventor del método, o el primero en emplearlo, a la hora de engendrar a Caín en Eva con semen de Adán

Buena parte de las cópulas investigadas por la justicia y la Inquisición en los procesos de brujería y satanismo se produjeron con el Diablo o demonio metamorfoseado en animal, y en algunos casos, dichas uniones resultaron fecundas, aseguran algunos autores, pero no faltan los demonólogos que se muestran bastante escépticos en este punto, apoyándose en la opinión de santo Tomás de Aquino, quien ha intentado demostrar que si los demonios procrean no es por la virtud de unos órganos que no tienen, sino a causa del semen que toman o roban de los hombres a dichos efectos (*sed per semen alicujus hominis ad hoc acceptum*).

Asegura una leyenda de la Alta Edad Media que Filiniero, rey de los godos, a fin de mejorar la combatividad de su ejército expulsó a todas las putas y brujas que había en él. Cuando éstas, también llamadas alrunas, vagaban por los sitios más inhóspitos, fueron tomadas por asalto por una multitud de incubos que las dejaron preñadas a todas. Tal sería la procedencia de los hunos, los bárbaros que en el siglo V invadieron el Imperio romano bajo el mando de Atila

Pero a las uniones mixtas de humano y demonio no sólo se atribuyen descendencias brutales. También hay tradiciones que aseguran la filiación demoníaca de grandes conquistadores inteligentes como el emperador Julio César, y de grandes artistas, como el violinista Niccolò Paganini

Martín Lutero, el reformador, creía en los cambiones, hijos de incubo y humana, o de súcubo y humano, que solían morir a los siete años. Jean Bodin escribió que los cambiones, pese a ser muy flacos, son de extremada voracidad —tragan como media docena—, y que pesan mucho más que un ser humano, como si estuvieran hechos de una sustancia de mayor densidad que la carne. Lutero aseguraba haber conocido a uno de éstos, que no dejaba de reír a carcajadas siempre que ocurría alguna desgracia al prójimo

Coquetas castigadas

En efecto, con el procedimiento transexual doble (íncubo> súcubo> íncubo), los «hijos de Dios» (*Beni Elohim*), los ángeles lujuriosos del Libro de Enoc y de Génesis 6 habrían preñado a las hijas de los hombres y engendrado en éstas a los gigantes que sembraron la devastación y el horror entre la humanidad antediluviana. Además, al primer pecado de la carne, cometido por sus padres egrégores, la concupiscencia lujuriosa, se sumaron nuevas y mayores abominaciones:

- 1) la glotonería o gula antropofágica, puesto que tan pronto como acabaron con todas las cosechas de vegetales y los animales de cría, comenzaron a devorar a seres humanos vivos, que tragaban a puñados como si fuesen cacahuetes;
- 2) el canibalismo, dado que los nefilims también se devoraban entre sí, cuando estaban entre congéneres y no contaban con otros víveres;
- 3) y el vampirismo, ya que bebían sangre con auténtico frenesí.

La indignación de Yahvé, que llega a arrepentirse de su obra, es diáfana: Dios lamenta haber creado la carne en general —aunque sólo ha de castigar a la que está sobre la tierra, puesto que excluye de la condena a los peces y a los anfibios— y decide exterminarla en todas sus formas no subacuáticas, con la excepción de la correspondiente a Noé y a su familia. La violencia que cunde entre los nefilims prefigura el castigo divino contra ellos

Y el Señor dijo a Gabriel: «Procede contra los bastardos y réprobos hijos de la fornicación y haz desaparecer a los hijos de los Vigilantes de entre los humanos y hazlos entrar en una guerra de destrucción, pues no habrá para ellos muchos días

Ninguna petición en su favor será concedida, pues esperan vivir una vida eterna o que cada uno viva quinientos años». (Enoc, 10, 9)

La demonología esotérica y las tradiciones gnósticas pretenden que en esas guerras y en el Diluvio desapareció sólo la carne de los gigantes, pero que sus almas-sangre —tratándose de ellos no puede hablarse de «espíritu»— perduraron como demonios de la tierra

El castigo de los vigilantes comporta dos fases: la primera se asemeja a la prisión preventiva del derecho penal humano, vigente:

Y a Miguel le dijo el Señor: «Ve y anuncia a Shemihaza y a todos sus cómplices que se unieron con mujeres y se contaminaron con ellas en su impureza ¡que sus hijos perecerán y ellos verán la destrucción de sus queridos! Encadénalos durante setenta generaciones en los valles de la tierra hasta el gran día de su juicio». (Enoc, 10, 10-12)

Y la segunda es el cumplimiento del juicio y su aniquilación al final de los tiempos

El texto atribuido al bisabuelo de Noé también informa acerca del curioso destino de las hijas de los hombres, que excitaban la salacidad de los ángeles:

En cuanto a sus mujeres, las que fueron seducidas por los Vigilantes, se volverán sosegadas. (Enoc, 19,2)

Una tradición —sin duda inspirada por el Diablo— asegura que en cambio las seductoras, las coquetas cósmicas que provocaron a los vigilantes hasta que éstos se lanzaron a por ellas desde el cielo, fueron convertidas en sirenas antes de que comenzara a llover

–Capítulo 8

LA METAMORFOSIS DE SATÁN EN SATÁN

La aventura —deserción y aterrizaje— de los egrégores sirve para explicar el origen de la presencia de los demonios o, lo que viene a ser lo mismo, del mal en el mundo. Los seres espirituales desertan del cielo para mezclarse con la carne y la sangre, con la materia; para degradarse a causa de sus relaciones —sexuales— con quienes están destinadas a la muerte: las mujeres. Por ello han renunciado a una vida al margen del tiempo terrestre —entre las estrellas del cielo

Los espíritus-soplos que proceden del alma-sangre de los gigantes entregados a la matanza del Diluvio constituyen el origen de un vasto linaje de demonios terrestres. Híbridos de la vida terrena y de la existencia celestial, reúnen en sí mismos la violencia y la corrupción del espíritu que se degrada porque quiere acceder al placer reservado a las bestias hechas de carne y a los seres humanos, que también son carnales

Acabada la aventura de los egrégores, todos ellos encadenados por los ángeles de Dios hasta que llegue la hora del Juicio Final, los demonios prosiguen entretanto atormentando a los hombres sin otras limitaciones que ese mismo plazo del final de los tiempos

En los diversos libros de la Biblia aparecen demonios personales, es decir, diferenciados con un nombre propio, pero en la Torá ninguno de dichos aforos viene acompañado del título de príncipe, rey, o jefe

Como hemos apuntado, «Satán», que desde hace muchos siglos significa «el Diablo» para los cristianos y para los musulmanes, en su origen no era un nombre propio sino un sustantivo derivado de un verbo hebreo que significa «obstaculizar» u «hostigar con trampas», y también «acusar» o ejercer de contradictor de los intereses de alguien en los tribunales; «adversario»

La promoción de los sustantivos o formas verbales sustantivadas, como en este caso, a nombres propios es un procedimiento lingüístico muy corriente en la Biblia. Sucede con Adán, que no significa otra cosa que «hombre» en lengua hebrea. Más tarde, la descendencia de éste se individualizará de acuerdo con los oficios que practiquen: Jabel, que es pastor, tiene un nombre que procede del verbo «arrear» (conducir el ganado); el nombre de Jubal, que es el inventor de los instrumentos de viento y de la música, designa al cuerno de carnero, uno de los primeros instrumentos de viento que usó la humanidad. El de Tubalcaín es toda una imagen retórica: compuesto por «tubal», que significa ruina, y «caín», posesión. Se trata de una combinación conceptual de significados: el herrero es aquel que está en posesión o que dispone de la ruina ajena, porque puede construir puntas de lanza, cuchillos o espadas de hierro que deparan la muerte

Con la palabra satán ocurrirá lo mismo: los personajes que crean obstáculos y tienden trampas, o acusan, son satanes. Un «satán» es el agente de los impíos o dolosos que hostigan a David en el Salmo 109,6.

Pero también ocurre en el Pentateuco que el satán no realiza la obra del mal sino la de Dios, de ahí que en el libro Números, cuando el ángel de Dios cierra el paso a Balam, que va montado en su asna, la Biblia señala que el ángel se planta en el camino «en satán», es decir, convertido en una barrera, impidiendo el paso.^[66]

Será en el Libro de Job donde por primera vez se emplee la palabra «satán» como sinónimo de «acusador», pero no como nombre propio. En el momento en que se escribió, satán aún era un sustantivo. En el original hebreo de Job 1, 6, no está escrito «y vino también entre ellos Satán», sino, literalmente, «y vino también entre ellos el satán», que debe leerse como «el acusador». El uso del artículo «el» en la forma de la partícula preclítica no deja la menor duda al respecto

Lo que el Libro de Job deja claro es que dicho «acusador» del hombre era recibido en esa especie de corte celestial donde Yahvé se reúne con los *Beni Elohim*. El texto no dice que «el acusador», «el satán» sea uno de los «hijos de Dios», pero puede suponerse que lo es

En el primer libro de los Reyes (cap. 22), Yahvé ya emplea los servicios de ese mismo espíritu, autor del proyecto de inspirar oráculos falsos a los profetas de Acab, para que éste cometa un error y encuentre la muerte, a fin de que de esa manera se consuma la voluntad de Dios, que persigue el castigo del rey de Israel. Pero en dicho pasaje no se emplea siquiera la expresión «el satán», sino «espíritu»

Una superstición arcaica pretendía que las almas de los muertos, que para la religión hebrea tenían el mismo valor que las deidades paganas de las viejas religiones, prohibían la pretensión de «apropiarse» de los vivos conociendo su número, es decir, contándolos en un censo. La Biblia reinterpreta el tabú de los recuentos de población y acaba atribuyendo dicha prohibición a Dios. En las Crónicas, ya no «un satán» sino el propio Satán, convertido en personaje que actúa por propia iniciativa, hace pecar a David inspirándole la realización de un censo: «Alzóse Satán contra Israel e incitó a David a hacer el censo de Israel» (1 Croo 21, 1). Es el versículo de la conversión definitiva de «el acusador» o «el oponente» en Satán. El sustantivo acaba de metamorfosearse en nombre propio, al mismo tiempo que el cortesano a quien el texto de Job llamaba «el satán», y que en cierto modo fue el agente negro de Yahvé, especialista en trabajos sucios complejos como el de engañar a los poetas proféticos y servir de piedra de toque de la fe, experimenta una considerable transformación que lo convierte en el adversario total y definitivo de Dios, puesto que aquí, además de llamarse Satán (sin artículo indefinido), actúa por propia iniciativa

El autor de las Crónicas comienza el capítulo 21 resuelto a no dejar en sus lectores duda alguna acerca de la responsabilidad de 131 Satán en el hecho que atraerá el castigo de Dios sobre Israel,

una epidemia de peste que se cobrará setenta mil vidas

Este episodio demuestra la existencia en la cosmogonía bíblica de un poderoso espíritu del mal capaz de inspirar a los seres humanos contra el propio Dios, al cual se puede identificar como Satán. No obstante, después de esta intervención diabólica en favor de la estadística, el Diablo del Antiguo Testamento se ocultará durante unos cuantos siglos bajo diversas apariencias, nombres y máscaras, hasta que retorne, con más fuerza que nunca, para dar guerra a los profetas y a los monjes de Qumrán

El diezmo de Satán

El Libro de los Jubileos, otro de los textos encontrados a orillas del mar Muerto, presenta a Noé suplicando a Dios que aprese a los «malos espíritus». Uno de ellos, a quien al principio se presenta como Mastema, reclama conservar consigo algunos efectivos, para poder realizar su tarea de atormentar a los hombres. Cuando los ángeles informan acerca de sus acciones, revelan la verdadera identidad de Mastema, que no era otra cosa que una de las máscaras nominales del Diablo en los textos de Qumrán

En realidad, lo importante es que a pesar del clima bélico, del enfrentamiento radical entre los devotos de Dios y los agentes del mal, Dios accede a la petición de Satán como en los tiempos de Job y le concede el diezmo de los efectivos demoníacos para que realice su labor: «Hemos dejado uno de cada diez [demonios] para que puedan estar al servicio de Satanás en la tierra»,^[67] declaran los ángeles. Sin dicha imposición se pondría fin a la continuidad del mal en el mundo. Pero sobre todo también se habría acabado con la supremacía, el dominio, el reinado de Yahvé en la cuarta sefirá,^[68] con la profundidad del mal

En la religión hebrea los demonios y su príncipe eventual, si lo hubiera, son emanación de Dios. Los diversos satanes e incluso Satán, al igual que el resto de los demonios, tengan nombre o no, son meros servidores, vasallos de Dios. La preeminencia de Satán sobre el resto de los espíritus rebeldes, lujuriosos (egrégores) o impuros, es una elaboración posterior al siglo II a. C.

Las hostilidades entre las emanaciones luminosas y las oscuras, entre el bien y el mal, entre ángeles de Dios y demonios, pasaron al primer plano de la vida religiosa y de la literatura mística entre los siglos III a. C. y III d. C. A mediados de ese período de guerra metafísica, durante el cual la religión y la literatura mística judías encajan la invasión de las legiones demoníacas, que se parecen mucho a una transposición simbólico-religiosa de las invasiones realizadas por las tropas imperiales griegas, y más tarde romanas, nació el cristianismo

El Libro de los Gigantes, otro de los textos atribuidos a Enoc, que se encontró en Qumrán, aporta nuevos elementos a la veta literaria diabólica, pero sobre todo refuerza la doctrina de la responsabilidad humana individual en el pecado, y deja clara —como casi todos los textos del mar Muerto— la autonomía del lado tenebroso del cosmos

El texto en cuestión postula la libre iniciativa o la libertad de gestión del mal, cuyo presidente y director general, el Diablo, a partir de la comunidad esenia de Qumrán, ya no dejaría de comportarse como un emperador en campaña, enfrentado a Dios en una guerra sin cuartel

En los manuscritos del mar Muerto se expresan también las determinaciones de las singulares circunstancias históricas que vivió la comunidad esenia entre los siglos III a. C. y I d. C: invasiones de los griegos, de los romanos, guerras civiles, la destrucción del Templo, y la emergencia del cristianismo

Dualismo de facto

Los cátaros sostenían que Satán, hijo primogénito de Dios Padre, era el creador del universo. Su obra de maldad incluía la crucifixión de Jesucristo, que en la cosmogonía maniquea es el hermano menor del Diablo. Para ellos, también llamados maniqueos, albigenses o bogomilos, el equilibrio entre los dos principios creadores, el del bien y el del mal, Dios y el Diablo, es la base de la estabilidad universal. Por mucho menos que un dios de más (o de me. nos) las diversas confesiones religiosas guerreaban y se exterminaban

Las ideas dualistas del catarismo procedían de Mani o Manes, como el sustantivo «maniqueos». Fue Manes quien procedió a la fusión del cristianismo con el dualismo de Zoroastro en el siglo III. Con dicha operación, además de convertir a Satán en el creador del universo, intentó desarraigar al cristianismo del Antiguo Testamento, para fusionarlo con la tradición persa

Los cátaros fueron exterminados por la Iglesia de Roma y quemados en hogueras masivas en el transcurso de una prolongada campaña represiva. En el año 1244, después de treinta y seis años de cruzada, a la cual llamara el papa Inocencio III en 1208, y tras la capitulación de la fortaleza de Montsegur, una de las últimas en manos de los albigenses, doscientos diez de éstos fueron quemados vivos en un auto de fe

En aquellos tiempos, la máscara que empleaba el Diablo era identificada con el hábito de los

dominicos, que en el año 1229 se hicieron cargo de la Santa Inquisición

Después de exterminar a los cátaros a sangre y fuego, la Iglesia de Roma, aunque siguiera predicando contra el dualismo, al tocar a rebato o llamar a cruzada contra la conspiración diabólica, procedió al triunfo de una suerte de dualismo de fácto, que aunque destinara al tormento y a la hoguera a las supuestas acólitas y agentes de la rebelión demoníaca, sentaba al Diablo en el trono.

El nuevo príncipe del mal, cuyo boceto puede proyectarse a partir de los textos hallados en Qurnrán, tiene muy poco que ver con *el satán* cortesano y asistente de Dios del Libro de Job. Ahora ya se trata de un personaje que se asemeja bastante al Satanás que ha de enfrentarse con Jesucristo en el Nuevo Testamento y que mucho más tarde, en su hora épica, en los tiempos renacentistas, después de ser investido máximo jefe e inspirador de la blasfema oposición nigromántica al cristianismo, servirá para que la Iglesia de Roma declare la guerra a la brujería. Y más aún: para que considere ésta un culto hereje basado en la veneración del príncipe del mal

Con la fantástica doctrina represiva de la brujería, fueron la propia Iglesia de Roma y más tarde las otras confesiones cristianas reformadas las que se ocuparon de sentar al Diablo en el trono del mal que construyeron para él los inquisidores y los demonólogos

En los tiempos de Inocencio VIII tanto la Iglesia como las autoridades del Estado consideraban que las brujas veneraban al Diablo y obedecían sus órdenes, y que por ello eran heréticas. Algunos demonólogos de gran prestigio intelectual y con autoridad judicial también creían que las brujas acudían a los sabbats volando en escobas o sobre animales domésticos; otros, más realistas, sostenían que lo del vuelo era una ilusión creada por el Diablo por medio de un ungüento

Jueces y demonólogos se ocuparían de mostrar a la humanidad la condición y naturaleza de la alianza del Diablo con las brujas, como para que no quedase la menor duda acerca de los derechos de aquél a la corona del mal. Lo hicieron autor de todas las calamidades del período, que eran muchas: hambrunas, guerras interminables, epidemias de peste y aparición de nuevas enfermedades, entre las que destaca la sífilis

Los demonólogos se ocuparían de realizar el trabajo de difusión y propaganda de la concepción diabólica del mundo, de explicar la doctrina y la voluntad de Satanás; de la tarea que en el lado luminoso del Cosmos realizaron profetas, patriarcas, hagiógrafos, apóstoles, santos y doctores de la Iglesia

Las mujeres y el Diablo

Aunque la Caída o Pecado Original se sitúe en el comienzo de los tiempos y la muerte se remonte a dicho suceso, que es el objeto narrativo del tercer capítulo del Génesis, la Biblia se toma su tiempo para atribuir a Satán la introducción de la muerte en el mundo, de manera literal. Será el hijo del rey David, Salomón, experto en el trato con demonios y en su control férreo, quien se ocupe del tema en el libro de la Sabiduría, no sólo para aclarar el punto de la muerte, sino también para zanjar una polémica que ocupó a los primeros teólogos cristianos. «Porque Dios creó al hombre incorruptible y lo hizo a imagen de su propia naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen» (Sab. 2,23-24).

La construcción «envidia del diablo» es casi una redundancia en griego, puesto que el sustantivo «diablo» significa «aquel que suscita la envidia o el odio». El texto del libro de la Sabiduría responde también a una pregunta que concierne a la naturaleza diabólica: ¿por qué se rebeló Satán contra Dios?

Los teólogos cristianos se tomaron su tiempo para adoptar la doctrina del libro de la Sabiduría. San Dionisio Areopagita (fallecido hacia el año 95), autor del tratado *De la Jerarquía Celestial*, donde clasifica a los ángeles en nueve jerarquías o coros repartidos en tres órdenes, postulaba que Satán se había rebelado contra Dios por pura maldad. Esa doctrina fue la adoptada por el concilio de Letrán (1215), que resolvió que los ángeles, que fueron creados en estado de inocencia original, se convirtieron en demonios por su propia elección. En otras palabras: eligieron la condición rebelde, demoníaca, en ejercicio del libre albedrío, por mera maldad

La doctrina de san Dionisio no satisfizo al gnóstico Orígenes (185-254), quien, gracias al análisis de un fragmento tomado del libro de Esaú, probará que la causa de la rebelión satánica es el orgullo. En aquellos primeros siglos de cristianismo, el libro de la Sabiduría no formaba parte de las lecturas habituales de los teólogos cristianos: sólo lo frecuentaban los judíos

San Justino, Tertuliano, san Cipriano, san Gregorio Niseno y san Ireneo adoptaron la doctrina de Orígenes. Los celos, la envidia de Satán tenían como objeto al hombre

Esta doctrina, que además de los ya mencionados padres de la Iglesia predicaron san Eusebio, san Ambrosio, san Jerónimo y san Agustín, no sólo prevalecerá en la religión cristiana, también será la que adopte la religión musulmana. En tal sentido puede leerse en la revelación coránica:

Entonces dijimos a la ángeles: "postraos ante Adán» y se postraron, excepto Iblis, que rehusó, se enorgulleció y fue uno de los infieles (El Corán, La Vaca, 2, 32)

Los apócrifos intertestamentarios, más o menos contemporáneos de los escritos de Qumrán, suelen ser tan misóginos que llegan a atribuir a la mujer —léase a las mujeres— las propias culpas del Diablo, y a Salomón el equivalente hebreo de estos versos que el hijo de David nunca escribió:

Fue la mujer que comenzó el pecado
y es por su causa que hemos de morir

Los esenios, muy próximos en todo sentido a los autores y traductores alejandrinos, suscriben por entero esas ideas y van mucho más lejos:

Las mujeres son malas, hijos míos, y como carecen de autoridad o poder sobre los hombres, usan diversos ingenios para atraerlos hacia ellas... La mujer no puede vencer al hombre frente a frente, pero sabe pescarlo usando actitudes de puta

Ese postulado aparece en el libro que se intitula *Testamento de Rubén*, y son las palabras de un ángel de Dios, se supone.

En *El martillo de las brujas* Sprenger y Kramer se limitan a profundizar en esa «psicología femenina» para llegar a una conclusión fundamental: las mujeres se alían con el Diablo para poder vengarse, y sólo pueden satisfacer su impudicia con los sortilegios de la magia.

La comunidad esenia del mar Muerto, autora de los manuscritos de Qumrán, era, además de misógina, de probados gustos sexuales griegos, que solían cebarse en los jóvenes novicios. En los textos exhumados en 1947 se vuelve una y otra vez a la ecuación que hace de las mujeres y de la lujuria —heterosexual— los instrumentos más frecuentes y poderosos del Diablo. La tradición monacal de la Edad Media será fiel heredera de la doctrina qumraniana. Heinrich Kramer y Jacob Sprenger llevarían la misoginia a su apogeo postulando: en primer lugar, que el Diablo llevaba a cabo una conspiración diabólica de vasto alcance, muy bien organizada, con la ayuda de las brujas, cuyo objetivo era el aniquilamiento de la cristiandad; en segundo lugar que las brujas realizaban un pacto contractual con el Diablo para ponerse a sus órdenes y ayudarle en dicha campaña, a cambio de poderes mágicos; por último, que la brujería era connatural a la femineidad, aunque además de brujas hubiera también algunos brujos

El texto de Kramer y Sprenger, que está imbuido de imaginería y lucubraciones masturbatorias, constituye la base de una de las máscaras más cruentas que haya usado el Diablo en su larga historia, la de general en jefe de las brujas

El Diablo con pezuñas del sabbat

Para el politeísmo grecolatino el mal no estaba personificado, era una cierta conjunción astral sin

espíritu personal, ni voluntad o designio posible, pero con evidentes influencias nefastas para el género humano, capaces de crear realidades maléficas. Los dioses paganos de la Antigüedad grecolatina son en última instancia un planetario y una galería de personificaciones de la naturaleza, tectónicas, geofísicas, cósmicas, aunque en los mitos poéticos, en las leyendas, se comporten como personajes dramáticos muy semejantes a los seres humanos, es decir, también como demonios implacables

Los *daimones* son intermediarios entre los dioses y los mortales. Muchas funciones divinas recaen en ellos (como en el caso de las Parcas, Gracias, Musas, etc.). En Homero, una misma deidad es dios cuando opera el bien, y *daimón*, es decir, demonio, cuando ejerce el mal

Pan, rey de los sátiros, quien engendra o inspira el miedo, hijo de Zeus y de la ninfa Calisto, cornudo, provisto de cuartos traseros de cabrío —pezuñas—, rey de los egipanes, colega de sátiros y faunos, amante de doncellas y donceles, pero sobre todo capaz de inspirar terror con su presencia, que es atributo esencial de un demonio, muy pronto fue considerado un íncubo. Y poco después, el rey de los demonios, el consorte de Lilith... Un avatar del Diablo, en suma, a quien se atribuyó, al igual que a Baco, presidir las asambleas nocturnas de brujas y brujos, denominadas sabbats

Los demonios capriformes que sirvieron de modelo al Diablo sabático, además de la ascendencia grecolatina, contaban con linajes familiares hebreos, los *seirim*, demonios vellosos, peludos, cuyo jefe o príncipe es Azazel, uno de los veteranos egrégos. La mención de estas antiguas deidades en el Levítico y el Deuteronomio facilitó a los teólogos de la Edad Media convertir a todos los sátiros y faunos grecolatinos en demonios e imaginar al príncipe de todos ellos, al Diablo, como una especie de sátiro

Henry Boguet (1550-1619), juez de la audiencia suprema del condado de Borgoña y autor de uno de los tratados de demonología más leídos de su tiempo, el *Memorial execrable de los brujos*,^[69] incluye en esta obra una de las escenas sabáticas del Diablo capro, provisto de cuernos y pezuñas, más frecuentes tanto en los libros como en las «confesiones» de las brujas:

Los brujos reunidos adoran en primer término a Satán, que aparece ya en forma de un hombre grande y negro, ya como macho cabrío, y para rendirle mayor homenaje, le ofrecen cirios que dan una llama de color azul, y luego le besan las partes vergonzosas del trasero [...] En estos retozos no faltan los instrumentos de viento, puesto que hay quienes tienen el deber de realizar la tarea de los músicos. La mayoría de las veces Satán toca la flauta entre ellos [...] Acabados los bailes, los brujos se acoplan. El hijo no respeta a la madre ni el hermano a la hermana ni el padre a la hija: ahí los incestos son corrientes. En tal sentido, los persas consideraban que para ser buen brujo y mago era preciso nacer de madre e hijo

El Diablo con máscara de macho cabrío de los sabbats es el que ha hecho correr más tinta y más sangre. Los demonólogos, que habían hecho suya la costumbre de la literatura patrística de convertir a las deidades paganas en demonios, no pudieron resistir la tentación de asimilar los sabbats a las fiestas dionisiacas

También los sacerdotes de las misiones que participaron en las empresas de conquista de ultramar se empeñaron en descubrir sabbats en Asia y en África, o pretendieron asimilar los ritos caníbales de ciertas culturas animistas a liturgias satánicas europeas

Estas últimas comparaciones, tal como pudo demostrar siglos después la moderna antropología, no eran más que ficciones con designio catequista. Pero la semejanza entre el Diablo cornudo, y por añadidura flautista, con Baco Sabazius, deidad que presidía los sabbats más antiguos, los de la Alta Edad Media, resultan evidentes. Baco era andrógino, según la tradición. Dicho rasgo pasó a las representaciones gráficas del Diablo convertido en dos mamas sobre un peludo pecho de cabrío

Igual que Baco, el Diablo del sabbat es capaz de contagiar la embriaguez y el delirio a quienes asisten a sus reuniones nocturnas. Uno y otro despachan vino y música en abundancia e incitan a la orgía

El Diablo del siglo XVI lleva cuernos como Pan o los sátiros. Al principio dos, que luego sumarán un tercero, cuando el afán alegórico o la fantasía lujuriosa de los inquisidores agregue un pitón suplementario y peniforme en medio del par caprino. También de chivo son sus cuartos traseros, que acaban en pezuñas. En cambio, el miembro del Diablo no se parece al de ningún otro macho: está cubierto de escamas, a veces se hincha en el interior de sus parejas, como el de los perros, y eyacula abundante semen, tan helado que escuece.

Con el tiempo, la aterrada imaginación de las pobres mujeres y los hombres atormentados que esperaban su hora de morir en la hoguera agregaría a esos datos anatómicos un segundo rostro sobre las nalgas o el vientre y ojos en sitios inesperados como el ano o las rodillas

Pintores, escultores y grabadores comenzaron a representar al Diablo del sabbat como un rey de fiesta que acoge a los vasallos en su corte. Mientras un grupo de nigromantes devotos espera el momento de rendir homenaje al príncipe de las Tinieblas, íncubos y súcubos se entregan al erotismo con la asistencia humana, y en un segundo plano, un par de brujas desangran a un niño pequeño sobre un caldero, para preparar el famoso unguento que permite volar en escoba, sobre la calavera de un caballo, a lomos de un berraco.

Tanto ese príncipe del mal como los fastos que le servían de homenaje o de recreo, los sabbats, son el resultado de la combinación de las doctrinas de los demonólogos, imbuidas de información mitológica grecolatina, con la amedrentada aquiescencia de las brujas y brujos detenidos e interrogados. Éstos, que solían confesarse culpables para detener las torturas, o evitarlas, e incluso para ganar el «derecho» a que los ahorcasen en vez de ser quemados vivos, intentaban complacer la voluntad condenatoria de sus jueces, inventando detalles fantásticos en consonancia con la novela de la brujería que se había establecido como doctrina penal y de seguridad, casi siempre con la vana ilusión de que no los expusieran a las llamas sin ser antes estrangulados o ahorcados.

–Capítulo 9

JESÚS EXORCISTA

Cuando Yahvé pronuncia sentencia contra los primeros padres, para castigar el pecado Original, dice a la serpiente: « ...Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le acecharás el calcañal» (Gen. 3, 15).

En ese fragmento hay un augurio: Dios anuncia la victoria futura de la mujer, y dicha revelación la hace al espíritu rebelde que acababa de seducirla en el Edén. Para la humanidad hay esperanza. Los teólogos cristianos del futuro llamarían a ese fragmento «el Protoevangelio», porque en dicho versículo no verán otra cosa que el anuncio del advenimiento de Jesucristo, es decir, del Evangelio.

El estilo oracular del versículo se proyecta sobre la historia. El redactor del Génesis oye a Dios hablar acerca de los tiempos futuros, de lo que les depara a los remotos descendientes de los dos que en seguida serán expulsados del Edén. Dios no ha abandonado a los seres humanos, aunque los castigue y establezca una nueva condición para ellos: proceden del barro, son capaces de cometer errores. Pero de todas maneras la mujer —otra Eva, la Segunda, la Virgen María— podrá aplastar la cabeza de Satán en el futuro. Dios no abandona a los seres humanos que ha creado, que es lo que perseguía la serpiente. Además de anunciarle a ésta que la mujer le aplastará la cabeza, Yahvé les hace túnicas de pieles, los viste (Gen. 3,21). Aunque los expulse del paraíso no se desentiende de ellos.

El versículo que anuncia el advenimiento de Jesucristo, el Evangelio, declara en primer lugar que entre el linaje de la mujer y el Diablo habrá «perpetua enemistad». Satán, el mayor responsable de la transgresión cometida, es castigado por Dios y por la mujer. Ésta lo será a su vez por Dios y por su marido.

La mujer aplastará al final la cabeza de la serpiente, pero entretanto la lucha entre ambas no conocerá tregua, hasta que la víctima de la tentación, la mujer, se imponga al espíritu del mal que ¡la incitó al pecado.

El versículo también aclara la elección de la serpiente como símbolo del Diablo: el reptil siempre ataca de manera solapada, sin dejarse ver ni hacerse oír, procura clavar los colmillos en el talón de su víctima. El texto, que incluye en la enemistad a los linajes humano y diabólico, anuncia la historia y al mismo tiempo establece las nuevas hipótesis antropológicas o condiciones de la descendencia adánica.

Para los cristianos, la lucha entre los linajes de la mujer y de la serpiente no es más que la evocación del enfrentamiento que tendrá lugar en el mundo, en el tiempo, entre la humanidad y las

fuerzas demoníacas. En el versículo citado, Yahvé anticipa o asegura a la humanidad que el triunfo final corresponderá a la mujer, o a su descendencia.

Será en las últimas páginas del Nuevo Testamento, en el Apocalípsis de san Juan, donde ese pasaje se aclare de manera definitiva para los cristianos: «Apareció en el cielo una señal grande, una mujer envuelta en el sol [...] y estando encinta, gritaba con los dolores de parto... » (Ap., 12).

Con el apóstol san Juan, autor del poema, los teólogos de la Iglesia de Roma coincidirían en leer el versículo del Génesis como un anuncio del advenimiento de Cristo. La «Nueva Eva» que aplaste la cabeza de la serpiente no será otra que la Virgen María. Y el golpe mortal al príncipe de las tinieblas serán el nacimiento de Jesús y el Evangelio que éste predicará. Si la mujer tomó la delantera en la acción que trajo el pecado a la humanidad, también de ella vendrá el hombre que expulsará al Diablo del mundo.

El Apocalípsis en su capítulo 12 no hace otra cosa que informar acerca del resultado de la guerra «perenne» que Yahvé había anunciado en el Génesis 3,15, a la hora de informar a la serpiente acerca de su castigo Y destine; expulsar del paraíso a Adán y a Eva, e inaugurar de esa manera la historia de la humanidad.

Las tres tentaciones

El enfrentamiento entre Jesús y el Diablo, al menos en los Evangelios sinópticos —el de san Juan ignora el suceso— no se hace esperar. Después del bautismo, tan pronto como Jesús abandona el Jordán, «fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt.4,1).

Abandonar las riberas del Jordán para irse al desierto es un cambio radical. Estará solo durante cuarenta días. Igual que los hebreos estuvieron cuarenta años vagando por el desierto. También Noé debió permanecer cuarenta días bajo el diluvio. Y otros tantos tuvo que aguardar Moisés en el monte Horeb para recibir las Tablas de la Ley, y fueron también cuarenta los días que duró la fuga de Elías por el desierto, para ponerse a salvo de la ira homicida de la reina Jezabel.

Cuarenta días debió luchar Jesús contra la soledad, el frío, el hambre antes de enfrentarse al Diablo. Era preciso que dominara al animal que todo hombre lleva en la carne. Debía vencerlo para que se fortaleciera el espíritu, su parte angélica.

Pero cuando ese largo y duro periodo de ayuno se hubo cumplido, allí estuvo el Diablo para tentarlo. En el transcurso de esos cuarenta días Jesús había resistido las sugerencias de su propia carne atormentada por el hambre, que todo el tiempo pedía comer, beber. «Si eres hijo de Dios di que estas piedras se conviertan en pan.»

Jesús, que durante esos cuarenta días no había vivido sino de frases piadosas, de reflexiones beatíficas, responde al punteo «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Insiste el enemigo, que lo lleva hasta Jerusalén, volando sin duda, Porque de pronto Jesús se encuentran el pináculo del templo. «Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues escrito está... Jesús le recuerda que también está escrito: «no tentarás al Señor tu Dios».

Todavía insistirá el Diablo ofreciéndole los reinos del mundo a cambio de adorarle, de venerarle a él. Jesús responde: «Apártate, Satanás, porque escrito está: "Al Señor, tu Dios adorarás y a Él solo darás culto"».

En el futuro esas palabras –y en particular las latinas de Vulgata: «*Vade Satana: scriptum est enim: Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli sennes*»– iban a convertirse en la base del ritual exorcista cristiano que permitirá a los sacerdotes expulsar a los demonios que hayan tomado posesión del cuerpo de una persona.

Si el Diablo es en verdad astuto, ¿cómo pudo alentar la ilusión de hacer caer a Jesús en esas trampas tan ingenuas? El Diablo intenta seducir a los santos, siempre. No hay santo que no haya oído en algún momento la tentación del Diablo. Y con muchos hombres piadosos tuvo éxito: consiguió que David atrajese la peste sobre su pueblo realizando un censo que Dios había prohibido y que tanto dicho rey como el hijo de éste, Salomón, incurrieran en pecado de lujuria. Pero al Diablo sobre todo le gustan los desafíos a singular combate que implica inducir al pecado a los grandes virtuosos que se apartan del mundo. Por eso nunca perderá la oportunidad de tentar a los santos anacoretas. Y Jesús acababa de ponerse en tal situación. ¡Cuarenta días de ayuno no es poco tiempo!

¿Por qué rechaza Jesús las propuestas del Diablo? Si hubiera transformado las piedras en panes habría conseguido un fácil triunfo sobre la incredulidad de sus contemporáneos. Sin duda habría podido comprar su fe o su obediencia con pan. Pero él buscaba mucho más: Jesús quería que los seres humanos llegaran a ser como los ángeles, que pusieran freno a su naturaleza material, a la concupiscencia de la carne. Él no vino a este mundo para aprovisionarlos de pan, sino a traerles la palabra de Dios, la luz del cielo. El secreto de la existencia humana no consiste en llenar el vientre, sino en encontrar un motivo para vivir; tal es lo que procede de la boca de Dios.

Cuando se niega a tentar a Dios arrojándose desde lo alto del templo, rechaza el recurso al milagro: no quiere que se crea en él por sus prodigios. En cambio serán los magos, los devotos del

Diablo quienes seduzcan a la multitud realizando hazañas sobrenaturales. Los seres humanos se deslumbran ante lo maravilloso, no dudan en ovacionar a quienes realizan lo imposible, una Y otra vez se muestran dispuestos a inclinarse ante quien realice portentos. Incluso pueden acatar a éstos como jefes, aunque sean malvados y la magia proceda de algún demonio. Jesús no quiere actuar como un héroe sobrenatural sino como un hombre, no quiere asombrar al pueblo y conquistarlo mediante acciones maravillosas: persigue que la gente reconozca la verdad que predica, la apruebe, la convierta en norma de vida. El «hijo del hombre» cree en los seres humanos, el Diablo no. Pero Jesús también exige a los hombres que crean aun en las peores circunstancias: deberán creer en él cuando sea coronado de espinas, escarnecido, atormentado, crucificado.

Cuando le muestra los reinos de la tierra el Diablo ofrece a Jesús lo que él mismo posee como príncipe de este mundo. Los poderes terrenales reposan sobre la fuerza de las armas, el ejercicio de la violencia y la mentira, la apropiación de las riquezas. No quiere mandar ni llevar corona, su reino, según dirá más tarde, «no es de este mundo». Jesús ha venido al mundo a cambiar a las almas, no a llenar los estómagos de pan, demostrar sus poderes taumátúrgicos, restaurar el reino de Israel o convertirlo en un imperio que él mismo haya de regir. El rechazo de la potestad sobre los demás hombres, a empuñar el cetro y llevar la corona, la negativa al ejercicio del poder político, es la afirmación del carácter espiritual de su magisterio Y de la libertad absoluta de las personas. Si toda la humanidad hiciera suyo el credo de Jesús, ¿para qué servirían los Estados? Ya nadie querría quedarse con la tierra de sus vecinos, no habría violencia ni robos. Jesús quiere a las personas libres y sin que ambicionen más reino que el de los cielos: ha venido a predicar amor, y no hay un solo reino en la tierra que sirva para otra cosa que para guerrear, sojuzgar, imponer a los vecinos los propios dioses o ídolos, apropiarse del territorio riquezas ajenas.

Jesús no es el líder histórico, político, que espera la nación judía, no ha venido a disciplinar a las masas a cambio de darles panes que pudiera obtener transformando pedruscos. Lo que trae para ellos es la palabra del Evangelio, que es alimento del alma, justo «lo que sale de la boca de Dios». Más aún, quienes pretendan convertirse en sus discípulos tendrán que renunciar a sus bienes de fortuna, para resignarse a vivir como los lirios del campo o las aves del cielo: deberán ir de pueblo en pueblo predicando, tendrán que vivir de la limosna.

Con todos los seres humanos el Diablo se comportará de la misma manera. Después de haber examinado a fondo la vida su víctima, el tentador podrá saber si debe emplear la codicia, la voluptuosidad, la envidia que engendra el odio, algún hecho admirable o espectacular.

A veces engaña a través de la alegría vital, otras emplea el miedo, también aparta del camino con la tristeza y la melancolía, o sugiriendo la comisión de grandes gestos. La lucha con el Diablo es sobre todo un combate interior: el espíritu de negación y destrucción también representa la maldad connatural a la mayoría de los seres humanos, dispuestos a inclinarse sin la menor vacilación ante el mago, el rey que empuña el cetro o el taumaturgo que posee el secreto de hacer pan de las piedras.

El geraseno y otros endemoniados

En el duelo que sostiene con el Diablo en el desierto, Jesús no se comporta como exorcista sino como santo y teólogo. La escena sirve también para comprender lo que diferencia al Diablo de los demonios que poseen, incuban, sucuban u obsesionan a los seres humanos, El Diablo es un intelectual que ejerce de sofista: formula preguntas venenosas o propuestas que ocultan trampas mortíferas pero no juega al energúmeno ni se entretiene enfermando a la gente.

Será a la hora de «arrojar» los demonios de los poseídos cuando Jesús ejerza: el ministerio que heredarían todos los sacerdotes cristianos: el exorcistado, la tercera de las órdenes menores.

El poseído que acude al encuentro de Jesús en la región de los gerasenos «tenía su morada en los sepulcros Y ni aun con cadenas podía nadie sujetarle». No obstante, va al encuentro de Jesús. Y no será el poseído quien lo interpele sino los propios demonios que lleva alojados en el cuerpo: «Por Dios te conjuro que no me atormentes», piden, y luego se identifican como «legión», puesto que son muchos. También serán los propios demonios quienes pidan a Jesús que éste «les envíe» a una piara de cerdos. Se lo permitió «y los espíritus impuros salieron y entraron en los puercos. y la piara, en número de dos mil, se precipitó por un acantilado en el mar y en él se ahogaron» (Mc. 5, 1-13).

Hay otros muchos episodios de exorcismos en los Evangelios, por ejemplo un hombre mudo, otro ciego y mudo, poseídos y exorcizados por Jesús. El sacramento del bautismo fue en primer lugar una solemne profesión de fe en Jesucristo, en el Padre y en el Espíritu Santo, con valor de exorcismo, puesto que en la ceremonia quien era bautizado elegía a Jesucristo, y. quien elige también desecha. El desechado o rechazado es el autor del mal, Satán, el Diablo.

La etimología de la palabra «exorcismo» («conjuro para sacar») indica con claridad la función del ritual, Se trata de una conminación que procede de una autoridad divina. En los primeros tiempos de la Iglesia cristiana, los devotos tomaban distancia de los sectores politeístas o paganos, subrayando la victoria de Cristo sobre el Diablo. El culto cristiano de la primera hora, que denunciaba con insistencia la naturaleza del príncipe de las tinieblas como el mayor obstáculo, enemigo o negador de Dios y de la humanidad, a quien Jesucristo desplazaba o echaba del mundo, ponía en relevancia el aspecto exorcista del culto.

Más que un cuerpo de conocimientos teóricos, el exorcismo es sobre todo una práctica que persigue la imitación de la gestualidad de Jesús en los Evangelios. San Justino, mártir del siglo II recomienda en uno de sus diálogos expulsar a los demonios de los poseídos mediante la sola pronunciación del nombre de Cristo empleando la misma fórmula ritual de los oficios: «En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, crucificado bajo Poncio Pilatos [...] te conjuro a que abandones el cuerpo de... ».

En el mismo sentido se pronuncia Tertuliano en sus escritos (cfr. *Apologeticum*). Pero poco después de ellos se introdujeron nuevas prácticas, como la imposición de manos, la exsufación, la unción con aceite, y luego la práctica del ayuno.

En sus orígenes, el don del exorcismo era carismático, no " trataba de una función ni de un título, ni mucho menos de una dignidad eclesiástica. Se podían expulsar demonios de la misma manera que se posee la gracia u otro don cualquiera del Espíritu Santo. Santo Domingo, el fundador de la orden de los dominicos según puede leerse en la *Leyenda dorada*,^[70] a veces cambiaba un exorcismo en interrogatorio, disfrazado de conversación amable con un espíritu impuro, para acceder a un conocimiento más profundo de las tácticas del enemigo. Así llegó a saber que en relación con la gula las tentaciones no sólo facilitan la bulimia, sino que también ofrecen a los monjes la posibilidad de perderse con la anorexia. O que el Maligno sobre todo se encuentra a sus anchas cuando los religiosos se entregan a la frivolidad, y hablan a tontas y a locas acerca de lo que no les concierne.

Fue mucho más tarde, en 1614, cuando el Ritual Romano codificó el ejercicio del exorcismo, que se mantuvo en vigencia hasta 1990. Ese año se introdujo uno nuevo que recibió el nombre *ad Interim*.

El papa Pablo V (1605-1621) estableció un ritual exorcista que consta de once pasos, y que permite, asegura el pontífice, expulsar con seguridad a los espíritus inmundos que invaden al poseído:

- 1) El sacerdote se pondrá una estola de color violeta, uno de cuyos extremos tendrá que enrollarse en el cuello del poseído; luego entonará una letanía y asperjará agua bendita.
- 2) Lectura del Salmo 54.
- 3) Invocación de dios e interrogatorio dirigido al demonio o a los diversos demonios, acerca de sus nombres y de los lugares de procedencia.
- 4) Lectura del capítulo 1 del Evangelio de san Juan, del 14 de Marcos, de los 10 Y 11 de Lucas.
- 5) Oración preparatoria.
- 6) El exorcista, colocando la mano derecha sobre la cabeza del poseído, pronunciará el primer exorcismo contra el o los demonios invasores.
- 7) Plegaria acompañada de diversas persignaciones sobre el cuerpo del poseído.
- 8) El sacerdote pronuncia el segundo exorcismo, esta vez con cierta violencia en el tono, refiriéndose a la «serpiente antigua» que incitó al Pecado Original y a la pérdida del paraíso.
- 9) Nueva plegaria.
- 10) Tercero y último exorcismo.
- 11) Cánticos piadosos, salmos y plegarias finales.

Los malos espíritus acostumbran a salir de los cuerpos que han ocupado a través de los orificios

naturales del cuerpo, a veces dejando tras de sí tan mal olor que los exorcistas en ciertos casos no sabían si asistían a un éxito del ritual, es decir, al desalojo del demonio invasor, o a la expulsión de una flatulencia maloliente.

La nueva ceremonia ritual exorcista adoptada durante el magisterio de Juan Pablo II no es, sin embargo una reducción de la antigua, sino una nueva formulación que Roma ha considerado más en armonía con los nuevos tiempos, en particular con los conocimientos de la psicomedicina. Puesto que no se trata en realidad de una restricción litúrgica sino, en primer término, de una nueva comprensión, aportada por los conocimientos científicos, de los muy diversos fenómenos que en el pasado se llamaban «posesiones demoníacas» y que en la actualidad se conocen y tratan como histerias, síndromes psicopatológicos, afecciones neurológicas, neurosis, psicosis, etc.

La primera consigna que se imparte a los exorcistas es que no crean en la posesión demoníaca con facilidad; la segunda, que el exorcista sepa cuáles son las señales que diferencian al poseído las personas aquejadas de melancolía, histeria, epilepsia. y de mil afecciones neuróticas o psicóticas. O en otras palabras, que más de teología sepan psicología y conozcan los cuadros patológicos más corrientes.

El exorcismo como espectáculo

El Ritual Romano aconseja a los sacerdotes no precipitarse a la hora de caracterizar como poseído al primer neurótico o histérico, que se presente (*In primis ne facile credat aliquem a daemonis obsessum esse*). Para dictaminar —o diagnosticar— el estado de posesión diabólica, las normas de la Iglesia católica exigen la concurrencia de una serie de signos muy específicos que enumera el texto del artículo titulado *De exorcizandis obsessis a daemonio*. Los tres signos particulares de la posesión deben presentarse juntos, sin que falte ninguno de ellos, y son: el empleo o la comprensión de una lengua desconocida por parte del poseído (xenoglosia); el conocimiento de hechos distantes u ocultos para el poseído; la demostración de una fuerza física que supere con creces la que corresponde a la edad o condiciones físicas del sujeto. La levitación del supuesto poseído —detalle circunstancial muy frecuente tanto en las historias milagrosas protagonizadas por santos como en las de posesiones diabólicas y en las declaraciones de los imputados en los procesos de brujería— se incluye en el tercer signo.

En el presente, los exorcistas no atienden tanto a la xenoglosia, el conocimiento de cosas secretas

o la demasiada fuerza, como alodio, a la violencia ciega, o al orgullo demencial que expresa et supuesto poseído, quien tiende a comportarse como si fuese «un dios» en un mundo que estuviera recreando él mismo.

En los tiempos de la caza de brujas los demonólogos usaban de criterios más elásticos, y las posesiones abundaban tanto como las brujas que acudían al Sabbat volando en sus escobas. En sus *Disquisitionum Magicarum*,^[71] el demonólogo español Delrío ofrece un amplio catálogo de signos anunciadores de la posesión demoníaca: cuando el poseído está enfermo y los médicos no saben de qué enfermedad se trata ni consiguen descubrirlo; cuando la enfermedad empeora a pesar de todos los remedios suministrados al paciente; cuando desde el principio el enfermo presenta síntomas espectaculares y grandes dolores, a diferencia de las otras enfermedades, que los hacen crecer poco a poco; cuando la enfermedad se muestra variable, y además presenta detalles muy diferentes a los naturales; cuando el paciente no acierta a decir dónde le duele; cuando suspira de manera triste y lastimera sin motivo; cuando pierde el apetito y vomita lo que ha comido; cuando siente dolores punzantes en el pecho, de modo que parece que lo roen por dentro o lo destrozan; cuando las venas y arterias del cuello se hinchan y tiemblan; cuando lo atormentan los cólicos y el dolor de cintura; cuando se ha vuelto impotente; cuando suda durante la noche incluso estando fresco; cuando siente brazos y piernas como si estuvieran atados; cuando desfallece y sufre de una extremada languidez o flojera, realiza movimientos convulsivos, tiene espasmos; cuando no puede sostener la mirada del sacerdote; cuando el blanco del ojo le cambia de color; cuando se turba o espanta o experimenta algún cambio notable en presencia de aquella persona a quien se supone autora de la inoculación del mal —la bruja—; cuando secreta humores en los sitios donde el Sacerdote lo haya ungido con óleo santo; en tales casos, asegura el demonólogo jesuita, es probable que se trate de posesión demoníaca.

Las posesiones del pasado eran espectaculares, sobre todo cuando se trataba de mujeres. Las personas poseídas solían caer presas de terribles espasmos, saltar como ranas, aullar como lobos o perros nocturnos, maullar, gritar frases de enorme obscenidad, poner los ojos en blanco o moverlos en las órbitas de una manera enloquecida... En Alemania, a las novicias y monjas poseídas les daba por levantarse los hábitos y hacer los movimientos de la cópula a la vez que gritaban frases obscenas, especialmente a los hombres que estuvieran a la vista.

Las historias de la posesión concitaban el interés del público, que solía apasionarse siguiéndolas paso a paso. El juicio de Urbain Grandier y el escándalo de las posesas de Loudun(1614), por ejemplo, reunió multitudes de espectadores que llegaron al desenlace, o sea a la quema del «brujo» —que nunca practicó brujería alguna— como a la final de la liga de fútbol. ¿Urbain Grandier se confesaría culpable o no en el momento de ser quemado vivo? Si confesaba ganaba el derecho a ser estrangulado antes de la quema.

La Iglesia solía presentar los autos de fe y los exorcismos, como espectáculos públicos. Así, por ejemplo, cuando una joven mujer de la localidad francesa de Vervins (Laon), llamada Nicole Aubry, se dijo poseída por el demonio Belzebut, en 1566, las autoridades episcopales ordenaron construir

un estrado en la plaza, ante la catedral, y el obispo de Laon procedió a realizar nueve sesiones públicas de exorcismo que presenciaron unas veinte mil personas. Todo acabó en una gran fiesta, y asegura la tradición católica local que numerosos calvinistas de la localidad se convirtieron al catolicismo aleccionados por los acontecimientos.

Johannes Wierius (1515-1588), el demonólogo protestante, lejos de convertirse al catolicismo a causa del espectáculo del obispo de Laon, emitió una dura crítica acerca de esas fastuosas ceremonias:

Hay hombres tontos, temerarios y audaces que se llaman a sí mismos gentes de Iglesia [...] que al estar llamados a curar por medio de sus exorcismos a aquellos que se pensaba estuvieran embrujados o poseídos, acuden a ocuparse de la enfermedad o expulsar al Diablo, quien a veces se retira por su propia voluntad en medio de execrables blasfemias [...] Habría que contar a estos exorcistas en el número de los encantadores y brujos.^[72]

Entre los viejos gestos exorcistas se incluía el conocido con el nombre ritual de exsuflación, que consistía en «expulsar los demonios» por medio de soplidos, que el sacerdote ejecutaba afanándose sobre el cuerpo del supuesto poseído, como si el demonio fuese un polvillo fino o unas invisibles velas encendidas que debiese apagar.

Los brujos católicos nunca fueron incluidos en la lista de los brujos, como propuso Wierius; en cambio sí ocurrió que los nigromantes, es decir, los magos negros que se supone que manipulan — invocan, transportan, trasladan o lanzan— demonios fluidos y cargas maléficas a través del éter, han adaptado la técnica que emplea Jesucristo con el poseído geraseno a sus maleficios diabólicos.

Para evitar el accidente que los demonólogos —y también los magos y los brujos— llaman choque de retorno o rebote, un percance que consiste en que el ejecutor del maleficio recibe sobre sí la carga maligna que ha lanzado sobre otra u otras personas, ya por haber cometido un error en la ejecución o bien por haber fallado el blanco, efecto que puede acarrear la muerte u otros graves daños al operador, éste designa a una tercera persona, animal u objeto como segundo objetivo, y de esa manera lo convierte en receptor del fluido maligno rebotado. Tales la función de los cerdos en el exorcismo del geraseno. El hecho ilustra la conexión entre la liturgia religiosa y la magia, así como la procedencia pagana de algunos rituales que en su origen tuvieron carácter taumatúrgico.

Obsesión y posesión

La posesión es la modalidad más grave de ataque demoníaco contra las personas. Antes de proceder a la invasión del cuerpo, el demonio apela al orgullo, a la envidia y a los apetitos de la carne mediante la tentación. Luego, antes de que se produzca la posesión, ocurre con frecuencia que la víctima del demonio —numerosos santos atestiguan ataques de esta clase en sus escritos— padezca la invasión de ideas recurrentes o fijas, que casi siempre se presentan acompañadas de otros fenómenos, como breves e inesperadas levitaciones, sacudidas, empujones, azotes o quemaduras que con frecuencia dejan claras huellas en el cuerpo.

Una religiosa de la orden de las ursulinas del convento de Louvier, Madeleine Bavent, que se convertiría en la heroína del escándalo de las poseídas de Louvier, padeció obsesión demoníaca: el demonio Dragón, antiguo dios rural de Asia Menor y uno de espíritus impuros más versados en teología que se conocen, se le apareció mitad hombre y mitad pez, con cuernos e irradiando ojos luz de tal manera que ellos solos bastaban para iluminar la celda de la monja como una buena lámpara.

A menudo los síntomas de la obsesión se asemejan a los de hipocondría, sólo que en vez de atribuirse una enfermedad imaginaria lo que el afectado inventa es uno o muchos daños producidos por sortilegios de brujas (tener el vientre lleno de sapos, escorpiones, ratones, por ejemplo), o bien el acoso exterior de criaturas demoníacas o bestezuelas —ratones, cucarachas, arañas— enviadas por demonios para atormentarlo.

Asimismo, el ánimo del acosado por la obsesión demoníaca se ve acometido de visiones espantosas, y lo atormenta la audición de voces, gritos, murmullos, chillidos, silbidos... que resultan imperceptibles para los demás. Estas agresiones, que técnicamente se llaman «alucinación» en psiquiatría, suelen estar acompañadas por estados depresivos e impulsos suicidas y por una especie de deseo irresistible de hacer daño a los demás.

Los síntomas o señales anunciadoras de la obsesión o del incubato preceden normalmente a la posesión propiamente dicha, es decir, a la invasión brutal del cuerpo humano por uno o más demonios.

En algunos casos, los demonólogos han podido comprobar cómo los íncubos o los súcubos inducen a religiosas y religiosos al onanismo, no sólo para preparar la invasión posesoria, sino también para procurarse semen fresco que luego el Diablo emplea para fecundar a las mujeres.

La mayoría de los casos registrados en las vidas de los santos dan cuenta del carácter erótico de muchos de los delirios padecidos por los afectados de obsesión. La vida casta en los monasterios y conventos constituía —y constituye— el ecosistema ideal para esa clase de ataques del Diablo, que siempre demostró una clara preferencia por el terreno sexual a la hora de elegir el punto débil de los religiosos enclaustrados y castos.

La posesión es la toma del cuerpo de la víctima por el espíritu demoníaco en toda regla. El ser

humano se convierte en un autómatas, la personalidad del demonio se adueña de su carne y anula por completo su voluntad. El espíritu inmundo habla con su voz; y percibe a través de sus sentidos.

De acuerdo con la doctrina teológica, la posesión puede producirse por resolución de Dios, quien la destina a ilustrar la grandeza de su obra, la permanente acechanza de los espíritus impuros, e incluso la diligencia y constante disponibilidad de los exorcistas de su Iglesia, que siempre están preparados y dispuestos a cargar contra las huestes del Maligno.

En la Alta Edad Media era frecuente que un demonio de la gula entrase en el cuerpo de un monje o monja que por pura glotonería se había puesto a comer sin persignarse o pronunciar la oración de agradecimiento. San Gregorio Magno cuenta en sus Diálogos el caso de una monja que hizo entrar en su cuerpo un pequeño demonio en una hoja de lechuga que engulló de manera prematura. Con las bebidas alcohólicas de tapadillo los monjes solían tragar pequeños demonios que solían pertenecer al área o división infernal de la gula, y que casi siempre se asemejaban a pequeños sapos o a grandes insectos.

Pero en la mayoría de los casos más graves, de acuerdo con lo que puede leerse en los tratados de los demonólogos, las posesiones se producen a consecuencia de los maleficios y sortilegios realizados por las brujas y los nigromantes, ya que éstos, en razón de haber realizado un pacto o convenio con el Diablo, cuentan con la facultad de hacerse obedecer por los espíritus inmundos y de mandarles que ocupen el cuerpo de tal o cual persona.

«El sábado cinco de junio del año 1598 —podemos leer en el *Memorial execrable de los brujos*, del juez demonólogo Henri Boguet-Louise, niña de, ocho años de edad [...] se veía obligada a caminar a cuatro patas, y además torcía la cabeza de una manera muy extraña [...] su padre y su madre la hicieron exorcizar en la iglesia de San Salvador. Allí se descubrieron cinco demonios cuyos nombres eran lobo; gato, perro, bonito y Grifo, y como el cura preguntó a la niña quién le había pegado el mal, ella respondió que Françoise Secretain...»

Henri Boguet hizo morir en la hoguera a Françoise Secretain una humilde mujer de cincuenta y ocho años. Al sacerdote «brujo» Urbain Grandier, a quien se encontró culpable de haber provocado las posesiones de un grupo de monjas ursulinas en convento de Loudun, lo condenaron en 1634 a la misma pena después de declararlo culpable de haber insuflado una treintena de demonios en los cuerpos de diversas religiosas.

Según pretendieron los expertos exorcistas que se ocuparon de expulsar los demonios de los cuerpos de las hermanas, sólo en la superiora del convento, la hermana Juana de los Ángeles, Grandier había inoculado siete espíritus tenebrosos, según se probó en el juicio, siete demonios poseedores, algunos de ellos de gran renombre:

1) Leviatán;

- 2) un serafín, que se alojó en medio de la frente;
- 3) una potestad llamada Amán;
- 4) otra potestad llamada Isacaron, bajo la última costilla derecha,
- 5) una dominación llamada Balam, instalada bajo la segunda costilla derecha;
- 6) Asmodeo, un trono;
- 7) Behemor, también trono, que se instaló en el estómago.

A pesar de la celebridad de los espíritus demoníacos que invadieron a las monjas de Loudun, dichos demonios no pudieron responder en latín a las preguntas de los exorcistas e instructores de la causa. Lo cual no sirvió para poner en duda las posesiones, ni mucho menos para salvar al lujurioso donjuán Urbain Grandier de morir en la hoguera, puesto que ni sus colegas clérigos ni mucho menos la piadosa burguesía de Loudun estaban dispuestos a perdonarle que les hubiera metido el demonio en el cuerpo a tantas jóvenes religiosas.

Aunque los demonios pueden alojarse en cualquier parte del cuerpo humano al igual que en las anatomías de otras especies, cuando se introducen en las personas prefieren instalarse en las sienas, el estómago y las axilas y tienen la facultad de pasar de un cuerpo a otro, es decir, de una a otra persona, con gran facilidad. De ahí el gran peligro que corre todo exorcista que no se prepare lo suficiente, o que deba hacer frente a una caterva demoníaca superior a sus medios: puede acabar él mismo invadido.

Los demonios sólo hablan a través de las bocas de los poseídos, y sobre todo de las poseídas, puesto que en la mayoría de los casos de posesión, los psicólogos y psiquiatras de la posteridad acabarían observando que no hubo más que brotes de histeria, es decir, de resistencia neurótica por parte de numerosas mujeres que reaccionaban contra una vida claustal impuesta contra su voluntad. En otros términos, actos de rebelión, encubiertos en acciones más o menos teatrales, casi siempre espectaculares, dirigidas contra sus confesores y directores espirituales, e incluso contra sus propias familias, que las habían recluido en el convento, y las autoridades religiosas y sociales de su tiempo.

Las posesiones pueden ser provocadas o involuntarias. En el primer caso siempre media un sortilegio o maleficio, y el poseído suele perder la conciencia, el conocimiento e incluso la vida después de consumado el ataque de los demonios, larvas y venenos.

Cuando se trata de posesiones involuntarias, los síntomas o signos que presenta la persona afectada se asemejan tanto a los de las neurosis o psicosis como a la simulación y el fingimiento.

-Capítulo 10

LOS DEMONIOS EN EL CRISTIANISMO

En el Talmud se reconoce la existencia de cuatro clases de demonios:

- 1) los *schedim*, demonios de los bosques de ascendencia babilónica que atacan en hordas;
- 2) los *maziqim*, demonios golpeadores, que también atacan engrandes grupos, como las pitañas, aunque son terrestres;
- 3) las *lilin*, demonias nocturnas y aladas;
- 4) los *ruoth*^[73] —malos soplos—, demonios del aire, que habitan la atmósfera y los espacios celestiales interastrales y sublunares.

Los esenios, y luego los cristianos, en particular los Padres de la Iglesia, aumentaron de manera considerable la influencia y los poderes de Satán o el Diablo y de los demonios de su corte y población, o vulgo infernal; *Pandaemonium*, lo llamaría más tarde el poeta John Milton (Londres, 1608-1674).

Con el progreso de la educación, el desarrollo de las religiones y las cátedras de teología, nació la necesidad de clasificar a los demonios. Una. de las primeras tentativas procede del bizantino Miguel Psellos (1018-1078), quien teniendo en cuenta el alto número de las criaturas reunidas en las legiones tituló su obra *De operatione daemonum tractatus*, que se publicó cinco siglos más tarde, en 1615.

Clasificación

En el plano intelectual, Miguel Psellos eligió el pragmatismo; distribuye o discrimina según el medio o la materia en que habitan, en seis especies: infernales, subterráneos, acuáticos, terrestres aéreos e ígneos.

Pero a diferencia de la brillante tarea que realizó san Dionisio Areopagita con los ángeles, cuyos órdenes y coros también conciernen a los demonios, la demonología se ha mostrado mucho menos fecunda que la angelología, acaso porque el Diablo prefiere que acerca de su reino y abominables legiones se sepa lo menos posible. La clasificación del Areopagita también concierne a los ángeles

rebeldes:

Orden 1.º: 1) Serafines, 2) Querubines, 3) Tronos;

Orden 2.º: 4) Dominaciones, 5) Virtudes, 6) Potestades;

Orden 3.º: 7) Principados, 8) Arcángeles, 9) Ángeles

El demonólogo Martín Delrio (1551-1608), autor del tratado *Disquisitionum Magicarum Libri Sex* (Lovaina, 1599), consiguió gran influencia entre los cazabrujas de su generación y las tres siguientes, ajustando la clasificación bizantina y sobretodo describiendo las características morfológicas de los demonios y la etiología de las incubaciones y posesiones.

Demonólogo y juez endemoniado, este jesuita, que hablaba cinco lenguas y leía el hebreo y el caldeo —se supone que por xenoglosia y no por glosolalia—, cuando las tropas españolas ocuparon los Países Bajos se convirtió en procurador general de Brabante, especie de Gran Fiscal de los Países Bajos especialista en satanismo y brujería. Era partidario de quemar a los niños hijos de las brujas, junto con sus madres, para evitar que incurrieran en pecados mayores que les depararan horribles penas infernales, para colmo eternas.

Su tratado *Disquisitionum Magicarum Libri Sex* conoció veinte ediciones, y de hecho operó una especie de relevo de El martillo de las brujas. El padre Delrio estaba satisfecho de su ciencia que imaginaba al abrigo de toda superstición, como su propia persona, puesto que él no creía en los licántropos u hombres lobo. No obstante, tenía por cosa cierta y probada que las brujas acudían a los sabbats volando en sus escobas, y los hombres montados en berracos, machos cabríos, e incluso en los propios demonios; asimismo, creía que la brujería se heredaba.

Él fue uno de los doctores que aportó a la descripción de la nueva imagen o máscara del Diablo en los tiempos de la Contrarreforma, que fueron cruentos en quema de brujas y brujos en los países del norte de Europa. Martín Delrio, que era capaz de descifrar los viejos volúmenes de magia caldea, empleó su exitoso libro, que fue traducido a diversas lenguas europeas, para instruir a los jueces y oficiales de justicia de su tiempo acerca de los fenómenos relacionados con la magia negra o brujería.

Ese hombre, que sumó al prestigio intelectual el ejercicio del poder judicial, creyó perfeccionar la clasificación bizantina de Psellos diferenciando: Primer género (ígneos): esta clase de demonios, ocupan la estratosfera y las capas más altas de la atmósfera. Los brujos terrestres —según Delrio— no tienen la menor posibilidad de mezclarlos en sus maquinaciones, porque los ígneos no les hacen el menor caso.

Segundo género (aéreos): aunque esta variedad se mueve por el aire, vagabundea muy cerca de los seres humanos. Los demonios del segundo género pueden descender a tierra, y lo hacen con

inquietante frecuencia y quizá a causa de emplear las partículas más densas del aire, saben adquirir consistencia, en algunos casos adoptan apariencia de seres humanos y la gente los toma por semejantes. Pero acaban poniéndose en evidencia por su apasionada propensión a provocar tormentas, lanzar rayos o granizo sin el menor anuncio natural previo —verbigracia, sin que haya nubes de tormenta—, sobre un bello jardín en una hermosa tarde de primavera. Casi siempre se dejan llevar por la cólera a causa de la envidia, del orgullo, o de ambos pecados a la vez, que suelen ser siameses. Acerca de este segundo género se sabe hoy bastante, porque es el más frecuente a causa de la actividad de los teúrgos, magos y brujos, que suelen «importarlos» por medio de sus conjuros y también gracias a los exorcistas e inquisidores que les dan caza desde la Edad Media. Los aéreos, aunque de esencia abominable, no tienen una forma definida, y suelen cambiar de aspecto según cómo los hayan invocado los brujos o se presenten por propia voluntad —vaya uno a saber por qué, la reserva suele ser lo habitual en los demonios—, o bien porque algún dignatario infernal o el propio Diablo los haya enviado; e incluso porque algún mago blanco o teúrgo pasmado los reclamase creyéndoles espíritus benéficos de paso, o bien providenciales.

Tercer género (terrestres): este conjunto está subdividido en tres especies: a) Demonios del bosque y de la selva, que se entretienen inventado trampas contra los cazadores, y cuando son incubos, fornicando con las doncellas, a quienes suelen, sorprender con un abrazo súbito, por la espalda, y un beso en el cuello. b) Demonios de los campos y prados. En el presente son los menos numerosos, suelen emigrar a las grandes ciudades. e) Urbanos. Viven en las ciudades y sobre todo salen por las noches a mezclarse con los seres humanos, ya para tentarles, ya para darles caza.

Cuarto género (acuáticos): son los habitantes de las tierras inundadas en torno a lagos, ríos, arroyos. Esta clase de demonios es hostil en grado sumo. En general, atacan cuando les da la gana. A ellos se deben no pocos ahogados, porque casi siempre se les antoja provocar tormentas marinas, hundimientos de bajeles, o agarrar por el vientre o la cadera a los malos nadadores para enviarlos al fondo. Son muchedumbre en la Costa de la Muerte en Galicia, las playas de Bretaña, Irlanda y Escocia.

Al adquirir consistencia carnal, es decir, cuando los demonios acuáticos se adensan para mostrarse a los seres humanos, casi siempre toman apariencia de mujeres hermosas, ya ninfas de los lagos, ríos, estanques; náyades, y nereidas en los mares.

Los poemas clásicos registran sus agresiones a la tripulación de Odiseo, y el carácter insidioso de sus irresistibles cánticos, casi siempre de soprano.

Los poetas románticos ingleses fueron particularmente vulnerables a los demonios del, cuarto género. Los casos más célebres son los de P. B. Shelley (1792-1822), a quien una sirena le tomó del vientre en el golfo de la Spezia con trágicas consecuencias, y el de William Morris (1834-1896), quien después de escuchar el canto de las sirenas, tradujo su canción al inglés en *Vida y muerte de Jasón*, con muy felices resultados.

Aunque muchos creen que las sirenas no son espíritus malignos sino criaturas mitológicas, los demonólogos medievales y renacentistas, o más en general, todos los expertos y eruditos al servicio de la defensa de la fe, o su doctrina, explicaron con diáfana claridad que se trata de súcubos de exquisita elocuencia, geniales a la hora de tentar a los hombres, salvo cuando asumen carnadura masculina, de incubos, como es el caso de los tritones. Estos últimos, a pesar de su peligrosidad como seductores de mujeres, resultan singularmente vulnerables a la acción pastoral de las doncellas castas que se obstinan en conservar la virtud y, de paso, en catequizarlos.

A poco que se aplique, una de estas vírgenes prudentes puede no sólo conseguir que un demonio acuático masculino —tritón— se arrepienta de su malignidad o rechazo del bien supremo, sino incluso podrá reconvertirlo en espíritu luminoso, en ángel positivo.^[74]

Quinto género (subterráneos): esta clase es tal vez la más violenta. Sobre todo se ensañan con los mineros y todos aquellos que se lanzan a abrir túneles y galerías en busca de oro o piedras preciosas. Su actividad preferida consiste en socavar insospechados abismos bajo los pies de las personas, derrumbar galerías y aun construcciones y pueblos enteros, improvisar erupciones volcánicas, soltar chorros de agua hirviente o vapor. Los mineros aborígenes de los Andes suelen aplacar al Diablo subterráneo, mote del jefe de esta legión, con pequeñas ofrendas de alcohol, coca y otros vicios.

Sexto género (lucífogos, tenebrosos) estos ángeles son fotofóbicos en sentido estricto. La luz les impide existir, sin más. De modo que al acercarse el alba suelen ocultarse en graneros cerrados, bodegas, cavernas, minas, toneles y otros recipientes vacíos donde puedan estar a cubierto de toda luz. Cuando se trata de tenebrosos urbanos, lo normal es que se cuecen en sótanos, cloacas o alcantarillas, e incluso en los tanques de gasolina de los coches. Ni siquiera la óptica de visión consigue apreciar en ellos unas formas definidas, ya porque espantan ante el haz infrarrojo hurtando la sustancia evanescente de sus protoplasmas difusos a las miradas humanas, ya porque carecen de toda forma. Sin embargo, los gatos y algunas aves nocturnas como las lechuzas y los búhos ratoneros pueden percibirlos con pasmosa eficacia.

Sistemática de los demonios

El linaje divino de los demonios, o bien el número de ángeles creados por Dios que se rebelaron y cayeron a la condición demoníaca, según han escrito san Juan Evangelista y santo Tomás de Aquino, puede computarse en la tercera parte del total de los ángeles creados por Dios (de fuego y

luz).

Éstos, de acuerdo con las enseñanzas del *midrash* de Rabí Eliezer, fueron formados en el segundo día, junto con el firmamento en medio de ambas aguas, es decir, el cielo.

Los ángeles son anteriores a los demonios, claro está. Pero aquéllos se dividirán en dos grupos a causa del hombre, que es obra del sexto día. En efecto, un tercio del total de los ángeles se opondrá a la creación del hombre. Tal es el punto de partida del relato de la rebelión de los ángeles. El jefe de todos ellos, el máximo opositor a la existencia de la humanidad, el campeón de los rebeldes es Samael, que en hebreo significa «veneno de Dios», o «ciego de Dios», arcángel del segundo día.

Los escritos canónicos informan muy poco acerca de ángeles y demonios. Y los apócrifos del Antiguo Testamento tampoco responden a ciertas preguntas inevitables: ¿por qué unos seres que no son carnales quieren entregarse al pecado de la lujuria? Antes se ha dicho «por envidia»; pero ésta concierne al orgullo, y el orgullo es justo el pecado de Samael.

Allí no cabe otra explicación que el espíritu de Samael, la inspiración de Satán, del Diablo, que se opone a la creación del hombre por principio, aunque desconozca el proyecto de Dios que concierne a la humanidad.

Igual que Lilith, que tras romper con el hombre y con Dios se dedicará a la corrupción de los hombres, Samael y los suyos, los guardianes, se dedicarán a pervertir a las mujeres, a las hijas de los hombres, tal como puede leerse en la versión etíope del Libro de Enoc, donde el nombre de Samael encabeza la lista de los vigilantes rebeldes, Él y Lilith no son más que las máscaras macho y hembra de un mismo ser de negación: no a la obra de Dios, no al hombre.

Configurado como Lilith, apariencia hembra, había abandonado al primer hombre y desafiado a Dios. Desde entonces seguirá creando obstáculos, generando conflictos y enfrentamientos, promoviendo la guerra con el objetivo de destruir el mundo humano. Samael en forma de serpiente tienta a la segunda pareja de Adán. Samael engendra a Caín, quien introducirá la muerte en el mundo asesinando a su hermano. ¡Y además es el Ángel de la Muerte, que interviene segando la vida de los seres humanos tan pronto como Dios se lo manda! Aunque no debe confundirse con Abadón, llamado «exterminador» en el Apocalipsis, que es el jefe de la séptima jerarquía o coro y soberano del Abismo. Samael inspira la lujuria a los ángeles guardianes o vigilantes.

Estos ángeles caídos o demonios creados por Dios son los primeros, pero constituyen tan sólo una pequeña parte de la población total de demonios que pululan sobre y bajo la tierra, en las diversas capas de la atmósfera y en los espacios interplanetarios y sublunares.

La estirpe de los hijos de Dios, los *Ben Elohim*, al principio formada por tres órdenes, nueve coros, constituye sólo una pequeña minoría aristocrática del Pandemonio o población demoníaca total.

La descendencia de éstos, acerca de la cual la Biblia prefiere callar o suministrar la información con Cuentagotas, son los « famosos » del clan cainita (Gen. 4, 18), Irad (en hebreo, « desaparición »), Mejuyael (« aniquilamiento »). El campo del mal o lado oscuro ha conseguido ciertos éxitos en su campaña por conducir a la humanidad al desastre: separar a los hombres de Dios e introducir la muerte y la discordia entre éstos.

A esos demonios procedentes de la rebelión antihumana de los ángeles del segundo día deben sumarse:

- 1) Los vigilantes del cuarto día.
- 2) Los *maziquim*, creados a última hora del sexto día.

Asegura una tradición oral talmúdica que antes del día séptimo, durante la noche del sexto, en el umbral del sabbat —vísperas del sábado—, fueron creadas diez cosas, que son mitad del mundo secular y mitad obra eterna. Esas creaciones que se encuentran entre ambos mundos, en las fronteras entre el de abajo (tierra) y el de arriba (cielo), o entre los seis días de la semana —tiempo del mundo— y el séptimo, o sabbat —eternidad— y que están inacabadas, son los *maziquim* (demonios golpeadores), cuyo nombre deriva de la raíz *nezeq* (« daño »). Son seres que producen daño, perjuicios; son agentes del mal. La tradición oral asegura que se trata de espíritus Invisibles, astutos, crueles y destructivos. La Biblia no dice gran cosa acerca de ellos, igual que mantiene silencio acerca de Lilit hasta que se ocupa de ella el profeta Isaías, Dios no tuvo tiempo de acabar a los *maziquim*, de manera que se quedaron en espíritus desprovistos de cuerpo. De ahí que estos demonios no dejen de vagar por el mundo en busca de una forma que acabe de darles existencia. Y a causa de ellos cometen toda clase de acciones dañinas, de males.

La falta de acabado, de terminación, sería un rasgo diabólico de estas criaturas. Los *maziquim* viven en constante búsqueda de una identidad, que no encontrarán jamás, son los demonios que atacan la identidad de los seres humanos y quieren impedirles que sean ellos mismos. Pero no deben confundirse con las larvas, que casi siempre son ruoth de las capas bajas y medias de la atmósfera.

El rasgo distintivo de los *maziquim* es que fueron creados a medias, y hechos demonios sin haber sido ángeles en un primer tiempo, a diferencia de las criaturas del segundo y las del cuarto día.

3) Los *lilotas*, que son todos los hijos engendrados por Lilith, tanto con Adán como con machos de otras especies,^[75] y aun espíritus lujuriosos, más toda la descendencia habida de los súcubos con Adán y con los hombres que de él descienden.

4) Los *samaelios*, es decir, el linaje engendrado por Samael en Eva, cuando habiendo cambiado la máscara de serpiente por la de hombre pelirrojo, velloso y de buen ver, se amancebó con ella. El primer hijo de Eva y de Samael habría sido, en efecto, Caín, que no obstante llevaba los genes de

Adán, por haber empleado Samael el procedimiento típico de los incubos. Sustrajo el semen a Adán, se ha escrito, asumiendo formas femeninas, de súcubo (amiga de Lilith). Y toda la descendencia de incubos y mujeres.

5) Los demonios engendrados por Adán en Adama, donde pasó ciento treinta años en compañía de hembras demoníacas, súcubos melancólicas y criminales, casi siempre aladas y cuyos estilos de vuelo resultan abominables en sí mismos, espantosas blasfemias voladoras.

6) Los demonios generados o creados por la acción pecaminosa de los seres humanos, que constituyen el mayor número, y son proporcionales al tamaño de las diversas poblaciones del planeta. Sólo los gestados por los asiáticos bastarían para llenar la atmósfera de la tierra e incluso el espacio interlunar, si tuviesen volumen o abultaran de alguna manera, algo que por fortuna no ocurre. Estos demonios se dividen en dos subclases: a) Espectrales: son almas de muertos que han elegido el mal. b) Encamados: también llamados existenciales, son seres humanos vivos habitados por un espíritu demoníaco, casi siempre un *maziqum*, sin forma ni nombre.

7) Los demonios póstumos *swedenborgueses*, también llamados «séptimos».^[76]

Esta clasificación es taxativa. No hay demonio alguno no pueda insertarse en una de estas clases o subclases. Así ejemplo, los cambiones, que proceden de las cópulas con incubos o súcubos, y que, según enseñaron Martín Lutero y el demonólogo francés Jean Bodin,^[77] no suelen vivir más de siete años, son o bien sucucambiones de la primera clase, o incucambiones de la segunda.

Los iniciados en el conocimiento esotérico parecen saber desde hace mucho tiempo que la humanidad genera nuevos demonios de manera incesante; y sin proponérselo, ni saberlo siquiera. Parece literatura fantástica, en efecto, pero es glosa tradicional hebrea de la Torá, del Pentateuco.

El aserto puede leerse en esos mismos términos en el *Sefer ha Zohar* (El Libro del Esplendor), uno de los textos fundamentales de la cábala hebrea. No sólo los seres humanos generan nuevos espíritus abominables sin reparar en ello, además, se convierten en esclavos de dichas impurezas.

En su *Estudio acerca de las confesiones de los nigromantes y las brujas* (Tréveris, 1589), el demonólogo Pieter Binsfield^[78] (1540-1603) atribuye cada uno de los pecados mortales a, un demonio:

Cólera: Satán o el Diablo

Orgullo: Lucifer

Envidia: Leviatán

Avaricia: Mammón

Lujuria: Asmodeo

Gula: Belzebut

Molice o pereza: Belfegor.

Lucifer es un demonio, o mejor dicho, una máscara nominal del Diablo, que nació de la traducción de la Biblia al latín por san Jerónimo.^[79] El demonio Belfegor tampoco aparece en la Biblia, sin duda porque en su origen fue una divinidad moabita a la que adoraban en el monte Fegor, de ahí su nombre Bul Fegor (el Señor del monte Fegor). Los judíos, que siempre lo tuvieron como ídolo execrable, aseguran que no merece otras ofrendas que las excrementicias, y que el altar más lógico para adorarlo es un inodoro. Pero un demonólogo del siglo XVII^[80] da por cierto que se lo veneraba en las cavernas y cuevas, lo cual habría sugerido a los rabinos, además de la voluntad de entregarlo al anatema por ídolo moabita, la metáfora intestinal y la burla escatológica.

Juegos numéricos y horrores fantásticos

A esas legiones, que con error Johannus Weyer, compatriota y casi contemporáneo del doctor Faustus, que no es otro que el demonólogo protestante y tantas veces citado, Johannes Wierius — Wierus y aun Wier—, en su tratado *De Praestigiis Daemonium* (Basilea, 1568) calculó un total de 7.405.926 efectivos.

Ese número se obtiene multiplicando el 6 por 1.234.321, que es el que Pitágoras llamaba su «mayor número», que es un múltiplo de 11:

$$112.211 \times 11 = 1.234.321$$

A los filósofos clásicos, igual que a los gnósticos y a los magos, les encantaba jugar con los números y los efectos especulares.

Además de leerse igual en ambas direcciones, lo cual crea una ilusión «mágica», los números palíndromes al multiplicarse por 11 dan otro palíndromo, Y ello siempre resulta un juego visual «mágico». El cálculo de Johannes Wierius es sólo una travesura con los múltiplos de 11 y el número 6.

En primer lugar, Johannes Wierius advirtió que el 666, el número de la Bestia que menciona san Juan en el Apocalipsis, no es múltiplo de 11, y cambió dicha cifra por 6.666, que sí lo es. A continuación convirtió dicho número en el de efectivos que tiene cada legión demoníaca. Y con el número de legiones procedió de la misma manera: 111 no es un múltiplo de 11, pero 1.111 sí. En

consecuencia estableció el número de legiones en 1.111, y en 6.666 el número de efectivos de cada una de éstas.

La prevención del propio autor en el texto, «salvo error de cálculo», es una pincelada de humor. Ya hemos visto que no falló en las cuentas.

San Juan, en el Apocalipsis, escribió en caracteres arameos «Emperador Nerón», luego sustituyó cada una de las letras sus valores numéricos (guematría) y los sumó, y así obtuvo el número de la Bestia: 666.

Mucho después alguien descubrió que también se obtiene 666 sumando la serie de números naturales desde el 1 hasta el 36.

Por otro lado, retomando la cuestión de las clasificaciones, Johannes Wierius^[81] habla también de una especie de triunvirato ministerial, formado por los demonios Lucifer, Belzebut y Astarot, arcángeles caídos o negros, y, antes arcángela que arcángel, Astarot, que fue Astarté en el pasado. Ese trío es el desafiante de los campeones de Yahvé de los Ejércitos, los arcángeles en activo o luminosos, Miguel, Gabriel y Rafael. También asegura Wierius que Astarot es muy feo, y que pese a ser uno solo, huele tan mal como mil demonios juntos. Para invocarlo, los magos negros con sensibilidad olfativa normal suelen pinzarse la nariz e incluso emplear máscaras antigás.

Ésa es la primera postulación de una trinidad diabólica que luego tendría amplio desarrollo, tanto por parte de los teólogos y demonólogos adscritos a la estructura eclesial romana, como en el campo satánico o diabolizante. De este último proceden estas letanías del sabbat que la monja Marie de Sans, juzgada por brujería, habría cantado todos los miércoles y viernes en las «sinagogas»^[82] flamencas a las cuales acudían las brujas de la región de Lille.

*Lucifer, Belzebut, Leviatán,
miserere nobis.
Belzebut, príncipe de los tronos,
Rosier, príncipe de las dominaciones,
Cuadrado, príncipe de las potestades,
Belial, príncipe de las virtudes,
Perrier príncipe de los principados,
Olivier, príncipe de los arcángeles,
Junier, príncipe de los ángeles,
Sarcueil, Cierraboca, piedradefuego,
Carnebuey, Terrero, Cuchillero,
Candelerero, Bahemot, Oilette,*

*Belfegor, Sabatán, Garandier,
Doler, Piedrafuerte, Axafat, Frisier,
Cacos, Lucesme*
ora pro nobis.

Marie de Sans, presunta autora de esa oración satánica, era una monja francesa de la orden de Santa Brígida que en 1613 se convirtió en sospechosa de brujería a causa de una conspiración contra la abadesa del convento donde profesaba.

El instructor que le tocó en suerte fue el dominico Sébastien Michaëlis, demonólogo e inquisidor, quien ya había enviado a la hoguera por «bruio» al cura donjuanesco de la parroquia de Notre Dame des Accoules en Marsella, Louis Gaufridy, y aun gran número de brujas. Después de interrogarla, el inquisidor envió a Marie de Sans a prisión.

Un año después, cuando ya estaba quebrantada a causa del encierro en una cárcel infernal, Marie reconoció ser bruja. Lo hizo en el transcurso de un exorcismo al cual fue sometida junto con otras tres poseídas; lo declaró en presencia de éstas, y a la intención del arzobispo de Malinas, a quien el asombro dejó estupefacto.

No era para menos, pues en dichas declaraciones Marie de Sans admitía:

- 1) haber firmado un convenio con el Diablo con su propia sangre,
- 2) haber asistido a diversos sabbats,
- 3) haber dado muerte a numerosos niños en horribles circunstancias,
- 4) haber ofrecido esas víctimas a Lucifer, Belzebut y todos los diablos,
- 5) haber realizado maleficios inventados por Gaufridy ,
- 6) haber copulado con éste y también con perros, caballos, y serpientes
- 7) haber tenido dos hijos de Gaufridy criados por los demonios.

La detención de Louis Gaufridy se había producido en diciembre de 1610 y su muerte en la hoguera en abril del año siguiente, en Marsella, es decir, en el extremo sur de Francia. Marie de Sans vivía en el extremo norte, y en un convento de clausura, de modo que si bien podía acudir al sabbat gracias al poder de bilocación que le otorgaba el Diablo, de ninguna manera pudo haber parido hijos que criaran demonios, o incluso niños corrientes, sin que las compañeras conventuales se enteraran.

La evidencia de estas mentiras flagrantes bastaba para poner en duda todas las otras afirmaciones. Pero en los asuntos donde el Diablo había metido las garras o la cola, el sentido común no servía de nada. ¿Acaso no era cosa sabida que las brujas podían asistir al sabbat sin moverse de casa, con sólo friccionarse bien el cuerpo con el ungüento que les proveía el Diablo?

Y puesto que había podido acudir a los sabbats de Flandes sin salir del convento de clausura de Lille donde vivía, ¿por qué no podría parir y criar dos niños sin que las otras monjas se enteraran de nada? Así son las «cosas de encantamento» que tanto trabajo y disgustos procuraron a don Quijote. Además de un largo catálogo de nombres, la galería diabólica del cristianismo es una auténtica feria de horrores fantásticos.

-Capítulo 11

LA CREACIÓN DE LAS BRUJAS

El texto demonológico cristiano, de intención represiva, más antiguo que se conoce es el *Canon episcopi*, que, de acuerdo con la opinión mayoritaria de los historiógrafos, se habría redactado en el siglo IX, durante el concilio de Aquilea o el de Ancira, para servir como guía a los obispos.

Se trata de un documento fundamental en materia demonológico-canónica, porque define a la mayoría de las operaciones, maleficios, embrujos o suertes de la brujería medieval, que algunos siglos más tarde tendrían como sanción la muerte en la hoguera.

El documento atribuye a los obispos y curas párrocos la responsabilidad de «extirpar completamente de sus parroquias el arte de la magia y del sortilegio, pernicioso invención del Diablo. Si ellos (obispo, párroco] descubren hombre o mujer culpable de ese crimen, que lo marquen, que lo cubran de oprobio y lo expulsen de su territorio».

También explica el documento que hay que enseñar al pueblo que los vuelos nocturnos en compañía de Diana, divinidad de los paganos, o de Herodías,^[83] no son más que engaño de los sentidos y que «Satán toma la forma y las apariencias de diversas personas, engañando alma que tiene cautiva para apartarla del camino recto [...] Todo eso ocurre sólo en el espíritu, pero el alma infiel está convencida de que todo ello es real [...] Quienquiera que crea que una criatura puede ser cambiada para mejor o para peor, o transformada en otra especie, o dotada de una apariencia diferente por otro camino que por el propio Creador, aquel que todo lo ha hecho, y por quien todo ha sido hecho, ese es sin la menor duda un infiel y peor que un pagano». En otras palabras, el *Canon episcopi* deja bien claro que el sabbat es un mito y el vuelo de las brujas y brujos un cuento fantástico.

Toda acción mágica que tenga como objetivo influir en la voluntad, o en el ser moral, físico o espiritual de una persona, es un maleficio, porque niega o deroga el libre albedrío del sujeto pasivo de la acción. Es acción diabólica. Ya se realice haciendo nudos en un cordón^[84] practicando un encantamiento por invocación, introduciendo un paquete, administrando un filtro. Otro dominico anterior a los autores del *Martillo de las brujas*, llamado Johannes Nider (1380-1438), quien ocupó la cátedra de teología en la universidad de Viena, en su *Formicarius*^[85] (El hormiguero), que es el segundo texto demonológico de la historia de la literatura europea, enumera siete formas diferentes de realizar un maleficio:

- 1) Creando sentimientos adúlteros en el hombre o la mujer.
- 2) Infundiendo odio hacia otra persona.
- 3) Impidiendo que la víctima pueda procrear.

- 4) Provocando enfermedad en la víctima.
- 5) Produciendo la muerte de la víctima.
- 6) Enloqueciendo a la víctima.
- 7) Dañando de una forma u otra al individuo o a su patrimonio.

La magia se nutre sobre todo de esa antigua inteligencia intuitiva, que reposa en la imitación, la búsqueda de correspondencias o símbolos y la manipulación de éstos. Si la inteligencia, los conocimientos de los seres humanos se pudieran representar como una superposición de estratos, lo que la antropología de los siglos XIX y XX llamó «pensamiento mágico primitivo», sin duda corresponde a una de las primeras capas. Sobre tal base primitiva, original, crecerían otros sistemas de ideación cada vez más racionales y complejos.

La magia subsistió durante milenios, hasta nuestros días, no sólo en las liturgias religiosas, también en los hábitos y las costumbres de la población. Fue a partir del siglo XVIII cuando las modernas ciencias, fundadas sobre bases experimentales y racionalistas, la confinaron al campo de las creencias, de lo imaginario, del juego, o del esoterismo.

La Iglesia cristiana, tal como hizo la judía desde mucho antes, nunca dejó de combatir la práctica de la magia entre los miembros de su clerecía y devotos, aunque en el texto del Antiguo Testamento aparezcan una y otra vez conceptos, personajes, imágenes derivadas de la cosmogonía, de la representación mágica del universo elaborada por la antigua civilización caldeo-babilónica.

Aún quedan huellas de esa vieja magia en la liturgia: el empleo de incienso en los oficios, o el ritual de la transustanciación en la Eucaristía del ritual romano, por ejemplo.

El concilio de Laodicea, en lucha contra las disciplinas impregnadas de magia, prohibió a sacerdotes y monjes tener oficio de cantor, matemático o astrólogo. Tampoco permitían entonces fabricar amuletos que sirvieran para «atar un alma a otra». Amenazaban con la excomunión a todos aquellos cristianos que usaran esa clase de objetos mágicos. Y, naturalmente, la veda y la amenaza de exclusión de la comunidad de fe seguía pesando sobre todos aquellos que se atrevieran a consultar a los espíritus de los muertos, o visitar el infierno para saber el futuro (nigromancia), leer los augurios según las formas de las nubes, el vuelo de los pájaros o las entrañas de las bestias, que son prácticas ya prohibidas por la Torá, tal como se puede comprobar en el Levítico.

Al concilio de Laodicea siguieron otros cuatro que condenaron la magia y la brujería.

El rey visigodo Childerico III ordenó a todos los obispos del reino prohibir en sus diócesis el ejercicio de la magia. No obstante, la que se practicaba en aquellos tiempos era un vestigio de las devociones politeístas romanas. Por ejemplo, las mujeres realizaban ofrendas a Venus si querían conseguir hombre o quedarse embarazadas —¿cómo no?—, los herreros ofrecían sacrificios a Vulcano en sus fraguas, cuando forjaban, los viñateros se emborrachaban con el vino nuevo y jugaban

a sátiros y ninfas en las fiestas del final de la vendimia, durante todo un sábado y la mañana del domingo ¿qué menos?

Hay quien postula que los sabbats de la brujería de los siglos XVI y XVII proceden de aquellas viejas ceremonias de renovación grecolatinas.

En los tiempos visigóticos, el Diablo era todavía una presencia más libresca que social. Sólo los teólogos sabían acerca de él. Para el pueblo se trataba de una multitud de demonios que, como los de la Antigüedad, solían estar relacionados con las enfermedades, los desastres o accidentes naturales, y las fieras de la región que habitaban: en general, con todo lo malo que les ocurría en la vida. Varios de esos espíritus malignos que el cristianismo convirtió en demonios eran antiguos dioses paganos que conservaban pequeños restos de culto, máscaras antiguas —de dragón, por ejemplo, a veces de Leviatán—, pero no se trataba del Diablo, que aún no era ni la sombra del príncipe —y general en jefe— de las tinieblas de los siglos XV-XVII, cuando las sospechosas de ir volando al sabbat en sus escobas se contaban por decenas de miles.

La caza

En el siglo XII la Iglesia de Roma definió con claridad como enemigos a todos aquellos que practicaban otros cultos que no fueran el cristianismo romano. Antes que las brujas, los aliados del Diablo que atormentaron y quemaron se llamaban herejes o heréticos.

A comienzos del siglo XIV en Europa ya se había adoptado el método inquisitorial de investigación del crimen, que se basaba en la elaboración de un sumario secreto, el empleo de testigos anónimos, la negación de la defensa para los acusados y la aplicación de la tortura sistemática como técnica «de indagación de la verdad».

El paso siguiente, lo que dio lugar a la caza de brujas propiamente dicha, fue la elaboración de una amplia demonología por parte de la Iglesia y de los representantes de la justicia secular, quienes sobre todo convirtieron en «ciencia» demonológica los mitos y leyendas del pasado.^[86]

Antes del siglo XIII, el Diablo no constituía una amenaza urgente para la vida y la tranquilidad de los cristianos devotos de la Iglesia de Roma. Pero en las centurias siguientes los intelectuales católicos, reunidos o acaudillados por la doctrina de santo Tomás de Aquino, procedieron a la promoción metafísica del Diablo, invistiéndolo no sólo príncipe del mal, sino además jefe activo de

la brujería, caudillo de una conspiración cuyo propósito era destruir la Iglesia de Roma y a sus fieles devotos.

Juan XXII, papa de Aviñón (1316-1334), a quien muchos de sus contemporáneos consideraban brujo, decidió que las invocaciones y encantamientos de la magia se juzgaran como herejías, y que la Inquisición se hiciera cargo de investigarlos.

Inocencio VIII acabó la obra realizada en lo fundamental por santo Tomás de Aquino, equiparando el delito de brujería o magia satánica al de herejía, para convertir al Diablo y a su «iglesia», es decir, a los practicantes de la magia negra, en enemigos fundamentales de la comunidad cristiana.

La organización eclesial romana, el papa y sus obispos, con la difusión de la historia negra de la brujería hicieron crecer la importancia del Diablo de manera desmesurada, y lo instalaron de manera definitiva en el trono del mal supremo.

Y Satanás pudo convertirse así en una especie de héroe mágico para todos aquellos que se oponían a la Iglesia cristiana.

La represión de la brujería —esta última ejercida sobre todo por mujeres—, que se conoce como «caza de brujas», fue la respuesta de las iglesias católica y reformadas o protestantes a una considerable crisis de la fe cristiana entre la población, que se explica, entre otras cosas, por la desmoralización popular derivada de los desastres que castigaron a Europa durante los siglos XIV y XV.

Buena parte de la historiografía contemporánea considera la brujería y la caza de brujas la emergencia de una forma letal de misoginia^[87] En efecto, cuatro de cada cinco condenados por brujería en los países de Europa occidental eran mujeres, con la sola excepción de Suecia, donde condenaron un número parecido de ", ambos sexos, y de Rusia, donde se ejecutaron a más hombres que mujeres.

En el *Malleus Maleficarum* se postula que las brujas suelen ser personas que han sufrido pérdidas de animales domésticos, desgracias familiares y problemas diversos de salud. Pero que sobre todo son viejas malvadas que se transforman en «alcahuetas del demonio», porque atraen a doncellas complacientes o lascivas para entregárselas a éste. Y también «mujeres engañadas», que quieren vengarse de sus novios, concubinos o maridos maulas que las han plantado.

La mayoría de las personas que practicaban la brujería eran mujeres de baja condición social, y casi siempre viudas o sin pareja, que formaban parte de un sector desposeído y despreciado.

Las epidemias de peste y las guerras del siglo xv produjeron más muertes masculinas que femeninas, y con ello hubo un considerable aumento del número de mujeres sin pareja. Por otra e

parte, los cambios políticos y sociales del período crearon la necesidad de regímenes políticos con un mayor control social e ideológico sobre el conjunto de la población. A este fenómeno no es ajena la invención de la imprenta y el desarrollo de la predicación, tanto oral como escrita.

La brujería se convirtió en un problema de seguridad, y por lo tanto fue perseguida por las diversas policías de Europa. Pero además, como las curanderas, que solían ser las acusadas de brujas, practicaban la «medicina natural», la anti concepción, y se desempeñaban como comadronas, también fueron perseguidas por los médicos, es decir, la competencia, que así pudo sumarse a la campaña demonizadora de la Iglesia.

El papel que tuvieron algunos médicos legales en las investigaciones y juicios por brujería llega a ser tan siniestro como el de los demonólogos jueces de Inglaterra, Francia, Alemania, los Países Bajos, que en algunos casos expresan un cinismo sectario, fanático, que es diabólico sin más.

La misoginia tradicional de la sociedad cristiana tendía a clasificar a las mujeres en santas o brujas. La difusión de la creencia en la brujería como causante de enfermedades, la demonización de las mujeres, que no era más que la profundización de una doctrina básica, presente desde los orígenes de la tradición hebrea, más las fantasías supersticiosas de la sociedad, donde actuaban clérigos obligados al celibato contra grupos marginados de las prácticas y de la ideología catequista representada por la Iglesia, explican en buena medida las características letales que tuvo la caza de brujas.

La Iglesia del siglo xv había entronizado al Diablo, se había vuelto dualista. En otras palabras, creía que la marcha del universo era el resultado de un vasto conflicto entre el bien y el mal encabezados respectivamente por Dios y por el Diablo.

Pero dos siglos más tarde el pueblo medio ya había dejado de creer en la guerra sin cuartel entre los guerreros de Dios y los agentes satánicos.

Los grandes males de la época no eran pruebas que Dios imponía a sus fieles devotos, sino maldades realizadas por el Diablo y solicitadas o provocadas por la actividad de las brujas. En consecuencia, las brujas debían ser descubiertas y destruidas para proteger a la cristiandad.

En el último tercio del siglo XIII, hacia 1270, las órdenes religiosas mendicantes y predicadoras organizaron una campaña de propaganda que llamaron «pronormalización cristiana», en la cual la orden dominica, que estaba a cargo de la Santa Inquisición, tuvo la voz cantante, y cuyo tono dominante fue la misoginia. De esa cruzada contra el mal con falda procede del manuscrito del inquisidor y predicador Etienne de Bourbon, titulado *Sermones*.^[88]

El libro del sacerdote, que era un inspirado orador, habitual en los púlpitos del norte de Francia, reúne historias, leyendas y anécdotas de todos los tiempos, y de muy diversas fuentes orales y escritas. Se mantuvo inédito hasta el segundo decenio del siglo XIX. La unidad de la pieza reside en

la misoginia de todos los materiales reunidos, que en su tiempo fueron temas de discurso desde el púlpito.

Las mujeres —recalca el texto medieval— incurren sobre todo en dos pecados: el de orgullo y el de lujuria. Hasta allí se trata de la doctrina bíblica tradicional acerca del Pecado Original y de las consideraciones de los Libros Sapienciales acerca de la maledicencia femenina: ellas tienen veneno en sus lenguas, agreden gratuitamente a sus maridos, a quienes ridiculizan, pero ante todo: ¡son maléficas, demoníacas y bestiales a causa de su sexo!

Bajo las máscaras seductoras las mujeres ocultan el fondo espantoso de sus cuerpos, que no es otro que el del demonio Asmodeo, que rige el ejercicio lúbrico, inspira la lujuria, pecados y pasiones sobre todo femeninas.

Es una evidencia que la hembra humana —predicaban los sacerdotes de las órdenes más fanáticas y afanosas de aquellos días enmascara y deforma su cuerpo para destacar su femineidad: es diabólica, puesto que injuria a Dios al cambiarse la forma natural a éste debida.

Pero las peores de todas, las más diabólicas, son las viejas que pretenden rejuvenecerse, recuperar su femineidad. Las viejas que se maquillan para disfrazarse de jóvenes y hermosas son semejantes a larvas. Y éstas no son otra cosa que demonios de baja estofa, desprovistos de nombre propio, que proceden del infierno y que están en el mundo para atormentar a los seres humanos.

Los demonólogos demostrarán a su vez que las brujas, aun siendo humanas, pertenecen al infierno igual que las larvas, por vocación, contrato, pacto con el Diablo. Y se comportan como las aves nocturnas, en todo semejantes a las estrigas, esos fabulosos vampiros que presentaron los poetas clásicos grecolatinos, que se bebían la sangre de los seres humanos después de abrirles el vientre. O bien como las lamias, y sus primas obscenas, las *ghulas*, que se fingían mujeres lascivas sólo para comerse a sus amantes.

Los intelectuales de la Iglesia creían combatir desde hacía siglos esas supersticiones, que la cultura popular mantuvo, y también los curas párrocos y los predicadores «itinerantes» como Etienne de Bourbon. Esas supersticiones perduraron, junto a la convicción de que en los aires también habitaban, junto a otros muchos demonios, fantasmas, que eran las almas de los muertos condenadas a vagar cerca del mundo de los vivos a causa de sus muchos pecados. Y que sobre la superficie de la tierra vagaban por las noches hombres lobo, y otras criaturas endemoniadas con formas de animales, donde encarnaban almas de muertos o espíritus demoníacos.

A su hora, que llegó en la segunda mitad del siglo XV, esas y otras creencias tomadas de antiguas tradiciones confluyeron con la misoginia imperante en la síntesis de la novela fantástica que se llamó brujería, y también magia satánica, nigromancia o magia negra.

Entre todas esas viejas del partido satánico, destacaban las comadronas, a muchas de las cuales las consejas —y también el *Martillo de las brujas*—^[89] atribuyen la costumbre de consagrar los recién nacidos a los demonios, es decir, al Diablo, elevándolos sobre los fuegos de las chimeneas.

A esas brujas de la novela demonológica se oponen las reales, las que Julio Caro Baroja analiza en su libro *Las brujas y su mundo*,^[90] que nada tienen que ver con el culto satánico que imaginaron los demonólogos. Las reales, tanto del País Vasco como del resto de Europa, también solían ejercer oficio de comadronas y curanderas en pequeñas comunidades rurales. Desde tiempos inmemoriales se reprochaba al gremio dedicarse a la contracepción, a los abortos. Y no eran los únicos reproches que se hacía al colectivo de las parteras; también se las tenía por remiendavirgos y expertas en preparar filtros de amor. De ahí que un buen porcentaje de comadronas acabara en las cárceles y en las hogueras cuando llegó la hora de la caza de brujas.

Hay abundantes huellas de esa recalificación profesional de las comadronas en la literatura del Siglo de Oro. Así, acerca de la madre de don Pablos, El Buscón, que era bruja, escribe Francisco de Quevedo: «Hubo fama de que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos [...] y lo menos que hacía era sobrevirgos y contrahacer doncellas».

El Diablo del período es una criatura de infinitas máscaras, puede imitar a cualquier ser humano, duque o pordiosero, gran señora, santa o prostituta. Puede hacerse pasar por una presencia angélica o simular que es una aparición de la Virgen María. Es dueño de todos los artificios, y siempre somete a prueba a los hombres virtuosos, a quienes tienta a golpes de astucia y fantasía. Es un gran simulador y un genio del disfraz, que emplea para seducir, ¡como las mujeres! Sin embargo, es incapaz de hacer auténticos milagros, sólo hace maravillas. Por ejemplo, es capaz de traer a Europa un plato de comida desde el Lejano Oriente en apenas unos segundos; pero en cambio no puede crear la comida a partir de la nada, ni siquiera un bol de arroz blanco.

Uno de los rasgos más notables del Diablo que proponen los demonólogos es su enorme poder de ilusión. Pero resulta imposible descubrir en los textos de qué medios se vale para forjar tales apariencias o ilusiones.

«Lo propio del Diablo —escribe Thomas Erastus—^[91] es plantar ilusiones ante los sentidos de los hombres, engañarlos con invenciones y en lugar de las propias cosas verdaderas, ofrecerles semejanzas e ilusiones vanas.»

Todos los demonólogos del período comparten esa idea acerca de Satán.

El Diablo con máscara de juez

Lo que diferencia a la brujería de la magia y de la hechicería es que en la primera —según pretendían los jueces y demonólogos— se rinde culto al Diablo, y existe un pacto o convenio entre la bruja o brujo y aquél, que los obliga a la sumisión y veneración a cambio de los poderes o la protección que les otorgará. En otras palabras, la brujería comporta apostasía, practicarla implica haber renunciado a la Iglesia de Cristo para comulgar con la del Diablo.

Por otra parte, para la lengua popular, la brujería tiene intención maligna, busca el prejuicio (muerte, pobreza, enfermedad, impotencia, esterilidad, etc.) de alguien.

La hechicería es ajena a esos manejos religiosos herejes, sólo persigue la cura, la obtención de la buena suerte, etc. En cuanto a la diferencia entre la brujería y la magia negra, radica en la sola existencia del pacto de sumisión al Diablo. Mientras el brujo es un esclavo de aquél, el mago negro pretende saber controlar al Diablo ya los demonios que conjura o invoca.

Por otra parte, la brujería suele ser una actividad practicada por las mujeres, y la magia estar reservada a los hombres. Aquélla reposa en el uso de pócimas, drogas, hierbas, mientras que en la magia predominan la información culta, los libros, las especulaciones intelectuales.

Mientras que la magia persigue el conocimiento, o al menos descubrir técnicas o métodos para influir o dominar la naturaleza, quienes practican la brujería persiguen el triunfo del mal contra los seres humanos: la política del Diablo.

La antropóloga inglesa Margaret Murray^[92] explica los orígenes de la brujería postulando la existencia en Europa occidental de un antiguo culto de la fertilidad anterior al cristianismo, que se originó en la sociedad paleolítica de cazadores. Se trataba de un dios cornudo, sostiene la antropóloga, a quien se rendía culto mediante el sabbat o aquelarre. Con el tiempo, dicho dios se confundió con Jano bifronte.

Un discípulo de Murray, Michael Harrison,^[93] imagina el proceso de evolución de tales creencias a través de la magia animista y el chamanismo, que acabarían en la instauración de un culto fálico, donde un pene tumescente, en total erección, tenía el valor de una revelación de dios, una teogonía. Luego dicho culto confluyó con la adoración del principio femenino en el culto de la fertilidad. y también en la orgía ritual, típica tanto de los cultos de la fertilidad o renovación como de los sabbats que se inventó la novela de la brujería.

Para Margaret Murray, el pensamiento mágico del pasado no podía discernir entre el mundo sensible y el mundo invisible u oculto —mezclaba ambos—, ni tampoco entre las leyes causales y

los propios deseos del «mago». En el mundo mágico que concibe Murray hay lugar para las metamorfosis más inverosímiles o inconcebibles para la conciencia actual, es un cosmos que se asemeja en todo al de los cuentos de hadas.

El iluminismo del siglo XVIII pretendió eliminar la magia de manera radical con el triunfo del racionalismo y el desarrollo de las nuevas ciencias, pero la masonería la resucitó y el romanticismo la reanimó con una alta dosis de esteticismo.

A diferencia de las brujas y los brujos, casi siempre de baja condición social, pertenecientes al vulgo, los magos resultaban ser a veces nobles de buena formación cultural, que frecuentaban las cortes y tertulias de los poderosos. Y entre ellos no han faltado algunos papas a quienes sus contemporáneos acusaron de practicar la magia satánica, como Silvestre 11 (999-1003), al que se atribuyó haberse formado como brujo en Sevilla y, más tarde, la fabricación de un autómatas capaz de responder a las preguntas más complicadas. Quiere la tradición que el Diablo en persona se ocupara de su elección para el trono de San Pedro. Benedicto IX (1033-1045), que fue elegido a los catorce años, sólo pudo iniciarse como mago cuando ya llevaba la tiara. Se pretendía en su tiempo que usaba la ayuda del Diablo y algunos otros demonios para seducir a mujeres y organizar escandalosas orgías. Gregorio VII (1073-1085), reformador de la Iglesia, a pesar de las acusaciones que lo presentaban como brujo avezado, ascendió a los altares. Juan XXI (1276-1277), simoníaco e incestuoso, murió a causa de un muro que se derrumbó encima de él en el preciso momento en que pasaba por allí, un incidente que se atribuyó a la acción directa y personal del Diablo.

Alberto Magno (1206-1280) reunió en su persona dos condiciones que parecen excluyentes: mago y dominico, doctor de la Iglesia, maestro de santo Tomás de Aquino, y también, a su hora, acusado de practicar la brujería e incluso de contar con un autómatas —como el papa Silvestre— que respondía a las preguntas por medio de un lenguaje simbólico y que emitía oráculos como una sibila. Una leyenda posterior le adjudicó la composición de dos grimorios que se editan constantemente en todas las lenguas europeas y se titulan *Los Admirables secretos de Alberto el Grande* o Alberto Magno, y *El Pequeño Alberto*. Pero ambos textos son apócrifos y bastante recientes, se remontan apenas al siglo XVIII, y adolecen de tal ingenuidad que su atribución a san Alberto Magno resulta una especie de injuria intelectual. A ratos, el grimorio de marras se asemeja a un manual de bricolaje:

Para soldar el hierro: Limad los cabos hasta que ajusten a la perfección, ponedlos en el fuego y calentadlos al rojo, echad sobre ellos cristal de Venecia pulverizado y la soldadura quedará hecha.

No obstante, una y otra vez se cuele la magia, pero en forma de invención literaria:

De los jorobados: Los jorobados son prudentes, espirituales, de poca memoria, falaces y medio ruines. Los jorobados de pecho y espalda son de poca palabra y más petulantes que sabios.^[94]

La contundencia de esta etiología de los gibados tiene toda la gracia de la literatura barroca; y de

ninguna manera habría podido escribirse en el siglo XIII. Se trata del trabajo de un estudiante de humanidades nacido quinientos años después de Alberto Magno, en el siglo XVIII, imbuido de un fino sentido del humor literario. ¿A cuántos jorobados tuvo que observar para escribir ese perfil psicológico con visos de realidad?

Dos siglos después de Alberto Magno, si sobre un jorobado, o peor aún, sobre una jorobada, pesaba una leve sospecha de brujería y no contaba con ninguna protección como la riqueza o la sangre, difícilmente podía salvarse de morir en la hoguera.

El encarnizado juez demonólogo de Borgoña, Henry Boguet, en las «Instrucciones» que se incluyen como apéndice de su *Memorial execrable de los brujos*, dice que «la mala apariencia de una persona constituye un índice suficiente como para someterla a interrogatorio [y en consecuencia a tormento, torturas sistemáticas]». Nicolas Remi, gran cazador de brujas de Lorena, escribió que todas las anormalidades indican la presencia del Diablo: fealdad, malos olores, deformidades físicas... También la cojera, el estrabismo y la expresión estupefacta en la mirada se consideraron indicios firmes de satanismo militante. y naturalmente el haber dado a luz un niño monstruoso era signo de tener como padre a un demonio.

En los textos de demonólogos más célebres, Delrío, Jean Bodin, Henry Boguet, Pierre De Lancre, hay una veta sádica, diabólica, en el primer plano de la escritura, que el lector capta como entusiasmo por conducir nuevos contingentes de «brujas» a la hoguera. Muchas personas acabaron en la hoguera sólo por ser muy feas, pobres o contrahechas y no haberse ganado —o sabido mantener— la simpatía de sus vecinos.

Por otro lado, la actividad de los delatores fue estimulada con pagas y recompensas. En 1644 un pastor de Borgoña que se tenía por experto en el reconocimiento de los agentes del Diablo con sólo mirarles la pupila envió a numerosas personas a la cárcel, muchas de las cuales, tras ser juzgadas acabaron en la hoguera. Veinticinco años más tarde, un emulo suyo de otra región francesa, un joven que se declaró aprendiz de brujo arrepentido y asistente a los sabbats, se puso a disposición de la justicia de Béarn, para desenmascarar y conducir ante los tribunales a la gente dedicada a la brujería en la región. El delator aseguraba que los sectarios diabólicos llevaban en la cara la marca del Diablo. Al frente de un grupo de hombres armados que representaban a la justicia, y de pueblo en pueblo, ese «detector de brujos» señaló a más de seis mil presuntos culpables de pertenecer a la satánica de los nigromantes. La creencia generalizada en el mito de la brujería diabólica, tanto entre los representantes de los poderes públicos como en la sociedad, permitió que la justicia secular tomara muy pronto el relevo del Santo Oficio y se hiciera cargo de la investigación, el enjuiciamiento y al encendido de las hogueras.

La brujería, por desgracia, fue algo mucho peor que una novela injusta con las comadronas pobres y envejecidas, porque la invención fantástica sirvió para crear la apariencia de un problema de seguridad y acción de justicia, es decir, para procurar una coartada a la muerte en la hoguera de

cientos de miles de personas.

Los cálculos más optimistas cifran en 200.000 las personas condenadas por brujería en Europa occidental, y calculan que entre mediados del siglo XV y comienzos del XVIII murieron en la hoguera, ^[95] 160.000 mujeres y 40.000 hombres. Los más pesimistas triplican el número. ^[96]

En efecto, cuatro de cada cinco personas enjuiciadas por brujería eran mujeres. y buena parte de los delitos que se les imputaban estaban relacionados con el sexo, de ahí que muchos antropólogos e historiadores consideren que el conflicto de género y la obsesión —¿diabólica?— en torno al sexo tuvieron mucho que ver con la novela fantástica de la brujería. Dichas teorías resultan más que convincentes cuando se leen las estupideces misóginas escritas por Sprenger y Kramer en el *Malleus Maleficarum* acerca de las mujeres en general ^[97] y sobre todo cuando se recuerda que durante un tiempo se negó que tuvieran alma, y que aún en la actualidad se les veda el ejercicio del sacerdocio en la Iglesia católica y otras religiones monoteístas.

Sin más pruebas que el testimonio de una niña de ocho años que relata al juez demonólogo Henry Boguet una historia inverosímil, éste envía a la hoguera a una pobre mujer, Francoise Secretain, que confiesa, según escribe el demonólogo, haber mantenido relaciones sexuales con el Diablo cuatro o cinco veces «tanto en forma de perro, como de gato y gallina, y que su semen era muy frío». A Henry Boguet la cópula entre una mujer mayor y un gato, e incluso una gallina, ni siquiera le llamó bastante la atención como para asombrarse y dudar. Las confesiones de culpabilidad siempre se daban por buenas. En verdad, los testimonios registrados en los libros de los demonólogos cazabrujas dan cuenta no sólo de la tontería, ingenuidad, simpleza, debilidad mental o locura de muchos de los sospechosos y condenados, sino también de la imbecilidad de los jueces demonólogos, los oficiales de justicia, los testigos, los clérigos y párrocos, el pueblo llano. Y de la perversión de la maquinaria judicial que les otorga licencia para matar, complaciente con la farsa, y prestándose a una vasta matanza de chivos expiatorios, que adquirió en algunos momentos proporciones de genocidio.

Cuando el Diablo se puso la máscara de los demonólogos renacentistas, sobre todo usó de las perversiones dramáticas judiciales. Así, las «Instrucciones» procesales que escribió Henry Boguet establecen en tres de sus artículos: «El hijo es admitido a testificar contra su padre», «Los testigos cuestionables deben ser oídos igual que los demás» y «También debe oírse a los niños».

Boguet —y como él la mayor parte de sus colegas— hizo atormentar y condenó a la hoguera a numerosas personas inocentes, en virtud de las declaraciones realizadas por niños, a veces hijos o nietos de las supuestas brujas o brujos.

De ahí que por contraste, la emergencia de un inquisidor como el español Alonso Salazar y Frías parezca una especie de milagro. Dicho clérigo y letrado del Santo Oficio, tras realizar una prolija investigación en el País Vasco en 1611, a raíz de unos juicios que condujeron a la hoguera a seis mujeres en un auto de fe realizado en Logroño por la Santa Inquisición, pudo concluir que en la

desgraciada historia no hubo ni brujería ni brujos, y que la Santa Inquisición no había hecho otra cosa que quemar vivas a seis mujeres inocentes, por prestar atención o tener por verdaderas las historias inventadas por unos cuantos niños y las confesiones de unas sospechosas, aterradas, enloquecidas por el miedo a morir en la hoguera; y oír testimonios delirantes, incongruentes, estúpidos o mendaces, por no advertir las contradicciones, por creer en habladurías y cuentos de simples e ignaros. Ese inquisidor dio lugar a otro mito, el del racionalismo español, que consiste en postular, poco más o menos: «A diferencia de los europeos del norte, los españoles no se creyeron la novela fantástica de la brujería y la conspiración del Diablo».

La «incredulidad» ibérica

Es verdad que la novela fantástica de la conspiración de las brujas diabólicas se escribió sobre todo en Alemania, Francia e Inglaterra. Allí los demonólogos inventaron la brujería de la Edad Moderna escribiendo cada cual su demonomanía, o «brujomanía», que venía a corregir, ampliar y enriquecer el mundo fantástico esbozado en la bula papal *Summis desiderantes affectibus* de Inocencio VIII, y establecido por *El martillo de las brujas*.

En la centuria anterior, en 1390, el Parlamento de París había decidido transferir los crímenes de herejía y brujería a los tribunales laicos, entre otros motivos, porque la justicia religiosa era demasiado blanda.

Como si tanta credulidad no fuera suficiente, los alemanes, franceses e ingleses creían no sólo en la existencia de las brujas, sino en los viajes de éstas montadas en escobas. En particular, los católicos eran los mayores convencidos. Por ejemplo, el demonólogo de ascendencia española, destacado en Flandes, Martín Delrío, tenía la convicción de que las brujas iban a los sabbats volando en sus escobas. A él se deben dos libros fundamentales del género de fantasía diabólica que se conoce como demonología. Pero además hubo un Henry Boguet, responsable de la muerte en la hoguera de cientos de mujeres, que escribió fragmentos memorables como éste:

Sobre los ungüentos y untos de los brujos: Los brujos tienen ungüentos y untos que preparan ellos mismos, a menos que no los tengan ya de Satanás. Los hay de muchas clases. Esa gente se frota con los ungüentos cuando van al sabbat o bien cuando se transforman en lobo. Pero yo no creo que puedan servir en tal caso para otra cosa que para embotar y luego dormir los sentidos del brujo, para que Satán disfrute de ellos con mayor comodidad.^[98]

En la península Ibérica no hubo caza de brujas. Aunque la sociedad también creyera en la

brujería, el Estado y la Iglesia de los reinos de España y Portugal no llegaron a sentirse amenazados por ella. La Inquisición se dedicó a perseguir herejes (islamizantes, judaizantes, luego protestantes luteranos y calvinistas) pero no tanto la brujería. Aunque los adivinos y todos aquellos que acudían a sus consultas fueron declarados herejes ya por el Consejo Episcopal de 1370, la única obra acerca de la brujería que se publicó en el siglo XVI convenció al clero de que se trataba de un delito propio de los tribunales civiles, como el robo de gallinas o cerdos.

De todas maneras, la supuesta actividad de grupos organizados que asistían a los sabbats locales y realizaban sortilegios y misas negras produjo dos importantes crisis con sus respectivos ecos judiciales, una en Navarra y otra en Vizcaya.

A pesar de que en los países del norte de Europa la represión estuvo a cargo de la justicia seglar, en España y en Portugal fue la Santa Inquisición lo que terminaría haciéndose cargo de las instrucciones sumariales y los juicios en las causas de brujería —del todo asimilada a la herejía—, que fueron escasas. A principios del siglo XVII, en el País Vasco español se produjo un «brote de brujería» que dio lugar a una serie de sucesos al fin reveladores y positivos, pero que supusieron un alto coste en vidas humanas.

El inquisidor que defendió a las brujas

La predicación de los franciscanos y de los dominicos en el País Vasco durante el siglo XVI había contribuido a que creciera el temor a la brujería en la región. Entre los años 1610 y 1614 se produjo el pánico.

En el pueblo navarro de Zugarramurdi, próximo a la localidad de Labourd, coto de caza de los implacables demonólogos Pierre De Lancre y Jean d'Espagnet, se encontraba el epicentro de la agitación y de los temores.

El inquisidor Juan del Valle Albarado, del tribunal de Logroño, acudió a investigar el pueblo de Zugarramurdi y otras localidades de la región, y después de varios meses de indagaciones llegó a reunir testimonios y denuncias que aseguraban que unas trescientas personas de la localidad, sin contar a los niños, habían incurrido en delito de brujería.

Del Valle Albarado eligió a cuarenta de entre ellas, a las personas que parecían más culpables, que fueron encarceladas y luego conducidas a Logroño, donde iba a celebrarse el juicio.

La Inquisición acusó a todos los detenidos de tener al Diablo por Dios y de celebrar misas negras. También se les imputaba metamorfosearse en animales, provocar tormentas marinas en el Cantábrico para provocar el naufragio de los barcos en tránsito, realizar sortilegios para dañar los cultivos, el ganado, las tierras y a los pobladores de la región. y también se les culpaba de la cometer actos de vampirismo, canibalismo y nigromancia.

Los días 7 y 8 de noviembre de 1610 se dictó sentencia. Dieciocho personas fueron absueltas, y once enviadas a la hoguera. Pero cinco de éstas ya habían muerto durante la instrucción del sumario —junto con otras declaradas inocentes—, a la hora de los interrogatorios Y tormentos. Además de las condenadas a la pena capital, a otras personas se les confiscaron los bienes y se las encarceló de por vida, o de manera temporal.

El obispo de Pamplona había intentado impedir que interviniese la Santa Inquisición, pero no tuvo éxito en sus gestiones. El auto de fe se realizó en Logroño.

Sólo a posteriori el Santo Oficio encomendó al inquisidor Alonso Salazar y Frías que investigara las circunstancias de la actividad de los brujos en el lugar donde supuestamente se habían cometido los delitos. Las indagaciones de los hechos y los interrogatorios de inculpados y testigos ocuparon ocho meses al inquisidor e inspector de justicia.

Al principio, Salazar y Frías intentó establecer el lugar exacto donde se celebraban los aquelarres, que constituían la principal causa de agitación del pueblo: no lo consiguió. Las declaraciones de las «brujas» que confesaron su culpabilidad y que fueron a la hoguera por dicha causa no coincidían. Pero muchas otras brujas y brujos seguían vivos y sobre éstos volvió el hombre del Santo Oficio una y otra vez, en busca del sitio donde se celebraban los sabbats, pero resultaba imposible determinarlo.

Por otra parte, un buen número de «brujas» se jactaban de haber mantenido relaciones sexuales con el Diablo y se complacían en la descripción de su órgano viril. Alonso Salazar, que no estaba dispuesto a creer en nada sin pruebas que lo corroborasen, hizo someter a examen médico a todas ellas. Se comprobó que un buen número de «amantes del Diablo», de entre las más locuaces, todavía eran vírgenes.

Después de interrogar a 1.802 personas, vecinas del pueblo de Zugarramurdi, el inquisidor Alonso Salazar y Frías escribió un informe de cinco mil folios que era como un mazazo en la autocomplacencia de la Santa Inquisición, después de analizar las pruebas acerca de la supuesta práctica de la brujería en dicha localidad, y a pesar de que los hechos ya constituían «cosa juzgada» que se había saldado con seis condenas a muerte en la hoguera: seis mujeres de carne y hueso fueron quemadas vivas, y otras cinco en imagen —por ausentes o muertas durante la investigación— en un auto de fe en la plaza mayor de Logroño. De todas maneras el inquisidor defendió su conclusión: no había pruebas de la comisión de los delitos ni de culpabilidad alguna que justificara las condenas y

ejecuciones. Acaba el informe con el consejo de no seguir investigando para no aumentar la conmoción social a causa de la injusticia fundamental que comportaron esas actuaciones: allí no había brujas, ni embrujados, ni Diablo.

Fue un duro mentís a la novela fantástica de la brujería que estaban viviendo los países del norte (Suiza, Alemania, Polonia, Francia, Holanda, Inglaterra, Escandinavia), y padeciendo las viejas pobres, las curanderas, los cojos mal entrazados y las comadres deslenguadas del vulgo, de la gleba.

Con una claridad intelectual tanto más admirable en un hombre de su oficio, el inquisidor observa que los niños zugarramurdianos estaban muy presionados por sus padres, por los sacerdotes y por el vecindario en general, que se empeñaban en protegerlos de las acechanzas de las brujas locales, que intentaban seducirlos.

¿Qué hacían las brujas con los niños? Pues iniciarlos en la devoción al Diablo. La técnica que usaban los padres para impedir que los chavales asistieran a los aquelarres era tenerlos toda la noche en vela, no dejar que se durmiesen. ¡Porque las brujas los habrían arrastrado al sabbat durante el sueño! Los zurragamurdianos no diabolizantes eran listos: puesto que la seducción diabólica se consumaba durante el sueño, no los dejaban dormir.

Durante el día, los niños, borrachos de cansancio, se entregaban a ensoñaciones brujas mucho mayores. Inventaban, al mismo tiempo que contaban, descomunales historias que extendieron aún más la paranoia de sus padres, contra tal y cual bruja vecina. A pesar de ello, las brujas seguían arrebatando niños durante el sueño. Yeso era en verdad terrible, el colmo de la angustia, porque el niño aparentemente estaba en su cama durmiendo, pero ellos sabían que eso que parecía dormir y que tanto se parecía a sus hijos no eran más que ilusiones diabólicas; que no eran niños que dormían, sino simulacros del infierno inventados por Satanás: el niño auténtico estaba en cuerpo y alma en el aquelarre, porque se lo había llevado la mala bruja vecina con la ayuda del Diablo.

El cuento del vuelo al sabbat durante la noche, que relataban los más pequeños, lo creían los mayores, entre ellos sus propios padres, de pe a pa.

Los adultos intentaban impedir que los chicos repitieran la endemoniada juega, que podía costarles acabar en la hoguera. Por eso una tarde, los padres de unos treinta o cuarenta niños de Zugarramurdi decidieron encerrar a los niños en la rectoría, por ser un sitio con prestigio santo. Pero igualmente las brujas esa noche se llevaron consigo a unos cuantos pequeños durmientes.

Cuando llegó el primer inquisidor Valle Albarado, los niños —encantados con el éxito de la historia de los vuelos a los aquelarres— se pusieron a nombrar a las brujas del pueblo ante él, presionados por sus padres, por el cura, por los vecinos y por los inquisidores a que lo hicieran.

Salazar y Frías se dará cuenta de que los niños de Zugarramurdi, que tuvieron una importancia crucial como testigos de cargo en las sentencias condenatorias, se sentían presionados a inventar las

historias que sus padres, vecinos, y al fin los jueces de la Inquisición esperaban oírles contar.

En el libro *El abogado de las brujas*,^[99] Gustav Henningsen realiza una excelente reconstrucción del montaje dramático que condujo en primer lugar a las investigaciones, juicios y auto de fe de los brujos de Zugarramurdi. y luego, del proceso de investigación y análisis de los datos que conduciría al inquisidor Salazar y Frías a descreer absolutamente la existencia de delito alguno de brujería en aquellos lamentables sucesos.

¿De dónde habían sacado esos cuentos unos niños de más o menos nueve años? Los habían creado a partir de lo que oyeron a sus padres, hermanos mayores, sacerdotes, abuelos; tenían de sobra para fabular a su vez.

¿Qué niño podía ignorar que las brujas volaban al sabbat durante el sueño cuando en Labourd, muy cerca de allí, al otro lado de la frontera con Francia, quemaban a brujas por docenas?

Ellos ponían en marcha la imaginación fantástica: ¿a qué niño no le ha dado por volar en sueños, duermevela o vigilia? Contaban una historia a sus padres, éstos se enganchaban, pedían más y el niño seguía inventado, conservando una cierta unidad de estilo.

Esos niños fueron creadores de literatura fantástica del País Vasco y Navarra. Y el inquisidor Salazar y Frías, el primero que las puso por escrito, fue el editor. Lo lamentable es que se hubiese dado muerte a seis mujeres inocentes en la hoguera en el auto de fe de Logroño en 1610, y que muchas otras hubieran fallecido durante los interrogatorios y tormentos. Era nada menos que eso 10 que había costado el juego de rol de los niños de Zugarramurdi.

Uno de los inquisidores crédulos, es decir, un juez que condenó a la hoguera a esas inocentes, Valle Albarado, escribe en un oficio enviado a la Santa Inquisición: «Estamos seguros de que viéndose nuestros papeles con la atención y consideración que aquellos señores acostumbran comprobará con grande claridad y evidencia, por fundamentos certísimos e infalibles la verdad de esta secta, que van real y verdaderamente y se hallan corporalmente en las juntas;^[100] creen firmemente que aquel demonio es Dios».

Y no obstante, justamente considerando los méritos de esas mismas personas y estudiando los mismos hechos a los que alude Valle Albarado, Salazar y Frías resolverá —demasiado tarde, por desgracia— que de brujería en Zugarramurdi, ¡nada de nada!

Si en Borgoña el sádico juez Henry Boguet había usado en 1598 el testimonio de una niña de ocho años para hacer confesar a una mujer de cincuenta y ocho años que había fornicado con el Diablo, en forma de perro, de gato y de gallina —inesperada unión bestial: ¡mujer mayor y gallina! —; si Henry Boguet había quemado a Francoise Secretain con entusiasmo de sádico piromaníaco, el inquisidor Salazar y Frías, en cambio, descubrió a raíz de un juego de niños cuán espesa era la inteligencia de los adultos que había enviado a la hoguera a un grupo de inocentes mujeres a las que,

a causa de los cuentos infantiles y de sus propias supersticiones y creencias, imaginaron «brujas».

Observa Julio Caro Baroja^[101] que para los vascos la brujería era una actividad de la familia que se transmitía de una generación a la siguiente como si fuese una herencia, y que se trataba siempre de un asunto femenino, que no concernía en absoluto al culto o la veneración del Diablo.

Los demonólogos franceses también creían que se trataba de una actividad y condición hereditaria. Pierre De Lancre explica en uno de sus libros que el alto número de sacerdotes brujos que desenmascaró y condenó en una de sus terribles campañas en el País Vasco francés, en 1608, habían heredado tal condición de sus mayores, ya que todos ellos procedían de clanes familiares entregados a la brujería.

En Escocia se daba por verdad probada que las madres brujas transmitían su vocación y conocimientos al menos a una de sus hijas.

En cambio en Alemania, Francia o Inglaterra, los jueces laicos, la justicia secular, hizo que se borrarán del mapa muchas localidades porque sus pobladores acababan quemados en la hoguera por brujos. Nadie podía considerarse a salvo de ser acusado de brujería y quemado por ello en ciertos períodos críticos (brotos de peste, guerra, etc.). Un juez de Sajonia, protestante, llamado Benedict Carpzov —el nombre de pila parece un sarcasmo del Diablo—, que es autor de un tratado de demonología práctica donde enseña a otros jueces a no confundirse a la hora de descubrir agentes satánicos, firmó él solito veinte mil sentencias de muerte por brujería.

En Lorena otro juez, autor de un bestseller sobre brujería (*Daemonologia libri tres*, Lyon, 1595), que son sus memorias personales cazando brujas, un monstruo de crueldad que creía con absoluta firmeza en la existencia de éstas, envió a novecientas personas a la hoguera en diez años. Convencido de ser una especie de santo en cuyas manos estaba salvar a la humanidad de la conspiración del Diablo y sus secuaces, se sentía un guerrero de la luz.

Henry Boguet, que envió a la hoguera a una pobre mujer basándose en el testimonio de una niña de ocho años que la acusaba de un crimen absurdo: haberle metido cinco demonios en el cuerpo dándole de comer un trozo de pan, escribe que a su juicio en Francia debía de haber tantas brujas y brujos como soldados tenía la armada de Jerjes. Él estaba orgulloso por haber enviado a morir en las llamas a seiscientas personas condenadas por brujas.

En Inglaterra, entre 1567 y 1673 se quemaron en la hoguera a unas doscientas mil personas acusadas de brujería, calcula un demonólogo escocés. ¿Quiénes eran en realidad esas personas? La mayor parte de ellas, mujeres viejas marginadas, pobres, que casi siempre vivían en soledad, se dedicaban a trabajar como comadronas, curadoras, o eran campesinas sin más. Representaban casi siempre una contracultura no integrada en la dominante en la metrópoli, que el clero veía con malos ojos. Del mismo modo la Iglesia de España despreciaba a las curanderas e intentó erradicarlas con

diversas campañas, las más viejas de las cuales se remontan al período de la dominación goda, anterior a las invasiones musulmanas.

Las curanderas de los pueblos, por ejemplo, que eran depositarias de un saber ancestral relativo a las propiedades medicinales de las plantas, hierbas, productos animales, sustancias minerales, a la obtención de drogas naturales, al ejercicio de una medicina lega, popular, a la práctica de la anticoncepción, a los partos, a los abortos, incluso, que tanto podía depararles simpatías como enemistades, según los resultados que consiguieran en sus tratamientos terapéuticos, solían caer entre las primeras cuando en la región se declaraba una fulminante plaga de brujería.

En algunas regiones del norte de Europa, cuando estallaban los ataques de miedo público a la brujería, a consecuencia de una epidemia de peste, una plaga agrícola o cualquier otro desastre de aquellos que solían atribuirse a maleficios y sortilegios satánicos, los curanderos, magos y encantadores eran detenidos sin más, directamente.

También quienes practicaban esos oficios se contaban entre las víctimas de las novela fantástica de la brujería, junto a marginados, personas casi siempre mayores de cincuenta años, débiles mentales, enfermas, malnutridas, sirvieron como chivos expiatorios. Debieron cargar si no con todos los males de la comunidad, sí al menos con los aleatorios: malos rayos que reducían a un vecino a cenizas, la muerte de otro por caerse de un tejado, el naufragio de una barca pesquera en el Rin, el Támesis o el Sena, la emergencia de una plaga de ratones o langostas; incendios, pestes, ataques de impotencia de los vecinos...

Jean Bodin, auténtico genocida de brujas y autor demonólogo, recomendaba dejar de lado todo formalismo procesal y enviar a los sospechosos a la hoguera sin perder más tiempo, y sin otra base probatoria que un simple rumor popular «que suele ser infalible»; ese juez, con apenas un cotilleo como prueba de cargo, acusaba a las brujas de todos los maleficios y sortilegios del momento: renegar de Dios, blasfemar, maldecir, homenajear al Diablo, ofrecerle sacrificios, consagrar los hijos a Satán, Príapo o Moloch, sacrificarlos, poner a la gente al servicio del Diablo, practicar el incesto, asesinar, preparar caldo, guisos y otros platos y pociones con carne de niños no bautizados, comer carne humana más vieja, beber sangre como si fuese vino, provocar tormentas marinas y terrestres, desenterrar cadáveres, robar a los ahorcados, liquidar a la gente con venenos y sortilegios, matar el ganado, arruinar sembrados y cosechas, provocar la esterilidad en las personas y las ganaderías, copular con el Diablo.

Esto último parece que era uno de los trances más duros, porque según resulta de la lectura de las actuaciones, numerosas brujas que habían copulado con el Diablo en el sabbat se quejaban de lo grande que era el pene del diablo. ¡Cincuenta y nueve centímetros! Decían algunas que lo habían medido contando jemes.^[102] ¡Y con escamas que se plegaban en la penetración, pero se dilataban cuando el miembro realizaba el movimiento de retroceso, se convertía en una tortura, siendo como son las escamas de hueso!

En suma, lo del sexo con el Diablo era antes tortura que placer para buena parte de las brujas. Aunque hubo otras que declararon disfrutar del sexo con el demonio sobremanera, hasta el punto de haberse alejado a partir de entonces de los amantes humanos por encontrarlos insulsos.

Johannes Wierius, el demonólogo protestante que nunca creyó en el vuelo de las brujas a los sabbats, en cambio sostenía que era cosa probada la habilidad de los nigromantes para reanimar a los muertos, a los que sacaban de la tumba y ponían a su servicio como esclavos, igual que si fuesen prisioneros de guerra o inmigrantes sin papeles. Muchas veces los íncubos o súcubos —sostiene Wierius— se introducen en el cuerpo de una muerta o muerto reciente, al cual reaniman como seductora o seductor. Los zombis que emplean los practicantes del vudú afroamericano de Haití constituyen sólo una variante regional de una antigua práctica nigromántica —o subgénero fantástico— que se remonta a la civilización caldeo-babilónica.

Pero tanto el escepticismo o realismo a ultranza como la credulidad fantasiosa de Johannes Wierius aparecen subordinados a su sentido del humor y el empleo de la ironía y el sarcasmo. En el transcurso de una *disputatio* —controversia doctrinaria—, sostuvo por ejemplo que el papa Benedicto IX —quien había muerto en el bosque degollado por un demonio, de acuerdo con los rumores había regresado al mundo «encarnado en una criatura espantosa, sobre todo por su aspecto: con el cuerpo y la fiereza de un oso pardo, y la cabeza de un asno». Cuando uno de los asistentes a la discusión le preguntó el porqué de semejante encarnadura y combinación, el teólogo protestante respondió que se trataba de una apariencia fiel a la verdad, que sólo mostraba lo que fuera realmente dicho papa mientras estuvo vivo.

También creía el demonólogo Johannes Wierius en la facultad de ciertos magos para conseguir visiones de rostros, escenas y objetos a distancia, o sea, televisión —en el siglo XVI—, pero sin monitor ni circuitos, sin aparato alguno, audiovisuales psíquicos; además, para envenenar a la gente por medios insidiosos como son las larvas, entes demoníacos que los practicantes de brujería serían capaces de conducir a distancia con la misma facilidad con que hoy un operador de ordenador importa o exporta información, o un *hacker* cuele un virus en la Red.

-Capítulo 12

LA ENTRONIZACIÓN DEL DIABLO

Hasta que comenzó el siglo XII el Diablo, Satán, Satanás, aunque fuese maligno, no se había considerado una amenaza urgente para Dios y para los cristianos. Pero a partir de entonces la Iglesia de Roma y sobre todo las órdenes de predicadores comenzaron a hablar del Diablo y de su corte demoníaca como nunca se había hecho hasta entonces, y éste adquirió en la imaginación popular una importancia inusitada.

Puesto que el catolicismo, según predicaban sus párrocos y monjes, era una suerte de ejército que defendía a Dios y presentaba combate al Diablo, muy pronto éste se convirtió en una especie de líder de la oposición política e ideológica a la Iglesia de Roma o al sistema social establecido que se identificaba con ella.

En la creación de las brujas y brujos diabólicos confluyeron tanto las tradiciones relativas a la magia como la concepción cristiana de la doctrina herética. Como se recordará, el siglo XIII fue el de la represión y exterminio de los albigenses, cuyo remate fueron las hogueras masivas tras la toma de Montsegur por los católicos. A la hora de presentar a dichos enemigos ante la opinión pública, la Iglesia de Roma sobre todo insistía en afirmar que adoraban al Diablo, algo que tanto los sacerdotes como las personas informadas sabían que no era verdad.

En 1215, el concilio de Letrán pidió a todos los monarcas cristianos que aplicasen la pena de muerte a los herejes en los territorios de sus soberanías. Poco después, en 1231, el papa Gregorio IX y el emperador romano-germánico Federico II convinieron en que el primero nombraría una comisión de inquisidores con la misión de descubrir y aniquilar a los sectarios heréticos del Sacro Imperio.

A pesar de la oposición de algunas diócesis y de las expresiones de descontento de algunos príncipes, el papa Inocencio IV fue aún más atrevido, y en 1252 aprobó el empleo de la tortura en las investigaciones, la confiscación de las propiedades de los herejes y la reducción al mínimo de las pruebas necesarias para que éstos fueran condenados.

Roma justificó estas medidas pretendiéndose amenazada no sólo por la acción de los devotos de las doctrinas heterodoxas, sino también por el Diablo, a quien se consideraba inspirador de los heresiarcas y organizador de sus acólitos, los practicantes de la brujería.

Las moniciones eran advertencias o conminaciones realizadas: por el papa, los obispos u otros prelados con autoridad sobre la Iglesia territorial, que obligaban a los fieles a denunciar a las personas que consideraran como sospechosas de formar parte de algún grupo satánico. Apenas oían las moniciones, estaban obligados a la denuncia. Si se negaban, además de quedar excomulgados en

el acto, de manera automática, es decir, sin necesidad de que se, pronunciara la excomunión, ellos mismos pasaban a formar parte del bando satánico, en razón de su complicidad con las brujas y magos negros, y por lo tanto podían ser ellos también juzgados) por ejercicio de la brujería.

Al principio, las moniciones sólo afectaban a las personas, pero más adelante también concernieron a las especies perjudiciales, tanto vegetales como animales insectos, ratones, sanguijuelas, víboras, malas hierbas..., las cuales se consideraban enviadas por Dios como castigo por los pecados cometidos por los campesinos, o bien por el Diablo, a petición de alguna bruja o nigromante, en simple acción de enemistad hacia el género humano, que es lo suyo.

Santo Tomás de Aquino, uno de los teólogos de mayor responsabilidad en la entronización del Diablo, escribe al respecto que sólo hay dos causas que puedan determinar a los animales a una acción de naturaleza prodigiosa, como son las plagas: Dios que puede hacer lo que le plazca según su voluntad y para su gloria, entidades ambas que resultan incognoscibles para los seres humanos; y el Diablo, que con la autorización de Dios emplea a las pequeñas criaturas irracionales, como las orugas, langostas o ratones, para dañar a la humanidad y provocar grandes desastres en el mundo.

Los conjuros no se dirigían a esos animalillos que provocaban los desastres, sino a Dios por parte de un justo o santo, para que castigase a tales ° cuales pecadores mediante una plaga con fe, como es natural, en Dios, que atiende los justos ruegos y oraciones piadosas, o al Diablo por parte de una bruja, para que éste realizara el «trabajo de odio» ^[103] infligiendo el mal a las víctimas del mago negro.

Conjurar a las ratas, ratones o langostas en vez de a Dios o al Diablo se consideraba una «absurda superstición», puesto que las ratas, ratones o langostas no hablan.

Las autoridades inquisitoriales llamaban a los practicantes de la magia negra «miembros de Satán», puesto que el príncipe del mal no contaba con otras manos ni piernas que las que éstos le prestaban.

El siglo XIV fue terrorífico, hubo hambrunas descomunales, epidemias de peste, crisis económica, se produjo el Gran Cisma que dividió a la Iglesia de Occidente, sobrevinieron insurrecciones populares y guerras civiles, crisis de fe... Muchos cristianos creyeron estar frente a los signos que en el Apocalipsis de san Juan anuncian el fin del mundo: cada quince o veinte años veían aparecer una bestia, un anticristo y un falso profeta. Muchos intentaron aplacar la ira de Dios mediante el arrepentimiento y la expiación. Hubo muchos que se marcharon al desierto a vivir como ascetas, y también quienes se flagelaron y se ciñeron cilicio sin moverse de casa.

En el último tercio del siglo XIV la Iglesia de Roma y los demonólogos lo vieron claro: tantas desgracias eran consecuencia de la conspiración del Diablo que se había organizado a escala internacional con los herejes pero ¡también con la secta de los brujos! Ya que, después de todo, el

ejercicio de la brujería era también apostasía, renuncia a la fe cristiana para ponerse al servicio de Satanás. La práctica de la magia negra permitía al príncipe de las tinieblas movilizar agentes en todas las naciones. Era una multinacional del mal, de las primeras; el fermento más oscuro y tenebroso del mundo.

El Diablo dejó de ser el tentador al servicio de Dios en última instancia para metamorfosearse en príncipe del mal, capaz de negociar con los seres humanos a fin de acrecentar su poder. Se había convertido en un mito rebelde, en un símbolo de la rebelión contra los poderes establecidos.

Para no dar pábulo al dualismo o no incurrir en la doctrina herética de los cátaros, la Iglesia de Roma negaba que el Diablo tuviera auténtico poder. Satán no puede obrar milagros predicaban, sólo produce ilusiones, impresiona los sentidos, inventa simulacros.

Pero el catálogo de las ilusiones diabólicas, aunque no pasara de los fingimientos, las apariencias, los simulacros, no podía ser más espectacular: facilitaba el viaje al sabbat a todos sus devotos, por vía aérea, sin que sus cuerpos debieran abandonar sus casas, ni las camas donde parecían estar durmiendo; podía hacerlos inmunes al dolor de las torturas e insensibles a las llamas...

El Diablo y los brujos

La bilocación mágica, que permite al Diablo estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo, e incluso en tres, cuatro o cien, es una facultad o atributo que comparte con los acólitos de su secta, con sus cómplices, los practicantes de la brujería. De ahí que las brujas puedan asistir al Sabbat sin que se enteren sus novios, amantes, maridos, hijos, vecinos, patronos o curas párrocos. Las brujas comulgan con el Diablo en la bilocación, es decir, ellas mismas acostumbran a estar en dos sitios al mismo tiempo.

Un hombre cree estar tranquilamente en su casa bebiendo vino caliente con canela y ante el fuego una noche de invierno, en compañía de su esposa, que teje calcetines de lana, y resulta que ésta no es en verdad su esposa, quien se ha marchado al sabbat, sino una ilusión diabólica, una imagen perfecta que es idéntica a la bruja real, bilocada. Tal vez en ese mismo momento la esposa esté siendo sodomizada por algún demonio con aspecto de sátiro justo cuando su copia ilusoria o simulacro sigue tejiendo calcetines de lana también ilusorios ante el hogar. La bilocación, para la bruja, es casi siempre una doble vida.

Además de ese evidente privilegio de la bilocación, el Diablo concedía a sus agentes humanos, brujas y brujos, tales facilidades para infligir el mal que para el resto de la sociedad no quedaban sino dos posibilidades: convertirse a su vez en brujos, o cerrar filas en torno a la justicia y a los demonólogos para acabar con la secta satánica.

En conventos y monasterios los religiosos luchaban con demonios a diario: tal hombre santo conseguía atrapar a uno de esos representantes del Diablo por la cola y arrojarlo a una letrina, tal místico reprobaba con un oportuno exorcismo al súcubo que debilitaba las energías de un novicio.

A medida que la novela fantástica de la conspiración del Diablo y la gran secta internacional de los brujos fueron adquiriendo forma Satanás no dejaría de realizar enormes prodigios para ayudar a sus acólitos a dañar a los cristianos, ocultar o disimular a sus devotos para evitar que sufrieran la acción de la justicia, e incluso darles placer sexual. Aunque esto último no era tan frecuente, a causa del carácter inhumano de la genitalidad diabólica, que, ya fuera por el desmesurado tamaño del miembro viril satánico o bien por la exagerada frialdad de su simulacro carnal y de su semen, producían sobre todo malestar, irritación, dolores e incluso lesiones.

En tal sentido, Jean Bodin incluye en uno de sus libros la historia de un monje de setenta y cinco años que vivía con una súcubo a la que llamaba Hermeline: «Se acostaba con ella, le hablaba, la llevaba por la calle como si fuera su mujer. Sólo él podía verla, por eso lo miraban como a un hombre que hubiera perdido la razón».

Y en efecto, parece dudoso que hubiese vuelto a encontrarla. De todas maneras la Inquisición lo quemó vivo, porque el anciano admitió no decir las palabras sacramentales debidas durante la misa. Fueron muchos los débiles mentales y las personas psicóticas, subnormales o seniles que acabaron en la hoguera por brujos. El nuevo mito tenebroso tenía por cierto que no había gente de peor ver, andar y oler que los brujos, y que lo mejor que se podía hacer con ellos era quemarlos.

También la gran proliferación de demonios, que solían introducirse en los monasterios haciéndose pasar por sacerdotes, abades, obispos, o que en forma de súcubos e ícubos tentaban la sexualidad de los enclaustrados, explica esta dilatada paranoia.

Por fortuna, siempre que era el propio Diablo quien se encarnaba fingiéndose un ser humano, solía delatarle un detalle estrafalario, tanto de orden fisiológico como indumentario. Por ejemplo, a veces se presentaba con todos los dedos de las manos de la misma longitud, o vistiendo un traje pretencioso pero a todas luces viejo, pasado de moda, como le ocurre a la hora de conversar con Ivan Fiodorovich Karamazov.^[104]

En su *Memorial execrable de los brujos*, Henry Boguet asegura que éstos hacen caer la pedrisca y el granizo donde quieren, aprovechando el gran poder con que cuenta Satanás en el aire, pues es capaz de llevar la nube a donde le plazca, «aunque Dios no siempre permite que eso pueda hacerse».

aclara el demonólogo, para que sus lectores no se alarmen demasiado. También previene este juez y demonólogo acerca de un arma que poseen las brujas y los brujos, que nunca debe subestimarse: el aliento. Y cita el caso de una bruja motejada «la Flibolerte», quien sopló al rostro de un tal Claude Perrier, al que encontró en la puerta de la iglesia de su pueblo. El tal Claude enfermó en seguida, se volvió impotente y después de un año reducido a la mayor miseria física y moral, con los miembros como de trapo a causa de su extrema languidez, murió.

Este mismo poder de encantar con el aliento le habría concedido el Diablo al sacerdote libertino Louis Gaufridy, gran aficionado a las mujeres, a quien perdieron los celos de una de ellas, que, rabiosa al saberse reemplazada por otra en la cama del cura, lo denunció por brujo.

Para seducirlas, a Gaufridy le bastaba echarles el aliento sobre el rostro, siempre que ellas lo recibieran en las fosas nasales, confesó el cura al inquisidor Michaelis, quebrantado por los tormentos, para que éste dejara de torturarlo, en el transcurso de una sesión de interrogatorio donde admitió también haber firmado un pacto con el Diablo, llevar en el cuerpo las marcas de éste, llamadas *stigma diabolicum*, *spatula o sigilium Diaboli*, haber asistido a los sabbats... en fin, cuanto el dominico Michaélis Y los otros torturadores quisieron que reconociese.

Lo quemaron por brujo, aunque fuera completamente inocente de tal práctica, según parece a causa de la mucha envidia de su éxito con las mujeres que sentían los monjes que lo investigaron y juzgaron.

Los brujos, además de contar con polvos mágicos de efectos mortíferos, también podían dañar con la mirada, con un leve roce de sus dedos, con un golpecito de su vara mágica y, por supuesto, mediante las palabras. El dominico Johannes Nider (1380-1438), inquisidor Y uno de los precursores de la novela fantástica de la brujería, en su *Formicarius (El hormiguero, Augsburgo, 1475)* asegura haber visto a una bruja matar instantáneamente a personas con una sola palabra.

Por otro lado, les obedecían los vientos corrientes, las tempestades, los ciclones Y las lluvias torrenciales. Los brujos alemanes según informa el *Malleus Maleficarum* acostumbraban a sacrificar gallos negros en el cruce de dos caminos. Después de invocar al Diablo, en latín, lanzaban al aire el pollo degollado, una acción que solía agradecer el Maligno haciendo caer el granizo o la pedrisca, pero a veces no en el sitio que quería el brujo, sino en otro diferente, a causa de la interferencia del Cielo.

Hasta el siglo xv, la imagen del Diablo que había predominado en Europa occidental era sobre todo cómica. Hasta entonces el príncipe de las tinieblas fue un mamarracho cabal. La caza de brujas se ocupó en primer lugar de fomentar el miedo a Satanás entre el pueblo, para que aceptaran el concepto de «pacto satánico» y se pudiera difundir lo que en la actualidad los historiadores y antropólogos denominan «concepto acumulativo de la brujería».

En el interior de los monasterios el Diablo llegó a convertirse en una especie de estafermo espiritual, que atacaba a los jóvenes novicios o seminaristas con los apetitos clásicos de juventud o la primera concupiscencia: mujeres, alcohol, juergas, sin dejar de tender emboscadas mortales. Funcionaba como piedra de toque de la fortaleza de carácter de los novicios y de los jóvenes monjes. Así se pudo establecer la épica negra del Diablo cuyo prestigio se vio catapultado a la más alta dignidad política: príncipe del lado oscuro.

Para perfeccionar la entronización con el espaldarazo de la filosofía, a los escolásticos se les ocurrió que las fuentes del poder humano son dos y nada más que dos: Dios y el Diablo.

Pedro Canisio (Nimega, 1524-Friburgo 1597), jesuita holandés, que es uno de los mayores doctrinarios de la Contrarreforma en el área germánica, compuso la *Summa doctrina christianai*, más conocida como el *Gran Catecismo*. En dicha obra, a Jesucristo se lo nombra en sesenta y tres ocasiones, y al Diablo en sesenta y siete.

Por otra parte, desde los púlpitos, los sacerdotes no se cansaban de repetir que Satanás era quien inspiraba a los magos, adivinos, herejes y brujos. Y en los sabbats es cosa sabida las brujas y brujos le besaban el culo por exigencias rituales.

El concepto acumulativo

A principios del siglo XV los demonólogos aún no hablaban del pacto con el Diablo. *El hormiguero*, la citada obra de Johannes Nider, que se considera la segunda acerca de la brujería que se escribió en Occidente, ignora tanto el pacto con el Diablo como la asistencia al sabbat o aquelarre, aunque el autor crea en la existencia efectiva de la brujería y de sus factores, las brujas y brujos.

Acerca del vuelo, el dominico alemán asegura que se trata de «una ilusión onírica», y otro tanto afirma acerca de las metamorfosis. Pero el *Malleus Maleficarum*, que fue escrito sesenta años después, da por cierta la historia de un hombre convertido en mulo durante tres años por una bruja malvada.

Sin embargo, en los siglos XVI Y XVII, que son los del apogeo de la caza de brujas, los investigadores Y jueces procuran demostrar en el sumario que los inculpados Y candidatos a la

hoguera reúnen diversos requisitos, que por orden de importancia son:

- 1) La existencia de un pacto con el Diablo;
- 2) La asistencia de brujas y brujos a las reuniones llamadas sabbats (*aquelarres* en el País Vasco);
- 3) La realización de vuelos mediante el empleo de ungüentos;
- 4) Las metamorfosis de la bruja o el brujo en animal.

A ese conjunto de circunstancias se llama «concepto acumulativo de la brujería». Cuando el tribunal podía atribuir todas esas acciones a una persona, la quemaban por bruja. El cuarto, las metamorfosis, era el caso que aparecía con menos frecuencia en las actuaciones judiciales. Aunque la novela de la brujería postula que en el momento de la firma del pacto, el Diablo entrega al nuevo adepto tres clases diferentes de ungüentos:

- 1) Un ungüento que hace creer a las brujas que acuden al Sabbat
- 2) Un ungüento que permite a las brujas ir de verdad al sabbat;
- 3) Un ungüento que da a las brujas la ilusión de convertirse en un animal.

En una localidad próxima a Colonia, Bedburg, se juzgó el caso de un joven brujo llamado Peter Stumpf, quien durante veinte años fue amante de una súcubo. Ésta regaló a su enamorado un cinturón mágico que permitía a Peter convertirse en lobo feroz apenas se lo ponía. Y no sólo adquiría la apariencia de este animal, sino también su apetito y hábitos alimentarios.

Stumpf fue acusado de haberse comido a trece niños pequeños, incluido su hijo, y a tres ancianos durante el transcurso de su existencia lobuna, o mientras llevaba el cinturón. El último día de octubre de 1589, Stumpf fue atado a la rueda, donde el verdugo le arrancó la carne con pinzas de hierro calentadas al rojo, después le rompieron los huesos, le cortaron la cabeza, y quemaron en la hoguera todos sus restos.

La iniciación y el pacto

El Diablo según escribieron los demonólogos cazadores de brujas solía elegir sobre todo a las mujeres viejas, pobres y solas, para iniciarlas en la brujería. Casi siempre les proponía un pacto: si la bruja o el brujo juraba fidelidad a Satán, éste lo ayudaría en todo. Aunque los tentados se resistieran al principio a las Propositiones del más tenebroso de los espíritus, al final el Diablo

acababa saliéndose con la suya y consiguiendo un nuevo agente.

Para poder iniciarse en debida forma, la bruja debía renunciar a Cristo, a la protección de la Virgen María y a la religión católica, y adorar a su nuevo amo.

Si se trataba de un religioso o religiosa debía despojarse del rosario o del cinturón, crucifijo, medalla o distintivo de su congregación para luego jurar formal obediencia y sumisión al Diablo, rindiéndole homenaje con la imposición de la diestra sobre un libro negro. Esa ceremonia terminaba con la solemne promesa de no regresar nunca a la Iglesia católica ni hacer jamás el bien, obedecer sólo a Satanás y acudir con regularidad a las reuniones de los devotos (sabbats). También debían comprometerse a realizar propaganda satánica y a reclutar a otras personas para el servicio del Diablo.

La abjuración de la fe católica les obligaba igualmente a repudiar a sus padrinos católicos y a elegir otro par satánico. De éstos, el novicio recibía instrucciones en el arte de la brujería. En el momento de su bautismo satánico, el novicio tenía que renunciar asimismo a su propio nombre y adoptar uno nuevo, que era casi siempre un epíteto obsceno o blasfemo.

En la ceremonia de consagración, el nuevo adepto debía cortar un trozo de tela de su ropa y ofrendarla al Diablo, que se quedaba con ella, y luego, de pie en el interior de un círculo mágico que habían trazado el Maligno y las brujas y brujos de su corte, realizar un juramento horrible a causa de las muchas blasfemias pronunciadas, donde ratificaba todas las promesas hechas antes.

El caso de Urbain Grandier, sacerdote de Loudun quemado en la hoguera el 18 de agosto de 1634, que al igual que Gaufridy mostraba una singular predisposición al pecado de la carne y un gran poder de convicción para conseguir cómplices para la práctica de ese mismo pecado entre las monjas, pertenece a otro grupo brujesco, el de los donjuanes nigromantes.

Los jueces que entendieron en su causa tuvieron por cierto que el cura de Loudun había firmado un contrato en toda regla con (sic) Satanás, Lucifer, Belzebut, Leviatán, Elimí y Astarot, y aceptaron leer dicho documento, obtenido por el demonio Asmodeo, que lo había robado «del despacho del Diablo» (sic).

Urbain Grandier, que nunca confesó haber practicado la brujería ni pactado con el Diablo, a pesar de las salvajes torturas a las que, fue sometido, según dicho documento recibía de Satanás garantías de éxito en desflorar vírgenes, seducir monjas y mantener relaciones sexuales cada tres días, a cambio de servir a Satanás, , por supuesto.

Tanto Jean Bodin como Martín Delrío y Pierre De Lancre explican en sus tratados que sólo mediante un pacto explícito con el Diablo la bruja o el brujo está en condiciones de sacar partido de sus artes maléficas, ya que éstas no se pueden ejercer sin la activa participación de Satán o los demonios.

Observa Pierre De Lancre que el Diablo introdujo el pacto expreso o explícito a causa de las muchas veces que lo engañaron los humanos para conseguir beneficios o ventajas que luego no quisieron retribuir en debida forma.

La firma del pacto solía ir acompañada de una entrega de objetos personales, a manera de prenda. El Diablo acostumbra a conformarse con poca cosa, siempre que se entregue de inmediato y de buena gana. Las ofrendas preferidas por Satanás eran mechones de pelo y gotas de sangre del brujo. Cuando el demonio daba a cambio dinero o joyas, estas riquezas se convertían en hojas secas o estiércol.

Normalmente, los pactos realizados por gente de la Iglesia eran prolijos a la hora de las abjuraciones. Así, el que reconoció haber firmado la monja ursulina Madeleine Bavent, protagonista, de las posesiones de Louviers, otro sonado escándalo francés del siglo XVII, no olvida ningún detalle: «Yo, Madeleine [...], religiosa, en Louviers, me entrego a Belzebut, a Lucifer, a Leviatán y a aquel a quien se quiera entregar la posesión de mi alma y mi cuerpo, y renuncio a Dios, a la Virgen, a los nueve coros de los ángeles y a los santos y santas del Paraíso, y adoro de todo corazón y con toda mi alma a los nueve coros de los demonios, y me sacrifico a todas sus voluntades, y me consagro a ellos, y me uno a la magia, i y no quiero otra cosa en la eternidad que ser del Diablo, ya él, por i segunda vez me entrego».^[105]

Madeleine Bavent, que fue seducida a los catorce años por un sacerdote viejo y libertino, acabó su vida condenada a prisión perpetua por brujería.

Las personas que no habían pronunciado los votos establecían pactos con el Diablo no para convertirse en brujas o nigromantes, como solía ser el caso de los religiosos, sino sólo para conservar la juventud, resistir a los enemigos y a los ataques armados, obtener poder político, éxito social, riquezas o, en fin, seducir de manera infalible a quienes quisieran; a cambio de ello ofrecían al Diablo su devoción y la entrega del alma en el momento de morir.

Muchos pícaros que intentaron engañar al príncipe de los demonios cuando les llegó la hora de pagar comprendieron con grandes angustias que no era tarea fácil. Tal fue el caso de un alemán, casi contemporáneo del demonólogo Johannes Wierius, el también doctor Johann Faust (Suabia, hacia 1480-Staufen, hacia 1540), quien debe su celebridad a un pacto que firmó con Mefistófeles, y sobre todo al hecho de que Goethe se ocupara de su vida y negocios con dicho demonio en el poema narrativo y dramático titulado *Fausto*.

El doctor Fausto compartió con Camelia Agripa, además del origen germánico, el momento y las inquietudes esotéricas, la afición por la compañía de los demonios zoomorfos. Camelia Agripa, quien debe su celebridad a la composición de un libro titulado *De occulta philosophia*, tenía un perro que lo seguía a todas partes y que dormía con él, en su propia cama, llamado *Signore*. Dicha

masкота, de acuerdo con los testimonios de sus contemporáneos, no era otro que el Diablo.

A Fausto, en cambio, solía acompañarlo un perro de aguas de color negro y temperamento melancólico que era, según parece, Mefistófeles (en griego: «el que no ama la luz»), al que se considera una especie de embajador plenipotenciario del infierno ante la humanidad.

Para el demonólogo Johannes Wierius,^[106] Fausto no era más que «un borracho perezoso y ladrón». Martín Lutero, a cuya doctrina se adhirió en su momento el doctor Fausto, trató públicamente a éste de «archimago», que equivalía a «hechicero satánico».

Acaso por el hecho de haberse jactado Johann Faust como pocos, por ejemplo de ser «filósofo entre filósofos», de haber visitado el infierno en vida y regresado de allí con buena salud, de haber viajado por el espacio sideral como un ángel o cosmonauta prematuro, de haber practicado la alquimia en la abadía de Maulbronn, y logrado atraer ante el emperador Carlos V las almas de algunos muertos que dieron ciertas señales, de haber preñado al fantasma de Helena de Troya, célebre esposa del agrida Menelao, que habría parido un hijo suyo llamado Justo Fausto, de haber ido desde Venecia hasta los Países Bajos volando, entre otras muchas fanfarronadas, Goethe lo puso todo por escrito. Y en la actualidad, a pesar de las muchas pruebas documentales de su existencia histórica, cuesta creer que el doctor Fausto sea algo más que un personaje dramático.

Inscripción en el colegio satánico

El siguiente paso era solicitar la inscripción del nuevo brujo en el libro del Diablo y, una vez realizada, el nuevo agente prometía a su señor sacrificios periódicos, dar muerte a un niño cuando menos cada mes, o realizar sortilegios que provocaron la muerte a las personas, o bien grandes daños (incendios, sequías, naufragios, tormentas catastróficas, pestes del ganado o las personas, plagas de ratas, pulgas, de piojos, de ladillas).

En ese punto del proceso de iniciación, el demonio inscribía en su cuerpo la marca diabólica o estigma del Diablo, que era el signo de la fidelidad al poder de las tinieblas. La rúbrica del Diablo era una prueba tan fehaciente como la marca con hierro al rojo que se practica al ganado y por entonces, también o a los condenados por robo, y a los esclavos, aunque mucho menos visible, claro está.

Para grabar un signo indeleble el demonio utilizaba una espina de color negro o bien sus propias

garras aguzadas. Los tejidos situados debajo de la marca resultaban completamente anestesiados, insensibles al dolor para siempre. Éste fue uno de los «descubrimientos» más importantes de los demonólogos, por el gran número de brujos que pudieron condenar. Para dificultar la labor de la justicia, el Diablo practicaba señales muy pequeñas y situadas en lugares ocultos del cuerpo. Además, no solía señalar a los grandes magos, o bien la ejecución del signo era tan astuta y el sitio tan recóndito que resultaba imposible de descubrir.

En cambio, marcaba a todos los convertidos al satanismo, en particular cuando éstos no parecían bastante firmes en sus convicciones anticatólicas. De ese manera observa un médico del siglo XVII en un libro acerca del tema,^[107] mantenían atemorizados a los hechiceros, porque dichas señales eran la principal causa de la ruina de los brujos cuando se los acusaba y juzgaba, tal como puede verse en los muchos libros que narran los enjuiciamientos y ejecuciones por causa de brujería.

Los partes íntimas o más sucias del cuerpo, como el ano de los hombres, la vagina de la mujeres, e incluso los ojos o cavidades interiores como la boca, el cráneo o las fosas nasales, eran los que recibían la firma diabólica con mayor frecuencia, para que la veneración o militancia satánica de los brujos no saltase a la vista del mundo.

Las señales solían tener la forma de una pata de rana, sapo, liebre, perro, araña, murciélago, lirón... Y como casi siempre se encontraban en las inmediaciones de los órganos genitales, y en otros lugares del cuerpo cubiertos de pelo o vello, como las axilas, una de las primeras acciones de los jueces era mandar que se rasurase completamente a los detenidos sospechosos de brujería. De esa manera se facilitaba el trabajo a los auxiliares de la justicia, que buscaban dichas manchas con la punta de un estilete; pero con los pelos también creían desalojar del cuerpo de los brujos ciertos demonios superficiales con costumbres bastante parecidas a las de los piojos.

La bruja o el brujo no sentía dolor, molestia ni sensación alguna, ni siquiera se daba cuenta de cuando los agentes le clavaban una aguja o estilete, o en general, una punta de hierro en el *stigma diabolicum, spatula o sigillum Diaboli*, que era como el lenguaje judicial llamaba a esa señal en el latín demonológico forense de la época. Porque ya entonces había nacido una nueva especialidad, la de los peritos pinchadores de estigmas diabólicos, que a causa de cobrar a destajo, es decir, por el número de brujas descubiertas, solían usar pinchos retráctiles, que daban la impresión de penetrar muy profundamente en la carne de los brujos marcados, sin que éstos lo advirtieran.

Casi siempre, lo que tomaban como signo del Diablo los jueces demonólogos e inquisidores eran marcas naturales, manchas congénitas en la piel, quistes y otras señas personales de esas mismas características.

En Francia el estigma solía ser la silueta de un sapo, la pata de un reptil, un murciélago, una araña, casi siempre sobre el hombro izquierdo; en cambio en el País Vasco español el Diablo prefería marcar a las brujas en el ojo siniestro, y el estigma sólo podía verse en ciertas condiciones

de luminosidad.

Cuando la *spatula* se encontraba cerca del ano de un hombre, también podía servir como prueba de los hábitos sodomitas del acusado, que de ese modo se volvía autor de tres delitos acumulados y posibles de merecer la hoguera: brujería, sodomía y bestialismo. Este último, porque el Diablo solía poseer a sus devotos encarnado en un animal. Y los casos escandalosos de bestialismo reiterado se castigaban también con muerte en la hoguera tanto del hombre o la mujer condenados, como del animal que había sido pareja sexual del bestialista (oveja, ternera, cabra o borrica joven).

El sexo con el Diablo

Cuando se terminaba con la ceremonia de la marca, cada uno de los novicios o flamantes iniciados se retiraba en compañía de un demonio llamado *magistellus*^[108] («maestrillo»), que adoptaba forma humana de hembra o macho según el sexo del nuevo iniciado, y a veces de onocentauro, macho cabrío o sátiro, para practicar la demonogamia.

La firma del pacto comportaba siempre, y para ambos sexos, la cópula con los demonios. El Diablo, además de oírles abjurar de la fe cristiana y prometer que serían muy malos, quería poseerlos e incluso procurarles sensaciones singulares del todo novedosas, realizando acciones que no están al alcance de ningún hombre, como hacer vibrar el pene durante la cópula como si fuese un diapasón, por ejemplo.

El Diablo en persona, o bien sus representantes o dignatarios, tomaba posesión de los neófitos de ambos sexos, para hacerles incurrir, en primer lugar, en los actos censurados y prohibidos por la Iglesia, como la sodomía, la bestialidad, el adulterio, el incesto o la pedofilia. y todo con grandes excesos. La demonogamia era la coronación del rito iniciático de las brujas.

A pesar de su carácter transgresor, el Diablo o sus representantes no solían desflorar a las niñas menores de doce años, y sí en cambio sodomizarlas, para no correr el riesgo de un embarazo precoz. Preferían disfrutar del sexo con las mujeres casadas, quienes además, al entregarse, incurrían en el pecado de adulterio. Y también sodomizaban a los hombres, de puros transgresores enviados que eran.

Muchos de los testimonios judiciales relativos a la relaciones sexuales con demonios (*copula cum daemone*) aseguran que esas uniones físicas no procuraban placer a las brujas o brujos. Casi

todas las testigos declaran que la penetración del Diablo era muy dolorosa, a causa del tamaño extraordinario de su pene, de su dureza no menos asombrosa y de su extremada frialdad.

Acerca del tamaño del pene del Diablo, su calibre, color, aspecto, los testimonios se muestran dispares. La acusada que declaró haber visto la verga diabólica más grande, calculó su longitud en 59 centímetros. La acusada que lo vio más pequeño, lo presentó tan miserable como el dedo mayor de una mano. Pero hay mujeres que lo sufrieron con escamas de hueso retráctiles, para negarse a salir de las vaginas o rectos donde penetraban.

El juez y demonólogo Pierre De Lancre (Burdeos, 1553-Loubens, 1631), que en 1608 investigó la brujería en el País Vasco francés obligando a buena parte de la población a huir a España para ponerse a salvo, detuvo e interrogó a quinientas personas sospechosas de practicar la brujería. Buena parte de las declaraciones realizadas por sus prevenidos o víctimas se recogen en su libro *Cuadro de la inconstancia de los malos ángeles y demonios*.^[109] Jeannette d'Abadie, una joven de dieciséis años que fuera una de las víctimas de dicho juez, declaró que esas cópulas con el Diablo sólo le hacían sentir dolor, y que todas las mujeres sufrían mucho y que se las veía gritar cuando el Diablo las penetraba, que siempre se las ve regresar del sabbat ensangrentadas y quejándose, y que ello se debía a que el miembro del Diablo tenía escamas, como un pez, que se cerraban al entrar y se elevaban y raspaban al salir. De ahí que todas ellas intentaran eludir esos encuentros. Y que además, el miembro del Diablo tenía más de una vara (83,55 cm) de largo, y por eso lo llevaba «enrollado como una serpiente». Otra de las acusadas vascas que interrogó De Lancre, María de Azpicueta, también hablaba de un pene cubierto de escamas, pero le atribuyó la mitad de la longitud que declaró la otra prevenida y un grosor corriente, aunque lo describió de color oscuro, torcido y que producía escozor; y aseguró que cuando el Diablo quería copular con ellas abandonaba la forma de macho cabrío y adoptaba la de hombre.

Un teólogo italiano, Silvestre Prieras, autor del tratado demonológico *De Strigimaxis* (Roma, 1521), aseguraba que el Diablo tenía un pene bífido capaz de penetrar a las mujeres por ambos conductos a la vez, y que en ciertos casos incluso era trífido, es decir, semejante a un tridente.

Santo Tomás de Aquino creía que el Diablo no podía sentir ningún impulso relacionado con el erotismo puesto que era sólo un espíritu, y que sus incursiones en este terreno no tenían otro propósito que explotar las debilidades de los seres humanos concupiscencia, lujuria para ganar sus almas.

Pero no pocos demonólogos protagonistas de la teoría y la práctica de la caza de brujas, que vivieron tres o cuatro siglos más tarde, padecían obsesiones sexuales morbosas y expresaron de muy diversas maneras las angustias derivadas del sentimiento de culpa que engendra el voto de castidad, o en el caso de los laicos casados, del valor de fidelidad matrimonial vigente. Para muchos religiosos ascetas, la muerte de la bruja operaba como una proyección de su propio soñado triunfo en la lucha interior contra la tentación lujuriosa que los atormentaba. ^[110]

El drama judicial

En las naciones católicas, el pacto con el Diablo se convirtió en el elemento fundamental de la persecución judicial de los brujos a partir del siglo XVI, y en las protestantes, a mediados del XVII.

Para los calvinistas, que centraban la prédica religiosa en la alianza realizada por Dios con los creyentes, el pacto entre los brujos y el Diablo se les aparecía como una perversa parodia burlesca.

El concepto sin duda deriva de los pactos feudales de vasallaje.

De la misma manera que el señor de un territorio se comprometía a proteger a sus vasallos a cambio del pago de una renta en trabajo o en especie, Satanás se obligaba a encubrir las actividades de su devoto y otorgarle facultades mágicas, ungüentos que le permitieran asistir volando al sabbat, y poco más.

Antes de la invención de los estigmas satánicos, el pacto con el Diablo era muy difícil de probar, salvo por medio de la confesión del inculpado, que los jueces e inquisidores conseguían con bastante facilidad por medio de la tortura.

Además, estaban las ordalías o juicios de Dios, como el pesaje de los brujos y la prueba del agua. La mayoría de los demonólogos consideraban que las mujeres, tanto desde el punto de vista físico como desde el intelectual, eran mucho menos pesadas y consistentes que los hombres. De ahí la facilidad con que podían asistir a los sabbats volando en sus escobas.

Por esa razón en Inglaterra y los Países Bajos se impuso la costumbre de pesar a todas las personas sospechosas de practicar la brujería. Hasta el año 1707 esa práctica se mantuvo en vigencia.

Los holandeses extendían un certificado de «no brujería» en la ciudad de Oudewater, siempre que en la balanza el solicitante demostrara tener un peso normal, es decir, en proporción con el tamaño del cuerpo.

Los jueces también aprovechaban estas singularidades de los brujos para obtener evidencias probatorias que no dejaran lugar a dudas. Uno de los trámites que realizaban era la llamada «prueba del agua».

Ésta consistía en desnudar por completo al sospechoso y atarle el tobillo derecho a la muñeca izquierda y la muñeca derecha al tobillo izquierdo; luego se le sujetaba una cuerda a la cintura y se lo arrojaba a un río, arroyo o estanque. Si se iba al fondo, que era lo normal dada la total imposibilidad de mover los miembros, se lo declaraba inocente; y si flotaba sin poderse hundir, se lo consideraba

culpable.

Acerca de la razones de la flotación, había más de una doctrina. Algunos demonólogos tenían por cierto y probado que entre los efectos del pacto diabólico se contaba la licencia de flotación o el efecto ligereza, que consistía en hacer flotar sobre el agua a todas los miembros del gremio brujesco, gracias a una sustancia que untaban los demonios sobre los cuerpos de sus devotos.

Otros demonólogos creían que el demonio se deslizaba debajo de los sospechosos para sostenerlos e impedir que se hundiesen, actuando como salvavidas invisible. Y sin duda ésta es una de las máscaras más curiosas del Diablo.

En todo caso se trataba de una diligencia siempre funesta, que desembocaba en ahogamiento por inmersión de los inocentes y segura condena a morir en la hoguera para la prodigiosa «bruja» que pudiera flotar.

Interrogatorio y tormento

Lo primero que mandaban hacer los jueces demonólogos con los detenidos sospechosos de haber pactado con el Diablo era que los afeitaran desde la cabeza hasta los pies. Esa violencia bastaba para quebrantar la moral de muchos prevenidos, sobre todo la de las mujeres.

Fue en ese punto donde la desventurada Françoise Secretain, víctima del implacable Henry Boguet, perdió la compostura. Hasta entonces había sostenido con firmeza que era inocente, pero cuando le rasuraron el pelo de la cabeza y del resto del cuerpo se vio camino de la hoguera y, desesperada, comenzó a contar al juez lo que sabía que éste deseaba oírle decir. Declaró que en efecto era bruja, que había firmado un pacto con el Diablo...

Tal era el mecanismo que se repetía una y otra vez: los prevenidos confesaban ser culpables para que las condenas resultaran más benévolas, y solían serlo, en efecto. Normalmente a los brujos confesos les daban muerte antes de la cremación de sus cuerpos; en cambio, a los rebeldes o inconfesos los quemaban vivos.

Angustiados, los sospechosos intentaban complacer al juez para ver si éste les perdonaba la vida. Pero ocurría justo lo contrario: las confesiones de culpabilidad siempre se consideraban verdaderas. Los interrogatorios eran modelos de perfidia sofisticada.

En el siglo XVI, en el arzobispado del principado de Colonia, las acusadas de brujería debían responder ante el tribunal a estas preguntas:

- 1) ¿Cuánto hace que es usted bruja?
- 2) ¿Cómo se convirtió en bruja y qué sucedió en aquella ocasión?
- 3) ¿A quién eligió como íncubo? ¿Cómo se llamaba?
- 4) ¿Cuál era el nombre de su amo entre los demonios?
- 5) ¿Qué juramento prestó usted y en qué condiciones?
- 6) ¿Qué dedo debió levantar? ¿Dónde se unió con su íncubo?
- 7) ¿Quiénes eran los demonios Y los humanos partícipes del sabbat?
- 8) ¿Qué alimentos ingirió usted?
- 9) ¿Cómo estaba organizado el banquete del sabbat?
- 10) ¿Estuvo usted en el banquete?
- 11) ¿Qué música ejecutaban y qué piezas bailó usted?
- 12) ¿Qué le dio su íncubo por el coito que practicaron?
- 13) ¿Qué marca le hizo en el cuerpo?
- 14) ¿Qué daño ha causado usted a fulanito y a menganito?, ¿cómo lo hizo?
- 15) ¿Por qué causó usted tal daño?
- 16) ¿Cómo puede usted repararlo?
- 17) ¿Qué hierbas o métodos podría emplear para hacerlo? 18)
- ¿Cuáles son los niños que ha encantado usted y por qué?
- 19) ¿A qué animales encantó de enfermedad o muerte y por qué?
- 20) ¿Quiénes son sus cómplices?
- 21) ¿Por qué el Diablo le da bofetadas por la noche?
- 22) ¿Con qué unguento unta usted su escoba?
- 23) ¿Cómo es usted capaz de volar por el aire?, ¿qué fórmulas mágicas emplea para ello?
- 24) ¿Qué tormentas ha provocado y quién le ha ayudado?
- 25) ¿Qué parásitos ha lanzado usted?
- 26) ¿Qué hace con esas criaturas perniciosas, cómo las emplea?
- 27) ¿El Diablo ha asignado un límite a su acción maléfica?

El dominico Y teólogo catalán Nicolau Eymerich (Gerona, 1320-1399), que fue inquisidor general del reino de Cataluña, Aragón, Valencia y Mallorca, escribió un *Directorium Inquisitorum* (Aviñón, 1376) para uso de las Inquisiciones de España Y Portugal, que se convirtió en el código de procedimientos para la investigación y pensamiento de las herejías. El texto desaconseja a los investigadores y jueces perder el tiempo en formalismos jurídicos.

El capítulo XVI del *Directorium* se ocupa de los «herejes adoradores del Diablo», para quienes recomienda, si se arrepienten, que se los emparede vivos, y si no se arrepienten, que sean entregados a la justicia seglar, es decir, quemados vivos.

Por otra parte, la brujería se consideró doctrina herética tan pronto como la Iglesia tomó la decisión de lanzar la campaña de caza.

El capítulo V del *Directorium Inquisitorum* se titula «Sobre la tortura». En él se afirma:

Se ordenará aplicar tormento: 1) Al prevenido que responda de diversas maneras acerca de las circunstancias, negando el hecho que se le imputa. 2) A quien tenga fama de hereje (o de brujo) y tenga un testigo en su Contra (aunque fuere uno solo) que declare haberle oído decir o hacer algo en contra de la Fe.

Más adelante, Nicolau Eyrmerich reflexiona acerca de la verdad a la que pueden acceder los inquisidores y jueces:

Ni las torturas resultan medio seguro para llegar al conocimiento de la verdad. Hay quienes por debilidad ante el primer dolor llegan a confesar crímenes que no cometieron, y otros que soportan los mayores suplicios, de fuertes y empecinados que son. Algunos, cuando sufren un tormento, lo resisten mejor luego, porque los miembros se les alargan; y otros que gracias a sus sortilegios consiguen volverse insensibles y son capaces de morir con tal de no confesar. Estos desgraciados suelen usar como maleficio un pasaje de la Biblia escrito de un modo extraño sobre un trozo de pergamino que ocultan en el cuerpo, donde mezclan nombres de ángeles desconocidos, círculos y otros dibujos. Aún no he visto nada que funcione contra esos embrujos, lo que debe hacerse es revisar a los prevenidos y quitárselos, antes de someterlos a tortura.

Los métodos de tortura utilizados de manera regular en casi todos los países de Europa eran: el agua hirviente, el estiramiento (con y sin lastre, con y sin escala), el plomo fundido, la polea, los garrotes, la inmersión, la silla de clavos, el rodillo de púas, el rastrillo, los hierros candentes, los torniquetes, los borceguíes ...

Con los borceguíes destrozaron las piernas de Urbain Grandier, el sacerdote donjuán a quien quemaron vivo por brujo inconfeso en Loudun, en 1634. Era inocente y no admitió ser brujo ni siquiera cuando lo sujetaron al poste de ejecución en la hoguera.

Los borceguíes, que también se llaman botas, se empleaban contra las brujas que no querían denunciar a sus cómplices. Al detenido lo sentaban en un banco, con las piernas desnudas. En torno a éstas colocaban cuatro tablas de madera, lo bastante largas como para cubrir desde las plantas de los pies hasta encima de las rodillas. Dos tablas por el interior y las otras dos por el exterior de las piernas, encerrándolas. Cada tabla tenía cuatro agujeros, a través de los cuales pasaban largas cuerdas que el interrogador sujetaba con fuerza. Luego enrollaba dichas cuerdas alrededor de las tablas de madera, para sujetarlas con la mayor firmeza posible, y con un martillo o maza, clavaba a golpes siete cuñas de madera, una a continuación de otra, entre las dos tablas que estaban a la altura de las rodillas, y una octava cuña a la altura de los tobillos de los pies. A cada golpe sobre la cuña el interrogador formulaba preguntas al acusado. Detrás de éste se situaba un hombre para sostenerlo e impedir que cayera al suelo.

Cuando un sospechoso llegaba a la sala de torturas, no pensaba ni quería otra cosa que salir de allí, aunque fuese hacia la hoguera, para que los tormentos cesaran de una vez con la muerte.

Aunque Nicolau Eymerich sobre todo se dedicó al prendimiento y a la quema de herejes, su código procesal siguió empleándose durante siglos, puesto que su última edición es de 1762, y sirvió también a los jueces de monólogos. Los setenta y un artículos que escribió Henry Boguet bajo el título *Instrucciones para un juez en materia de brujería*, y que constituye un anexo de su *Memorial execrable de los brujos* (1603), no sólo reproduce en lo esencial el manual para inquisidores de Eymerich, sino que lo supera en crueldad con holgura: «Estimo dice el artículo LXIII que no sólo es necesario hacer morir al niño brujo que está en la edad de la pubertad, sino también a aquel que aún no lo está, si se advierte que hay malicia en él. Es verdad que preferiría no aplicar en ese caso la pena de los brujos, sino algo más suave como la horca, etc.».

El vuelo

A pesar de que el *Canon episcopi*, que se remonta al año 872, dice que los vuelos nocturnos son puras ilusiones de los sentidos y que creer en ellos es algo propio de infieles peores que los paganos, prácticamente la totalidad de los demonólogos cazadores de los siglos XVI y XVII creían en tales vuelos como medio regular de transporte de las brujas y brujos al Sabbat. Los teóricos de la brujería moderna se limitaron a descalificar la doctrina del Canon por caduca, pretendieron que las estrigias a las cuales aludía el documento eran las de la época clásica, que nada tenían en común con las brujas modernas. Y que tanto los sabbats, que en la península Ibérica también se llamaron juntas y asambleas, como los vuelos eran reales.

Para poder realizarlos necesitaban de la bilocación diabólica que les otorgaba el pacto, de un ungüento, y de un vehículo: escoba, calavera de caballo, mula o burro, o bien un animal doméstico vivo (cerdo, carnero, cabrío), o, por supuesto, un demonio o el propio Diablo.

Los grandes sabbats se realizaban en fechas fijas: 2 de febrero durante el día, la noche del 30 de abril al 1 de mayo (noche de santa Walburga), la noche del 23 de junio (víspera de San Juan), el 31 de octubre, a causa de la tradición mágica celta, y la noche del solsticio de invierno (21 de diciembre).

Los sabbats corrientes, también llamados sinagogas, por hábito antisemita, o aquelarres palabra

que se inventó en el País Vasco a principios del siglo XVII, según han probado un autor vasco y otro anglosajón^[111] se realizaban, según pretendían los demonólogos, todos los miércoles, jueves y sábados, durante la noche. Lo cierto es que los sabbats existían, pero se sabe bien poco acerca de ellos.

La teoría acerca de su ascendencia pagana y céltica, que han sostenido los autores ingleses a partir de Margaret Murray, es congruente con lo que se sabe acerca de la cultura celta, pero carece de pruebas documentales; el antiguo culto a un dios cornudo de la fertilidad no pasa de ser especulación literaria.

Es sobre todo en la ficción narrativa de caballería relacionada con la mitología anglosajona Y el ciclo del rey Arturo donde se alude a esos antiguos cultos precristianos. Los caballeros llamados a luchar con dragones Y buscar el Santo Grial presencian o bien oyen hablar de aquelarres administrados por druidas y sacerdotisas, que es el mundo antiguo del cual procede el mago Merlín.

Merlín es hijo del Diablo y de una monja de clausura, y no obstante está enteramente entregado al amor de Dios. Pero su padre no le pierde de vista: quiere recuperarlo, claro está. De su padre Merlín hereda la plurilocación y la facultad de metamorfosearse en diversos animales según las circunstancias.

¿Cuál será la trampa que le tienda el Diablo? Muchas, pero según la tradición, la más páfida de todas ellas fue plantarle ante las narices a una adolescente de belleza impar, irresistible, que pertenecía al linaje de la diosa Diana. ¿Y quién es Diana? Pues es justo la diosa a quien nombra el *Canon episcopi*, donde se dice que los vuelos nocturnos en compañía de Diana, diosa de los paganos, Y de Herodías no son más que «pura ilusión de los sentidos».

La novela fantástica de la brujería satánica y la caza que le siguió fue el prólogo o la introducción a la moderna literatura fantástica que nació justamente en el siglo XVIII, más o menos al mismo tiempo que se apagaron las últimas hogueras.

Ungüentos para volar

La teoría demonológica, un subgénero de la literatura fantástica que hasta finales del siglo XVII tuvo autoridad de normativa jurídica y estatuto de doctrina de seguridad represiva, describía el transporte real de los agentes satánicos al sabbat de esta manera: el Diablo convocaba a sus adeptos

por medio de una llamada que formulaba el demonio familiar de la bruja. Éste, que normalmente tenía forma de un animal doméstico, un gato negro, que también podía ser perro, o bien sapo, rata, u otro animal, daba el aviso. Tan pronto como la bruja lo recibía, se desnudaba y untaba el cuerpo con un ungüento cuya base era la grasa humana la tradición pretendía que de niño; con una serie de ingredientes entre; los cuales predominaban las plantas con efectos alucinógenos y narcóticos. Después de aplicada esa mezcla, las brujas podían salir volando por las chimeneas de sus casas, bien montadas en una escoba o en un animal doméstico.

He aquí algunas fórmulas de los ungüentos para volar, obtenidas de diversos grimorios anónimos:

RECETA 1

Grasa de cerdo sin sal
100 gramos
Hachís
5 gramos
Raíz de eléboro pulverizada
1 cucharilla
Flor de cáñamo
1 cucharilla
Flor de amapola
1 cucharilla

RECETA 2

Grasa de cerdo sin sal
100 gramos
Hachís
5 gramos
Flor de cáñamo mezclada con flor
de amapola hasta llenar el recipiente.
Semillas de girasol trituradas
una cucharilla
Raíz de eléboro triturada
una pizca

RECETA 3

Extracto de opio
25 gramos
Extracto de betel
15 gramos
Extracto de cincoenrama

3 gramos
Extracto de beleño negro
7 gramos
Extracto de belladona
7 gramos
Extracto de cicuta
7 gramos
Aceite de cáñamo indio
100 gramos
Glucosa
3 gramos
Grasa de cerdo o vegetal como
excipiente

En los tres casos la preparación era muy similar: todo debía cocerse al baño maría en un recipiente tapado, durante aproximadamente unas dos horas. Después se retiraba del fuego y debía filtrarse antes de dejarlo enfriar.

A causa de la fuerte toxicidad de las drogas empleadas, esta última fórmula puede matar a quien la emplee, sólo con que se pase un poco en la dosis que aplique sobre su piel.

Todas estas preparaciones tienen fuertes efectos alucinógenos al principio, y luego soporíferos. En la novela de la brujería satánica, la grasa de cerdo o vegetal se sustituye por grasa humana, claro está, e incluso de «niño sin bautizar». La imaginación de los demonólogos, la población y los literatos solía agregar a esas simples mezclas de drogas con efectos psicotrópicos otros componentes espectaculares como extracto de sanguijuelas, corazón de zorro y gato, ojos de rata, alas de murciélago, hígado de serpiente, sangre de lobo, etc.

Las investigaciones realizadas en el siglo xx indican que los profesionales de la medicina natural y de la hechicería disponían de unas quince recetas diferentes, cuya base solía ser el aceite vegetal o grasa animal, como soporte, hollín o carbón vegetal en polvo, y luego raíz de mandrágora, belladona, beleño, manzana espinosa, que mezclaban con opio, hachís o aceite de cáñamo indio. La escopolamina, uno de los alcaloides que contienen esas plantas «mágicas», produce la sensación de que en el cuerpo de quien la ha absorbido crecen pelos o plumas a gran velocidad. El acónito, combinado con la belladona, por ejemplo, además de inducir al delirio produce sensación de vuelo, y cuando se lo mezcla con otras sustancias psicotrópicas, acaba sumiendo a quien se lo ha aplicado en un sueño hipnótico, a cuyo despertar el drogado tiene la convicción de haber estado volando de manera efectiva, de haber vivido una experiencia real, y no de haber soñado que volaba.

Pero el empleo de esas drogas alucinógenas en la sociedad renacentista nada tenía que ver con el culto diabólico ni con la asistencia al Sabbat: el llamado «ungüento de las brujas» servía para que lo consumieran los drogadictos de Europa occidental en el siglo XVI. ^[112] La novela de la brujería se

utilizó sobre todo el nombre del cóctel.

Según las historias compuestas en los tribunales, los asistentes a los Sabbat se untaban la mezcla detrás de las orejas, en el cuello, las axilas, los muslos, la parte inferior de la espalda y las plantas de los pies.

Informa Henningsen ^[113] de que los funcionarios de la Inquisición, que querían presentar en los juicios de las mujeres vascas de Zugurramurdi los «ungüentos mágicos de las brujas», hicieron que algunas viejas campesinas de la región prepararan en sus cocinas unas mezclas de grasa con diversas hierbas y extractos de plantas. Luego, en Logroño, ante los jueces, los médicos y boticarios aseguraron no haber visto nunca nada parecido a esos ungüentos en su vida, y que ignoraban conocer los ingredientes empleados.

Sabbat, misa del Diablo, misa negra

Como el Diablo quería evitar a toda costa que los brujos se reconociesen y luego se denunciaran ante los jueces, les facilitaba las metamorfosis, para que asistieran a los sabbats enmascarados bajo una apariencia animal. Llegaban a la reunión, que solía tener lugar en el calvero de algún espeso bosque, convertidas en liebres, lobos o cabras.

Asegura la teoría demonológica que los brujos no debían de ninguna manera mencionar a Dios, a Jesucristo o a la Virgen, ni tampoco persignarse, porque en tal caso el sabbat con toda su asistencia se desvanecía en el aire como un espejismo.

Estas asambleas podían realizarse a grandes distancias de las casas de los brujos, porque los demonios eran capaces de transportar a sus amigos humanos a grandes velocidades. Un demonólogo escribió en tal sentido que los descensos de las brujas en escoba eran mucho más rápidos que los ataques en picado de las aves de rapiña sobre sus presas.

Abundan los testimonios de los buenos vecinos que podían dar fe de la circulación de las brujas en sus escobas por el espacio aéreo. Casi siempre se trataba de cazadores que se habían perdido en el bosque, o leñadores retrasados a causa de un accidente que veían pasar un par de brujas volando a la luz de la luna.

En los sabbats ingleses, según los jueces y de monólogos de allí, sobre todo se comía mucho; en

cambio en los de Francia se bailaba, mientras que en los de Alemania se bebía una cerveza tan fuerte que los nigromantes no llegaban a saber si era cerveza u orina del Diablo.

En el presente casi nadie cree que los sabbats o aquelarres hayan existido, a pesar de las muchas escenas que los pintores y dibujantes dedicaron al Diablo sentado en un trono imponente y recibiendo los homenajes de una considerable asamblea de brujos, mientras que por los alrededores, los demonios se abrazaban y besaban con las mujeres, y alguna cocinera degollaba y desangraba un niño de pecho sobre un caldero.

El Diablo del sabbat, después de tomar juramento a los novatos que ingresaban en la secta y de exigir al resto que rindiera cuentas acerca de las malas acciones cometidas desde el oficio anterior, se dirigía a su asamblea exhortándola a practicar la violación, el incesto, el homicidio, a infligir toda clase de daños a sus semejantes, mientras los asperjaba con su orina a manera de agua bendita.

Con ese gesto señalaba que había llegado la hora de la misa del Diablo, que debía su nombre al hecho de que era oficiada por éste mismo.

A partir del siglo XVI esta ceremonia se convirtió en lo contrario de la misa católica. O comenzó a ser la inversión cabal de la ceremonia que realizara Jesucristo en la Última Cena. Todo lo que éste bendijo en la Eucaristía, en la misa negra se maldecía, y viceversa. En el momento de la consagración de la sangre, Satanás volaba alrededor del cáliz, y la asamblea, al reconocerlo allí, se ponía de pie y lo conjuraba «¡Belzebut, Belzebut!». El servicio excluía confiteor, aleluyas y campanas, que disgustaban al Diablo porque lo aturdían, asegura también la novela demonológica. La hostia que se consagra es negra, y el cáliz también.

En misa del Diablo, según cuenta la novela fantástica demonológica, éste partía la hostia en trozos que sus devotos debían masticar, no sólo para hacer lo contrario que en la comunión católica, sino también porque en lugar del pan ázimo, debían tragarse un trozo de suela, nabo, naba o madera. En el transcurso de esta ceremonia el Diablo oficiante y sus fieles solían profanar las Santas Especies, que los brujos habían robado de los templos a dichos efectos.

Uno y otro gesto litúrgico forman parte de la misa negra, del rito satánico objetivo que se practica en nuestros días y que procede de la nigromancia medieval.

Cuando se trata de la misa negra, el Diablo no aparece en los templos o capillas satánicas, claro está. De hecho, hace unos cuatrocientos años que ha preferido dejar la liturgia de su secta en manos de los seres humanos, una notable colección de charlatanes y farsantes que la usaron de manera criminal para las más diversas maniobras fraudulentas.

La misa del Diablo, ceremonia que precedía al banquete, al baile y a la orgía final, es la que se tomó como patrón de la misa negra posterior y actual, que es una parodia blasfema del sacramento católico donde todo (cruces, casullas, oraciones) tiende a ejecutarse o ponerse del revés. Pero mucho

tiempo antes, los demonólogos se basaron en los rituales nigrománticos de invocación de los demonios para inventar ciertos detalles circunstanciales de la misa del Diablo.

Aun sin la presencia del Diablo y de otros espíritus inhumanos, es dudoso que alguna vez se haya realizado un sabbat como los descritos en los libros demonológicos o en las actuaciones judiciales correspondientes a la caza de brujas. Pero acerca de la existencia de las misas negras no hay la menor duda.

Brujería aristocrática

Giles de Rays (Anjou, 1404-1440), noble mariscal de Francia, anterior al período de la caza de brujas, sintiéndose seguro tras sus castillos fuertes de Champtocé, Machecoul y Tiffauges, asesinó a gran cantidad de niños para complacencia de su sádica sexualidad. No se sabe a ciencia cierta cuál fue el número de sus víctimas, pero los cálculos más optimistas aseguran que unos ciento cuarenta pequeños, y los más pesimistas, que fueron casi ochocientos. Gilles de Rays fue un psicópata y asesino en serie, claro está. Pero en pleno paroxismo. infanticida y sádico se lió en amores con un nigromante italiano llamado Francesco Prelatti, que lo arrastró a la magia negra. Prelatti le convenció de la utilidad de ofrecer sacrificios de niños a un cierto demonio llamado Barran, que para presentarse exigía como ofrenda la mano, los ojos y el corazón de un niño.

Gilles de Rays fue detenido por orden del obispo de Nantes, cuando los rumores acerca de la matanza de niños y de su locura satánica adquirieron proporciones de escándalo. El juicio contra el mariscal de Francia, que acabó por confesar sus crímenes y fue ejecutado en la horca, llevó al conocimiento público la existencia de las misas negras.

Del todo ajenos al mundo marginal de la brujería, los magos solían ser grandes conversadores que animaban las tertulias de señores que detentaban el poder territorial. Y por regla general eran ajenos a la estructura eclesial y ejercían profesiones independientes tanto de las disciplinas del intelecto como de los prodigios (prestidigitadores, astrólogos, herbolarios, alquimistas, matemáticos), que estaban adscritos a las cortes de los príncipes mundanos o eclesiásticos.

Los germanos que detentaban el ducado de Borgoña, por ejemplo, ya en los tiempos de Felipe el Bueno, señor de Borgoña, el Franco Condado, Flandes y Artois, contaban con un numeroso equipo de magos que ejercían como alquimistas, cosmógrafos, astrólogos, matemáticos y médicos. En realidad, esas declaradas profesiones no eran más que subterfugios: los ambiciosos Habsburgo los hacían

trabajar día y noche en busca de la piedra filosofal y de tesoros ocultos.

Entre dichos magos no faltaron practicantes de la nigromancia, o de una brujería satánica de guante blanco, por así decir, que encontraba su clientela entre señores, príncipes y aun monarcas.

Catalina de Médicis (1519-1589), reina de Francia, sobrina del papa Clemente VII y madre de tres reyes de Francia, de acuerdo con lo que aseguran sus críticos, se sirvió de la brujería para realizar todas sus ambiciones políticas y personales. Atestiguan diversas fuentes que siempre llevaba consigo, en contacto con la piel de su vientre, un trozo de pergamino que para sus enemigos era piel de un niño desollado cubierto de letras y caracteres pintados en diversos colores, y también un talismán que, según creía ella, le permitía conocer el futuro. Dicho objeto mágico estaba confeccionado con sangre humana y de macho cabrío y diversos metales, y todos sus elementos se habían unido al producirse ciertas conjunciones astrales que estaban en relación con su fecha de nacimiento.

El conde de Coconas, favorito de Carlos IX, para conseguir el corazón de la duquesa de Nevers, cortesana de la reina Margot en los días de la matanza de San Bartolomé, se hizo fabricar una dágida, esto es, una muñeca de cera «bautizada», que representaba a la persona de la mujer que pretendía seducir. Quien le hacía el «trabajo» era el mago más célebre de la época, Cosme Ruggieri, adscrito a la corte de María de Médicis. Pero las cosas le salieron mal, no a causa de esa estatuilla de cera, sino porque en el domicilio de su amigo y colega La Mole los oficiales de la justicia encontraron otra estatuilla, ésta con la cabeza coronada, que interpretaron como representación mágica del rey. Tanto Coconas como La Mole fueron torturados, condenados a muerte y ejecutados por traición a la corona el 30 de abril de 1574. Ruggieri, el mago, fue condenado a galeras, pero Catalina de Médicis lo sacó enseguida de allí para devolverlo a su corte.

Carlos IX, hijo de Catalina de Médicis y rey de Francia (1560-1574), monarca famoso por su extrema crueldad fue el azote de los protestantes y el gran verdugo de la noche de San Bartolomé, angustiado por una súbita enfermedad desconocida que lo debilitaba a gran velocidad, en vísperas de su muerte recurrió a una misa negra, aconsejado por su madre, según refiere Jean Bodin en su *Demonomanie des sorciers* (1580), aunque sin nombrar al monarca. En la ceremonia, que tuvo lugar en el castillo de Vincennes, después de consagrar la hostia, el nigromante degolló y luego decapitó a un niño de diez años al que habían vestido como para suministrarle el bautismo. La criatura asesinada era un primogénito preparado para dicha ceremonia. El nigromante que oficiaba dispuso luego la cabeza cortada de la víctima sobre la hostia negra que reposaba sobre la patena y llevó el conjunto hasta el centro de una mesa sobre la cual humeaban pebeteros donde ardían sustancias odoríferas agradables al Diabolo. El nigromante invitó al demonio conjurado a responder a una pregunta acerca del futuro del rey. Y la cabeza se limitó a pronunciar dos palabras en latín: *Vim patior* («sufro» o «padezco»). Con lo cual el demonio quiso manifestar que también él estaba sometido a un poder más alto o grande que el suyo. Asegura el demonólogo Bodin que «el rey de la cristiandad» fue presa de un ataque de cólera y que murió rabioso pocas horas más tarde, gritando, en

su delirio: «¡Alejad es~ cabeza de mí!»).

Enterrado Carlos IX, accedió al trono Enrique III, cuya reputación de nigromante es aún mucho peor que la que merecieron su hermano Carlos y Catalina de Médicis, su madre. Los rumores de la corte aseguraban que mantenía un demonio llamado Terragón, con el cual se acostaba de vez en cuando. Yen 1589 un libelo lo acusaba de entregarse al sacrificio de niños de pecho, en el transcurso de misas negras que combinaban el satanismo con las orgías homosexuales, del gusto de la etapa satánica de Gilles de Rays, en efecto.

Madame de Montespan, amante del rey Luis XIV, contrató cuatro misas negras con una célebre bruja parisina, Catherine Deshayes, llamada La Voisin, y con el nigromante Guibourg, un cura que había colgado los hábitos para dedicarse a officiar misas negras de intención maléfica y otros sortilegios, como profesional de la brujería.

La marquesa de Montespan (1641-1707) no buscaba otra cosa que conservar la relación amorosa con el rey de Francia, eliminar a la competencia y eventualmente, si la esposa de Luis XIV tuviera a bien morirse pronto, convertirse ella misma en reina de Francia. Tanto madame de Montespan como el abominable Guibourg, que sacrificaba niños en el transcurso de sus misas negras, eludieron la justicia y la hoguera para que la corona y el nombre de Luis XIV no se vieran envueltos en el escándalo. Pero a La Voisin, la dueña y fundadora de esa cofradía dedicada a los envenenamientos por encargo, misas negras, infanticidios con descuartizamiento y otros delitos conexos, la quemaron en la hoguera el 20 de febrero de 1680.

El perverso Guibourg ofrecía la vida de un niño por el cual pagaban a sus raptos un escudo en cada misa negra, al tiempo que, en representación de la marquesa de Montespan, entonaba estas palabras: «Astarot, Asmodeo, príncipes de la amistad, os conjuro a que aceptéis el sacrificio de este niño que os presento para que me concedáis lo que os pido, a saber: que la amistad del rey, y la de mi señor el delfín continúen, y que los príncipes y princesas de la corte me sigan tributando honores, que nada de cuanto pediré al rey para mí me sea negado, ni tampoco lo que pida para mis parientes y servidores».

Los oficios satánicos no impidieron que Luis XIV dejara a madame de Montespan por amantes más jóvenes, en particular, por Angelique de Fontanges, que era casi veinte años menor que la marquesa. Ésta, que al principio acarició la idea de asesinar a la joven, e incluso la de dar muerte al rey, no tuvo más remedio que huir de la corte en marzo de 1679, cuando La Voisin fue detenida por la justicia.

Las misas negras de Francesco Prelatti, cómplice y amante de Gilles, eran parte de un ritual nigromántico. Igual que en el caso del sacrificio infantil atribuido a Catalina de Médicis y a su hijo, Carlos, el objetivo de la ceremonia era atraer a un demonio locuaz, que en el caso de Carlos IX debía informar acerca del futuro de éste, y en el de Gilles de Rais, ayudarle a encontrar riquezas y

tesoros ocultos. Esa abominable disciplina es la nigromancia que practicaban los caldeos.

Las misas negras siguen oficiándose en la actualidad, y hay abundantes pruebas fehacientes acerca de las que se realizaron en el pasado. Cada año se roban miles de hostias consagradas en las grandes ciudades de Italia, España, Francia, Alemania, Polonia e Irlanda.

Pero la misa blasfema del sabbat era oficiada por el Diablo en persona; en cambio las misas negras que se celebraron en Europa en los últimos siglos sólo contaron con curas renegados, y en el más espectacular de los casos las misas de la American Church of Satan, de La Vey con gogós pelirrojos esculturales y desnudas.

Estas misas no operan la transustanciación sino una mera expresión de odio histérico: clavan chinchetas, estiletos o navajas en las hostias, y algunas mujeres las pinchan con los alfileres de sus broches de diamantes. Asegura la tradición satanista que un acólito francés inventó un aparato de cuerda del tamaño de un reloj de bolsillo donde se podía fijar la hostia sobre una especie de acerico para que fuese perforada por numerosas agujas. ¡Un torturador de hostias de cuerda! y que en alguna ciudad relojera de Suiza a principios del siglo XX comenzaron a fabricar ese aparato para atormentar obleas con una caja de oro engastada en brillantes, esmeraldas, rubíes. También se asegura que estuvieron un tiempo de moda como joyas raras en los años 20, y que luego dejaron de verse. Acaso los sacó de circulación el propio Diablo.

El satanismo de mayor difusión en el presente ha hecho de la misa negra sobre todo una gran juerga blasfema y sacrílega en la cual los devotos intentan demostrar que creen sólo en sí mismos, que para ellos no existe Dios, ni tampoco el Diablo; que sus personas reúnen a ambos a la vez.

Esa pura tontería ritual narcisista pudo, no obstante, impresionar mucho al novelista J. K. Huysmans, quien a finales del siglo XIX y principios del XX tuvo que enfrentarse a una secta de nigromantes satanistas que lo bombardearon con larvas e intentaron darle muerte por medio de hechizos; y que al fin, después de fracasar en las tentativas criminales mayores, acabaron enviándole súcubos insidiosas a que turbaran más aún si cabe su paz de hombre maduro con delirios sensuales que le dejaron un regusto de aniquilamiento y devastación.

–Capítulo 13

EL INFIERNO Y SUS JERARQUÍAS

Averno, tártaro, erebo, báratro, gehena, hades, abismo, sheol... Éstos son sólo algunos de los nombres que se han empleado para nombrar el infierno, especie de penitenciaría de los demonios y de las almas de los réprobos, donde se practican los suplicios —eternos o temporales, acaso interrumpidos por los tiempos de jubileo y vacaciones, o incesantes, según las creencias— de quienes no han merecido la gracia de la elección o no pudieron salvarse por sus obras.

In vulva infernum, o que el infierno está en el órgano genital femenino, fue la imagen que acuñaron los monjes cristianos medievales para combatir la voluptuosidad de la carne, la lujuria, que siempre ha sido uno de los pecados preferidos de la humanidad. El cristianismo se opuso a la incredulidad y al hedonismo que dominaban el mundo antiguo, aconsejando la moderación de los apetitos, definiendo como pecados la preeminencia de éstos y proponiendo a todos los creyentes el culto del pudor y la castidad.

Emblema de esa actitud, la frase *in vulva infernum*, que sirvió a Boccaccio ya otros muchos autores de la Baja Edad Media para componer cuentos humorísticos, chistes y burlas, iba a adquirir otro sentido con la teoría freudiana, a principios del siglo XX.

En la sociedad medieval la misoginia de nuevo cuño que generaron los religiosos cristianos de sexo masculino también servía de justificación tanto para excluir a las mujeres del sacerdocio como para formular el voto de castidad y encerrarse en los claustros.

El sexo femenino, tentación e instrumento del Diablo, se volvió la entrada más popular al reino del Diablo. A pesar de que la frecuentación de las mujeres no disminuyó, el miedo al infierno, prometido tanto a los pobres como a los ricos, se mantuvo al alza durante todo el período medieval.

El último siglo del Medioevo, el XV, fue tan espantoso que se produjo una especie de epidemia de vocaciones. Fueron multitudes quienes buscaron refugio a causa de los signos apocalípticos que se veían por todas partes. Y la gente, mediante la santa vida conventual, buscaba ponerse a salvo de las torturas de ultratumba del infierno, que sobre todo el cristianismo romano tendía a imaginar semejantes a las que administraban los inquisidores y jueces a la caza de herejes y brujos.

En los sermones del período renacentista, lo mismo que en su arte, abundan las amenazas de ultratumba:

¡Allí en el infierno, las sábanas sobre las cuales fornicasteis arderán en torno a vosotros sin consumirse nunca...!

Aunque en realidad el infierno no sea más que la ausencia o el olvido de Dios, la imaginación de los fieles tendía —y tiende— a ver a las personas condenadas comiendo su propia carne, recibiendo chorros de fuego y azufre en llamas sobre la piel desnuda, o bien que garras y picos de bestias feroces, demonios como enormes aves de rapiña desgarraran sus pecadores cuerpos.

La novela fantástica de la brujería está emparentada con el ciclo narrativo de los tormentos físicos del infierno, aunque sea de composición más burda.

Los tormentos físicos fueron mantenidos con singular astucia, a pesar de lo inconmensurables con la realidad espiritual que puedan ser unas pinzas de verdugo, un tridente o el látigo.

Y los tormentos del purgatorio, un local intermedio o penitenciaría para pecadores moderados, donde las almas expían sus faltas a plazo fijo, antes de poder ingresar en el cielo, son igual de cruentos. El purgatorio fue una invención de la Iglesia de Roma para recaudar rezando novenas, oficiando misas en viático, vendiendo indulgencias dijo Martín Lutero, que por algo era hijo de un demonio íncubo, a fin de rescatar del suplicio sádico a las almas de los familiares muertos de los parroquianos, que se encontraban estacionadas allí para que los demonios las asaran en parrillas o frieran en enormes sartenes.

Nada más absurdo que aplicar castigos físicos a las almas incorpóreas. Pero la angustia del mal suele expresarse con facilidad en imágenes físicas y sufrimientos carnales. Igual que a los creyentes del atractivo paraíso musulmán les esperan las huríes y los efebos. Pero tanto los placeres del cielo como los sufrimientos del infierno serán espirituales, es decir, verbales.

Emplazamiento del infierno

¿Pero dónde se encuentra el infierno exactamente? Mientras duró la convicción de que la Tierra era plana, casi todos daban por cierto que el infierno Erebo o Tártaro se encontraba en el reverso del mundo. Luego, sobre todo a causa de la imaginería de Dante Alighieri (1265-1321), se lo situó en el centro de la Tierra.

Los clásicos paganos, y más tarde los cristianos, tendieron a considerar entradas del infierno los cráteres de los volcanes en actividad: Vesubio, Stromboli, Etna...

Desde tiempos remotos se sabía que el titan o gigante llamado Tifón también Tifeo habitaba en el

abismo inferior del Etna, junto al mar siciliano, donde también se encuentran las fraguas de Efestos o Vulcano, pero en cambio no ha podido comprobarse que allí vivan también el resto de los demonios ni que se atormenten las almas del réprobos.

En relación con el tema, el catecismo contrarreformista aprobado en el concilio de Trento suscribe sin más la tesis dantesca: el infierno está justo en el centro de la Tierra.

Dante Alighieri había tomado la idea de santo Tomás de Aquino, cuya descripción es alarmante pero bastante ajustada a la realidad física: «Enorme océano de fuego, azufre y asfalto fundido». Durante siglos, la Iglesia creyó que los vapores y el humo que salen por las chimeneas de los volcanes eran escapes del infierno.

Para los primeros Padres de la Iglesia y los rabinos los demonios habitaban los mismos sitios que frecuentan los hombres: las cuevas, el subsuelo, las aguas. De hecho, la religión judía carece de infierno. Pero los hebreos regresaron del cautiverio en Babilonia también con los mitos acadios de Nergal y Ereshkigal, esta última, reina de los muertos, que a su hora amenazó invadir el mundo de los vivos con multitudinarias y por ello irresistibles legiones de fantasmas.

Lo cierto es que el infierno es mucho más antiguo que los demonios. Antes de que la humanidad comenzara a hablar de éstos, ya había imaginado un mundo para los muertos. Casi todas las culturas primitivas consideraban el subsuelo como la morada natural de las almas de los difuntos.

El Antiguo Testamento no describe la residencia de ultratumba de las almas de los muertos, se limita a nombrarla como un lugar de disolución y de olvido al que llama *sheol*, y que se parece antes a la memoria de los vivos que a un espacio físico.

En efecto, acerca del *sheol* informa el Talmud que allí las almas despojadas de todo deseo pierden su identidad hasta la total aniquilación. La palabra *gehenna*, que se convirtió en sinónimo de infierno en el Nuevo Testamento, en el Antiguo sólo designa al valle de Ennom, al oriente y al sur de Jerusalén, donde los antiguos hebreos ofrendaban en sacrificio a sus propios hijos al dios Molocho. Fueron los autores del Nuevo Testamento quienes convirtieron la palabra en sinónimo de infierno.

San Atanasio de Alejandría (298-372), santo a quien se invocaba para curar las migrañas más de mil quinientos años antes de que se inventara la aspirinas, tenía por cierto que los demonios saturan el aire, que lo contaminan porque no tienen otro sitio donde residir. y que las jaquecas y migrañas tienen mucho que ver con ello.

San Patricio, patrón de Irlanda, supo a su hora, con un golpe de báculo taumatúrgico, abrir un socavón en el suelo de Erin que dejaba ver el fuego del infierno allí abajo en el abismo y permitía oír los espantosos aullidos de los atormentados. Pero los islandeses pretendían a su vez que el infierno estaba debajo del monte Hekla.

Aunque Dante Alighieri estuvo muy influido por el infierno homérico, que conoció a través de los versos de Virgilio, a quien por algo elige como guía en su excursión infernal, sobre todo quiere ilustrar la doctrina teológica del pecado y el castigo que se desarrolla en la *Suma Teológica* de santo Tomás de Aquino y su intuición geográfica.

El poeta inglés John Milton (1608-1674) instaló el infierno a tres radios terrestres de distancia de la superficie de la Tierra, pero como la mayoría de los autores, ni siquiera intenta situarlo en el espacio sideral conocido por la astronomía. En su *Paraíso perdido* (*Paradise lost*), la patria y morada del Diablo se encuentra justo en el centro del «caótico vacío» del origen, en medio de las confusas tinieblas. y es una luna de fuego helado que bañan cinco ríos: el Estigio, corriente del odio; el Aqueronte, caudal del dolor; el Cocito, afluyente de lamentaciones; Felgetón, torrente de la ira y la concupiscencia, y el Leteo, curso de la tristeza, la melancolía y el olvido.

En el infierno de John Milton el invierno es eterno, y la nieve mezclada con la lluvia no deja de golpear a los espectros de los réprobos, al mismo tiempo que el hielo, que nunca se funde, erige estructuras fantasmagóricas alrededor de las almas perdidas.

El infierno musulmán está descrito en el Corán de una manera muy semejante a como aparece en los Evangelios. Nada tiene que ver con el *sheol*, donde las almas languidecen hasta desaparecer en la nada. El infierno musulmán está lleno de verdugos y tormentos. El libro se ocupa del infierno en veintisiete pasajes diferentes. Allí se anuncia en primer lugar que el fuego del infierno será eterno, que es el destino común de todos los réprobos después del Juicio Final. Los justos irán al jardín y los «hinchados» u orgullosos, aquellos que han resistido a la palabra de Alá, a sufrir para siempre: «Se dirá: "¡Entrad por las puertas del Infierno! ¡Eternamente permaneceréis en él!" ¡Cuán mala es la morada de los orgullosos!» (Azora XXXIX, Los Grupos, 72).

El mandamiento islámico ordena abdicar del amor a sí mismo, del orgullo, por el amor a Dios y a su palabra. De ahí que para la religión musulmana, diabólico, individualista e incrédulo resulten casi sinónimos: «Hemos puesto a los demonios por amigos de quienes no creen» (Azora VII, El Muro, 26 in fine). Y si el pecado de Iblis ha sido el orgullo, también serán orgullosos los huéspedes que reciba en su infierno.

La metáfora del fuego

Tanto en el infierno prometido por los católicos como en el que auguran los musulmanes, las

almas se quemarán «en el fuego eterno», sin que pueda imaginarse de qué manera una sustancia espiritual pueda quemarse, y padecer dolor, siendo estos dos fenómenos de orden físico y biológico, respectivamente.

Se trata, en suma, del mismo despropósito de los embarazos mestizos de demonio y humano. Quemar un alma en una parrilla o una sartén es una operación tan complicada e improbable como envasar luz en bombonas o botellas, mascarla o beberla. Tomás de Aquino intentó explicarlo en la *Suma Teológica*^[114] y en resumidas cuentas lo que hizo fue el boceto de un nuevo misterio. El fuego explicó constituye para el espíritu una especie de prisión, que le impide ir a donde quiera. En otras palabras: en el infierno según santo Tomás de Aquino no hay dolor, sino detención. El alma del réprobo permanece aprisionada en el fuego por los siglos de los siglos como un insecto en una bola de ámbar. Yeso mismo les sucede a los demonios.

A finales del siglo XVI algunos teólogos jesuitas expusieron la firme convicción de que las almas de los réprobos, además de estar presas en el fuego, como sostiene Tomás de Aquino, sufren horribles dolores, mientras esperan la llegada del Juicio Final. Aunque dichos jesuitas (Lessius y Suárez, entre otros) confesaban no poder explicarse de qué manera puede una sustancia inmaterial como es el alma resultar quemada y atormentada, pero que de todas maneras tenían la firme convicción de que era justo eso lo que sucedía con los demonios y los réprobos: sufrían mucho, mucho, mucho... aunque ellos no pudieran explicar los sufrimientos de manera técnica.

El fuego del infierno es en verdad un prodigio, un auténtico sueño de sádico: ni consume las almas ni se consume él mismo. Pero además de fuego, en el infierno hay lagos de betún y de azufre, desiertos de hielo como estepas siberianas, pantanos con reptiles venenosos, murciélagos, fieras, olores repugnantes, monstruos de los bestiarios fantásticos y gran oscuridad.

Los demonios, condenados a permanecer en reclusión en medio de las almas de los humanos réprobos, a quienes consideran inferiores, ¿qué otra cosa podrían hacer que convertirse en horribles torturadores incansables?

Según el pecado, el castigo, si a los lujuriosos las alimañas les muerden los genitales, quienes pecaron de gula tragan todo género de inmundicias. En el infierno de Dante Alighieri los avaros y los pródigos se atormentan entre sí, los herejes arden en sus tumbas, los tiranos hierven.

Entre las muchas exploraciones y paseos de seres humanos vivos por los diversos infiernos de la humanidad en Oriente, en la Antigüedad grecolatina, en la Edad Media; de místicos, de santos, de héroes, de poetas que pudieron entrar y regresar de ellos, desde Orfeo hasta san Patricio y santa Teresa de Ávila, sin duda una de las visitas más aprovechadas para los réprobos y piadosas para los católicos fue la de la Virgen María, quien a su hora descendió al antro. Regresó de allí tan conmovida que apeló a la compasión de su hijo Jesucristo. Desde entonces, entre la Semana Santa y la Fiesta de Todos los Santos (1 de noviembre), las almas atormentadas han tenido vacaciones

anuales de dolor ¡casi seis meses!

Nuevas figuraciones del infierno

Las ideas acerca de la muerte siempre han tenido mucha vida. Sin duda porque los seres humanos siempre necesitamos de ellas. Los ángeles y los demonios por inmortales, o por alguna otra razón que por ahora se oculta no parecen pensar en absoluto, ni en la muerte ni en nada.

¿Los habrá creado Dios ya con los textos que debían tener in mente, decir o cantar, como personajes de una pieza de teatro?

Puesto que hay ángeles que sólo duran el tiempo necesario para la entonación de un hosanna, un sanctus o un gloria, esto es lo más probable.

Son las reflexiones acerca de la muerte y no otras las que han servido como embriones de los sistemas religiosos, las que inspiraron más leyes, aventuras políticas, historias de amor, inventos, descubrimientos científicos y toda clase de obras de arte.

Y no obstante, los seres humanos no terminamos de creer en la muerte, a pesar de pasarnos la vida comprobando que nuestros vecinos, conocidos, amigos, enemigos, familiares, seres queridos ... , en fin, que todos morimos, uno tras otro.

Sir J. G. Frazer (1854-1941), el autor de ese libro fundamental que es *La rama dorada* (*The Golden Bough*), en la década de 1920, es decir, en la última etapa de su vida y obra bibliográfica, emprendió una investigación antropológica de escala mundial, como fueron casi todas las suyas, que le permitió postular esta hipótesis: «Los seres humanos creen, en su gran mayoría, que la muerte no extingue su existencia consciente, sino que ésta continúa durante un período indeterminado, o infinito, después que la frágil envoltura carnal que durante un cierto tiempo alojó a dicha conciencia fue reducida a polvo». Frazer explicó el alcance y la importancia de ese descubrimiento en una pieza que tituló *The Fear of the Dead* (*El miedo a los muertos*).

Como es natural, la convicción de que las almas de los muertos siguen conscientes entre los vivos inspira a éstos, en relación con los fantasmas o espíritus de los difuntos, muy diversas conductas. Hay quienes les tienen mucho miedo, otros los tratan con gran afecto; tampoco faltan los interesados que esperan conseguir cosas de ellos: saber el futuro o que les revelen los lugares donde hay tesoros o riquezas ocultas.

Ciertos expertos, como los nigromantes, ya estaban seguros de poder servirse hasta de los cadáveres en los días de la civilización caldeo-babilónica y del Antiguo Egipto. En el capítulo XI de la *Odisea*, Homero hace que Odisea consulte a los fantasmas de los antepasados de Tiresias. El ingenioso Odisea los hace hablar dándoles a beber sangre bovina.

Entre los pueblos cazadores es corriente que los vivos cuenten con la ayuda de los fantasmas de los muertos a la hora de enfrentarse a las presas más difíciles.

Si hay un infierno o un paraíso para esas almas en pena, también hay libre circulación. Algunos pueblos están convencidos de que los fantasmas de sus muertos también producen hechos y acontecimientos funestos, accidentes naturales, como inundaciones o terremotos, e incluso accidentes personales, como que una persona se enamore de otra con sólo mirarla u olerla; y también que gente que goza de buena salud enferme y muera.

El infierno de Swedenborg

¿Qué diferencia hay entre un espíritu que inflige el mal y un demonio o, para plantearlo en términos positivos entre un ángel y un fantasma que procura el bien?

Ninguna, diría Emanuel Swedenborg (Estocolmo, 1688-Londres, 1772), más aún, agregaría: no hay otros ángeles ni otros demonios que los espíritus de los difuntos. Ni tampoco hay Diablo o Satanás, hay tan sólo Dios, el cielo Y el infierno. «Todas las cosas buenas proceden de Dios y las malas del infierno», afirma.

Hijo de un obispo luterano, hasta los cincuenta y cinco años Swedenborg fue un hombre de ciencia y había publicado más de veinte obras sobre geometría, física y mineralogía. Cuando se encontraba en Londres, la noche del 7 de abril de 1743, tuvo sueños reveladores que consignó en su diario. Fueron sueños eróticos, pero cargados de profecías. En 1744 tuvo una visión en cuyo transcurso se le presentó un mago vestido de púrpura, quien le dijo que era Jesús y le reveló su misión: renovar la doctrina, incluso crear para ello una nueva Iglesia. Así nació la Iglesia de Jerusalén, o el espiritismo moderno.

Para muchos de sus contemporáneos y buena parte de la posteridad, ese incidente fue la alucinación de un psicótico delirante. Pero la prosa del autor es lo bastante convincente Y razonable como para poner en duda esos diagnósticos psiquiátricos.

Swedenborg le hizo caso: creó dicha Iglesia y se puso a escribir no como un filósofo que procura demostrar algo, sino como un profeta que oye la revelación de un ángel y la fija en papel para luego transmitirla a los seres humanos. Desde el día en que recibió la primera visita divina no dejaron de frecuentarlo otros espíritus notables. En particular, el del poeta Virgilio y el de Martín Lutero, quienes solían aparecerse juntos en su casa, muy a menudo. Le resultaron de una gran ayuda, fueron de importancia crucial en la obra que comenzó a componer, pues se trataba de teología protestante escrita en latín. Disputó bastante con ellos, ya que Lutero insistía en querer persuadido sobre la verdad de su doctrina de la salvación por la gracia en la cual Swedenborg no creía. Y con Virgilio, que era pagano, también polemizó.

Los criados de la casa oían los conciliábulos del trío a través de las puertas cerradas de la sala: se pasaban las horas discutiendo en latín.

En 1756 apareció la obra más importante del autor: *Acerca del cielo y sus maravillas y acerca del infierno, según cosas vistas y oídas*.^[115] Tuvo una gran repercusión, y se convirtió en la piedra basal del espiritismo contemporáneo. El autor afirma con autoridad profética, sin detenerse o incurrir en la debilidad de polemizar con otros doctrinarios. Para Swedenborg no existen otros ángeles ni demonios que las almas o espíritus de los muertos que han elegido dicha naturaleza a causa de su voluntad, pensamiento y acción:

Lo mental natural del hombre está compuesto de sustancias espirituales y al mismo tiempo de sustancias naturales; el pensamiento se forma con las sustancias espirituales y no con las naturales. Estas últimas se separan cuando el hombre muere, pero no así las sustancias espirituales. En consecuencia, después de la muerte, cuando el hombre se convierte en espíritu o en ángel, esa misma sustancia mental permanece en una forma semejante a la que tenía en el mundo [...] No hay un solo espíritu ni un solo ángel que no haya nacido hombre. Esos arcanos de la sabiduría angélica se revelan aquí con el objeto de que se sepa qué es lo mental natural en el hombre.^[116]

Swedenborg imagina que la vida después de la muerte tan parecida a la anterior que al principio el alma del muerto no advierte que la carne ha dejado de vivir. El espíritu sigue haciendo la vida de siempre, hasta que comienza a recibir visitas de ángeles y de demonios, es decir, almas ya establecidas en la muerte, por así decir, que lo introducen en una intensa vida social. Allí las almas, a pesar de haber muerto, siguen disfrutando del libre albedrío:

Espíritus que acababan de pasar recientemente de este mundo a la otra vida [...], se habían hecho del cielo una idea tan falsa que pensaban que la vida celestial consistía en estar en una región etérea, y en poder gobernar lo que estaba en las regiones inferiores, que eso era estar en la gloria de sí y en la eminencia, por encima de los demás.

Se trata del pecado de orgullo en los muertos, ni más ni menos. En el mundo de ultratumba de Emanuel Swedenborg las almas sobre todo acaban por conocer su propio deseo; para ello cuentan con la ayuda de Dios y de los ángeles, de infatigable didactismo:

Para que supieran cuán grande era el error en que estaban, se les acordó una especie de gobierno sobre los lugares inferiores. Pero ellos reconocieron con vergüenza que eso no era más que un cielo ilusorio....

El didactismo del autor es un reflejo del divino al menos él está seguro de que es así:

El cielo verdadero, lejos de estar encima de nuestras cabezas, estaba en todas partes donde se vive en el amor y la caridad [...], porque desear ser más grande que los demás constituye el infierno y no el cielo.

Dios no hace otra cosa que ayudar a las almas a comprender la verdad, para que elijan según su propio albedrío. El infierno, de donde proceden todos los males, es un lugar donde priman el odio y el desasosiego, donde las almas conspiran sin tregua contra todas las demás.

Los hombres escribe el místico tienen tanto del infierno como del cielo una idea muy general que de tan oscura resulta nula. Las almas de los muertos suelen persistir en el error que caracterizó sus vidas; Swedenborg lo supo por dialogar con espíritus que en el mundo, hace siglos, habían confirmado lo falso de sus religiones, y que después de muertos seguían sosteniendo las mismas falsedades. «Es así porque todas las cosas que el hombre confirma en sí mismo se convierten en cosas de su amor y de su vida.»

Para Swedenborg hay tantos cielos como ángeles o almas bienaventuradas y tantos infiernos como réprobos o demonios. Así como el cielo consiste en el amor a Dios y al prójimo, y en la alegría y la felicidad que produce, el infierno consiste en el odio hacia Dios y el prójimo, y en las penas y tormentos que resultan de ello: la angustia del bien.

En el pensamiento del místico sueco, el infierno constituye por sí mismo un solo demonio y un solo espíritu. Porque apela al amor de sí mismo, al orgullo de los seres humanos, y al amor hacia las cosas mundanas, que para él equivalen al odio hacia Dios y hacia los hombres. De ahí que el infierno no pueda tener otro designio que perder y condenar a todos los hombres para la eternidad. «He advertido mil veces que tal era el esfuerzo constante de los infiernos, y si el Señor no defendiera a los hombres en todo momento, en un instante todos pereceríamos.»

La voluntad y el entendimiento, asegura, determinan la vida de cada cual. Según sean éstos, el hombre elegirá el cielo o el infierno. También declara o revela en sus escritos igual que lo hicieron los profetas fundadores de religiones que los buenos usos y el bien proceden de Dios y los malos, del infierno. Las cosas que causan daño y matan a los hombres aparecen en los infiernos de una manera tan sorprendente como en la tierra. No obstante, la versión infernal es diversa, se trata de una correspondencia simbólica «de las codicias que brotan de los amores de los infernales, y que se presentan bajo tales formas [...] los infiernos están llenos de olores a carroña, basura, orina, podredumbre con los cuales los espíritus diabólicos se delectan, igual que lo hacen en la tierra algunos animales... ».

Sin embargo, a los demonios les parece lo contrario, que es el cielo el que huele muy mal.

–Capítulo 14

IBLIS, SATÁN EN LA TRADICIÓN CORÁNICA

Los yinns, demonios de los beduinos, que ocupan los árboles, las estatuas, los pozos de agua, e incluso el interior de algunas personas, como los poseídos o los buscadores de objetos perdidos, ante la revelación coránica se comportaron igual que los beduinos: muchos se convirtieron a la fe islámica y otros dieron en la impiedad incrédula.

El Satán islámico se llama Iblis, vocablo cuya raíz procede de la griega *diabolos*. En la espiritualidad musulmana, a pesar de su fuerte presencia, tiene una función de escasa relevancia. Esto se debe a que en relación con el Dios único y todopoderoso de los musulmanes queda reducido a la mínima expresión posible, y al borde de la inexistencia. Tanto más por cuanto, a diferencia de lo ocurrido en la tradición judeocristiana, en cuyos libros apócrifos (Enoc, Noé, Jubileos, etc.) asistimos a la rebelión erótica de los ángeles lujuriosos, que llegan a procrear con las mujeres, en la islámica no ocurre nada semejante.

Más aún, en la azora 37, La Filas, el Corán se aparta de la tradición judeocristiana del Génesis (capítulo 6), y sobre todo de la mitología que desarrolla el Libro de Enoc, por haber atribuido a los ángeles filiación divina: «Han establecido entre Él y los genios, una filiación; pero los genios saben que serán citados al Juicio Final».

A causa de esta soledad del Creador increado y sin hijos (*Ben Elohim*), el mal, que en el cristianismo es obra del Diablo, en el islam es voluntad del propio Dios. ¿Cómo han resuelto los místicos musulmanes ese problema que los cristianos resolvieron con la entronización del Diablo? O en otras palabras: ¿qué hacer ante el mal que Dios mismo ha creado y mantenido en el mundo? Los místicos sufíes han reflexionado con gran profundidad en torno a la palabra coránica acerca del tema, que se encuentra en las azoras 7, El Muro (11-27); 15 Al-Hichr (28-43); 17, El Viaje Nocturno (61-65); y 38, Sad (71-75).

Cuando Dios informa a los ángeles acerca de su proyecto de crear a Adán con arcilla y agua, los ángeles no expresan entusiasmo alguno, sobre todo se muestran alarmados:

«Pondré en la tierra un vicario», dice Dios.

«¿Pondrás en ella a quien extienda la corrupción y derrame la sangre, mientras nosotros cantamos tu loor y te santificamos?», le preguntan los ángeles. «Yo sé lo que no sabéis», responde Dios.

Después de crear a Adán, el Todopoderoso le enseña los nombres de todas las cosas que los ángeles ignoran. Luego presenta al hombre ante las criaturas del cielo y hace que éstas reconozcan su ignorancia en relación con el *califa*, es decir, con el hombre. Y por fin les pide que se prosternen

ante Adán. Los ángeles lo hacen, con excepción de Iblis.

La actitud de Iblis está explicada en el texto coránico: él se siente superior al hombre porque éste fue modelado con barro y en cambio a él lo hicieron de fuego. El Creador lo maldice y expulsa del cielo, del consejo de los ángeles, hasta el Día del Juicio, aunque ya está juzgado: irá al infierno.

A pesar de ello, Iblis obtiene una concesión de Dios: será el tentador de los hombres hasta el final de los tiempos.

Y aquí aparece un rasgo típico del Satanás islámico que no encuentra equivalencia en las religiones judía o cristiana:

Iblis dijo: «Puesto que me has ofuscado, permaneceré en espera de ellos en tu recto camino, a continuación los alcanzaré, asediándolos por delante, por detrás, por la derecha y por la izquierda. No encontrarás en su mayoría agradecidos». (Az 7, El Muro, 15, 16).

Dios expulsa a Iblis del paraíso después de esa profesión de malvada esperanza en la mala índole de la criatura hecha de arcilla: confía en que podrá perder a los seres humanos. El Creador promete enviar al infierno, junto con él, a cuantos humanos le sigan.

La respuesta de Iblis a Dios, es insolente y agresiva, puesto que es una declaración de guerra contra la humanidad, pero también un desafío al Creador, a quien quiere demostrar que su obra, el vicario, el *califa* que ha modelado con barro, no es una buena obra.

Y a continuación, consigue demostrar a Dios, en efecto, que los primeros padres transgreden la ley y consumen el fruto del árbol prohibido. Es la primera trampa de una larga serie.

Iblis cambia de nombre entonces. Comienza a llamarse al Shaitán (Satán o Satanás), que no sólo resulta más universal o inserto en la tradición bíblica, sino que en lengua árabe como en hebreo y arameo puede funcionar como un sustantivo que significa más o menos «renegado», «tránsfuga».

La mística musulmana de los primeros siglos de la Hégira pudo enriquecer la historia con gran número de leyendas y tradiciones, que sirvieron de sostén a una constante reflexión teológica. ¿Por qué razón Dios no podía perdonar el pecado de Iblis, y en cambio sí perdonaba a Adán y Eva? Porque Iblis se enorgullece en base a un silogismo:

- 1) Yo estoy hecho de fuego.
 - 2) El hombre está hecho de arcilla.
 - 3) El fuego es superior a la arcilla.
- Conclusión: Soy superior al hombre.

Iblis actúa de acuerdo con la conclusión: si es superior, ¿cómo podría prosternarse ante el

hombre? La obstinación agrava la falta, que al principio es un error intelectual: cuestionar la inconmensurable sabiduría de Dios por medio de un inepto silogismo porque la tercera premisa es sofística. Iblis hace lo que no debe hacer un buen musulmán: se niega a inclinarse ante el misterio incomprensible de Dios. Y luego, en lugar de reconocer el error y pedir perdón, se obstina en el error, y convierte a éste en una causa para hostigar a la humanidad —en otras palabras: hostigar a una parte de la obra de Dios— sin descanso.

En cambio la primera pareja en seguida pidió perdón a Dios, y Él, que, como subraya el Corán una y otra vez, es demente y misericordioso, lo concedió. La primera pareja tendría que marcharse a vivir a la tierra, pero sus descendientes podrían contar con la ayuda de los profetas para encontrar el recto camino.

El peligro satánico se multiplicó con el número de los demonios. La liturgia está llena de fórmulas destinadas a preservar a los creyentes de las acechanzas del Diablo («Busco refugio en Dios contra Satán el Lapidado», por ejemplo) que los ataca a todos a la vez. Hay casi tantos satanes como creyentes islámicos. ¿Cómo es eso posible? Las respuestas a esta pregunta son muchas.

Una tradición asegura que Dios le habría procurado una hembra y que desde hace mucho tiempo no ha dejado de procrear. Otra cofradía postula que Satán tiene una vagina en el muslo izquierdo y un pene en el derecho. Le bastan un par de golpes de muslos para autofecundarse. También sostiene otra corriente que, por ser espiritual, lo que hace es poner huevos también espirituales en el corazón de los seres humanos. Y que al nacer, los demonios flamantes ocupan el cuerpo de las personas como parásitos, nutriéndose con sus maldades.

La corriente ascética tradicional atribuye a cada ser humano un satán^[117] que vive en su interior. Todo musulmán debería purificarse quitándose el espíritu. El camino para ello es la *charia'h*.

El designio del satán que cada cual alberga en su interior es el reforzamiento del aspecto carnal de la persona y el debilitamiento de la vocación y los impulsos espirituales. Las trampas más groseras tienen que ver con los apetitos corporales, como la comida o el sexo, pero a veces la insidia del Lapidado es tan sutil que se disfraza de virtud o santidad.

El lapidado y el místico

A diferencia de la Torá, el Corán define a Iblis no como un espíritu al servicio de Dios sino como su enemigo irreconciliable: «¡Baja del paraíso pues no es propio que te enorgullezcas en él!

¡Sal! Tú estás entre los desdeñados» (E.C. VII, 12).

Satán es constantemente lapidado por los ángeles, que le lanzan una lluvia de estrellas fugaces, de ahí el epíteto coránico.

Cuando los condenados del infierno pidan clemencia al Diablo lo llamarán «Malik: «Los culpables estarán eternamente en el tormento del Infierno, que no se les aligerará; ellos permanecerán en él desesperados. No los vejamos, ellos serán sus propios vejadores, y gritarán "¡Oh, Malik! ¡Termine tu señor con nosotros!" Responderá [Iblis, Satán, el Diablo]: "Vosotros permaneceréis aquí"» (Azora XLIII, Los Ornamentos, 74-77).

Ese nuevo nombre, «Malik», es una alusión a Moloch.

En el Corán, Iblis no sólo tiene múltiples máscaras, sino además diversos nombres. Y el Profeta, en la aleya 121 de la azora VI, Los Rebaños, llega a reemplazarlo por el colectivo de los *shaitanes* (satanes o demonios).

El Corán no postula una cosmogonía alternativa, sino que sostiene la bíblica', la de la Torá. En la Azora III Mahoma reconoce la Torá como la Ley de Dios. No obstante, las diferencias entre una y otra historia ya se advierten en el Pecado Original. En la revelación islámica Iblis tienta a Adán y no a Eva. Ambos comen, pero el espíritu de negación no se dirige a la mujer sino al hombre: «Pero el Demonio lo tentó. Dijo: "¡Adán! Te guiaré al árbol de la eternidad y del señorío que no envejece". Ambos comieron de él: Aparecieron sus vergüenzas y empezaron a cubrirse con hojas de los árboles del Paraíso» (Az XX, Ta Ha, 118-119).

Satán, Iblis y los demonios y efrits impíos o no creyentes son enemigos de Alá y de los ángeles; sin embargo la reflexión de algunos místicos resaltará los matices del personaje para otorgarle mayor consistencia y complejidad.

Hussein Mansur al-Hallaj (857-922), uno de los místicos sufíes más importantes, fue encarcelado y condenado a muerte por herejía en el año 922 a causa de su prédica apasionada que le valió importantes mortíferas enemistades políticas. El prestigio de al-Hallaj, cuya obra fue en su mayor parte destruida por la censura, creció de manera incesante después de su muerte. Aunque de sus escritos se han salvado sólo escasos fragmentos, uno de los textos que dedicó a la reflexión acerca de Iblis, una pequeña pieza, titulada *Libro de los Tawasin (Kitab at-tawasin)*, llegó hasta nuestros días. Los capítulos 6 y 7 de dicha obra están dedicados a la exposición y análisis de los hechos protagonizados por Iblis, Satán, Malik.

En principio, al-Hallaj procede como Plutarco: coloca en paralelo a Iblis y al profeta Mahoma. Uno y otro han expuesto auténticas pretensiones y actuaron de acuerdo con su fe. Pero Iblis desobedece la orden de Dios por amor a sí mismo, por orgullo, y en cambio Mahoma lo hace por humildad. A pesar de ello, la sola comparación de estos dos personajes resulta un tanto escandalosa.

No contento con ello, el místico sufi explica la conducta de Iblis de tal modo que parece justificar la desobediencia, y lo hace por tres caminos diferentes:

a) El rebelde por fidelidad y precognición. Creado de fuego, Iblis, uno de los primeros seres próximos a Dios, estuvo al tanto de los designios de su Creador casi desde el principio de los tiempos. Sabía que iba a regresar al fuego, del cual estaba hecho, o en otras palabras, que acabaría en el infierno. Ello explica que se obstine en justificar su actitud rebelde ante Dios. Puesto que su destino ya está fijado, prefiere permanecer fiel a Dios, y sólo prosternarse ante él, y de ninguna manera ante el nuevo ser, que le parece inferior. El místico no oculta que la energía y voluntad obstinada de Iblis le resultan admirables. Ello le ha valido duras críticas de los comentaristas de la posteridad, que lo acusaban igual que a Iblis de no haber comprendido que por el hecho de que Adán fue creado a imagen y semejanza de Dios, al negarse a la prosternación ante él, lo que rechazaba era adorar una representación del propio Creador. Sin embargo no es evidente ni mucho menos que al-Hallaj intente justificar a Iblis.

b) El amante de Dios a ultranza. Iblis ama a Dios, a quien sirve desde el momento en que Aquél lo creara, hasta tal punto que considera que prosternarse ante otro ser es una intolerable traición. Con tal de no incurrir en ella, prefiere afrontar el peor de los castigos, la exclusión del cielo, el infierno. Su amor hacia Dios es tan radical que toma la condena de Dios como una gracia, en primer lugar, porque ésta revela que Dios lo recuerda en todo momento.

El Satanás de al-Hallaj ama a Dios con la mística pasión de quien no espera recompensa alguna por parte del amado. Se trata de un tema recurrente en la literatura sufi, que en este caso se presenta como paradójica, puesto que el amante místico es nada menos que el Diablo.

e) El funcionario de Dios. Tal como ocurre con el satán del Libro de Job, el musulmán no sería otra cosa que un «probador-tentador» de creyentes merecedores del paraíso. La revelación coránica insiste en esa idea, como ya se ha visto antes. al-Hallaj teoriza acerca de ello de manera general: cree que el concepto de bien no puede existir sin el de mal, ni el de luz sin el de oscuridad.

En el mismo sentido se puede leer un escolio de Rumi ^[118] acerca de el Corán 2, 28 «Pondré en la tierra un vicario»: «Un opuesto no puede ser nombrado más que por su opuesto, y ese Rey único de reyes no tiene opuesto ni par. Por esta razón ese Señor del corazón estableció un vicario, que sirviera como espejo donde se reflejara su soberanía. Por ello le dio pureza ilimitada y luz, y por otro lado dispuso la oscuridad oponiéndola a la luz. Dios instauró dos estandartes, uno blanco y otro negro, el uno Adán y el otro Iblis».

La máscara del amante atormentado

Ain al-Qozat ibn Hamadani, otro místico sufi, que igual que le ocurrió a su predecesor al-Hallaj fue acusado de herejía y martirizado en 1131, en oscuras circunstancias, desarrolló en sus *Tamhidat (Prolegómenos)* una doctrina que depara al Diablo del islam la función de modelo negativo: mientras que la mayoría de los profetas predicán la unión con Dios, Hamadani postula que es necesario imitar a Iblis y aceptar la exclusión del cielo, la separación de Dios, que es la prueba más dura, pero la única incontrovertible para demostrar la autenticidad del amor a Dios. Sin ella, siempre se puede suponer que en la devoción del creyente alienta un interés personal (no ser excluido, separado o maldito).

Jalalud Din Rumi (Balj 1207-Konia 1273), el mayor místico sufi, además de vindicar en su brillante obra poética la doctrina de al-Hallaj y el valor ejemplar de su martirio, retoma el examen de las funciones de Iblis/Satán en la revelación coránica. En la «Historia XI. Mo'avia e Iblis», donde pone voz a éste, nos ofrece la imagen de un Diablo semejante a un primogénito con celos de su hermanito Adán: "Aún conservo el amor a Dios que me alimentó de joven. Si me sublevé fue sólo por celos de Adán, y los celos proceden del amor, no de la negación de Dios. Jugué una partida de ajedrez con Dios, por Su propio deseo, y aunque estuve totalmente acorralado y arruinado, en mi ruina experimenté sus bendiciones».

Esta vez en la voz del Diablo se oye el eco de Hamadani atribuyéndole una misión sublime: la máscara del amante atormentado.

En «El oficio de Satán en el mundo»,^[119] Rumi enseña a reconocer al tentador: "El Diablo está en cualquier cosa que te haga temblar, oculto bajo su forma exterior. Cuando no tiene un cuerpo a mano, entra en tus pensamientos, para hacer que te arrastren al pecado».

El remate del poema, que expresa la más transparente de las ortodoxias teológicas, tiene forma de invocación exorcista: «Grita: "No hay poder ni fuerza salvo en Dios!" para apartar al Diablo del mundo y de tu propia alma».

-Capítulo 15

CONFLUENCIAS ANIMISTAS y SATÁNICAS

En Brasil, la confluencia lingüística como consecuencia de la colonización y la llegada de los esclavos africanos, fue también cultural, religiosa y mágica. Los afrobrasileños, igual que hicieron en los países del Caribe los practicantes de la santería y el vudú, produjeron una especie de fusión entre la tradición del santoral católico y la no menos dilatada galería de dioses tradicionales del animismo africano.

Al principio, en el período más duro de la conquista y del tráfico de esclavos, los cautivos africanos empleaban los nombres de los santos católicos para encubrir el culto clandestino de sus deidades tradicionales, proscritas por los esclavistas, que eran devotos a ultranza de la religión de Roma y del Papa.

Así, entre los practicantes del vudú haitiano, san Antonio de Padua encubría al loa (dios), misterio, ángel o demonio Legbas; san José a Loco Atisú; san Nicolás a Marasá Dosú, y el apóstol Santiago el Mayor a toda la galería de los misterios Ogún, que suman media docena de dioses fuerza: los orixás u orichás.

El proceso registrado en Cuba con la santería es muy parecido. Fueron los conquistadores y colonos españoles quienes impusieron ese nombre a la religión y a la magia resultantes de la fusión étnica.

Madres y padres de los santos

Macumba en los alrededores de Río de Janeiro cuyos devotos prefieren llamar *Umbanda*, *xangó* o *catimbó* en el noreste, *candomblé* en Bahía, *batuca* en el sur también llamada *culto da Nação*, *pajelança* en las regiones amazónicas ... Éstos no son más que diversos nombres para designar a un conjunto de cultos animistas de base politeísta, que han resultado de la fusión de creencias y prácticas mágicas africanas de naturaleza fetichista con el cristianismo, y en particular, el catolicismo de los colonizadores portugueses.

Mãe dos santos y *Pãe dos Santos* son las denominaciones o títulos de los sacerdotes a cargo de los centros dedicados a la práctica de la macumba, llamados *terreiros*. También en este culto, tal

como ocurrió en el ámbito hispanohablante con la santería cubana, o en el francohablante con el vudú, se produjo una confusión entre los santos del catolicismo y los «loas», «misterios», «dioses» o «genios» de la tradición africana. En la denominación de los oficiantes *macumbeiros*, la palabra «santo» equivale a «dios».

Tal como ocurre con las otras hibridaciones cristiano-animistas, la macumba tiene doble carácter, es una religión y al mismo tiempo un sistema de magia al cual recurren los adeptos con el objeto de producir cambios en la realidad natural mediante la ejecución de una serie de rituales cuyo conocimiento y realización técnica corren por cuenta de la *mãe* o *pãe dos santos*.

Cada terreiro es un templo religioso y a la vez un consultorio mágico, y toda *mãe dos santos* una sacerdotisa de macumba y al mismo tiempo una hechicera o bruja. En la primera función, venera a las deidades afro brasileñas; en la segunda, realiza «trabajos» destinados a cambiar la suerte de sus consultantes, ganando para éstos la voluntad de los espíritus tradicionales de la costa atlántica africana.

Aunque los brasileños actuales no suelen admitir la práctica de la macumba o compartir sus creencias, en realidad son muy pocos los que no han encendido alguna vez una vela a sus «santos» —léase «dioses»— u ocultan amuletos, talismanes (fetiches) bendecidos en el *terreiro*.

Hay muy diversos grados de adhesión al culto. Gran cantidad de brasileños acuden con regularidad a unos de los aproximadamente cien mil centros repartidos en el territorio donde se practican las ceremonias de la macumba o candomblé, pero son también muchos los que sólo han recurrido a los servicios de una *mãe* o *pãe dos santos* una o dos veces en su vida. y por último están los que nunca han acudido a los centros ni consultado a *mãe* o *pãe* alguno, pero que no obstante temen a los «santos», lo cual es otra manera de creer en dichos dioses.

Una religión nueva

La palabra *macumba* designaba el lugar donde los cautivos negros celebraban las ceremonias rituales en los tiempos del tráfico de esclavos, la conquista y colonización de América. En la actualidad, en el estado de Río de Janeiro el vocablo se usa como nombre del conjunto de los cultos afro brasileños. También significa acción sacrificial o ritual, cuando se dice «hacer una macumba» o «hacer un trabajo de macumba», e incluso suele emplearse como sinónimo de *terreiro* (ir o acudir a una macumba).

Los esclavos de los siglos XVI al XIX. cuyas descendencias constituyen hoy la mayor parte de la población del país, procedían de las costas occidentales de África, de Dahomey, las cuencas de los ríos Congo y Níger, Angola, del golfo de Benin ... Cuando se abolió la esclavitud, los flamantes ciudadanos libres se organizaron por naciones de origen. y cada nación tenía su propio culto animista o fetichista. Pero con el tiempo, las particularidades nacionales africanas fueron cediendo espacio al sincretismo, y las diversas prácticas rituales se unificaron en el culto umbanda. Éste, que es una mezcla de casi todas las prácticas fetichistas de la costa atlántica africana, con numerosos elementos cristianos, diversas místicas, e incluso ideas y ceremonias espiritistas, constituye una nueva religión.

Igual que ocurre con el vudú y la santería, también la macumba o candomblé, aunque sea una religión, posee su propia magia negra, que se llama quimbanda.

Los *terreiros* son autónomos, y unos mismos dioses pueden tener nombres distintos en uno u otro. Los rituales e incluso los mitos que conciernen a las divinidades difieren también entre uno y otro centro. En definitiva, quien da carácter a un centro de macumba o terreiro es la *mãe* o *pãe* dos santos que lo dirige.

La sacerdotisa o el sacerdote a la hora de atender la consulta privada se comportan como hechiceros y «abren camino», abren los senderos que los demonios cierran, a veces por maleficios de operadores que buscan dañar, otras por simple dinamismo de tal o cual «santo» a quien debe ofrecerse alguna cosa para que abandone la hostilidad. También en los cultos afroamericanos los demonios crean obstáculos, son satanes. Pero pueden ser controlados por medio de la magia.

Algo muy parecido ocurre con el babalawo en la santería o el hungán y la mambo en el vudú, cuando se ocupan de las consultas privadas. En todas las devociones religiosas de confluencia cristiano-animista, la interpretación personal y el modo de hacer del «hechicero» o de la «bruja» que dirige el centro de culto y ceremonias tiene enorme importancia.

La macumba comparte dioses con la santería y el vudú, claro está, puesto que las tres tienen como padres comunes el animismo de la costa atlántica africana y el catolicismo, con la intermediación de tres lenguas diversas, el portugués, el castellano y el francés. De ahí que una misma divinidad se llame *Xangó* en la macumba de Brasil, *Chango* en la santería cubana y *Schango* o *Shango* en el vudú haitiano. Se trata siempre del mismo loa, misterio, ángel, dios «demonio», dira el párroco católico.

El *terreiro* de ana paola

En los *terreiros* lo primero que se impone al visitante procedente del extranjero es el sonido de los tambores, el espectáculo de los bailarines que se mueven a su ritmo y el humo de los sahumerios que impregna la atmósfera. Por todas partes se ven cirios encendidos de diversos colores, y hojas de árboles y arbustos recién cortadas. En las paredes hay muchas imágenes piadosas del catolicismo: un crucifijo, un Santiago matamoros, un san Jorge dando muerte al dragón...

La habitación principal del centro es rectangular y está dividida en dos por un tabique de escasa altura abierto en el centro. Uno de esos espacios se destina a los asistencia que acude en busca de la ayuda de los «santos» de la Umbanda, en el otro se sitúan los iniciados, los médiums y las «hijas e hijos de los santos», es decir, los devotos que asisten regularmente a las ceremonias del *terreiro*.

El *terreiro* de Ana Paola, situado en una localidad próxima a Río de Janeiro, reúne a unos cincuenta asistentes regulares. Las mujeres visten amplias faldas plisadas de algodón, casi siempre de color blanco, y más de una enagua, que combinan con blusas de mangas amplias, de las llamadas «de jamón», y la cabeza casi siempre cubierta por un pañuelo o turbante. Los adornos que llevan son collares, pendientes, pulseras, ajorcas de cuentas de colores.

Los médiums suelen ir descalzos por la sala, cuyo suelo de tierra está alfombrado de hojas verdes. El altar, que domina la sala de ceremonias, mezcla imágenes de santos católicos, estatuillas de madera, yeso, floreros llenos de ramos recién cortados, cirios, cintas multicolores, una enorme bola de cristal, un crucifijo de considerable tamaño, una caja de cigarrros, algunas botellitas de perfume, tres o cuatro rosarios.

En el suelo hay dibujos rituales, hechos con tiza, donde se pueden identificar banderas, flechas, lanzas, espadas, barcos, estrellas, la luna y el sol..., de ejecución esquemática. Son las llamadas invocaciones gráficas de los dioses, que en el culto vudú reciben el nombre de *vevers*. Casi siempre, en el centro del dibujo arde un cirio votivo.

Pero también las aras sacrificiales y los altares que sirven para la consagración de los «paquetes» y otros talismanes, amuletos u objetos mágicos del vudú y de la santería, suelen disponerse en medio de estos dibujos trazados con tiza o ceniza.

Los tocadores de tambor son hombres que visten pantalón negro y camisa blanca, y los instrumentos que emplean, largos y de sección estrecha. La llamada a la ceremonia es un toque de los tambores. Los fieles acuden a saludar a la *mãe dos santos*, Ana Paola, después de que su asistente, un *filho de santo* de unos cuarenta y cinco años, agradezca al auditorio su presencia.

El saludo ritual de los macumbeiros se basa en el empleo recurrente de la palabra *saravá*, que ha pasado a infinidad de estribillos de canciones populares.

La concurrencia danza en torno a la *mãe* Ana Paola, que permanece en el centro de la sala apoyada en un báculo y fumando un puro de gran calibre. A su alrededor las hijas y los hijos de los santos bailan con frenesí. Algunos de ellos, al mismo tiempo que danzan, fuman y beben. De tanto en tanto alguien cae al suelo poseído por una deidad. La *mãe* acude junto al caído para reanimarlo soplándole a la cara el humo del cigarro.

Algunos de los médiums que se derrumban han estado bebiendo aguardiente de manera immoderada, sin parar de bailar. Pero la embriaguez nada tiene que ver con la caída: quien ha estado bebiendo no es el creyente macumbeiro sino el dios que lo posee, y un dios no se embriaga nunca, al igual que tampoco envejece.

La *mãe dos santos* Ana Paola, una mujer que aparenta unos sesenta años, además de dirigir las actividades del terreiro determina cuál es el dios o santo que corresponde a cada uno de los fieles que visita el templo. Las afinidades entre los dioses o demonios y los fieles es caracterológica. Cuando el adepto ya ha descubierto al dios que le corresponde con ayuda de la *mãe*, le rendirá culto y podrá contar con la protección de éste.

Además, la *mãe* atiende un consultorio mágico donde por las noches suele ocuparse de auxiliar a una clientela que le pide ayuda para curar enfermedades que superan a la medicina, cortar rachas de mala suerte que no pueden tener otra explicación que un maleficio, o en fin, mejorar las finanzas, encontrar el amor o superar el desánimo.

En esa faceta de su actividad, debe trazar círculos mágicos e invocar y conjurar espíritus como cualquier practicante de la magia europea.

Exú, el diablo de la quimbanda

La umbanda es la vertiente benéfica de la macumba; la maligna o demoníaca se llama quimbanda. Aunque uno y otro culto reposan en los mismos principios, los devotos de la quimbanda no dejan de invocar al Diablo una y otra vez para lanzar maleficios, despachar las enfermedades a distancia por medio de terribles sortilegios, y aun matar por encargo y a cambio de una fuerte suma, claro está por

medios mágicos.

Los brujos de la quimbanda son los que realizan «el camino de la mano izquierda» en la macumba, son los «malos». Su espíritu se llama Exú y es, de todo el panteón afrobrasileño, el más parecido al Diablo. Las hechiceras quimbandistas, igual que proceden los vuduistas, suelen pedir a los operadores que solicitan un «trabajo de odio», una prenda u objeto personal de la víctima a quien se dirigirá el fluido maléfico. Las quimbandistas, igual que las vuduistas celebrando el día de los difuntos, visten amplias faldas de color negro y rojo para invocar a Exú, cuyo equivalente en el panteón vuduista haitiano es el loa o misterio, Barón Samedi, Señor de los Muertos.

Tanto a Exú como a su hipóstasis haitiana les encantan los sacrificios sangrientos, que corra abundante sangre de animales, que hasta el siglo XIX solía ser de seres humanos.

Todas las magias negras emplean el mismo principio. El nigromante se procura un objeto que simbolice o represente a la víctima, para operar sobre dicha representación, de manera simbólica, el mal que quiere infligir al enemigo de su cliente. La representación o «bautizo» de la *quimbandeira* puede recaer tanto sobre un objeto de la víctima como sobre una imagen de la persona que dañar, fabricada expresamente para la ejecución del maleficio (muñeca o muñeco de cera, de madera, de hojas; imagen fotográfica, etc.). Para conferir a la *dágida* a la que suele llamar se también «muñeco», «bulto» y «manía» mayor eficacia mágica, el brujo o la bruja quimbandeiros suelen procurarse pelo, uña, saliva o sangre de la víctima, que incorporan a la efigie, para, de esa manera, impregnarla con su personalidad.

Aunque es el dios de la quimbanda y el que más se parece al Diablo, Exú no es el Diablo, puesto que en muchos casos actúa como una fuerza o espíritu benéfico. Por otra parte, no es uno, sino muchos. Hay un Exú semejante al Diablo, y otro semejante a san Pedro, otro parecido al arcángel Gabriel... Los Exú son toda una tribu.

La versión cubana de la mitología yoruba

Los yorubas constituyen una de las etnias más numerosas de la cuenca del río Níger, que resultó singularmente golpeada, diezmada, por el tráfico de esclavos a partir del siglo XV, y por la colonización blanca en el XVIII. El vocablo «santería» fue una invención de los conquistadores españoles, para referirse, con intención peyorativa, a lo aparente devoción supersticiosa de los esclavos negros de etnia yoruba hacia los santos del calendario católico, en detrimento de Dios

Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo.

Puesto que los amos católicos habían proscrito los cultos mágicos animistas, los cautivos africanos burlaban dicha prohibición disfrazando a sus dioses tradicionales con los nombres de los apóstoles, y los mártires del santoral romano. Los devotos de este culto sincrético prefieren llamarlo *lukumi*, en lugar de «santería», a causa del desprecio que comportaba esta última palabra en sus orígenes. De esa manera, santa Bárbara en realidad encubre al orishá Shangó, genio de la fuerza, san Jorge al demonio Ogún, dios de la guerra, san Cristóbal, patrón de los viajeros, es el espíritu Agayú, el arcángel Rafael es Inle, espíritu curador, y la Virgen María es el disfraz de Yemayá, espíritu maternal de las aguas, por ejemplo.

Cada devoto de la santería, como ocurre en la macumba o imbanda en Brasil y con el vudú en Haití Nueva Orleans, tiene un *orishá* santo, loa o misterio de su devoción personal, que lo protege, y que en la santería cubana corresponde a su día de nacimiento.

La religión lukumi reposa en la idea de un dios creador o demiurgo, autor de cuanto existe en el universo, llamado Olodumare u Olofin, que tiene como paredro a Ashé, que es su energía. Olodumare reina en medio de una gran corte de divinidades, algunas benignas y otras malignas, los llamados *orishás*. Estos últimos se ocupan de que cada persona cumpla con el destino que tiene asignado desde su nacimiento. Los que se apartan de su destino entran en la rueda de las sucesivas encarnaciones, de manera semejante a como postulan las religiones hinduista y budista.

El demiurgo Olodumare u Olofin tiene a su derecha a unos cuatrocientos espíritus positivos, que representan las virtudes y los dones. En cambio, a su izquierda se reúnen hasta unos doscientos demonios, o espíritus malignos, negativos. El conjunto de los *orishás* se presenta como la tribu del demiurgo o creador del universo. Los más conocidos de estos dioses se identifican con fuerzas de la naturaleza o fenómenos de la vida humana, como el destino, la fortuna. Uno de los más invocados o venerados es Elegua, *orishá* de los caminos y el destino, espíritu protector del hogar, y a la vez dios del azar. El collar que llevan sus fieles a modo de talismán es negro y rojo. y es el primero de los *orishás* guerreros: Elegua, Oggun, Ochosi y Osun.

Oggun, otro genio o espíritu de antigua devoción de los yorubas, conoce todos los secretos de la selva y los sortilegios necesarios para dominar en la espesura. Pero es un demonio de gran violencia a quien más vale no irritar. Es muy útil para encontrar minerales preciosos, y los colores que lo representan son el verde y el negro. Pero en sus collares talismanes a veces también se incluyen cuentas de color cárdeno.

Obatala, que según el mito cosmogónico yoruba fue quien acabó la obra de Olofin, y en particular la cabeza de los hombres, gobierna tanto los pensamientos como los sueños de éstos. Es un dios benigno, que busca la paz y la armonía y que reina sobre las cosas puras. Lo representa el color blanco y su talismán es de dicho color.

Yemayá, la madre de la vida, es la diosa de las aguas y del mar, cerca de las costas. En cambio la diosa de las profundidades marinas y de los océanos es Olokun, a quien se considera la madre de casi todos los *orishás*. Su cólera cuenta entre las más temidas, y su talismán es de cuentas azules y transparentes.

La diosa del amor y la feminidad es una suerte de ninfa del río llamada Ochun, que también simboliza la coquetería y la gracia femenina. Es compañera de Yemayá, y el mito le atribuye haber entregado a los hombres los caracoles que se emplean para conocer el futuro y el destino, los cauríes, que se empleaban como moneda. En consecuencia, Ochun es la diosa de la riqueza, la juerga, la alegría. Sus talismanes son collares de cuentas amarillas y ámbar. Chango, que es el orishá del fuego, rayo, trueno, la guerra, el baile, la música y la belleza masculina, es uno de los espíritus más venerados.

Oya, que es una diosa de las tormentas y los vientos, guerrera y amante de la violencia, es la reina de los cemenrerlos, que comparte con Oba y Yewa, con las cuales forma una tríada que recuerda a la de las parcas griegas. Su talismán es de cuentas marrones con bandas blancas y una fina línea negra en el centro.

El *orishá* de la adivinación, quien permite al dios Ifá, el Benefactor, comunicarse con los seres humanos por la intermediación de los *babalawos*, se llama Orula. Sus devotos llevan una pulsera de cuentas verdes y amarillas.

La palabra yoruba *babalawo* significa «padre del saber o de la adivinación» (de *baba*, «padre», y *awo*, «adivinación»). Es la más alta jerarquía sacerdotal dentro de la «ocha» centro cultural, y se lo considera depositario de la sabiduría del Libro Sagrado de Ifá, que sería el oráculo más prolijo del cual se tenga noticia. Los *babalawos* deben ser hombres, sin el menor atisbo de indefinición u homosexualidad. Una de las funciones del *babalawo* es iniciar a los sacerdotes de los *orishás* (*awos*), y su marca de distinción es el profundo conocimiento del libro sagrado de la santería, o Tratado de Oddun (cábala yoruba), de intrincada escritura simbólica, de ahí que se lo llame *oluo* (sabio). Un *babalawo* aseguran los creyentes es capaz de influir sobre el destino de un ser humano, incluso cuando éste es de los más funestos. Los *babalawos* también tienen reputación de excelentes curanderos o manosantas.

El *awo* en cambio es una especie de brujo a quien se consulta para resolver problemas personales, mejorar la fortuna, buscar pareja, o darle guerra a los vecinos ya con hechizos de amor, ya con hechizos de odio.

Los *babalawos* consagran a los *awos* entregándoles los cinco collares que representan a los *orishás* guerreros. Al igual que en la macumba y el vudú, los *awos* y *babalawos* ofrecen sacrificios de animales a los santos *orishás*. Éstos, semejantes a los espíritus de los muertos en las antiguas religiones paganas, viven gracias a la sangre de las palomas, cabras, gallinas y cerdos que les

ofrecen en los sacrificios.

Los consultantes acuden a los santeros para que éstos, mediante los apropiados sacrificios de animales que se ofrecen a los orishas necesitados de sangre para reanimarse, les resuelvan los problemas domésticos, curen sus enfermedades, restituyan algún bien perdido, procuren dinero, amor, fama al consultante que ha aportado la gallina o la cabra sacrificiales.

Antes de realizar la inmolación, el santero invoca al espíritu de los antepasados (*eggun*) del peticionante. El *eggun* será quien lleve la ofrenda sacrificial hasta el *orishá*. Mediante los sacrificios sangrientos, los creyentes toman contacto con el panteón de los dioses.

Puesto que la santería carece de templos, los *awos* y *babalawos* realizan los rituales en sus propias casas. La adivinación se hace mediante caracolas, que el practicante lanza como si fueran dados. Se emplean dieciséis conchas iguales, un caracol diferente de otra especie, una piedra y otros objetos, que se arrojan sobre una estera. Cada tirada comporta un mensaje adivinatorio y un consejo acerca de la conducta que seguir.

El vudú

Igual que ocurre con la santería y la macumba o candomblé, el vudú es una religión sincrética cuyas raíces son africanas: el politeísmo que practican las etnias fon y yoruba en el golfo de Benin, y los cultos mágicos de Dahomey. En esa trama animista se insertaron nombres, mitos y ritos católicos, esotéricos y mágicos de Europa. El resultado final, el vudú que se practica masivamente en Haití, en Nueva Orleans y otras localidades de la antigua Luisiana francesa, es una religión y al mismo tiempo una magia. El nombre *vudú* corresponde a un animal fantástico, especie de serpiente sin ponzoña, que posee el don de emitir oráculos en los cuales predice el futuro.

Los elementos cristianos que se reconocen en el vudú actual son tan numerosos e importantes como los de origen animista africano, aportados por la tradición de Dahomey (mitología y magia yoruba). Puede decirse que se ha operado una hibridación cabal.

El génesis vudunsi

El dios Moari fabricó un hombre llamado Mwuetsi («luna») en el fondo de un lago, al cual entregó un cuerno lleno de aceite para la unción. Mwuetsi expresó su voluntad de irse a vivir a la tierra. Moarí le aconsejó que no hiciera nada de eso porque se arrepentiría. Pero Mwuetsi abandonó el lago para instalarse en la superficie de la tierra, que en aquellos tiempos estaba del todo desierta y vacía: sin animales ni plantas, ni arbustos ni hierbas. Mwuetsi lloró ante tanta desolación e invocó al demiurgo, a quien preguntó: «¿Cómo puedo vivir aquí?». «Ya te lo había anticipado», responde Moarí. «Aquí morirás, pero te daré lo que te pertenece.» Y el dios creador entregó a Mwuetsi una muchacha llamada Masasi (estrella o lucero de la mañana), que es la primera madre de la naturaleza.

Igual que en el Génesis, Moarí creó el sol, la luna, luego las estrellas y por último a los seres humanos. Junto con Masasi, el demiurgo entregó a Mwuetsi los secretos del fuego (encenderlo, mantenerlo, emplearlo).

Masasi parió buena parte de la vida de la tierra: animales y plantas. Cuando Masasi dotó a la naturaleza de la mayor parte de sus formas de vida, Moari la llevó de vuelta consigo, y envió en su lugar a otra mujer llamada Morongo, que a su vez parirá una serie de animales de caza y de cría, y por último niños y niñas humanos.

Mwuetsi se convirtió en el primer *mambo* («rey») de una enorme nación, después de procrear con las hijas que parió Morengo.

Pero ésta cometió una falta con un animal recurrente en las teogonías: Morongo copuló con la serpiente, y a causa de ello quedó estéril. Esa misma serpiente morderá el talón de Mwuetsi y traerá el mal a la humanidad (sequía, hambrunas: la muerte).

Pero el panteón yoruba es muy amplio y muchos de los dioses del vudú son los mismos que evocan y veneran los practicantes de la santería: Yemayá (dios del mar), Chango, Obatala (dios del cielo opuesto al dios de la tierra). Los *orishás* emplean la palabra como principal medio de creación.

Los *ogún* («fuerzas») son divinidades poderosas, Chango es una de ellas. En el vudú haitiano también hay diversidad de *ogún*, igual que en la imbanda y la santería.

Pero por encima de todas estas divinidades, los vuduistas haitianos sitúan a Jesucristo, que oficia de intermediario entre los diversos loas (genios o dioses), y a Dios Padre Todopoderoso. De ahí que en el comienzo de cada servicio religioso vudú se invoque a Jesús, por la intermediación de san Antonio de Padua, que se asimila al loa Legbas Atiban, señor de los caminos y de las encrucijadas un

satán vuduista, sin duda, que deja la ruta expedita, o levanta las barreras a los dioses, loas o misterios, e incluso al Dios supremo del cristianismo.

La posesión del loa

Los sacerdotes de vudú, que se llaman *hungán* (hombre), *mambo* (mujer) y *bokó* (dedicado a la magia negra, el que realiza el camino de la mano izquierda) offician rituales destinados a la veneración de los loas, que son dioses o espíritus ancestrales. En el transcurso de dichas ceremonias los loas pueden poseer a algunos de los practicantes, que tienen aptitudes o predisposición de médium. Se trata de la manifestación del dios a través del cuerpo del acólito, y el fenómeno se llama «éxtasis de loa».

La posesión se anuncia por una sensación de fatiga muscular, de laxitud de los miembros (sensación de cansancio o «flojera»), vértigo, disminución progresiva de las facultades del sistema nervioso central (equilibrio, consciencia...). El afectado procura recuperar el control de su persona saltando hacia atrás y proyectando alternativamente una y otra pierna hacia adelante, pero suele caer o arrojarse sobre las personas que le rodean, pues durante un breve lapso pierde la conciencia, tiene espasmos, todos los músculos del cuerpo se contraen y distienden, sacude las manos como si alguna sustancia adhesiva se hubiera pegado en ella y quisiera quitársela de encima, se le ilumina el rostro, los ojos multiplican su brillo, los gestos del poseso se vuelven amplios. Se produce una suerte de transfiguración. Ya ha dejado de ser un adepto, ahora se ha convertido en el propio dios, y el *hungán* se prosterna ante él.

Sin embargo no ha perdido su personalidad, puesto que reconoce muy bien a las diversas personas que están allí, y es consciente de estar representando a una divinidad.

La posesión se desarrolla de acuerdo con los atributos del dios. Por ejemplo el loa Aguet representado como un barco en su veveer hace que el poseído se ponga a remar en cuclillas como un galeote; en cambio Erzulie paraliza, y Legbas, que de acuerdo con su mito es un dios viejo, envejece el aspecto de los jóvenes a quienes posee.

A veces la posesión se mantiene durante más de dos horas. Cuando el adepto tiene dificultades para salir de ella, interviene el *hungán*, que lo hace volver en sí. En ciertos casos, durante la posesión se produce la glosolalia ^[120] don de lenguas o la posesión por el loa es resultado del misticismo obsesión demoníaca, dirá el exorcista católico del adepto, de su creencia en el «misterio»

otro nombre del loa invocado en la ceremonia.

El rito *radas*, el más popular de Haití, comporta la invocación de dieciocho dioses: Legbas, Loco, Esán-Velequeté, Marasa, Dambala, Soboquesú, Agasú, Aguet, Erzulie, Agarú, Busú, Azaca, Belecún, los misterios Ogún (Badagris, Bago, Ogún Ferrel, Batala) y Simbi. Pero las deidades son muchas más, y existen otros tres ritos de gran difusión: el *canzó*, el *congo* y el *petro*; este último está destinado a los loas más violentos.

Rituales más corrientes

Es de los altares de la magia vudú y no de los correspondientes a dicha religión de donde proceden el mal, los sortilegios, la magia diabólica, la nigromancia y la magia negra. Por ejemplo, las célebres dágidas o muñecas «bautizadas» para atravesar con alfileres o quemar, que representan a la víctima del maleficio, los «paquetes», y los zombis.

Los *hunganes* y *bokós*, a la hora de atender sus consultorios de magia negra, suelen practicar ejecuciones mágicas. Para ello, el consultante operador, interesado en dar muerte o provocar una lesión grave a alguien, se procura un objeto perteneciente a su enemigo, que entrega al *bokó*, a quien paga además una suma para que realice el maleficio. El *bokó* muchas veces solicita un nuevo objeto y algún animal para sacrificar. Asegura la tradición que esas diabólicas ceremonias casi siempre consiguen los objetivos criminales que persiguen.

El vudú religioso, cuyas ceremonias se destinan tanto a los ritos funerarios como a las bodas, iniciaciones, tránsito del alma en el otro mundo, etc., también mezcla elementos de liturgia católica con las más puras tradiciones animistas. Por ejemplo, se lavan con agua bendita las patas de los animales que serán sacrificados a las deidades africanas, Y la ceremonia sacrificial se inicia con una invocación a Jesucristo.

Casi siempre los oficios comienzan con una serie de plegarias católicas, que por regla general acaban con la pronunciación de fórmulas mágicas africanas. A cada loa debe sacrificarse el animal apropiado. Un gallo gris para Legbas, dos gallinas blancas y otra yunta de gallinas de colores para los loas petros, una paloma blanca y un gallo blanco para Damballa, un gallo rojo para el *ogún* de los ojos rojos...

Las ceremonias se pueden realizar también para reparar los agravios cometidos contra los loas,

para recibir los oráculos de éstos, y por razones de culto (iniciación de los *hungán* y las *mambos*).

Cuando hay luna nueva se preparan los «paquetes», que son talismanes provistos de virtudes mágicas, que se destinan a preservar a quienes los poseen, tanto de daños provocados por los sortilegios de los enemigos como de enfermedades y otros males producidos por espíritus o genios hostiles.

En el rito radas la confección de estos talismanes tiene lugar en el transcurso de una ceremonia en honor de los dioses Sirnbi y Carrefur. En consecuencia, se dibujan los dos *vevers* de estos dioses y se ejecuta un ritual *petro*, que exige el sacrificio de un gallo de plumaje hirsuto, al cual se lo debe decapitar de un solo golpe de machete, y luego, sin quitarle las plumas, debe ser molido en un mortero por dos hombres provistos, de sendos mazos, hasta que el gallo quede reducido a una pasta que luego se cuece y se seca al sol, después de mezclarse con una serie de polvos de diverso carácter, desde especias hasta pólvora de cañón, cuerno de toro rallado, y tierra obtenida en una iglesia católica.

Los paquetes son toda una artesanía brujesca. Cuando están terminados tienen forma de pequeños botijos de cerámica, con cuello y asas, y un penacho, donde casi siempre se introducen plumas de avestruz teñidas de diversos colores.

Técnica congo para fabricar un zombi

Los misterios *petro*, los más temibles, suelen ser también, por esa misma razón, los más venerados: Tit jean, Marinette, Balé Ruzé, y sobre todo Barón Samedi, el dios de la muerte y de los cementerios; son los misterios que reúnen el mayor número de invocaciones, con intenciones tanto ofensivas como defensivas.

En la fiesta de los fieles difuntos es a este loa, también llamado Barón La Cruz o Señor Cementerio, jefe de los espíritus de la muerte, pero asimismo con gran influencia en la actividad sexual, a quien veneran las mujeres, que se visten para ello de rojo y de negro.

Barón Samedi toma posesión de los cuerpos de las fieles, que entran en trance como aquejadas de una epidemia de espasmos musculares, al tiempo que de sus bocas salen canciones obscenas. Poco a poco, las contracciones musculares se convierten en danzas lascivas que incitan a la lujuria, y que comportan fuertes golpes de cadera como si bailaran guarachas o salsas endemoniadas.

Barón Samedi, el loa, el misterio, el dios de las encrucijadas, es quien más se parece a Satanás o al Diablo de entre todos los espíritus del panteón vudunsi. Su *vever*, que es una cruz tombal que tiene una calavera pintada en la parte inferior del brazo vertical y dos esquemáticas tibias cruzadas debajo, preside las ceremonias más tenebrosas de la magia vudú, en particular, la que permite la reconversión de un ser humano en zombi.

Pero ¿qué es un zombi en realidad? Un zombi es un ser humano a quien se ha dado oficialmente por muerto, pero que sigue viviendo después de haber salido de alguna manera de su tumba, que aparece abierta y vacía en las veinticuatro horas siguientes a su enterramiento.

Diversos testimonios dan cuenta de zombis que han vivido diez o más años después de haber abandonado la tumba. Casi siempre, para trabajar en una plantación de caña de azúcar de Haití, cuyo propietario suele ser practicante del vudú o al menos contar con un buen *bokó* entre sus colaboradores.

Los zombis no suelen hablar con nadie ni darse a entender por escrito^[121] realizan movimientos y gestos como de autómatas, trabajan gratis de ahí su interés económico, comen poco y sin sal.

Hay dos grandes escuelas que explican ¿y también producen? la metamorfosis de un ser humano en zombi: la química y la espiritualista o del soplo.

La primera postula que el *bokó -hungán* diabólico o negro administra al candidata a zombi una droga que lo pone en estado cataléptico de muerte aparente. Después de retirarlo de la tumba lo reanima con otra droga y lo mantiene a base de psicotrópicos preparados con vegetales del género *datura*.^[122] Este procedimiento recuerda mucho a las actuales terapias farmacológicas de la psiquiatría.

Wade Davis, un etnólogo especializado en botánica, investigó el tema de los zombis y publicó un libro que refuerza la escuela química.^[123]

La indagación de dicho científico estuvo centrada, en particular, en el llamado «veneno del zombi». Wade Davis pretende haber probado que un zombi no es otra cosa que un ser humano drogado por un *hungán* maléfico —*boko*—, con una mezcla de sustancias de efecto narcótico y anestésico, que el brujo sopla al rostro de la víctima a la que se propone convertir en zombi, a los efectos de que ésta absorba el narcótico por aspiración. La mezcla, de gran complejidad y cuya preparación sería un secreto iniciático del gremio de los *bokós*, contendría diversos productos de origen animal y vegetal. Entre otros, un pez globo que contiene tetrodotoxina, una sustancia que provoca inmovilidad absoluta durante un largo período. La persona bajo los efectos de dicha toxina entra en una especie de coma profundo. El «polvo de zornbi» también reduce el metabolismo humano al mínimo admisible, creando apariencia de muerte real.

Por otra parte, hasta hace algunos años en Haití era posible proceder al enterramiento de los difuntos con gran celeridad, incluso el mismo día del deceso, una vez comprobada la muerte de la persona. De esa manera resultaba fácil al *bokó* desenterrar el cuerpo del zombi por la noche, proceder a su reanimación, y contar con un esclavo flamante al día siguiente, ideal para los trabajos más pesados y los peores contratos basura.

La segunda escuela es la realmente grande. En primer lugar, para fabricar un zombi hay que negociar con unos espíritus de origen africano, oriundos de la cuenca del río Congo, los *bakas*. El trato con los *bakas* exige al *bokó* matar a unas cuantas personas y luego comérselas. Si esta parte de la tarea sale bien, cuando el *bokó* ya se ha merendado a sus semejantes, los espíritus *bakas* actúan como intermediarios ante Barón Samedi, señor de la muerte, y solicitan a éste la autorización para que el *bokó* retire muertos de sus tumbas y los «zornbifique».

Cuando el *bokó* se ha hecho con la autorización, debe montar en un caballo montado del revés, es decir, dando la espalda al pescuezo de la cabalgadura, en plena oscuridad, y de ese modo acercarse hasta el domicilio de aquel a quien quiera «zombiñar». Luego, a través de una grieta o hendidura de la puerta ha de succionar el alma del candidato, y soplarla en el interior de una botella, que debe tapar de inmediato, para impedir que el soplo anímico escape del recipiente.

El desventurado candidato a zombi, desprovisto de alma, enferma al punto, fina. El *bokó* espera a que lo entierren; luego, por la noche, acude al cementerio. Y lo primero que hace allí es invocar a Barón Samedi, para que lo autorice a abrir la tumba. Barón Samedi se presenta siempre con forma de hombre vestido de negro. El *bokó* debe prometer entonces una serie de sacrificios ~ntre otros el de un macho cabrío de color negro, y el loa le autoriza entonces a proseguir su labor. El *bokó* arroja al loa, que para los cristianos no es otro que el Diablo, hojas de acacia la misma especie de árbol que se usó para construir la cruz de Cristo al tiempo que grita: «¡Duerme amablemente, Barón Samedi!». y a continuación: «*Mortoo Tambo Miyi!* ¡Venid a mí, muertos de las tumbas!».

Después ya se puede abrir la fosa y el cadáver, maniatado, se pasea por delante de la casa del muerto, a los efectos de que éste no la reconozca en el futuro después de ser reanimado. A continuación, el protozombi se traslada a la casa del *bokó*.

Éste instala al inánime en una postura cómoda, por ejemplo, lo acuesta con la espalda y la cabeza lo suficientemente elevadas, como si el muerto se dispusiera a leer en la cama. Luego el *bokó* toma la botella donde ha guardado el alma del zombi, la coloca debajo de la nariz de éste, y retira el tapón. Al muerto el alma se le mete de nuevo por la nariz, los bronquios. Y se reanima al punto, abre los ojos, mira a uno y otro lado, pero no dice nada, ni frunce el ceño, ni sonrío. No hay ser humano más inexpresivo que un zombi. El *bokó* le sirve una taza humeante: es una tisana específica para zombis nuevos, que el reanimado bebe.

A partir de ese momento, el cuerpo gobernado por un alma que ha permanecido encerrada en la botella se convierte en esclavo total del *bokó*, contra el cual no se rebelará en ningún caso, ni siquiera para exigirle paga o las vacaciones anuales.

Si el *bokó* produce la reanimación en el cementerio, para mayor desgracia del zombi la emprenderá a azotes. Contra éste, también llamado *viens-viens* («ven, ven»), para imponerle disciplina y conducirlo al sitio donde tendrá residencia en el futuro.^[124] Casi siempre se trata de una barraca, próxima a la plantación, donde ha de trabajar de sol a sol desde el siguiente día.

El arte de embotellar

La zombificación según la técnica de la escuela espiritualista o del soplo exige al *bokó* una especie de proeza mágica o maratón ritual de gran maldad, y de mucho demonio.

El *bokó* debe zombificar sólo con los recursos de su cuerpo; en otras palabras, necesita ser un verdadero artista.

La técnica de aspirar el soplo, o de insuflar espíritus en ánforas, botijos, cántaros, botellas y otros recipientes, fue uno de los grandes apañes del rey Salomón, que gracias a ello consiguió encerrar o envasar a cientos de miles de genios, efrits, demonios y larvas, como se sabe. Pero ya al tiempo de la destrucción del segundo Templo por el emperador Tito (70 d. C.), nadie sabía emplearla; como no fueran los *bokós* de la cuenca del río Congo, en el corazón de las tinieblas.

–Capítulo 16

CULTOS SATÁNICOS EN EL TERCER MILENIO

La serpiente, los sucesivos satanes, luego Satán o Satanás, a causa del carácter flamante de sus funciones en relación con Jesucristo —maestro de exorcistas— y su mensaje, se metamorfosea en el Nuevo Testamento.

En los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas y el Apocalipsis, el Diablo cambiará su piel de serpiente antigua o dragón para convertirse en el Anticristo, en la Bestia y en el Falso Profeta. Tres máscaras fuertes que constituyen la Trinidad diabólica en la Historia, o el mal político. Las guerras internacionales, los conflictos civiles, la seducción política de las masas por los emperadores y los tiranos, las máquinas de guerra, la destrucción por el fuego, el Armagedón, además de conceptos asociados, constituyen su contrateofanía, o diabolofanía. La emergencia de las armas químicas, biológicas y nucleares constituye la prueba estadística, objetiva, de la realidad diabólica, y su máscara tecnológica.

He ahí el resultado de los trabajos didácticos de Azazel, ese demonio —¿*Ben Elohim?*— que tuvo la mala idea de abandonar su puesto de vigilancia en el cielo para enseñar a los humanos —o bien a Tubalcaín, el fundador del gremio de los herreros y metalúrgicos— a fabricar armas de hierro, además de otras magias igual de funestas.

Satánicos y luciferinos

La observación de las diversas sectas y grupos satánicos permite discriminar tres grandes corrientes u orientaciones generales: a) Satanismo mágico ritual, que persigue provocar efectos en la naturaleza o realidad, a través de la magia ceremonial, y que se muestra despreocupado por la metafísica o la discusión de los asuntos teo/demonológicos; rinde culto al Diablo y reniega de Dios;

b) Luciferismo, que propone al Diablo como Dios auténtico, y postula que el Dios de los cristianos es un puro fraude; c) Satanismo simbólico, que postula que tanto Dios como Satán no son más que símbolos, porque niegan que exista realidad trascendente alguna. Y se toman el culto como una militancia política contracultural, individualista y egolátrica.

Esta última modalidad es propia de los siglos XX y XXI; la primera se remonta a la antigüedad, y la segunda a la Baja Edad Media (los ya citados luciferinos del siglo XIII) y a los siglos XVI a XVIII. Hay numerosos documentos fehacientes que prueban la existencia de logias y cofradías satanistas en Francia, Italia, Inglaterra y Rusia en dicho período.

Lucifer, nombre del Diablo que se popularizó gracias a la literatura romántica, procede de la palabra *lucífero* (“portador de luz”), y no es otra cosa que una de las máscaras astronómicas o metáforas estelares del Diablo, que se confunde con el planeta Venus, al cual en la Antigüedad los latinos llamaban *Lucifer matutinus* (“lucero del alba»). Este nombre no aparece en el Antiguo Testamento ni en el Nuevo, lo introdujo san Jerónimo en su versión latina de la Biblia, la Vulgata, al convertir la palabra «lucero» en nombre propio, cuando tradujo al profeta Isaías,^[125] y debe leerse como sinónimo de Satanás. A pesar de la identidad metafísica entre Satán y Lucifer, los actuales cultos satánico y luciferino son muy diferentes.

Los luciferinos creen en la encarnación inminente del Diablo en forma de Anticristo, y tienen una actitud militante distinta a la de los satanistas.

Una pequeña iglesia protestante previno a la humanidad hace más de cuarenta años de que el Anticristo había nacido en la década de los sesenta y que espera la hora del estallido de una conspiración para acceder al poder. Esa clase de anuncios se repite una y otra vez.

Los primeros sectarios que se hicieron llamar «luciferinos» son los miembros de una congregación hereje del siglo XIII cuyos adeptos apuñalaban hostias ante un altar puesto bajo la advocación del demonio Lucifer, ante el cual solían entregarse a toda clase de excesos sexuales orgiásticos. Sostenían que Dios había arrojado a Lucifer al infierno con total injusticia, Y que el creador del universo era en realidad el demonio, que algún día recuperará el sitio que le corresponde. Ellos, es decir, los luciferinos, accederán a la vida eterna cuando Lucifer sea repuesto en el cielo. Entretanto, deben hacer todo lo que Dios prohíbe, y abstenerse de todo lo que Dios manda. En la historia mítica que proponen como antropología, el Diablo es el liberador de la humanidad. Hasta que la primera pareja humana no cedió a la tentación de probar el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal tuvo la posibilidad de vivir como yunta animal pura en el Edén: inmortal, inocente... y sobretodo ¡ignorante!

En este último epíteto plantan bandera los satanistas, que arrojan para el Diablo el don de la inteligencia y el discernimiento otorgado a la pareja humana original, liberándola de paso del Edén, cuya inmortalidad perciben como una tediosa eternidad en la cual se entregan a la absoluta —y

estupefácta— sumisión a Dios.

Esta idea, como se puede imaginar, procede de considerar que el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, lo que Dios prohibió, es el conocimiento puro y simple.^[126]

La secta descrita en la novela de Ira Levin, *Rosemarys Baby* (en España, *La semilla del Diablo*), es luciferina. Los luciferinos sostienen que el Anticristo será hijo de una mujer y de un íncubo. En los pronósticos de esta corriente diabolista, Belial es el candidato con mayores posibilidades de encarnarse en un hombre, a los efectos de incubar.

El satanismo reposa en la convicción de la existencia de un ser personal, inferior en categoría y potestad a Dios, pero muy superior al hombre. Personal, pero no divino, espiritual y no carnal, desde la perspectiva monoteísta del judaísmo, el cristianismo y el islam, puesto que no puede crear, y actúa en la medida en que Dios se lo permite. No obstante, una parte del satanismo contemporáneo corteja una concepción dualista de la divinidad, porque atribuye al Diablo tanto o más poder que a Dios. Y ese satanismo está en relación con prácticas mágicas de carácter cruento que no se detienen ante el crimen (pedofilia, violaciones, estupros, sacrificios humanos).

Pero allí, en las áreas criminales del satanismo, hay más y también menos que un culto religioso y una práctica esotérica y mágica. Tanto la sociología de la marginalidad como la psiquiatría tienen mucho que decir acerca de ello, puesto que la mitología satánica siempre ha servido como coartada religiosa y psicológica, o cuando menos discursiva, a muchos criminales; y como yacimiento temático a la mayor parte de los psicóticos megalómanos de la historia, quienes a la hora de buscar cómplices o enemigos rara vez se contentan con menos que un arcángel o un famoso demonio; si es que no han comprometido en sus historias al propio Dios. Los tratados de psicopatología están llenos de ejemplos en tal sentido.

¿La Bestia?

Edward Alexander Crowley (1875-1947), aficionado al travestismo, a las drogas y al sexo gay, se había criado sin embargo en el seno de una familia de pretensiones beatíficas que empleaba mucho tiempo en hablar del infierno que espera a los pecadores como él. Hijo de un fabricante de cerveza santurrón, poco después de acabar sus estudios, a los veintidós años, Edward heredó una fortuna. Luego, cuando practicaba montañismo en los Alpes conoció a unos miembros de la Hermetic Order of the Golden Dawn (orden hermética del alba dorada), organización rosacruz que habían fundado en 1888 S. L. Mathers y W. W. Westcott. La logia estaba dividida en tres jerarquías o clases y diez

grados, cada uno de los cuales correspondía a una *sefirah* del Árbol de la Cábala. El primer grado era el preparatorio, correspondiente al neófito, Zelator (sefirah 10, Malkuth), y el último era el Ipsimus (sefirah 1, Keter).

Los rituales de la Golden Dawn eran muy complicados (de una «profundidad abisal», aseguran los ocultistas) y la logia reunía a unos cuantos artistas e intelectuales brillantes, como el poeta William Yeats, el escritor Arthur Machen, el novelista Bram Stoker —autor de *Drácula*—, y científicos, como el astrónomo William Peck.

Muy pronto Crowley destacaría como la gran promesa blanca de la magia negra. La señora Crowley, madre del mago, que era una mujer bastante santurrona, había motejado a su niño «la Bestia». Su niño siempre padeció una egolatría bestial, en efecto, y si desde el principio se hizo llamar Aleister en la Golden Dawn, también se apoderó del mote materno, «la Bestia», que por ser apocalíptico le parecía muy adecuado para su carrera; y luego quiso agregarle un aumentativo: «*The Great Beast*», porque no quería que lo tomaran por alguna bestezuela. Además se creía la encarnación del médium Edward Kelly, el asistente del mago y alquimista John Dee (1527-1608). Kelly, que como hemos dicho engañó a su amo con una historia de fantasmas para acostarse con la esposa de éste, fascinaba a Aleister.

En plena juventud Crowley se compró una casa junto al lago Ness, hostigada por un cierto número de fantasmas, algo que para esa región era por demás razonable. Allí, en compañía de su pareja masculina, Allan Bennett, se entregó a toda clase de experimentos sexuales y satánicos. Los primeros por simple afición rutinaria, y los segundos a causa de haber conseguido un grimorio cuyo solo nombre aterrador hace temblar a los iniciados temerosos de Dios —y de los demonios—: *El libro del Mago Abramelino*.

Un título que, antes de recalar en Escocia, parece haberse salvado de la quema de la biblioteca de don Quijote emprendida por el cura y el barbero de La Mancha. Por empeñarse en reproducir las fórmulas de ese misal nigromántico con absoluta precisión, y agotado por los excesos eróticos, Aleister estuvo al borde de la locura. En esos días, William Yeats, y sobre todo el fundador de la logia, Mathers, decidieron echarlo de la Golden Dawn después de una disputa bastante agria.

Crowley se marchó a México a invocar dioses aztecas —quienes por lo visto no le hicieron el menor caso—, y en 1905 creó su propia logia, la Astrum Argentinum, o sea astro plateado, metáfora de Lucifer, como puede verse.

Crowley rechazaba el concepto de pecado y el cristianismo en bloque. Lo suyo era inventar rituales mágicos y emitir provocaciones en forma de textos sacrílegos: «Con mi pico de halcón reviento los ojos a Jesucristo pendiente en su cruz», escribe en uno de sus poemas de brujo malo y negro. Pero en vez de atacar al Mesías lo que hizo fue casarse con la hermana de uno de sus amigos, Rose Kelly, una médium alcohólica que luego, cuando Crowley se convirtió en 666, accedió a

metamorfosearse en Mujer Escarlata (*Scarlet Woman*), es decir, su compañía femenina ideal. Pero un ataque de delirium tremens acabó con la vida de su compañera a temprana edad.

Crowley reanudó su existencia vagabunda, después de reemplazar a la difunta Rose Kelly por un hombre. Ambos recalaron en Argelia, pero los expulsaron del país bastante rápido. Para entonces, Aleister proponía una nueva doctrina mágica que combinaba hermetismos de origen egipcio y griego, con una buena dosis de yoga como excipiente ritual. Pero se quedó sin fondos y tuvo que regresar a Nueva York para conseguir acólitos adinerados que le permitiesen la financiación de nuevos rituales. Allí, además, pudo conocer a una nueva *Scarlet Woman*. Después de pasar un tiempo en Londres, en la década de 1920 organizó una abadía satánica en la isla de Cefalú, en Sicilia, donde se realizaron muchos rituales mágicos y otras tantas orgías. A esas alturas, Aleister, además de *The Great Beast y 666*, también se hacía llamar *Bafomet*, como el célebre ídolo de los caballeros templarios.

A causa del internamiento de diversas «concubinas» suyas en el hospital, y de la muerte de uno de sus acólitos en curiosas circunstancias, la justicia italiana acabó ordenando la clausura definitiva de la abadía. Pero antes, un cineasta norteamericano llamado Kenneth Anger tuvo tiempo de rodar un cortometraje con las pinturas que había ejecutado Crowley, en trance. Además de montañista, poeta, pornógrafo, mago y drogadicto, era pintor.

Su credo es el individualismo a ultranza: en el *Liber legis (Libro de la ley)* escribe:

No existe ninguna ley excepto «haz lo que quieras», [...] ¡Sé fuerte, hombre! Desea y goza del todo los sentidos, el éxtasis: no temas que ningún Dios te rechace por esto. Cada hombre, cada mujer, es una estrella si encuentra su propio y auténtico deseo, de otro modo es un esclavo; y los esclavos deberán servir. Excluye la misericordia: ¡Condenados aquellos que tienen compasión! Mata y tortura: ¡no perdones a nadie!

Como Crowley no creía en la existencia de ninguno de los pecados capitales; además de practicar la lujuria de manera inmoderada, se daba a la glotonería del mismo modo. Fue un error de peso, sin duda, porque aunque no se la considere un pecado, la gula engorda casi siempre. Y Aleister se puso como un cerdo. Poco después de la clausura de la abadía de Cefalú, su esposa lo cambió por un hombre más delgado. El mago regresó a Gran Bretaña, donde ya nadie le hacía el menor caso.

Cuando comenzó la segunda guerra mundial, como buen patriota, ofreció a Winston Churchill sus habilidades mágicas para proteger a Gran Bretaña de la invasión nazi. Pero el gobierno inglés ni siquiera se tomó el trabajo de responderle.

Falleció allí, en diciembre de 1947, y su muerte dio lugar a velatorio y enterramiento emotivos y pintorescos. Aleister Crowley dejó escuela: sus rituales mágicos siguen ejecutándose en América, en Europa, e incluso sobre su propia tumba de Inglaterra.

¿El falso profeta?

La concepción tradicionalista del Diablo, vigente durante los siglos de la caza de brujas XVI y XVII, comenzó a fragmentarse con John Milton, en cuya obra maestra, el *Paraíso perdido*, Lucifer adquiere catadura heroica. Es el tercer cambio de estilo del milenio. En la Edad Media el Diablo fue sobre todo un payaso malo, un pérfido mamarracho que siempre salía zurrado. Pero a partir de la novela de la brujería diabólica, cuando puso a disposición de todas las brujas su maravillosa facultad de bilocación, creció hasta adquirir dimensiones de misterio prodigioso: ¿a cuántas mujeres no habrá seducido la idea de volar en una escoba por las noches, mientras todos las creían durmiendo en su cama?

El vigor de los seres espirituales es siempre imaginario y por ende verbal. La estética romántica llevó al protagonista maléfico de John Milton mucho más lejos, cultivando un diabolismo que ascendió a Lucifer no sólo a categoría de héroe bello y tenebroso, sino también a la de auténtico demiurgo, de segundo Dios, a quien se atribuye haber aportado el conocimiento y la libertad a los hombres. O haber acabado con la tiranía, la represión y el oscurantismo. En suma, ¡la redención histórica de la humanidad!

La insurrección del Diablo (Lucifer) contra Dios, que tiene lugar en el cielo, sirve para indicar a la humanidad la conducta a seguir en la historia contra toda clase de tiranos y opresores que no harían otra cosa que imitar la autocracia yahvista. El satanismo del siglo XIX tiene signo político democrático y adhiere al racionalismo científicista. Su expresión ideológica más corriente será la propaganda anticlerical, de manera que el Diablo se convierte en compañero de ruta de todos los militantes agnósticos y ateos, enfrentados con las iglesias monoteístas.

Esta imagen del Diablo es la que se adecua mejor a la ideología de la Iglesia Americana de Satanás (*American Church of Satan*), que en 1966 fundó Anton Szandor La Vey (1930-1997), en San Francisco. La Vey, que antes de ser profeta satánico ejerció de domador de leones, organista y fotógrafo de la policía de San Francisco, se inició en un grupo esotérico llamado Magic Circle, que se reunía sobre todo en su propia casa. El conventículo se dedicaba al estudio de la ciencias ocultas y a la ejecución de ceremonias mágicas.

Uno de los asistentes regulares era Kenneth Anger, un intelectual dedicado a los Cortometrajes. En efecto, el mismo que había podido fotografiar en la abadía siciliana de Cefalú los cuadros que pintaba Aleister Crowley al tiempo que las autoridades italianas decidían clausurar el establecimiento del satanista inglés.

Anger formaba parte de la pequeña secta crowleyana de California y parece haber tenido el papel de iniciador de La Vey en el ideario de Crowley. La continuidad entre uno y otro satanismos salta a la vista:

Las nueve declaraciones satánicas por Anton Szandor La Vey

Satán significa indulgencia en lugar de abstinencia.

2. ¡Satán significa existencia vital, en lugar de quimeras espirituales!
3. ¡Satán significa sabiduría sin mancha en vez de autoengaño hipócrita!
4. ¡Satán significa amabilidad a quien lo merece, en lugar de amor malgastado en ingratos!
5. ¡Satán significa venganza, en lugar de ofrecer la otra mejilla!
6. Satán significa responsabilidad para el responsable, ¡y despreocuparse de los vampiros mentales!
7. Satán significa que el hombre es otro animal, algunas veces mejor, la mayoría de las veces peor que aquellos que caminan a cuatro patas; animal que, en razón de su «desarrollo divino e intelectual» ¡se ha convertido en el más vicioso de todos!
8. ¡Satán significa todo lo que se llama «pecados», siempre que éstos conlleven gratificación física, mental o emocional!
9. ¡Satán fue el mejor amigo que tuvo nunca la Iglesia, puesto que la ha mantenido en el negocio todos estos años!

De hecho, en los tres libros de La Vey, *The Satanic Bible*, *The Satanic Rituals* y *The Satanic Witch*, se advierte la influencia de Crowley desde la primera página. Aunque el pensamiento de La Vey resulte todavía más trivial que el de su precursor inglés.

Los medios de comunicación hablaron mucho de la Iglesia de Satán, que tuvo como espaldarazo publicitario el ingreso de la actriz y sex symbol Jane Mansfield en su feligresía.

A finales de la década de los sesenta La Vey organizó una estructura jerárquica de cinco grados, accesibles por méritos personales y también por medio de exámenes. La iglesia se extendió a otros estados norteamericanos y también a otros países, de América y Europa. Las diversas formaciones en el extranjero se llamaron "grutas» (*grottos*).

La doctrina de La Vey niega la existencia de todo ser o entidad trascendente; niega a Dios pero también al Diablo. Este último en la teoría de la Iglesia de Satán no es más que un símbolo, algo que significa, que representa, que simboliza, pero en modo alguno un ente personal.

A pesar de ello, en las misas negras de la congregación el oficiante se dirige a Jesucristo, a quien injuria con frenesí verbal como si estuviera presente, y la asamblea se dedica a «mancillar y atormentar hostias» de acuerdo con las costumbres rituales del satanismo decimonónico.

El cisma de los metafísicos

En 1975, nueve años después de su fundación, la Iglesia de Satán experimentó su primer cisma. Uno de sus «pastores», Michael Aquino, fundó el Templo de Ser (The Temple of Ser). Numerosos satanistas de alta graduación abandonaron a La Vey para seguir al nuevo profeta satánico. La ruptura obedecía a dos motivos. El primero, y detonante, fue que La Vey «había puesto en venta» los grados jerárquicos de la iglesia, sin duda porque el pecado de simonía anatematizado en los Hechos de los Apóstoles (8, 18) es una conducta apropiada para una confesión satánica; pero sobre todo para compensar o estimular a los donantes de los mayores óbolos. El segundo motivo eran las divergencias en el concepto de Satán, Satanás o el Diablo, que hasta entonces no habían aflorado a la superficie.

Para Michael Aquino, un teniente coronel del ejército de los Estados Unidos y agente del servicio secreto durante casi toda su vida activa, que algunos años después acabaría exponiendo su doctrina en un libro,^[127] Satán o Satanás es un ente real y objetivo, mientras que La Vey lo consideraba sólo una imagen o símbolo. Pero sobre todo Michael Aquino, como buen militar del servicio secreto, quería estructurar una iglesia de rígida jerarquización, de acuerdo con su ideología de corte neofascista, con tintes racistas.

En aquellos días, que fueron los de la derrota del ejército norteamericano en Vietnam, los sectores conservadores de la sociedad promovieron una caza de brujas para la cual contaron con el apoyo de los movimientos antisectarios, de naturaleza más progresista, y con el entusiasmo policíaco. Los conservadores devotos de las iglesias cristianas protestantes agitaban a la opinión pública arguyendo que el aumento en el número de ciertos crímenes cometidos (violaciones, asesinatos, pedofilia) estaban relacionados con las actividades de los grupos satánicos.^[128]

La Vey, que temía convertirse en objeto de la nueva caza de brujas, prefirió renunciar a la notoriedad pública y pasar a cuarteles de invierno. A partir de entonces dejó de mostrarse en los medios de comunicación. Más adelante, el fundador de la Church of Satan dejaría muy claro que al fundar su iglesia no se proponía crear una nueva religión, ya que para él toda religión es mala por el sólo hecho de reposar en la supuesta existencia de cuando menos un dios. Lo que La Vey había pretendido era la creación de una iglesia anti o contrarreligiosa, una especie de club donde se exaltara la vida humana libre de todo dogma, y donde cada individuo humano es dios. De ahí que el propio cumpleaños sea la fiesta religiosa más importante del devoto. Satán no era más que un símbolo, una imagen de la cual se había servido.

No obstante, en la Biblia Satánica el Diablo se presenta a veces como una fuerza impersonal de la naturaleza. Y ésta en modo alguno puede confundirse con un símbolo. Una fuerza natural impersonal es algo objetivo, exterior, como la luz solar, que puede convertirse en una entidad

personal, tal como se ve en las religiones politeístas. Pero al fundador de la Iglesia de Satán las incongruencias ideológicas no le preocupaban mucho.

Mientras Aquino permaneció en la iglesia de La Vey, la condición metafísica de Satanás ni siquiera se discutió. Pero luego de la fractura o de la fundación del Templo de Ser, la «ontología satánica» se convirtió en el punto polémico fundamental.

La Vey fue el único satanista de la historia que negó la existencia de todo ser trascendente, incluido Satanás, y en consecuencia rechazó de manera radical toda tentación mística o profética. Al igual que todo ejercicio ascético. y para que no quedase la menor duda acerca de su desprecio de toda doctrina mística, en uno de sus libros reconoce haber copiado la liturgia de su iglesia de la literatura.

En efecto, el ritual que propone para la misa negra en *The Satanic Rituals*, está copiado de la novela *La-Bas*, de J. K. Huysmans. La Vey no sólo renunció a dotar a su iglesia de una mitología, además rechazó toda creatividad o innovación ritual, en nombre de un racionalismo positivista que vindicaba la restauración de la sensualidad, en particular, la relativa al sexo. Debe recordarse que la fundación de la Church of Satan es contemporánea de la llamada revolución sexual, a la cual La Vey pretendió interpretar. Su satanismo no quiso ser otra cosa que el aniquilamiento de toda metafísica y de toda trascendencia; y en particular de los sistemas de moral que pretenden sostenerse en aquéllas.

A pesar de la indigencia filosófica de su discurso, en las ideas de La Vey hay una filiación nietzscheana inocultable. Después de todo, la «iglesia» de Satán no es más que la parodia atea e individualista de una militancia irreligiosa pansexualista. En consecuencia, se trata de una lucha ideológica, o Cultural, como prefirió llamarla La Vey.

Los rituales desarrollados en los oficios de la Iglesia de Satán no son más que provocaciones de todo ajenas a una auténtica liturgia. «Catarsis» o «psicodrama», prefirió llamarlas La Vey, cuyo objetivo es «producir cambios en el inconsciente de la asamblea».

En tal sentido, cabe observar que a diferencia de la misa negra que oficia el satánico padre Docre en la citada novela de Huysmans, que es un ataque frontal contra el catolicismo religioso y el rito romano, los satanistas de California se burlan además de los otros cultos religiosos, y reniegan de todos los misticismos conocidos. La Vey incluyó en su desprecio a todas las religiones orientales.

Satanistas y diabolizantes

En Brasil, en el noreste del país, en una región llamada Sertão, árida para la agricultura pero fértil en misticismos de toda clase, cuyos pobladores son particularmente sensibles a la metafísica y al contacto con los buenos y malos espíritus, dom Luiz Howarth fundó la *Igreja do Diabo* (Iglesia del Diablo) en 1980, e inauguró un templo con forma de féretro, de color negro, que designó como la Catedral do Diabo (catedral del Diablo). Pero los cristianos de la localidad llamaron a cruzada, y dom Luiz Howarth tuvo que batirse en retirada y buscar otra tierra donde instalar el templo diabólico. A pesar de la semejanza con el nombre del establecimiento de La Vey en San Francisco, no tienen ninguna relación organizativa ni mayores coincidencias doctrinales.

La vocación diabolizante de Luiz Howarth es consecuencia de un encuentro personal del místico con la deidad de su devoción, el Diablo hembra —incorpóreo— que se presentó en la infancia, en vísperas de su primera comunión. [Howarth ya cuenta más de sesenta años predicando en nombre del príncipe de este mundo, y sin cambiar nada del mensaje que le fuera revelado entonces!

Después de ejercer los más diversos oficios, el *Papa do Diabo*, como llaman al profeta diabólico sus compatriotas, tuvo, en efecto, más de un encuentro con el Diablo, que siempre se le apareció como «una mujer muy guapa».

Esta circunstancia permite comprender menos todavía por qué lo sigue llamando «Diablo» en vez de «Diabla». Pero no se trataba de un súcubo ni de nada que se le pareciera, en verdad, sólo tenía apariencia de mujer desnuda; lo cierto es que a este demonio, o mejor dicho, demonia, no se la podía tocar, porque carecía de cuerpo, se trataba de un fluido magnético «muy singular» que estaba revestido de una especie de cubierta protectora metálica, que la hacía cambiar de forma.

¿ Delirio, contacto en la tercera o cuarta fase, nueva entrega de ficción mística brasileña? Sin embargo, no se trataba de ninguna alienígena, cyborg, antropeide u otra criatura cualquiera de la ciencia ficción, sino del Diablo —ha querido aclarar Luiz Howarth—, cuyo sexo, en lugar de considerarse una extravagancia, puesto que se trata de un espíritu, siempre estuvo envuelto en el misterio y en la ambigüedad, tal como atestiguan los asistentes a los sabbats de los tiempos de la caza de brujas, y según se ve en la imagen del arcano mayor n° 15 del tarot de Marsella (hombre con tetas).

Lo que dom Luiz Howarth percibió fue una especie de símbolo objetivado, que le produjo la misma alegría que si hubiera sido una mujer guapa; aunque el símbolo, claro está, carecía de carne, de cuerpo.

La deidad que se le apareció al fundador de la Igreja do Diabo traía un mensaje optimista: aquí en la tierra seremos felices, habrá «salud, dinero y amor», como pide el dicho popular.

En cuanto a mandamientos, la «*variação que dá gosto*» predica la Diabla, que es demonia posmoderna: el sexo es bueno, la homosexualidad y la promiscuidad también —siempre que no

produzcan conflictos familiares, sociales; en fin, ni pillar enfermedades venéreas o sida. Pero las perversiones y la violencia sexual, ¡eso sí que no!, son execrables. Se trata de un Diabolo con máscara mansa y bastante kitsch, en efecto, que recomienda respetar las leyes, pagar los impuestos y evitar los conflictos de toda clase.

La confesión, que en 1980, en el momento de la fundación de la «Catedral do Diabo» se jactaba de reunir unos 40.000 devotos, en realidad no es más una pequeña comunidad de feligreses que se reúne en el domicilio-templo de Luiz, quien es el único «sacerdote» con que cuenta la «igreja». En la tercera planta de una casa pintada de rojo, ha instalado un altar de colores diabólicos y unos ataúdes que resultan imprescindibles para la ceremonia más importante del conventículo: la invocación del Diabolo, que se ejecuta tres veces por año.

Lleva más de dos decenios radicado en una localidad del estado de Minas, llamada Espirito Santo. E igual que lo hiciera su modelo norteamericano La Vey, Luiz Howarth difunde lo que llama «filosofía luciferina». Ya ha publicado cinco libros donde la expone, entre ellos se cuenta —¿cómo no?— una *Biblia del Diabolo*.

Sigue los pasos de La Vey en todo, salvo en el tema metafísico, donde Howarth se prodiga en arrebatamientos místico-satánicos. No le incomoda que lo consideren un personaje tan curioso como un burro con dos cabezas (la segunda sobre las ancas), porque en cierto modo se siente así, un burro con dos cabezas. Y por supuesto, define su doctrina como una «antireligión». Ha declarada de viva voz, y por escrito, que su misión consiste en explicar al mundo que toda teología es un atraso. No obstante, en 1980 profetizó que en el año 2016 su doctrina será hegemónica no sólo en la tierra sino «en el universo entero».

La diabolología de Howarth recuerda al mito cabalístico de Lilith.^[129] Para Luiz Howarth el Diabolo es la parte femenina, el eterno femenino de Dios. Éste es, por su parte, «el eterno masculino».

No se trata en realidad de un culto satánico sino de una nueva religión de corte dualista basada en una pareja teogónica.

Su ceremonia de invocación diabólica, que reúne a decenas de personas con capas negras ante unos cuantos féretros y un altar en la tercera planta de la casa roja donde vive, crea la impresión —del todo cinematográfica— de ser un ritual oficiado para una feligresía de vampiros.

El resto de los días del año el *Papa do Diabo* recibe consultantes de las demás religiones, que acuden en busca de «salud, dinero y amor» —¿qué más se puede pedir?— y forman largas colas frente a su despacho.

En el siglo XX, se ha producido también un renacimiento de las religiones paganas vinculadas con la antigua cultura celta, que resultaron duramente reprimidas en los siglos de la caza de brujas. Esos grupos y movimientos vindican la brujería, que nada tiene que ver con el concepto de los

demonólogos organizadores de hogueras. Estos cultos comportan la recuperación del vínculo con la naturaleza, la medicina natural, las tradiciones drúidicas, etc.; pero como son del todo ajenos al cristianismo, y por ende al satanismo, están fuera de la historia del Diablo y sus máscaras.

A los satanismos mágicos rituales, luciferinos y simbólicos debe sumarse un satanismo estético cuyo primer estallido se remonta a la década de 1960, que regresó con fuerza en el decenio de 1990. Una buena cantidad de estrellas del rock lo animan, incluso sacrificando gallinas en la escena (Marilyn Manson) o despachando hábitos verbales satánicos en las letras de las canciones.

En la imaginación pública, estas expresiones tienen diverso valor y producen muy diferentes modalidades de alarma. Para la mayoría, indican una voluntad de cambio radical de los valores morales vigentes, o bien una vindicación de la rebeldía, la resistencia a las autoridades vigentes o la irracionalidad. Pero no faltan quienes llaman a cruzada para poner remedio a lo que creen una nueva ofensiva del príncipe de las tinieblas.

El eterno retorno de los libros perdidos

Si el persa Mani o Manes, creador del maniqueísmo, operó en el siglo III d. C. el retorno del *Zend Avesta*, el libro sagrado que se atribuye a Zoroastro, o Zaratustra, otro inventor de religiones acerca del cual ni siquiera se sabe a ciencia cierta en que siglo vivió, los hallazgos arqueológicos del siglo XX han operado en el presente otros retornos no menos espectaculares.

El Libro de Enoc, y los demás apócrifos del Antiguo Testamento o intertestamentarios, en particular los textos relativos al descenso de los egrégores o ángeles vigilantes, ha retornado para que los acólitos de Rael (Francia, 1947), profeta de los extraterrestres, despojara a los Hijos de Dios (*Ben Elohim*) del Génesis 6, de su condición original de ángeles creados por Yahvé, y los convirtieran en alienígenas esclarecidos de pro que disponen de una tecnología mítica, y rebosan de buenas intenciones.

Los libros que proponen cosmogonías o sistemas religiosos suelen vencer al tiempo cuando son redescubiertos por los profetas mistagogos de la posteridad. Los textos perdidos que «retornaron» a la actualidad de manera más espectacular en el último siglo son sin duda los Apócrifos del Antiguo Testamento, también llamados «intertestamentarios». En primer lugar, a causa del hallazgo de los *Rollos del Mar Muerto* en 1947. En segundo lugar, gracias a la ciencia ficción, y en especial a las historias del espacio.

El 13 de diciembre de 1973, Claude Vorilhon, un francés de veintiséis años que hasta entonces trabajaba como cronista deportivo en un periódico de provincias, tuvo un encuentro con un extraterrestre, un alienígena, que lo eligió como destinatario de una revelación.

En primer lugar, el viajero espacial le asignó un nuevo nombre con prestigio metafísico, angelical: Rael, que tiene aspecto hebreo, porque contiene la partícula «el» que significa «Dios» en hebreo y arameo y que significa «aquel que aporta la luz de los Elohim».

El alienígena tenía tanto para decir, que se puso a dictar a Claude, en adelante llamado Rael, y fundador de la secta raeliana, el primero de sus libros: *El Libro que dice la verdad, (Le Livre qui dit la vérité)* donde se explica cómo llegó la vida a nuestro planeta.

He allí el retorno de los libros perdidos de los egrégos, o *Ben Elohim* (Hijos de Dios), y la historia de los ángeles vigilantes, que se narra en el Libro de Enoc, uno de los textos que forman parte del «paquete de Qumrán».

La *alienfania* de Rael no sólo comporta la irrupción de los alienígenas en el guión solitario de la humanidad histórica, sino, además, de alienígenas hebraístas y provistos de información, de cultura bíblica; y por añadidura, extraterrestres de buena voluntad, benefactores.

Desde que se produjo esa primera revelación Rael se puso a reunir acólitos y organizó un «movimiento» —o una secta— que se dedica a preparar la buena acogida en la tierra de los extraterrestres que vendrán un día u otro.

El 7 de octubre de 1975 una expedición de alienígenas, después de acudir en busca de Rael, paseó a éste por el espacio exterior, donde visitó un planeta remoto —el de los *Elohim*— y pudo conversar con Buda, Moisés, Jesús y Mahoma, a quienes los extraterrestres mantenían en vida gracias a su tecnología, y con vistas a traerlos de nuevo a la tierra uno de estos días.

Luego Rael profetizó en un nuevo libro inspirado por ese viaje, que la tierra será destruida por una guerra mundial con armas atómicas (el Armagedón, claro está), pero que antes los extraterrestres —*Elohim*— iban a intervenir para salvar algunos humanos, por ejemplo a los pacifistas, y en particular, a los organizados en el movimiento raeliano.

De esta manera, Rael, que hasta entonces se había mantenido en el capítulo 6 de Génesis, que es donde se habla de los *Ben Elohim* y su debilidad de querer tomar como mujeres a las hijas de los hombres, pasó al siguiente, el 7, donde se trata del Diluvio. Pero el diluvio profetizado por Rael no es de agua sino de fuego, como anunció mucho antes Nostradamus.

En el presente, Rael y los miembros de su secta pretenden construir un centro de acogida de los alienígenas en algún lugar de Israel. Desde su primer encuentro con los aliens, Rael no ha dejado de

escribir: *Los extraterrestres me llevaron a su planeta*, 1976; *La geniocracia*, 1978; *Acoger a los extraterrestres*, 1979; *La meditación sensual*, 1980.

Fundador de una «religión atea», el ex cronista deportivo francés asegura que ni Dios ni el alma existen, y también que la palabra *Elohim* no significa «dios» o «dioses» como nos acostumbraron a creer los comentaristas de la Biblia, que debe traducirse «los venidos del cielo», y que todos los grandes profetas «como Buda, Moisés, Jesús y Mahoma» no eran más que mensajeros de los alienígenas. Que la humanidad es una variedad transgénica obtenida en los laboratorios genéticos de los extraterrestres, al igual que el resto de la vida en la Tierra. Pero que Jesús en cambio nació de la unión de María con un alienígena.

Y que en 1945 comenzó la era de la *Revelación* o el Apocalipsis (era raeliana). Los *Elohim* son los únicos seres que pueden salvar a la humanidad y al mundo, y Rael es su profeta. En lugar de Arca de Noé, cuando comience el diluvio de fuego, una gran nave espacial acudirá en busca de los raelianos.

Esta mitología puede considerarse satánica sólo porque está articulada con el discurso del Génesis. Pero en rigor no es otra cosa que literatura de ciencia ficción.

Todas las religiones —incluidas las ateas que en vez de dioses, adoran a alienígenas— suelen reposar en una fábula, en una historia fantástica. Y la que narra el Libro de Enoc es muy apropiada tanto para el desarrollo de mitos demonológicos como para el cultivo de la ciencia ficción intergaláctica en versión eclesial.

Satanistas de hoy

También La-Bas,^[130] la novela que J. K. Huysmans acabó de escribir en 1891 y que parecía un libro perdido, experimentó un retorno ostensible. En primer lugar, porque Anton Szandor La Vey reprodujo el ritual de la misa negra que J. K. Huysmans desarrolla con brillantez literaria en esa pieza. Y a partir de la Church of Satan, todas las confesiones satánicas de América y de Europa que la imitan, y que proliferaron como setas en otoño, estableciéndose en España, Italia, Francia, Alemania, Países Bajos, comenzaron a reproducir en sus oficios blasfemos, sacrílegos y orgiásticos las acciones del padre Docre, el sacerdote satanista creado por Huysmans.

Pero lo más curioso de este caso es que también hayan retornado las preocupaciones que exponía ese mismo autor en el prólogo del libro *El satanismo y la magia* (*Le Satanisme et la magie*, París,

1895), de Jules Bois.

«¿Cuál es indicio más firme de la actividad litúrgica de las sectas satánicas? La compraventa, en el mercado negro, de hostias consagradas cuyos precios oscilan entre 80 y 500 euros por unidad, y que las sectas usan en sus misas negras», se asegura en un artículo publicado en una web católica, que denuncia la proliferación del satanismo.

En el citado ensayo de Huysmans de 1895 podemos leer: «El martes de la semana de Pascuas del año pasado —1894—, en Notre Dame de París, una anciana oculta en una capilla puesta bajo la advocación de san Jorge y situada a la derecha del coro, en el ábside, aprovechó un momento en que los suizos se despistaron, y en el cual la catedral estaba casi vacía, para echarse sobre el sagrario y llevarse dos copones, cada uno de los cuales contenía cincuenta hostias consagradas, además de los paños que los cubrían».

En aquellos tiempos Huysmans atravesaba una etapa singularmente mística y paranoica de su vida: se sentía llamado por Jesucristo y perseguido por los rosacruces de Stanislas de Guaita y unos cuantos demonios controlados por aquéllos a través de la magia. No obstante, sus especulaciones en torno a la anciana ladrona de hostias son tan razonables como sus textos. Ella debía de tener algún cómplice que le abriera la puerta para poder huir de la basílica con su botín. Además, resultaba obvio que el objetivo de la ladrona eran las hostias y no los copones, de bronce, y sin valor artístico alguno.

Ciento diez años más tarde, es decir, en la actualidad, la web antes aludida asegura que el precio que alcanzan en el mercado las hostias depende del tamaño de éstas, de la importancia de la iglesia o basílica de la cual proceden y del sacerdote u obispo que las haya consagrado.

El tamaño de la oblea es importante a causa del empleo que se hace de ella en el oficio satánico: cuando llega la hora del sacrilegio diabólico —después de la «consagración» blasfematoria— el satanista, antes de entregarse a la fornicación con una hermana o hermano de devoción, perfora la placa de manera que su pene pueda pasar por el orificio y la oblea aplastarse contra la pelvis o las nalgas de su pareja, según sea el caso.

Huysmans también denuncia esa práctica en *Lá-Bas*. Los satanistas de sexo masculino llevan siglos usando las hostias como anillos del pene, y las mujeres satanistas poniéndolas a macerar en sus vaginas, antes de entregarse a la orgía litúrgica de rigor en los oficios negros. y éstos siguen pareciéndose a los que se oficiaban en los siglos XVI y XVII.

En el presente, dicha prácticas han retornado con fuerza junto con los textos que se creían perdidos. La comisión de esta clase de sacrilegios obscenos expresa perversiones muy creyentes en el fondo, pues de no tener el practicante satanista fe alguna en la transubstanciación, ¿qué sentido tiene que se ponga una hostia en el pene, o la introduzca en la vagina, después de haber pagado 500

euros por ella? No sería otra cosa que una dispendiosa incomodidad. Y más grato resultaría el óleo santo.

La hostia de mayor valor sacrílego sería la consagrada por el Papa en la basílica de San Pedro de Roma. Luego, las consagradas en dicha basílica por otros prelados. En España, las más cotizadas son las que proceden de la catedral de Santiago de Compostela, Madrid, Sevilla, Zaragoza..., sobre todo si han sido consagradas por arzobispos y obispos.

En su texto de 1895 Huysmans observa que el arzobispo de Lyon, para evitar estos robos sacrílegos, había invitado hacía poco a todos los curas párrocos de su archidiócesis a que «convirtieran los sagrarios en cajas fuertes». Y que en Roma y en otras ciudades de Italia también se robaban hostias.

Y se siguen robando. Lo han dicho tanto la Iglesia como la policía italiana. En primer lugar, porque hay un ministerio exorcista de la Iglesia de Roma, siempre en guardia contra una eventual ofensiva del Diablo; y además, porque las otras confesiones cristianas también vigilan las acciones de los satanistas, y sobre todo porque el número de hostias consagradas que se han sustraído en los últimos tiempos de las parroquias, iglesias y catedrales es muy alto!

El total de sectas diabólicas que operan en Italia se aproxima al millar, pero se ignora el número de acólitos que cada una reúne, y la policía no puede realizar estimaciones numéricas fiables. Sin embargo, no han dejado de advertir los signos que indican un considerable crecimiento del número de satanistas. Los modos más frecuentes de sustracción son el hurto y la apropiación de la oblea consagrada en el momento de comulgar, por un aparente devoto católico, que la toma en la mano y en lugar de tragarla se la echa en el bolsillo para usarla él mismo en una misa negra o venderla.

Los hurtos sacrílegos también persiguen casullas, estolas y otros ornamentos litúrgicos que sirven para reforzar el verismo ceremonial del oficio negro.

La universidad pontificia Regina Apostolorum de Roma, que gobiernan los Legionarios de Cristo, ya ha salido a la palestra con la realización, en el transcurso del 2005, de su primer curso sobre satanismo y exorcismo, destinado a sacerdotes y seminaristas.

Las sectas más importantes de Italia son la Ordo Templi Orientis (OTO) que predica una mezcla de cábala satánica con pansexualismo, la Iglesia Negra Luciferina, que entró en una especie de letargo a causa de la muerte de su fundador en 1998, y un grupo clandestino que tiene como gurú a un tal Ieronimus.

Una fuente relacionada con la conferencia episcopal de Italia sostuvo hace poco que uno de cada dos jóvenes romanos estaba influido por los discursos ocultistas, y que uno de cada cinco había vendido su alma al Diablo.

El fervor religioso de Juan Pablo II, que sostuvo con vehemente elocuencia que el demonio existe «en carne y hueso» y que además practicó algunos exorcismos durante su pontificado, habría estimulado el brote rebelde de los jóvenes satanistas romanos.

Los servicios de información estiman que en España existen unas cien sectas satánicas que en total no reúnen a más de dos mil personas. y sin duda están bien informados, porque en las organizaciones satanistas españolas también abundan los agentes secretos y los policías. También hay una sucursal española del Templo de Set, la confesión satanista norteamericana con mayor número de agentes y miembros de los servicios de información y seguridad, y de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, lo cual no deja de resultar preocupante, porque hace imaginar cosas como la existencia de unidades militares secretas coordinadas con el Diablo y sus demonios en una complicada astronomía de satélites artillados de *La Guerra de la Galaxias* produciendo un Armagedón demonológico. ¿Sería por eso que el *ayatollah* Jomeini llamaba a los Estados Unidos Gran Satán?

La Iglesia de Satán en España tiene como presidente a un funcionario del ministerio de Justicia, J.M.C., licenciado en criminología, de familia muy católica, como es natural. Lector de Nietzsche, de los existencialistas, que a su hora fue un curioso del esoterismo, el ocultismo, hasta que se interesó en la figura del Diablo y pudo descubrir el «camino de la mano izquierda», tras revelársele un Satán simbólico.

Éste es el satanismo más intelectual e interior, que induce a una rebeldía individualista de escasa conflictividad; que casi siempre orienta a sus devotos hacia la promoción comercial de sus personas. Fue el caso de Aleister Crowley, Anton La Vey, y muchos otros.

El satanismo de los tiempos de la caza de brujas no fue más que una ficción que inventaron los demonólogos con materiales de muy diversas procedencias. El presente, en su área más intelectual o reflexiva, es en efecto una síntesis de la filosofía irracionalista y del pensamiento existencialista ateo de los dos últimos siglos.

En cambio el satanismo ceremonial o ritual parece al margen del tiempo. Cuando se invoca al Diablo, por más que no se crea del todo en él, llega a vérselo, aunque quien haya pronunciado el conjuro sea un nigromante ciego. Sin embargo, la irrupción de la informática, la electrónica e Internet también amenazan transfigurar la prácticas de este sector.

La Iglesia de Satán en España, en todo igual a la de La Vey, es una de las más importantes, y persigue la organización de una especie de congreso que pueda reunir a todas las sectas satánicas españolas, «para confraternizar».

Además del satanismo clásico, hay sectas Fusion, y New Age, como La Culebra Negra, que practica una mezcla de ocultismo europeo y vudú haitiano. Una combinación que plantea a los magos

importantes retos y posibilidades, como la producción de zombis de la cepa Baron Samedi^[131] a distancia, y su gestión o gobierno por medio de larvas caldeo-babilónicas y maziqim-aramohebreos. Todo por medios electrónicos digitales, claro está, como ya se ha visto en alguna novela de Wiliam Gibson, sólo que la Culebra Negra no es novelesca sino real.

En Rusia en cambio, país de larga tradición satanista, fecundo en iluminados —como Rasputín—, poseídos y diabolizantes —como Smerdiakof o Kirilovsky—, hay miles de satanistas, y la mayoría de ellos de entre trece y diecisiete años, que a pesar de su juventud son muy maduros en maldad: organizan sacrificios humanos, es decir, asesinatos rituales, de manera regular, para entretenerse con la sangre y las vísceras del prójimo inmolado.

Todo autor de ficciones intenta que sus lectores creen la historia que está contando; los fundadores de religiones, los profetas, también; y lo mismo sucede con los gobernantes y administradores de justicia, cuando exponen el relato de su gestión a los gobernados.

Los mitos poéticos que resultaron convincentes hasta el punto de establecerse como sistemas de representación del mundo y dar respuestas coherentes a las preguntas acerca del sentido de la vida humana, de la historia, acabaron erigiéndose como verdades metafísicas, engendraron religiones, liturgias, códigos de moral y de derecho, civilizaciones, culturas. y también intolerancias radicales:

Si tu hermano, hijo de tu madre, o tu hijo o tu hija, o la mujer que descansa en tu regazo o tu amigo aunque le quieras [...] te incitare en secreto diciendo: Vamos a servir a otros dioses [...] no tenga tu ojo piedad de él, ni le tengas compasión...denúnciale irremisiblemente y sea tu mano la primera que contra él se alce para matarle, siguiendo después las de todo el pueblo, le lapidaréis hasta que muera, por haber buscado apartarte de Yahvé, tu Dios, que te sacó de Egipto. ^[132][...].

Los meros autores de ficciones narrativas del presente no pueden mandar —mal que les pese— que se lapide a los lectores que no creen las historias que ellos narran, o que alaban cuentos de otros autores, que tienen por verdades reveladas, o cuando menos, por más interesantes. Eso sólo puede hacerlo Dios, que es omnisciente y Todopoderoso, por medio de sus animosos creyentes; los lapidadores, con funciones de demonólogos y jueces.

Los textos que llamamos «sagrados» también se comportan como literatura de ficción, porque el tiempo cambia el sentido y valor de ciertos mandamientos, episodios, escenas. La moralidad del siglo XXI que manda en nuestras conciencias presentes no admite que se desconozca la libertad religiosa. La orden que imparte Yahvé en el Deuteronomio nos parece diabólica. Nos negamos a lapidar a nuestros familiares o amigos porque nos hayan invitado a visitar un *terreiro* de Macumba, un *humfort* de vudú o el consultorio de una bruja, no podemos creer que Dios imparta semejante mandamiento.

Con el advenimiento de Constantino, en 313, y la adopción del cristianismo como religión del Imperio romano, parece consagrada la segunda tentación de Satanás a Jesús. Pero no será

Constantino sino el emperador Teodosio quien imponga la doctrina diabólica represiva. Él fue quien prohibió la práctica de todo culto que no fuera el cristiano en las marcas de Roma. A partir de entonces, los perseguidos de los primeros tiempos se convirtieron en perseguidores.

La diabólica potestad del anillo episcopal de Roma tal fue que tiene por otro nombre «poder político».

La libertad de culto es reciente, se remonta a 1789; el Deuteronomio es unos 2.400 años más antiguo. y Yahvé es el más antiguo de todos los protagonistas de la historia. Creador de la palabra, el universo y la totalidad de las almas humanas, ¿cómo no mandaría a los creyentes lapidar tanto a los familiares como a los propios amigos y cónyuges que les aconsejen cambiar de fe?

El mandamiento lapidatorio tiene regusto, evocaciones diabólicas, porque en el presente el Diablo, príncipe de la mentira, falso profeta, en su hipóstasis más visible o espectacular, la histórica, la política, es sobre todo un demonizador radical, lapidador entusiasta de sus adversarios o competidores, demonizador de unos y otros.

¿No será Yahvé un personaje de literatura fantástica que aún no hemos acabado de escribir? ¿Como los ángeles, los demonios y el Diablo?

Las religiones acostumbran a pensar y a expresarse por medio de historias, pero como sus creyentes devotos se renuevan generación tras generación, las historias no acaban.

En cambio la novela fantástica de la brujería europea sí que terminó, la caza de brujas acabó en Europa occidental al mismo tiempo que los ingleses, alemanes, rusos, suizos, franceses, que fueron los cazadores más encarnizados, comenzaron a contar historias de brujería, demonios y otras criaturas afines: silfos, elfos, gnomos, hadas, salamandras del fuego más sutil, ogros infernales que desayunan niñas y niños vivos.

Los gobiernos y las administraciones de justicia dejaron de creer en la realidad de la brujería satánica, los vuelos al sabbat, los sortilegios; dejaron de cazar y quemar brujas, cuando la aparición de la moderna literatura fantástica europea relevó a los demonólogos y jueces como inventores de historias; se paró de quemar cuando se comenzó a escribir.

BIBLIOGRAFÍA

- § Agrippa von Nettesheim, Heinrich Cornelius, *De Occulta Philosophia*, Colonia, 1527. [Hay traducción al castellano: *Filosofía oculta, magia natural*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.]
- § Agustín, santo, Obispo de Hipona, *La ciudad de Dios*, varias ediciones.
- § __ Sobre la doctrina cristiana, varias ediciones.
- § Alejandro IV, Bula *Quid super nonnullis*, Roma, 1257.
- § Alejandro VI, Bula *Cum acceperimus*, Roma, 1494.
- § Alexis, Léon d', *Traité des énergumènes, suivy d'un discours sur la possession de Marthe Brossier: centre les calomnies d'un médecin de Paris*, [s.n.], Troyes, 1599.
- § Alighieri, Dante, *La Divina Commedia*, varias ediciones. [Hay traducción al castellano: *La Divina Comedia*, varias ediciones.]
- § Anania, Giovanni Lorenzo d', *De Natura Daemonum*, Aldo Manuzio, Venezia, 1581.
- § Ancre, Pierre de l', *Tableau de l'incostance des mauvais anges et démons*, Jean Berjon, París, 1613.
- § Anderson, Robert D., «The history of witchcraft: a review with psychiatric comments», *American Journal of Psychiatry*, 126, 1970.
- § Aquino, Michael, *The Church of Satan*, edición del autor, San Francisco, 1983.
- § Autun, Jaques d', *L'incrédulité sçavante et la crédulité ignorante: au sujet des magiciens et des sorciers*, Jean Molin, Lyon, 1671.
- § Azurmendi, Mikel, «La invención de la brujería como aquelarre», *Bitarte. Revista de Humanidades*, 4, 1995.
- § Baissac, Jules, *Le Diable. Histoire de la Diablerie Chrétienne, la personne du diable, le personnel du diable*, Ed. Dreyfous Maurice, París, 1882.
- § __ *Les Grands Jours de la Sorcellerie*, Klincksieck, París, 1890.
- § Beauvois de Chauvincourt, Jean, *Discours de la lycantropie ou De la transformation des hommes en loups*, Jacques Rezé, París, 1599.
- § Béliard, Octave, *Les sorciers. Rêveurs et Démoniaques*, Éditions Stock, París (1920), 1981.

§ Bernand, André, Sorciers grecs, Fayard, París, 1991.

§ Bernardo, santo, «Vida», en Obras completas de San Bernardo, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1953-1955.

§ Blendecq, Charles, Cinq histoires admirables, esuelles est monstré comme miraculeusement par la vertu et puissance du S. Sacrement de l'Autel, a esté chassé Beelzebub prince des diables (...) bors des coprs de quatre diverses personnes, Gillaume Claudiere, París, 1582.

§ Biblia, La Sagrada, varias ediciones.

§ Binet, Benjamin, Traité historique des dieux et démons du paganisme avec des remarques critiques sur le systéme de Bekker, Delff, André Voorstad, 1696.

§ Biensfeld, Peter, Tractatus de confessionibus maleficorum et sagnarum, Heinrich Bock, Trier, 1589. [Hay traducción al alemán: Tractat von Bekanntnuß der Zauberer vnnd Hexen, Mille Tre Verlag Robert Schächter, Wien, 2004.]

§ Bizouard, Joseph, Des rapports de l'homme avec le Démon, Essai historique et philosophique (6 volúmenes), Gaume Frères et J. Duprey, París, 18631864. [Hay una edición moderna: Éditions Saint Remi, París, 2002.]

§ Bodin, Jean, De la Démonomanie des sorciers, Jacques du Puys, París, 1580. [Hay una edición moderna: De la Démonomaie des sorciers (1580), suivie de la Réfutation des opinions de Jean Wier, reimpression de la edición de París 1587, Gutenberg Reprints, París, 1979.]

§ __ De Magorum daemonomia libri IV, Thomas Guarinum, Basel, 1581. [Hay una edición moderna: Olms Georg Verlag, Hildesheim, 2003.]

§ Boguet, Henri, Discours exécrable des sorciers, Denis Binet, París, 1590. [Hay traducción al inglés: An Examen of Witches, Montague Summers, London, 1971.]

§ Boissier, A., Recueil de lettres au sujet des maléfices et du sortilége, M.

§ Bordelet, París, 1731. [Hay una edición moderna: Lafirte reprints, Marseille, 1981.]

§ Bonifas, Francoise, Histoire des dogmes de l'Église chrétienne, Fischbacher, París, 1886.

§ Bordelon, Laurent, L'Histoire des imaginations extravagantes de Monsieur Oufle, Pierre-Augustin Le Mercier, París, 1710.

§ Bosroger, Esprit du, La Piété affligée, Jean Le Boullenger, Ruán, 1652.

§ Brierre de Boismont, Alexandre, Des hallucinations ou histoire raisonnée des apparitions, des visions, des sognes, de l'extase, du magnétisme et du somnambulisme, Germer Bailliére, París, 1845.

§ Bultmann, Rudolf, L'histoire de la tradition synoptique, Éditions du Seuil, París (1921), 1973. [Hay traducción al castellano: Historia de la tradición sinóptica, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2000.]

§ Bureau, René, «Les Religions: spécifités, rivalités, analogies», Atlas Universalis des Religions, Encyclopaedia Universalis, París, 1988.

§ Caillet, Emile, La prohibition de l'occulte, Alean, París, 1930.

§ Caillois, Roger, «Les Démons de midi», Revue de l'histoire des religions, 115, 1937.

§ Calmet, Augustin, Traité sur les Apparitions des Esprits et sur les vampires ou revenans de Hongrie, de Moravie, etc., Debure Latine, París, 1751.

§ Canaert, Joseph Bernaert, Olim, preces des sorcières en Belgique sous Philippe II et le gouvernement des archiducs, tirés d'actes Judiciaires inédits, Annoot-Braekman, Gand, 1847.

§ Carmignac, Jean, Les textes de Qumran traduits et annotés, Éditions Letouzey et Ané, París, 1961.

§ Caro Baroja, Julio, Las brujas y su mundo, Alianza Editorial, Madrid (1968), 2003.

§ Charles, R. H. The Apocrypha and Pseudepigrapha of The Old Testament, Oxford, Oxford University Press, 1963.

§ Collin de Plancy, Jacques-Albin-Simon, Dictionnaire Infernal, E. Plon, París, 1863. [Hay traducción al castellano: Diccionario infernal: ó sea, cuadro Jeneral, de los seres, personajes, libros, hechos y cosas que hacen referencia a las apariciones, a la magia... , Librerías París-Valencia, Valencia, 1999.)

§ Comestor, Pierre, Historia scholastica super Novum Testamentum, [s.n.], Argentine, 1503.

§ Compost et calendrier des bergers, Guy Marchant, París, 1491.

§ Conway, Moncure Daniel, Demonology and Deuil-lore, Chatto and Windus, London, 1879.

§ Corán, El, traducción castellana de Joan Vernet, Plaza y Janés, Barcelona, 1999.

§ Crowley, Aleister, Magick, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1973. [Hay traducción al castellano: Magia. Teoría y práctica. Editor Luis Cárcamo, Madrid, 1986.]

§ Daneau, Lambert, Les sorciers, dialogue tres utile et tres necessaire pour ce temps, [s.n.], Ginebra, 1564.

§ Daugis, Antoine Louis, Traité sur la magie, le sortilège, les possessions, obsessions et maléfices, Pierre Prault, París, 1732.

§ Dechambre, A. Dictionnaire Encyclopédique des Sciences Médicales, G. Masson-Asselin, París, 1877.

§ Dee, John, The private diary of Dr. John Dee, and the catalogue of his library of manuscripts, edited by James Orchard Halliwell, The Camden Society, Londres, 1842. [Hay una edición moderna: The Private Diary of Dr. John Dee and the Catalogue of His Library of Alchemical Manuscripts, Kessinger Publishing, Whitefish, 1997.]

§ Delacroix, Frederic, Les procès de Sorcellerie au XVII siècle, Nouvelle, París, 1894.

§ Delassus, Jules, Les incubes et les succubes, Société du Mercure de France, París, 1898.

§ Delrío, Martín Antonio, Disquisitionum magicarum, Prodit ex archiepiscopatus Moguntinensis, officina Vrsellana, impensis Ioan, Iacobi König, 1606. [Hay traducción al castellano: Disquisiciones mágicas, Madrid, Hiperión, 1991.]

§ Dewisme, Charles, Les zombis ou le secret des Morts- Vivants, Grasset, París, 1957.

§ Discours merueilleux... d'un capitaine de la ville de Lyon que Sathan a enlevé dans sa chambre depuis peu de temps... , Fleury Bourriquant, París, 1613.

§ Duns Escoto, Juan, Opera Omnia, edición de Luke Wadding de 1639, Vivés, París, 1891-1895. [Hay edición bilingüe latín-castellano: Opera Omnia, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1968.]

§ Dupont-Sommer, André; Philonenko, Marc, Les écrits esséniens découverts près de la mer Morte, Payot, París (1959), 1996.

§ Dworkin, Andrea, Woman Hating: A Radical Look at Sexuality, Durton, Nueva York, 1974.

§ Edwards, Peters, The Magician, the Witch, and the Lau/, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1978.

§ Eliade, Mircea, Histoire des croyances et des idées religieuses, Payot, París (1976), 2004. [Hay traducción al castellano: Historia de las creencias y de las ideas religiosas, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1978-1984.]

§ Erastus, Thomas, Deux dialogues touchant le pouvoir des sorcières et de la punition qu'elles meritent, Bureau du Progrés Médical, París, 1885.

§ Estoile, Pierre de l', Journal de Henri III, Roy de France et de Pologne, ou Mémoires pour servir a l'Histoire de France, Ve Pierre-Gandoin, París, 1744.

§ Evangelios apócrifos, Los, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2003.

§ Flavio, Josefo, Antigüedades judías, Akal, Madrid, 1997.

§ Fontaine, Jacques, Discours des marques des sorciers et de la reelle possession que le diable prend fur le corp des hommes, Denis Langloismes, París, 1611.

§ Frazer, James George, La rama dorada: magia y religión, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2005.

§ Frinellan, Le triple vocabulaire infernal, manuel du demonomane ou les ruses de l'enfer dévoilees, Éditions Nicolaus, París, 1830.

§ Frye, Northrop, The Great Code: The Bible and Literature, Harvest/HBJ Book, Fort Washington (1982), 2002. [Hay traducción al castellano: El gran código: lectura mitológica y literaria de la Biblia, Editorial Gedisa, Barcelona, 1988.]

§ __ Words With Power: Being A Second Study «The Bible And Literature», Harvest/HBJ Book, Fort Washington (1990), 1992. [Hay traducción al castellano: Poderosas palabras, El Aleph Editores, Barcelona, 1996.]

§ Garçon, Maurice, Trois histoires diaboliques, Éditions Gallimard, París, 1930.

§ Garinet, Jules, Histoire de la magie en France, Foulon, París, 1818. [Hay una edición moderna: La Socellerie en France. Histoire de la Magie Jusqu'au XIXe Siecle, Éditions Famot, París, 1978.]

§ Gerson, Johannes (Jean), Ars moriendi, W. H. Rylands, Londres (1450), 1881.

§ Görres, Joseph von, Mystik, Magie und Dämonie: «Die christliche Mystik» in Auswahl, R. Oldenbourg, München (1836), 1927.

§ Gougenot des Mousseaux, Henri Roger, La magie au dix-neuvième siècle ses agents, ses vérités, ses mensonges, Dentu, París, 1860.

§ Goulart, Simon, Thrésor d'histoires admirables et memorables de nostre temps. Recueillies de plusieurs autheurs, memoires, & avis de diuers endroits, Samuel Crespin, Ginebra, 1620.

§ Grand Albert, petit Albert. Les admirables secrets de magie naturelle, Éditions Albin Michel, París (1981),1996.

§ Grand Grimoire ou Dragon rouge: L'Art de commander les esprits célestes, aériens, terrestres, infernaux, avec le vrai secret..., Le, Nismes, Gaude, 1823. [Hay traducción al castellano: El gran grimorio, Abraxas, Barcelona, 2003.]

§ Gregorio de Tours, santo, Historiae Francorum; Nic. Du Fossé, París, 1610. [Hay traducción al francés: Histoire des Fracs, Les Belles Lettres, París, 1975-1979.]

§ Gregorio Magno, santo, *Les Morales de S. Grégoire, pape, sur le livre de Job...*, P. Le Perit, París, 1666-1669. [Hay traducción al castellano: *Libros morales*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid, 1998.]

§ Grillando, Paolo, *De Sortilegiis*, Heirs of Christian Egenoph, Frankfurt am Main, 1592.

§ Guazzo (Guaccius), Francesco Maria, *Compendium maleficarum*, ex Collegii Ambrosiani Typ, Mediolani (Milán), 1626. [Hay traducción al inglés: *Compendium Maleficarum*, the Montague Summers edition (1929), Dover publications, Nueva York, 1988; y al italiano: *Compendium maleficarum*, Einaudi, Torino, 1992.]

§ Guidonis, Bernardus, *Practica inquisitionis hereticae prauitatis*, siglo XIV. [Publicado por primera vez por el canónigo G. Douais, A. Picard, París, 1886; hay traducción al francés: *Manuel de l'inquisiteur*, París, 1926.]

§ Hauber, Eberhard David, *Bibliotheca sive acta et scripta magica*, Johann Heinrich Meyer, Lemgo, 1738-1745.

§ Hallaj, Hocein Mansur, *Diwan*, Cahiers du Sud, 1955. [Hay traducción al castellano: *Diván*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Guadarrama, 2002.)

§ Harner, Michael, *Hallucinogens and shamanism*, Oxford University Press, Nueva York, 1973. [Hay traducción al castellano: *Alucinógenos y chamanismo*, Editorial Ahimsa, Valencia, 2001.]

§ Harrison, Michael, *The roots of witchcraft*, Muller, Londres, 1973.

§ Henningsen, Gustav, «El invento de la palabra aquelarre», en VV.AA., *Historia y humanismo. Estudios en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, vol. I, Universidad de Pamplona, Pamplona, 2000.

§ ___ *The witches' advocate: Basque witchcraft and the Spanish Inquisition*, University of Nevada Press, Reno, 1980. [Hay traducción al castellano: *El abogado de las brujas. Brujería vasca e Inquisición española*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.]

§ *Histoire de Saint Brendan*, traducida del latín al francés por el monje Benoist, Lyon (1125), 1603.

§ Huysmans, Joris Karl, *Lá-bas*, Tresse et Stock, París, 1891. [Hay traducción al castellano: *Allá lejos*, Promete o, Valencia (1919), 1976.]

§ ___ «Étude introductif», en Jules Bois, *Le Satanisme et la magie*, L. Chailley, París, 1896.

§ Introvigne, Massimo, *Il cappello del mago. I nuovi movimenti magici: dallo spiritismo al stanismo*, SugarCo, Milán, 1990.

§ Isidoro, santo, Arzobispo de Sevilla, «De magis», en *Etymologiae*, 627-630. [Hay traducción al castellano: *Etimologías*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2004.]

§ Jacobo I, rey de Inglaterra, *Daemonologia; hoc est adversus incantationem sive magiam...*, Apud Guilielmum Antonium, Hanover, 1604.

§ Jacobo de Vorágine, beato, *La leyenda dorada*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

§ Jalalud Din Rumi, *El Masnavi*, Ediciones Teorema, Barcelona, 1984.

§ __ Fimi-ma fihi, Azul, Barcelona, 2000.

§ Jerónimo, santo, *Oeuvres*, A. Desrez, París, 1868. [Hay traducción al castellano: *Obras completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

§ Juan XXIII, *Bula Super illius specula*, Roma, 1326.

§ Justino, santo, *Apologías*, H. Yabén, Sevilla, 1990.

§ Kierkegaard, *Seren Aabye, Frygt og Boeven*, Copenhagen, 1843. [Hay traducción al castellano: *Temor y temblor*, varias ediciones.]

§ __ *Bergrebet Angest*, Copenhagen, 1844. [Hay traducción al castellano: *El concepto de la angustia*, varias ediciones.]

§ Kircher, Arhanasius, *Mundus subterraneus, in XII libros digestus*, J. Janssoniurn et E. Weyerstraten, Amstelodami, 1664-1665.

§ La Vey, Antón Szandor, *The Satanic Bible*, Avon Books, Nueva York, 1969. [Hay traducción al castellano: *El cuaderno del diablo*, Unholy Cross, Las Palmas, 2003.)

§ __ *The Satanic Witch*, Feral House, Los Angeles, 1971.

§ __ *The Satanic Rituals*, Avon Books, Nueva York, 1972.

§ Lactancio, Firmiano, *De Divinis institutionibus adversus gentes*, P. de Maximo, Roma, 1468.

§ Lavater, Ludwig, *De spectnis, lemuribus et magnis atque insolitis fragoribus*, Princeps, Ginebra, 1570. [Hubo traducción al francés: *Trois livres des apparitions des esprits, fantomes, prodiges et accidens merveilleux qui précèdent souventes fois la mort...*, Jean Durand, Ginebra, 1571.]

§ Le Loyer, Pierre (sieur de La Brosse), *III livres des spectres ou apparitions et visions d'esprits, anges et démons se montrant semblablement aux hommes*, Georges Nepveu, Angers, 1586.

§ __ *Discours des spectres ou visions et apparitions d'esprits, comme anges, démons et ames*,

Beauchesne, París, 1605.

§ Lecoy de La Marche, Albert, Anecdotes historiques, légendes et apologues tirés du recueil inédit d'Etienne de Bourbon, Renouard, París, 1877.

§ Lefebvre, Alexis, De la Folie en matière de religion, Purois-Cretré, París, 1866.

§ Lévi, Éliphas, Dogme et rituel de la haute magie, Bussière, París (1938), 1990. [Hay traducción al castellano: Dogma y ritual de la alta magia, Edicomunicación, Santa Perpetua de la Mogoda, 1989.]

§ Maeterlinck, Louis, Péchés primitifs (art et folklore)..., Mercure de France, París, 1912.

§ Maldonado, Juan, Traicté des anges et démons, F. Huby.París, 1605.

§ Massé, Pierre, De l'imposture et tromperie des diables, devins, enchateurs, etc., J. Poupy, París, 1579.

§ Maximilien, Louis, Le vodou haïtien, rite Radas-Canzo, Impr. de l'état, Portau-Prince, 1945.

§ Menghi, Girolamo, Flagellum daemonum exorcismos terribiles... et efficaces, remediaque... complectens... accessit postremo pars secunda..., Ex typographia Guerrea, Venecia, 1597. [Hay traducción al castellano: El azote del diablo: el exorcismo durante el Renacimiento italiano, Equipo Difusor del Libro, Villaviciosa de Odón, 2005.]

§ Michaëlis, Sébastien, Histoire admirable de la possession et conversion d'une pénitente, Charles Castellain, París, 1613.

§ Michelet, Jules, La Sorcière, E. Dentu, París, 1862. [Hay traducción al castellano: La bruja: una biografía de mil años fundamentada en las actas judiciales de la Inquisición. Un estudio de las supersticiones en la Edad Media, Ediciones Akal, Tres Cantos, 2004.]

§ Mirville, Jules Eudes Marquis de, Des esprits et leurs manifestations diverses, Vrayet de Surcy, París, 1853.

§ Molitor, Ulrich, De Laniis et phitonicis mulieribus, ad illustrissimum principem dominum Sigismundum,... tractatus pulcherrimus per Ulricum Molitoris de Constantia, C. Zurichzee, Colonia, 1489. [Hay traducción al francés: Des Sorcières et des Devineresses, Librairie Nourry, París, 1926.]

§ Monmorenci comte Destarre, Nicolas de; Sebastien Michaelis; Francois Donsieux, Histoire véritable et mémorable de ce qui s'est passé sous l'exorcisme de trois filles possédées..., Olivier de Varenne, París, 1623.

§ Mousseaux, Gougenot des, Les hauts phénomènes de la Magie précédés du spritisme antique et de quelques lettres adressées a l'auteur, Plon, París, 1864.

§ Murray, Margaret, *The god of the witches*, Faber, Londres, 1952.

§ ___ *The witch cult in Western Europe*, Clarendon, Oxford, 1952.

§ Naudé, Gabriel, *Apologie pour tous les grands personnages qui ont esté soupçonnez de magie*, F. Targa, París, 1625.

§ Nawawi, Imán, *El jardín de los justos*, Tikal, Girona, 2000.

§ Nider, Johann, *Formicarius*, Joh. Guldenschaff, Colonia, circa 1475. [Hay traducción al castellano del libro V: *Libro de los maleficios y los demonios*, Rober Editor, San Sebastián, 1999.]

§ Nynauld, Jean de, *De la lycanthropie, transformation et extase des sorciers*, Jean Millot, París, 1615. [Hay una edición moderna: *Frénésie Editeur*, París, 1990.].

§ Oesterreich, Traugott Konstantin, *Les Possédés. La Possession démoniaque chez les primitifs, dans l'antiquité, au moyen âge et dans la civilisation moderne*, Payot, París, 1927.

§ Pawels, Louis, y Bergier, Jacques, *Le matin de magiciens*, Éditions Gallimard, París, 1960.

§ Perreault de Jotemps, Francois, *Démonographie, ou traité des démons*, Bresse Milliet-Bottier, Geneva, 1653.

§ Peucer, Caspar, *Commentarius de praecipuis generibus divinationum*, J. Lufft, Wittenberg, 1580.

§ Pico della Mirandola, Giovanni, *Dialogo intitolato la strega, overo di gli inganni de demonio Tradotto in lingua Toscana per il Signar Abate Turino Turini da Pescia*, Lorenzo Torrentino, Pescia, 1555.

§ Platón, «Fedón» y «Cratilo», en *Diálogos*, varias ediciones.

§ Pradel, Jacques, y Casgha, Jean- Yves, *Haiti, la République des morts-vivants*, Éditions du Rocher, Monaco, 1983.

§ Prierias, Silvester, *Silvestri Prierias ordinis praedicatorum de Strigimagarum daenonum que mirandis*, Bladis de Asula, Roma, 1521.

§ Primov, Borislav, *Les Bougres, histoire du pope Bogomile et de ses adeptes*, Payot, París, 1975.

§ Psellos, Michel, *Traicté par dialogue de l'énergie ou opération des diables*, Guillaume Chaudière, París, 1511.

§ Quaiife, G. R., *Godly zeal and furious rage: The witch in early modern Europe*, Croom Helm, Kent, 1987. [Hay traducción al castellano: *Magia y maleficio*, Editorial Crítica, Barcelona, 1989.]

§ Religions du Proche-Orient asiatique, textes babyloniens, ougaritiques, hittites, Les, Fayard Denoël, París, 1970.

§ Remi, Nicolas, *Daemonolatreiae libri tres*, H. Falckenburg Aggripinae, Colonia, 1596.

§ Ribet, Jérôme, *La Mystique divine distinguée des contrefaçons diaboliques et des analogies humaines*, Poussielgue frères, París, 1879-1883.

§ Richer, Dr. Paul, *Études cliniques sur la grande hystérie ou hystéro-épilepsie*, A. Delahaye, París, 1885.

§ Rodinson, Maxime, *Mahomet*, Éditions du Seuil, París, 1961. [Hay traducción al castellano: *Mahoma*, Ediciones Península, Barcelona, 2002.]

§ Róheim, Géza, *La Panique des dieux, et autres essais*, Payot, París, 1972.

§ Rougemont, Dennis de, *La part du Diable*, Éditions Gallimard, París, 1947. [Hay traducción al castellano: *La parte del Diablo*, Editorial Planeta, Barcelona, 1983.]

§ Sagerer, Jules, *La vague mystique*, Flammarion, París, 1920.

§ Schenck, Joannes, *Observationum Medicarum, rararum, novarum, admirabilium et Monstrosarum*, M. Böchleri, Friburgo de Brisgovia, 1597.

§ Scholem, Gershom Gerhard, *Les Grands courants de la mystique juive, la Merkaba, la Gnose, la Kabbale, le Zohar, le sabbatianisme, le hassidisme*, Payot, París, 1950. [Hay traducción al castellano: *Las grandes tendencias de la mística judía*, Ediciones Siruela, Madrid, 1996.]

§ *Sefer Ha-Bahir: el Libro de la Claridad*, Ediciones Obelisco, Barcelona, 1992.

§ *Sefer Yetzirah: el Libro de la Formación*, Ediciones Obelisco, Barcelona, 1983.

§ Sercler, Jude, *L'Antidémon historial*, Pierre Rigaud, Lyon, 1609.

§ Sinistrari, Ludovico Maria, *Da daemionalitate, et incubis, et succubis _ De la démonialité et des animaux incubes et succubes*, edición bilingüe latínfrancés, Motteroz, París, 1875.

§ Spee, Friedrich von, y Schmidt, Hermann, *Cautio criminalis, seu, De processibus contra sagas liber...*, Anthoni Hummen, Franckfurt, 1649.

§ Spina, Bartolomeo della, *Quaestio de strigibus, una cum tractatu De praeminentia sacrae theologiae, & quadruplici apologia de lamiis contra Ponzinibium*, In aedibus Populi Romani, Roma, 1576.

§ Sprenger, Jacob, y Institoris, Henrici, *Malleus maleficarum*, P. Schoeffer, Moguntia, circa 1488. [Hay traducción al castellano: *Malleus maleficarum, el martillo de los brujos: el libro infame*

de la Inquisición, Círculo latino, San Andrés de la Barca, 2005.]

§ Suárez, Francisco, De Angelis, Jacobi Cardon & Petri Cavellat, Lyon, 16201621.

§ Swedenborg, Emanuel, De Coelo et ejus mirabilibus, et de inferno, ex Auditis & Visis, Londres, 1758. [Hay traducción al castellano: Del cielo y del infierno, Ediciones Siruela, Madrid, 2002.]

§ Taillepied, F.-Noël, Traité de l'Apparition des Esprits. A scavoir, des Ames séparées, Fantomes, Prodiges et accidens merveilleux, Ximenez, Bruselas, 1609.

§ Tertuliano, De cultu feminarum, Autustae Taurinorum, Paravia, 1930.

§ Teyssédre, Bernard, Naissance du diable, de Babylone aux grottes de la mer Morte, Éditions Albin Michel, París, 1984.

§ Thyraeus, Petrus, Daemoniaci hoc est: de Obsessis a spiritibus daemoniarum hominibus liber unus, Joannem Pillehotte, Lyon, 1626.

§ Tomás de Aquino, santo, Suma de teología, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1947.

§ Tonquédec, Joseph de, Introduction a l'étude du Merveilleux et du Miracle, Beauchesne, París, 1938.

§ Torreblanca Villalpando, Francisco, Daemonologia, sive de magia naturali daemoniaca licita et illicita..., J. T. Schonwetter, Mainz (1616), 1623.

§ Trachtenberg, Joshua, Jewish magic and superstition, A study in folk religion, Behrman's Jewish Book House, Nueva York, 1939.

§ Vair, Léonard, Trois livres des charmes, sorcelages, ou enchantemens, Nicolas Chesneau, París, 1583.

§ Vallemont, Pierre Le Lorrain de, Dissertation sur les maléfices et les sorciers, Tourcoing, 1752.

§ Villars, Nicolas-Pierre Henri de Mountfacon, abbé de, Le Comte de Gabalis ou Entretiens sur les Sciences secrètes, Cl. Barbin, París, 1670. [Hay traducción al castellano: Coloquios sobre las ciencias ocultas, Compañía Europea de Comunicación e Información, Madrid, 1992.]

§ Villeneuve, Roland, L'univers diabolique, Éditions Albin Michel, París, 1972. [Hay traducción al castellano: El universo diabólico, Quatto Ediciones, Madrid, 1976.]

§ Wade, Davis, The serpernt and the Rainbow, Simon & Schuster, Nueva York, 1997.

§ Wagner, Albrecht, Visio Tundgali, Erlangen, 1882. [Hubo traducción al alemán: Tundale, das

mittelenglische Gedicht über die Vision des Tundalus, M. Niemeyer, Halle, 1893.]

§ Wagner, Robert Léon, «Sorcier» et «magicien», contribution a l'histoire du vocabulaire de la magie, E. Droz, Paris, 1939.

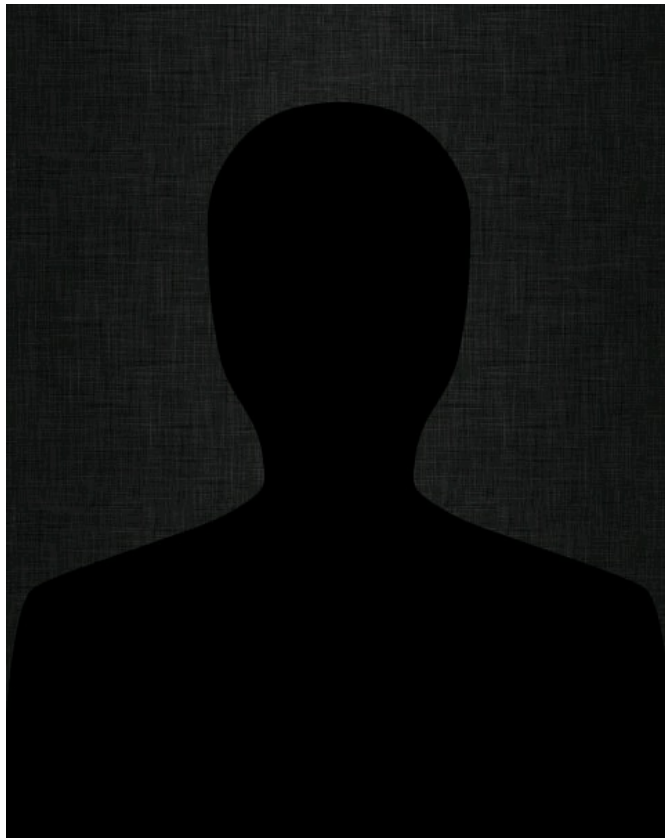
§ Walker, Daniel Pickering, Spiritual and demonic magic from Ficino to Campanella, The Warburg Institute, Londres, 1958.

§ Wierius, Johannes, Cinq livres de l'imposture et tromperie des diables, Jacques du Puys, Paris, 1569:

§ __ De Praestigiis Daemonum, & incantationibus ac veneficiis, ex officina Oporiniana, Basilea, 1577.

§ __ Opera omnia, Berge, Amsterdam, 1660.

§ Zohar: el Libro del Esplendor, El, Ediciones Obelisco, Barcelona, 1996.



SIMON PIETERS, Nacimiento: Den Bosch,(Holanda) 1950. Historiador y escritor.

Simon Pieters es autor de libros ensayo como Diabolus. Además, es un experto en Antropología, sobre todo en el campo del análisis de las religiones y sus rituales más peligrosos, siendo un asesor para diversos gobiernos sobre sectas destructivas y cultos animistas.

Notas

[1] 1. *El Zohar: el Libro del Esplendor.* <<

[2] 2. Huysmans, «Étude inrroductif» en Jules Bois, *Le Satanisme et la magie*. <<

□ PRÓLOGO <<

[3] 3. Véase el capítulo 15, Confluencias animistas y satánicas. <<

[4] 4. Véase el capítulo 15, Confluencias animistas y satánicas, epígrafe «Madres y padres de los santos». <<

[5] 5. Frazer, *La rama dorada: magia y religión.* <<

[6] 6. Rougemont, La pan du Diable. <<

[7] 7. Véase Pawels y Bergier, *Le matin de magiciens*. <<

□ 1. METAFÍSICA Y LITERATURA FANTÁSTICAS <<

[8] 8. Eliade, Histoire des croyances et des idées religieuses. <<

[9] 9. Véanse los capítulos 6, El Pecado Original y la serpiente; 10, Los demonios en el cristianismo; y 12, La entronización del Diablo. <<

[10] 10. 1 Samuel 17, 4: «Salió al medio, de las filas de los filisteos, un hombre llamado Goliat, de Gat, que tenía una talla de seis codos y un palmo... ». <<

[11] 11. Véase el capítulo 6, El Pecado Original y la serpiente. <<

[12] 12. Véase el capítulo 14, Iblis, Satán en la tradición coránica. <<

[13] 13. Por ejemplo el demonio Alu, que es uno de los siete malignos babilónicos, aunque lleve nombre sumerio. Este demonio carece de boca, de oído, de miembros y de rostro. Cae sobre la gente igual que desde lo alto se precipita un saco, o una piedra, y los enferma de mala manera, claro está.

<<

[14] 14. *El Corán.* <<

[15] 15. Justino, *Apologías*. <<

[16] 16. Tertuliano, *De cultu feminarum*, <<

□ 2. EL DEMIURGO Y SU PAREDRO <<

[17] 17. Dícese de una divinidad asociada a otra. <<

[18] 18. De Akkad, país situado en el norte de Sumeria, nación que floreció en el sur de Mesopotamia hacia el 3200 a.c. <<

[19] 19. *Les religions du Proche-Orient asiatique, textes babyloniens, ougaritiques, hitites.* <<

[20] 20. Eliade, op. cit. <<

[21] 21. Véase Génesis 9, 22-25. <<

[22] 22. Véase Primov, *Les Bougres, histoire du pape Bogomile et ses adeptes*. <<

[23] 23. Firmiano Lactancia (Numidia 250 - Tréveris 325). <<

[24] 24. Bonifas, *Histoire des dogmes de l'Église chrétienne*. <<

[25] 25. En particular, el de Nicea, que en 325 estableció la doctrina de la Santísima Trinidad, y declaró la guerra a los gnósticos. <<

□ 3. MECÁNICAS IMAGINARIAS <<

[26] 26. Frazer, op. cit. <<

[27] 27. Véase el capítulo 4, Magia y teurgia, epígrafe «El contrato mágico y la caza de brujas». <<

[28] 28. Frazer, op. cit. <<

[29] 29. Véase el capítulo 6, El Pecado Original y la serpiente, epígrafe «Genealogía del Diablo. El mito de Lilith».<<

[30] 30. Frazer, op. cit. <<

[31] 31. Frazer, op. cit. <<

[32] 32. En efecto, ese color de pelo, que es el que se atribuye a Judas, también se adjudica a las barbas del emperador Nerón, del rey inglés Enrique VIII y a numerosos avatares del Diablo o Satán.

<<

[33] 33. Febe (cielo), Artemisa (tierra), Hécate (infierno). <<

□ 4. MAGIA Y TEÚRGIA <<

[34] 34. Con el término «animales que se arrastran», tanto la terminología bíblica como la mitológica se refieren no sólo a las serpientes sino también a cualquier otro reptil sin patas, como por ejemplo los dragones. <<

[35] 35. Levítico 14, 1-7. <<

[36] 36. El carácter sexista de este mandamiento de Yahvé, que habla sólo de una eventual nigromante sin considerar siquiera que pueda existir un nigromante, guarda perfecta coherencia con el subsiguiente desarrollo de la doctrina monoteísta acerca de la desigualdad metafísica de los géneros o sexos biológicos, o la condición filo o paradiabólica de las mujeres. Véanse los capítulos 6, El Pecado Original y la serpiente, epígrafe «Genealogía del Diablo. El mito de Lilirh»; 10, Los demonios en el cristianismo; 12, La entronización del Diablo; y 14, Iblis, Satán en la tradición coránica. <<

[37] 37. Michelet, *La Sorcière*. <<

[38] 38. Boguet, *Discours exécration des sorciers*. <<

□ 5. PRIMERAS PERSONAS DEL DIABLO <<

[39] 39. Teysseire, *Naissance du diable, de Babylone aux grottes de la mer Morte.* <<

[40] 40. Véase el capítulo 7, La caída de los egrégores, epígrafe «Cópulas de humano con demonio".

<<

□ 6. EL PECADO ORIGINAL Y LA SERPIENTE <<

[41] 41. Véase Platón, «Fedón» y «Cratilo», en *Diálogos*. <<

[42] 42. *El Zohar: el Libro del Esplendor*, op. cit. <<

[43] 43. Los cabalistas han observado que el valor numérico de la palabra najash, «serpiente» o «reptil», equivale al de la palabra machia'h, «mesías». En la cábala, la equivalencia numérica tiene valor de identidad. <<

[44] 44. Véase el capítulo 1, Metafísica y literatura fantástica, epígrafe «Las tres implantaciones sucesivas del Mal», <<

[45] 45. Eclesiástico 15, 11-18. <<

[46] 46. *Sefer Ha-Bahir: el Libro de la Claridad.* <<

[47] 47. Libro de los Salmos. <<

[48] 48. *El Corán.* <<

[49] 49. En el siglo XIX, la crítica erudita, encabezada por el alemán Julios Wellhausen, estableció la llamada «hipótesis documental» que afirma que el Pentateuco es el producto de múltiples autores y no obra de Moisés, como sostiene la tradición judía. En un principio, conjeturaron la existencia de cuatro documentos originales: el yahvista (J), el elohimista (E), el sacerdotal (P o S) y el deuteronomista (D). Además, la crítica también ha postulado la existencia de un Redactor (R) que habría procedido a unificar el lenguaje y los nombres de los cinco libros del Pentateuco, al fijar el texto en el siglo VI a.e. Aunque resulte convincente a nivel lingüístico, esta hipótesis carece de pruebas históricas que la fundamenten. Lo que todos los estudiosos aceptan es que en el Pentateuco confluyen documentos escritos y orales de diversos períodos y fuentes, que algunos autores prefieren llamar «tradiciones». <<

[50] 50. *El Zohar: el Libro del Esplendor*, op. cit. <<

[51] 51. El árbol del bien y del mal, situado al norte del Paraíso, estaba dominado por las fuerzas del mal. En cambio, el árbol de la vida, situado al este y custodiado por querubines, era un lugar dominado por el bien, según el Zohar. <<

[52] 52. En la Edad Media y hasta el Renacimiento, las raíces de mandrágora se replantaban para darles forma de cuerpo humano y venderlas como amuletos de la suerte, de la potencia sexual, de la fertilidad, de la fortuna... Los farsantes aseguraban que la mandrágora había nacido de la lágrima o de la gota de esperma de un hombre ahorcado, y la vendían no sólo para procurar dicha y riquezas a su poseedor, sino también para prevenir calamidades y desgracias. <<

[53] 53. Trachtenberg, *Jewish magic and superstition. A study in folk religion.* <<

[⁵⁴] 54. Textos cuneiformes de tablillas procedentes de Babilonia y conservadas en el Museo Británico. <<

[55] 55. Midrash Bereshit Rabbah 24, 6.<<

[56] 56. Remi, *Daemonolatreiae libri tres.* <<

[57] 57. Citado por Roland de Villeneuve en su Dictionnaire du Diable, Omnibus, París, 1998. <<

[58] 58. Véase, por ejemplo, Delrío, *Disquisitionum magicarum*.<<

[59] 59. Dee, *The private diary of Dr. John Dee, and the catalogue of his library of manuscripts.* <<

□ 7. LA CAÍDA DE LOS EGRÉGORES <<

[60] 60. La tradición talmúdica atribuye a Enoc la invención de la escritura. <<

[61] 61. Para buena parte de los teólogos, la expresión hebrea Beni Elohim («hijos de dios-), que se emplea en el capítulo 4 del Génesis, alude a los descendientes de Set, que el redactor quiere diferenciar de los cainitas, artífices de la corrupción de las costumbres y de la impiedad. <<

[62] 62. Véanse las *Confesiones* de San Agustín. <<

[63] 63. Prierias, *Silvestri Prierias ordinis praedicatorum de Strigimagarum daenonum que mirandis.* <<

[64] 64. Bernardo, santo, «Vida», en *Obras completas de San Bernardo*. <<

[65] 65. Vallemont, *Dissertation sur les maléfices et les sorciers*. <<

□ 8. LA METAMORFOSIS DE SATÁN EN SATÁN <<

[66] 66. Véase Números, 22,22. <<

[67] 67. Carmignac, *Les textes de Qumran traduits et annotés*. <<

[68] 68. El *Sefer Yetzirah: el Libro de la Formación*, el primero de los textos cabalísticos, dedica su primer capítulo a la descripción de las diez sefirot. La palabra sefirot es el plural de sefirá, cuyo significado literal sería «recuento», y por metonimia, «emanación divina». De ahí que el primer libro cabalístico sea el «recuento» de la obra de creación del universo por Dios, es decir, de sus «emanaciones» Así la cuarta sefirá corresponde a la creación del Trono de Gloria y de los ángeles servidores (véase el Salmo 104, 4) o rebeldes. <<

[69] 69. Boguet, op. cit. <<

□ 9. JESÚS EXORCISTA <<

[70] 70. Vorágine, *La leyenda dorada*. <<

[71] 71. Delrío, op cit. <<

[72] 72. Wierius, *Opera omnia*. <<

□ 10. LOS DEMONIOS DEL CRISTIANISMO <<

[73] 73. Palabra hebrea que designa a todo espíritu o demonio del aire. <<

[74] 74. Kierkegaard, *Terror y temblor*. <<

[75] 75. Los *zoolilias*, que son los demonios engendrados por machos de diversas especies animales con Lilith. Verbigracia, el *licafenio* (licántropo u hombre lobo fenicio), cuyo padre es un lobo, o el *bucogastro* alado, que tiene una boca en el vientre, dos dedos por encima del ombligo. <<

[76] 76. Véase el capítulo 13, *El infierno y sus jerarquías*, epígrafe «El infierno de Swedenborg» .

<<

[77] 77. Véase Bodin, *De la Démonomanie des sorciers*. <<

[78] 78. Véase Biensfeld, *Tractatus de confessionibus maleficorum et sagarum*. <<

[79] 79. Véase el capítulo 16, *Cultos satánicos en el tercer milenio*, epígrafe «Satánicos y luciferinos». <<

[⁸⁰] 80. Le Loyer, *Discours des spectres ou visions et apparitions d'esprits, comme anges, démons et ames.* <<

[81] 81. Wierius, op. cit. <<

[82] 82. Otro nombre, de gusto antisemita, que se daba a los sabbats o aquelarres en los tiempos de la caza de brujas. <<

□ 11. LA CREACIÓN DE LAS BRUJAS <<

[83] 83. Esposa de Herodes y asesina de san Juan Bautista. Las tradiciones medievales la convirtieron en una presencia demoníaca habitual en los sabbats. <<

[84] 84. Se trata de un encantamiento de odio de larga andadura en la brujería pagana europea. Procede de la magia asirio babilónica, de la que pasó a la judía y de ésta a la cristiana y a la musulmana. El sortilegio, que se sigue empleando en la actualidad, es objeto de una azora del Corán, que suelen emplear los creyentes musulmanes para protegerse de ese y otros maleficios. Véase la azora 113 de El Corán, op. cit. <<

[85] 85. Nider, *Formicarius*, <<

[86] 86. Peters, *The Magician, the Witch, and the Law*. <<

[87] 87. Monter, E.W., «The historiography of European witchcraft», *Journal of Interdisciplinary History*, 1972. <<

[88] 88. Citado por Lecoy de La Marche, *Anecdotes historiques, légendes et apologues tirés du recueil inédit d'Etienne de Bourbon*. <<

[89] 89. Véase Sprenger y Institoris, *Maffeus maleficarum*. <<

[90] 90. Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*. <<

[91] 91. Erastus, *Deux dialogues touchant le pouuoir des sorcières et de la punition qu'elles meritent.* <<

[92] 92. Murray, *The god of the witches y The witch cult in Western Europe.* <<

[93] 93. Véase Harrison, *The roots of witchcraft*. <<

[94] 94. Grand Albert, petit Albert. *Les admirables secrets de magie naturelle.* <<

[95] 95. Dworkin, *Woman Hating: A Radical Look at Sexuality*. <<

[96] 96. Véase Villeneuve, *L'univers diabolique*. <<

[97] 97. En el *Malleus maleficarum*, Sprenger y Kramer afirman que la palabra latina femina (mujer) proviene de la conjunción de los vocablos fe (“fe») y mina (“ínfima»). Según ellos, esta disparatada etimología indicaría ya la naturaleza impía de las mujeres. El texto sostiene también que las mujeres son «imperfectas y tramposas» porque proceden de la costilla del hombre, que es una parte torcida de la anatomía humana. <<

[98] 98. Boguet, op cit. <<

[99] 99. Henningsen, *The witches advocate: Rasque withcraft and the Spanish inquisition.* <<

[100] 100. Se refiere a los aquelarres o sabbats. <<

[101] 101. Caro Baroja, op. cit. <<

[102] 102. Distancia que hay desde el extremo del dedo pulgar al del índice, separados el uno del otro todo lo posible. <<

□ 12. LA ENTRONIZACIÓN DEL DIABLO <<

[103] 103. Los hechizos, maleficios o encantamientos de odio y de amor, eran los más corrientes en la magia europea al uso durante el período de la caza de brujas (siglos del xv al XVIII). Los primeros consistían en hacer daño a alguien, por lo general designado por un operador que contrataba al brujo o bruja para la realización del «trabajo», es decir, del maleficio. Los segundos propiciaban el enamoramiento de la persona designada por quien contrataba al brujo o bruja. <<

[104] 104. Dostoievsky, *Los hermanos Karamazov*. <<

[105] 105. Bosroger, *La Piété affligée*. <<

[106] 106. Véase Wierius, *De Praestigiis Daemonum, & incantationibus ac veneficiis*. <<

[107] 107. Fontaine, *Discours des marques des sorciers et de la reelle possession que le diable prend fur le corp des hommes.* <<

[108] 108. Guazzo (Guaccius), *Compendium maleficarum*. <<

[109] 109. Ancre, *Tableau de l'incostance des mauvais anges et demons.* <<

[110] 110. Anderson, «*The history of witchcraft: a review with psychiatric comments*». <<

[111] 111. Azurmendi, «*La invención de la brujería como aquelarre*». <<

[112] 112. Harner, *Hallucinogens and shamanism*, <<

[113] 113. Henningsen, op. cit. <<

□ 13. EL INFIERNO Y SUS JERARQUIAS <<

[114] 114. Contra los Gentiles. <<

[115] 115. Swedenborg, *De Coelo et ejus mirabilibus, et de inferno.* <<

[116] 116. Swedenborg, op. cit. <<

□ 14. IBUS, SATÁN EN LA TRADICIÓN CORÁNICA <<

[117] 117. Véase el capítulo 8, *La metamorfosis de satán en Satán*. <<

[118] 118. Jalalud Din Rumi, *El Masnavi*. <<

[119] 119. Jalalud Din Rumi, op. cit. <<

□ 15. CONFLUENCIAS ANIMIS1AS y SATÁNICAS <<

[120] 120. Los demonólogos católicos consideran que se trata de xenoglosia, facultad mágica demoníaca, y no de glosolalia, que es un don del Espíritu Santo que en modo alguno podría manifestarse en una ceremonia vuduista de corte demoníaco. <<

[121] 121. Circunstancia que explica la ausencia de testimonios directos, como un diario íntimo o las memorias de un zombi, verbigracia. <<

[122] 122. Pradel y Casgha, *Haiti, la République des morts-vivants*. <<

[123] 123. Davis, *The serpernt and the Rainbow*. <<

[124] 124. Dewisme, *Les zombis ou le secret des Morts- Vivants.*<<

☐ 16. CULTOS SATÁNICOS EN EL TERCER MILENIO <<

[125] 125. 1 Isaías, 14, 12: «*Quomodo cecidisti de cado, Lucifer, qui mane oriebaris? Corruisti in terram, Qui vulnerabas gentes*». <<

[126] 126. Véase el capítulo 6, El Pecado Original y la serpiente, epígrafe «La serpiente, Samael, Satán y el árbol». <<

[127] 127. Aquino, *The Church of Satan*, <<

[128] 128. Introvigne, *Il cappello del mago. I nuovi movimenti magici: dallo spiritismo al stanismo.* <<

[129] 129. Véase el capítulo 6, El Pecado Original y la serpiente, epígrafe «Genealogía del Diablo. El mito de Lilith». <<

[130] 130. Lá-bas es una expresión adverbial que significa «allá», pero que se usa, y más aún se usaba en el pasado, para designar al infierno. <<

[131] 131. Véase el capítulo 15, Confluencias animistas y satánicas; «Técnica congo para fabricar un zombi». <<

[132] 132. Deuteronomio 13,6-11.<<